

MASSIMILIANO
COLOMBO

DEVOTIO

de

Lectulandia

Siglo III a. C. Roma está en plena ofensiva por el dominio del resto de los territorios de la península. Para frenar el avance de las huestes romanas, todos los pueblos, sammitas, umbrios, etruscos y galos forman una alianza contra ella para frenar sus avances.

En esos momentos difíciles, Fabio Máximo Ruliano y Publio Decio Mus se reparten el cometido de alcanzar la victoria. El primero tiene más experiencia y sabiduría que ningún otro; el segundo es el mejor brazo ejecutor que podría desearse al mando de las campañas. Juntos conseguirán lo que parecía imposible: imponerse desde los límites de la Galia hasta la punta sur de la península y conseguir que la República de Roma agrande su gloria.

Devotio aúna la pasión, la épica y el heroísmo propios de las grandes gestas romanas, con una brillante ambientación militar, marca de un autor que ya es referente para los apasionados del género.

Lectulandia

Massimiliano Colombo

DEVOTIO

ePub r1.0

NoTanMalo 10.09.18

Título original: *Devotio*
Massimiliano Colombo, 2018
Traducción: Juan Carlos Gentile Vitale
Fotografía de cubierta: Angelo Guarracino

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Angelo Guarracino desde siempre
conmigo en este desafío que a veces es un
sueño, a veces una guerra, pero gracias a él
siempre ha sido y será una emoción que
vivir hasta el fin.

QUATTUOR GENTES

«Y desde este momento se deberá tratar de guerras más importantes, sea por la potencia de los enemigos contra los cuales se combatió, sea por la gran distancia de las regiones y la duración de las contiendas. ¡Qué empresas colosales! ¡Y cuántas veces se llegó casi a la catástrofe, para conseguir esta vastedad de dominio que apenas se sostiene!».

Las palabras escritas por Tito Livio llegan desde la niebla de los tiempos. Estas pocas líneas del historiador latino parecen encerrar la esencia de los centenares de páginas que seguirán y que nos conducirán a un tiempo en que se luchaba por el dominio de una tierra que daría vida a la milenaria cultura occidental: Italia.

Si retrocediéramos en el tiempo hasta el siglo III a. C. e imagináramos que observamos el territorio con los ojos de una rapaz en vuelo, veríamos que Roma es solo una de las tantas poblaciones que compiten por la hegemonía de la península y que está rodeada por formidables gentes aguerridas, las cuales, en más de una ocasión, han estado a punto de borrarla de la Historia.

Descendiendo de los Alpes veríamos pasar debajo de nosotros decenas de aldeas fortificadas, de todas dimensiones, pertenecientes a los pueblos de origen celta establecidos en todo el norte del país. Taurinos, salacios y leponcios se disputaban la actual Piamonte, y más al sur, los ligures dominaban la región que aún lleva su nombre.

El centro norte de la península estaba ocupado por los insubrios, y hacia el este, por los camínios, retios y vénetos. Descendiendo hacia el Adriático estaban los lingones, boyos y senones, establecidos entre Emilia, Umbría y la parte septentrional de las Marcas, que se disputaban con los umbros las colinas boscosas próximas a los Apeninos.

La Toscana y parte del Lacio eran tierras de los etruscos, esparcidos por diversas ciudades-estado a menudo en lucha entre sí y solo ocasionalmente aliados en ligas para oponerse a peligros comunes.

Del lado opuesto, sobre la costa adriática, estaban los picenos, petrucios, frentanos, vestinos y marucinos, separados por la dorsal apenínica de los sabinos, marsios, pelignos y érnicos, y más al sur, de los samnitas, poderosa liga de cuatro pueblos diferentes: caudinos, hirpinos, pentros y caracenos, en continuo conflicto con los romanos por la hegemonía del centro de Italia.

Más al sudeste, en la Apulia, vivían los daunos, apulos, peucecios, mesapios y yapigios, en lucha contra la colonia griega de Tarento. Del lado opuesto los campanos, lucanos y brucios, hasta Sicilia, disputada entre las ciudades griegas y cartaginesas.

Todos estos pueblos, en un momento de la Historia, se convirtieron en comparsas, cediendo el puesto a una civilización que alcanzó un desmesurado poder cultural y

militar que cambió el curso de los acontecimientos.

Esta inflexión se produjo en la batalla del Sentino, en el 295 a. C., al final de la Tercera Guerra Samnita, recordada también como Guerra Itálica, porque no implicó solo a Roma, los samnitas y sus aliados históricos, sino a todas las gentes de la Italia central, como etruscos, celtas y umbros, aliados en una auténtica «Liga de las Naciones» contra la Urbe.

He aquí cómo respondió Roma a esta amenaza.

||

LA TOGA

—Soy viejo.

El joven criado alzó la mirada hacia Quinto Fabio Máximo Ruliano, iluminado a medias por la luz de la mañana. Estaba habituado a oírlo mascullar y no se preocupaba de comprender el sentido de las palabras del magistrado. Continuó atando las correas de los muleos negros mientras su amo, Rullus, como lo habían apodado los senadores, seguía farfullando.

—El Senado querrá reelegirme, deberé proponer de nuevo mi cargo y no podré negarme.

Tras acabar con el zapato izquierdo, el esclavo empezó a afanarse con el otro, evitando cruzar la mirada grave de Quinto Fabio, marcada por una vida de batallas.

Ruliano era un héroe, había ocupado cuatro veces el cargo de cónsul y las cuatro veces había cumplido con honor los ambiciosos cometidos que la ciudad le había solicitado, hasta convertirse en una especie de monumento viviente.

—Mi cuerpo ya no puede más —dijo con un tono más decidido—. Esta espalda rígida ya ha dado a la República todo lo que podía, y cada día, al despertar, no pierde ocasión de recordármelo con punzadas.

El sirviente terminó el trabajo, se levantó, hizo una inclinación y se esfumó cruzando el gran atrio con paso ligero. Ruliano miró con una pizca de envidia la figura musculosa y bien proporcionada que se alejaba pisando los mosaicos sin hacer ruido. Se pasó la mano por los riñones, esbozando una mueca de dolor.

—Cuánto vigor desperdiciado en un cuerpo sin *animus* —dijo, antes de que la silueta del esclavo desapareciera tragada por la luz del peristilo—. Vive en tu simple ignorancia sin darte cuenta de que careces de sustancia. Vive de instintos primarios, conmisérándote de tu existencia hecha de limitaciones y de fatigas, sin imaginar el continuo esfuerzo que requiere la virtud.

El magistrado se alzó de la silla.

—Sin preocuparte de tu ética, tu descendencia, tu estirpe, tu familia o tu tribu de pertenencia. Sin saber qué significa demostrar que se es un hijo devoto y un buen padre, un amo generoso, un cliente leal, un magistrado honesto o un soldado valeroso.

Volvió la mirada hacia el patio, coronado por un rectángulo de cielo azul veteado de cúmulos blanquísimos.

—No, estas son tareas mucho más gravosas y requieren ambiciones superiores que solo hombres de gran valor pueden tener. Valor y civilización van de la mano, cuanto más grande es uno, mayor debe ser la otra. Cuanto más grande es el valor de los hombres, mayor es el esfuerzo que se les exige.

Otro esclavo entró en la habitación con un voluminoso e inmaculado fardo, seguido por un ayudante mucho más joven. Quinto Fabio dejó de hablar y permaneció sumido en sus pensamientos. Su rostro estaba impasible, al igual que su figura, rodeada por los recién llegados, que, después de unos instantes, empezaron a colocarle la larguísima y pesada tela bordada con púrpura. El mayor plegó en toda su longitud la indumentaria y la pasó sobre el hombro izquierdo con un drapeado, el *sinus*. Sus manos continuaron, silenciosas, pliegue tras pliegue, guiadas por una solemne sacralidad, rota solo por el susurro del tejido. Alargó con sabiduría el paño detrás de la espalda, cuidando de que el drapeado fuera correcto, y luego bajo el brazo derecho para volver sobre el hombro izquierdo, *balteus*. Quinto Fabio se hizo acomodar el último extremo del tejido sobre el brazo izquierdo, que desde aquel momento ya no movería.

Llevar la toga no era sencillo, ni por lo que representaba ni todavía menos por su volumen. No protegía de la lluvia ni del sol, obligaba a realizar gestos medidos e impedía moverse con libertad. Quien la llevaba no temía a nadie, estaba protegido por el derecho, la ciudad y su ejército.

Dejaba descubierto solo el brazo derecho y el rostro: ninguna ostentación, ningún exhibicionismo. Quinto Fabio Máximo Ruliano sería desde aquel momento su toga, que identificaba su cargo y su rostro, la única parte de un hombre libre que era digno mostrar. La única mano libre, la derecha, la mano de las buenas acciones, le permitiría jurar frente a sus semejantes.

El criado se alejó un par de pasos y observó con atención su trabajo, mientras la toga pretexta irradiaba su claridad por toda la habitación. Solo un magistrado o un niño podían llevar esa indumentaria. El blanco era símbolo de integridad, de pureza y de civilización, la preciosa púrpura indicaba la inviolabilidad de aquel que la vestía.

Después, el esclavo aprobó con un movimiento de la cabeza.

—Está listo.

—Ahora tendré que estarlo yo —respondió Quinto Fabio, antes de dejar la austera habitación y encaminarse hacia el peristilo para ser embestido por la luz del sol.

Con su figura reflejada en el agua del *impluvium*, el gran estanque situado en el centro, el excónsul cruzó el jardín interior y luego se adentró por un corredor estrecho dejando a sus espaldas la zona familiar de la casa para entrar en el atrio. Era amplio, pero decididamente poco lujoso. La casa reflejaba en todo y por todo el carácter de su propietario, adecuándose a su estatus y su austeridad.

Pocos pasos más y la puerta de entrada se abrió de par en par. El magistrado observó admirado el espectáculo que desde el Palatino se desplegaba ante sus ojos mientras una bandada de palomas surcaba el cielo. Estaba enceguecido por la luz del sol y la majestuosidad de aquella maravillosa ciudad, que habría podido competir con las más hermosas de Grecia.

—Cuanto más grandes son los hombres, mayor es lo que logran construir.

Un transeúnte reconoció la figura de Ruliano, y con un gesto de la cabeza lo

saludó con reverencia. El magistrado respondió esbozando una sonrisa y se encaminó hacia su meta, la Curia Hostilia, donde se reunía el Senado de Roma. Conocía tan bien aquella calle que habría podido recorrerla con los ojos cerrados, pero Rullus jamás lo habría hecho. Aquel itinerario le era tan grato que amaba admirarlo en cada detalle, cambiante según la luz del día y de la estación.

Se dirigió lentamente al Foro Boario, pasando por los templos gemelos de las diosas de la Aurora y la Fortuna, esta última particularmente querida por él. Bordeó las dos construcciones, reanudando su marcha habitual y dobló a la izquierda para tomar el *vicus lugarius*. Hizo el camino más largo, no tenía ganas de encontrarse frente a la puerta Carmentalia, tan funesta para la familia Fabia. Muchísimos años antes trescientos seis miembros de su *gens* habían cruzado aquel pasaje antes de morir en batalla contra los etruscos.

Llegó a la altura de las *taberne* y dirigió la mirada a la derecha. Las tiendas junto al foro de los cambistas habían colgado los escudos de los samnitas, fausto trofeo de la última victoria. Echó un vistazo a la izquierda, al templo de Saturno, y luego alcanzó el foro, donde las estatuas de Pitágoras y Alcibíades lo acogieron con sus vacuas miradas.

—No tienes igual, ciudad de héroes —dijo, observando el santuario consagrado a Vulcano, donde ardía un fuego perenne—. Yo te he dedicado gran parte de mi vida y tú me has concedido mucho también.

Se detuvo, apretó con la izquierda el extremo de la toga. Alzó los ojos. Estaba frente al monumental portón de bronce de la Curia Hostilia.

—Ahora no me pidas más —dijo antes de desaparecer devorado por la sombra de la sala interior.

El interior de la antigua curia romana era monumental, pero sencillo al mismo tiempo. Los senadores estaban sentados en bancos de madera y, en aquel tiempo, las paredes aún no habían sido pintadas al fresco. Ruliano alcanzó su puesto entre el vocerío confuso que resonaba en las bóvedas de la sala. Pronto llegarían los resultados de las votaciones de los dos cónsules que se habrían de repartir la carga del difícil año que afrontaría Roma. Trató de leer, por tanto, los comportamientos y las miradas de los presentes, intentando mantener un disimulado distanciamiento, como si en el fondo se sintiera exonerado de aquello que estaba a punto de ocurrir.

Saludó con un gesto de la cabeza a aquellos que cruzaban su mirada. Algunos sonrieron a su paso, otros farfullaron algo al colega que tenían al lado. Quinto Fabio los ignoró e intercambió un apretón de manos con un antiguo senador que desde hacía tiempo lo apoyaba, antes de percatarse de que en la sala el vocerío estaba disminuyendo. Todos prestaron atención a los pasos más allá del portón de entrada. Ruliano aprovechó la ocasión para estudiar aún algunos rostros, antes de dirigir la mirada hacia la figura que estaba a punto de cruzar el umbral, después de haber

dejado a sus espaldas, en el resplandor áureo de la luz, las sombras de los lictores, que lo habían escoltado hasta allí.

El cónsul vigente, Lucio Volumnio Flamma Violens, entró en la Curia Hostilia acogido por miradas cargadas de aprobación. Avanzó en medio de los poderosos que lo habían elegido el año anterior con sus múleos rojos y el paso decidido de quien gobierna su propio destino. Solo pocos días antes, en vez de la toga inmaculada y los zapatos consulares, llevaba *caligae* enfangadas y una coraza, con la cual había conducido su expedición en el agro campano contra los samnitas, pueblo en guerra contra la Urbe desde hacía años. Los había detenido conjurando un gran peligro, pero, por desgracia, los samnitas no eran los únicos enemigos, puesto que una amenaza igualmente grave se estaba concentrando en los confines de Etruria como una nube oscura sobre el futuro de Roma, y era precisamente por este motivo que el cónsul Volumnio había sido reclamado a la ciudad para presidir las elecciones. A él correspondía llamar a las centurias a la votación y convocar la asamblea general que se disponía a dirigir.

Aquel que había cruzado la sala y había ocupado su sitio en el sillón de madera que descollaba en el centro era un hombre maduro pero aún pleno de vigor. El rostro recién rasurado, como esculpido en piedra, tenía el pelo cortísimo y plateado sobre las sienes y los ojos oscuros, circundados por las marcas del consulado que no le había ahorrado fatigas, día y noche, durante un año entero.

Las grandes puertas de la curia se cerraron. Se hizo el silencio. Su mirada recorrió toda la sala antes de que su voz la llenase.

—Sé que teníais una gran ansiedad por conocer el desarrollo de la guerra —dijo con voz profunda—. Me he enterado de la encomiable iniciativa del Senado de suspender las actividades públicas para convocar un reclutamiento general de los hombres de cualquier clase social. Sé que se han formado cohortes de veteranos para defender la ciudad, que hasta los libertos han sido encuadrados en centurias, como si fueran ciudadanos, y que los habéis equipado con las antiguas armas de nuestros enemigos retiradas de los templos.

Hizo una pausa y dirigió un pequeño gesto de la cabeza hacia los senadores, como para agradecerles aquellas decisiones.

—También me he enterado de que se han decretado agradecimientos públicos a los dioses por mi victoria sobre los samnitas en Campania y os lo agradezco —dijo antes de levantarse del sillón—. Pero os ruego que no penséis que con esta victoria el peligro ha pasado —continuó—, porque no es únicamente del Samnio de quien debemos preocuparnos, la Campania es solo una de las regiones en conflicto y hasta este momento, es decir, hasta donde yo la he comandado, junto con mi colega, el cónsul Apio Claudio Ciego, la guerra ha sido tan dura que para sostenerla no han sido suficientes un único comandante y un único ejército. No descuidéis, por tanto, los movimientos que llegan también de Etruria y de los pueblos de la cercana Umbría, que están uniendo sus fuerzas con los enemigos de siempre para marchar contra

nosotros.

Un leve murmullo se alzó entre la multitud de los senadores.

—No es todo.

Se hizo tal silencio que se hubiera podido escuchar el vuelo de una mosca.

—Sé, por informadores, que los etruscos están poniendo de su parte a los galos senones.

En el techo de la curia reverberaron centenares de voces.

—No es posible —atronó uno de los ediles, más para convencerse a sí mismo que a los otros—. ¡Galos y etruscos siempre han sido enemigos entre sí!

—Los etruscos disponen de inmensas riquezas, y no hay nada tan sagrado que el dinero no pueda violar ni nada tan fuerte que no pueda doblegar —dijo el cónsul, recuperando la atención de los presentes—. Ya en el pasado han resuelto las disputas territoriales con sus incómodos vecinos senones gracias al oro. Hace dos años un gran contingente de galos superó los Apeninos y recibió una enorme suma a cambio de no saquear los territorios etruscos. Sé con seguridad, por algunos informadores, que en aquella circunstancia se hicieron negociaciones para invitar a los galos a tomar parte en la guerra contra Roma, acuerdos que han llegado a buen puerto. Además del pago de los gastos para el mantenimiento del ejército y de las recompensas, los senones han solicitado también territorios etruscos a cambio de esta alianza; tierras en las cuales establecerse una vez terminado el conflicto.

El murmullo de incredulidad de los senadores invadió la sala.

—Sé que se han organizado numerosas asambleas en Etruria para discutir la propuesta, pero no se ha llegado a ninguna conclusión, no tanto por la renuncia de parte del territorio, sino porque los etruscos mismos se horrorizan ante el pensamiento de tener unos vecinos tan feroces y salvajes a las puertas de sus ciudades. Por lo menos, esto es lo que han pensado hasta la llegada de Gelio Ignacio.

Aquel nombre fue como una mordedura en el ánimo de todos los presentes. Ignacio era el mal personificado, suscitaba odio y miedo; era el comandante de la liga samnita, una figura tan alabada por los suyos como temida y detestada por los romanos.

—Ha sido precisamente él quien primero ha soliviantado a los umbros y, después de haberles prometido el rico botín que les espera en nuestra ciudad, ha atacado sin medias tintas el comportamiento de los etruscos, por no haber estado aún en condiciones de arrastrar a los galos en esta guerra, sosteniendo que hay tanto para recoger aquí que basta para una inmensa multitud de hombres. Sabinos, petrucios, vestinos y marsios están esperando el momento oportuno para decidir con quién alinearse, pero sabemos que prefieren una alianza con los samnitas antes que con nosotros.

El horror ante semejante escenario enmudeció a los trescientos senadores presentes.

—Hemos respondido a este cerco con todo nuestro arte diplomático y hemos

puesto a pelignos, marucinos y frentanos de nuestra parte, rodeando el Samnio al norte y al este. También hemos establecido un pacto antigalo con los piconos, pero ni siquiera esto ha bastado para frenar las miras de los samnitas.

Volumnio se levantó y extendió la mano derecha hacia el público silencioso:

—Quirites —continuó con tono decidido—, representantes de los ciudadanos libres del pueblo romano, estamos a punto de elegir a dos de nosotros para afrontar esta amenaza; a dos de nosotros que deberán llevarnos a la victoria o la muerte. Estamos a punto de elegir quién deberá afrontar a cuatro pueblos unidos en un ejército tan inmenso que ni siquiera nuestros antepasados han visto jamás. Esta coalición dispone de un ejército superior a nosotros en número y puede golpear desde el norte con los etruscos, desde el sur con los samnitas y desde el este con los galos senones y los umbros. Os pido, por tanto, que designéis para el consulado al hombre que en este momento es el mejor general de que disponemos, y nosotros deberemos darle todo nuestro apoyo, tanto que personalmente, visto el momento de excepcional peligro, conferiría al escogido plenos poderes políticos y militares, designándolo dictador.

Quinto Fabio Máximo Ruliano sintió una nueva punzada en los riñones cuando vio que la mirada de la casi totalidad de los presentes se deslizaba sobre él. Sabía que su pasado lo designaba como el más experto en aquella curia para afrontar la cuestión, pero en vez de sentirse honrado por aquel cargo, acusaba solamente la obligación. Tenía una edad avanzada y estaba cansado, pero al contrario de todos los demás en aquella sala era el único que dudaba de sí mismo. Decidió que recurriría a lo que desde hacía días rumiaba; apelaría a una ley en vigor, que impedía que cualquiera fuera reelegido por el consulado anterior antes de los plazos establecidos. Sostuvo, por consiguiente, indiferente aquella silenciosa demanda y se dispuso a presidir junto a los demás el recuento de los votos que continuó durante toda la mañana.

Desde las urnas su nombre llenó decenas de veces la sala con el mismo fastidioso golpeteo metálico de un martillo sobre el yunque, clavándolo en el escaño bajo un diluvio de miradas y comentarios a media voz hasta que se puso de pie.

—¿Por qué? —atronó imperiosamente haciendo callar a todos—. ¿Por qué continuáis dirigiéndoos a mí?

Los miró embutido en la toga y con el rostro decidido.

—¡Soy viejo! —sentenció, señalando con la mano su rostro demacrado—. Cada una de estas arrugas es testigo de una prueba llevada a cabo por la ciudad. He hecho lo que se me ha pedido y ya no estoy en condiciones de asumir semejante tarea. Estamos hablando de dirigir cuatro o cinco ejércitos en diversos frentes. En Etruria y en Umbría, donde a los enemigos se han sumado los galos; en el Samnio y en Lucania. ¿Cómo podéis pensar que soy el hombre indicado para hacerme cargo de esta tarea?

—Roma no está pidiendo tu fuerza física, Rullus —intervino Volumnio—,

necesita tu finura de pensamiento.

Una oleada de aprobaciones entusiastas hizo eco a las palabras del cónsul.

—¿Qué decís? —aulló Quinto Fabio, tratando de superar el estruendo—. Tampoco mi mente es tan rápida como antes.

La sala ya no escuchaba al magistrado, tanto que este tuvo que pedir silencio antes de poder hablar de nuevo.

—Estoy halagado, de verdad. Me siento honrado por este encargo, pero al mismo tiempo temo que a algún dios comience a parecerle excesiva la fortuna que he tenido. Tengo a mis espaldas cuatro consulados y aún estoy aquí siendo llamado a ocupar un cargo. Es demasiado para un hombre. Yo he hecho mucho, he alcanzado la gloria de nuestros más ilustres antepasados, pero ahora no pido más que asistir a la gloria de otros.

Con la mano se enjugó la comisura de los labios, salpicada de saliva por haber hablado con vehemencia.

—A Roma no le faltan, desde luego, altos reconocimientos para hombres de valor ni hombres de valor a la altura de semejantes reconocimientos.

Su autorizado público volvió a alabarlo con un aplauso sin fin.

—Os ruego —gritó, levantando la mano—, os ruego que leáis en voz alta la normativa en virtud de la cual nadie puede ser reelegido cónsul antes de los plazos que marca la ley.

Un pontífice de la plebe se levantó de uno de los escaños.

—Prepararemos un escrito que presentar al pueblo para dispensarte de esa normativa.

Otra vez se produjo un revuelo y Ruliano pidió de nuevo leer la norma, que no se oyó a causa del estruendo.

—¡Qué sentido tiene! —aulló, desgañitándose—, ¿qué sentido tiene promulgar leyes, si luego quien debe hacerlas respetar es el primero en no aplicarlas?

Fue su última e inútil réplica; tampoco esta vez resultó convincente, porque al final se decidió dar a las centurias el voto para la dispensa de la ley con lo que Quinto Fabio Máximo Ruliano y Lucio Volumnio fueron elegidos con el consenso de toda la ciudad en medio de la exultación general.

El silencio solo se produjo terminada la votación, con la luz del atardecer, que se filtraba en la sala. Todos esperaban las palabras de los nuevos cónsules, que deberían aceptar el cargo querido por el pueblo.

Las miradas una vez más se posaron en el viejo Rullus, que alcanzó con paso firme y expresión grave el centro de la curia.

—Que los dioses aprueben lo que habéis hecho hoy, quirites —dijo, desconsolado, observando por enésima vez a los senadores—, pero visto que habéis decidido hacer lo que habéis querido, os pido que al menos me escuchéis para el nombramiento de aquel que deberá compartir el mando conmigo.

Quinto Fabio solía tener estas ocurrencias, pero los magistrados presentes

acusaron la incomodidad de Lucio Volumnio, apenas nombrado junto a él, que lo escuchó con evidente sorpresa.

—Dada mi edad y la gravedad de la situación, debo tener a mi lado a alguien que me apoye y con el cual poder planificar, en brevísimo tiempo, la estrategia de guerra. Soy un viejo hurraño y no voy a crear una relación de total confianza con mi compañero de mando; por lo tanto, necesito poder disponer de un colega que ya conozco, alguien con quien sé que puedo ser un solo corazón y una sola mente.

La mirada del magistrado serpenteó en medio de la multitud de los senadores, adentrándose entre las filas hasta alcanzar el rostro de un hombre de ojos penetrantes y pelo castaño cortísimo, que sobre las sienes devolvía resplandores plateados a la luz de aquella hora. Ruliano lo señaló.

—Pido que Publio Decio Mure, hombre digno de vosotros y de su padre, sea elegido cónsul junto a mí.

Hubo algunas expresiones de perplejidad, pero eran tan pocas que se podían contar con los dedos de una mano. Todos conocían a Publio Decio Mure y sabían que era un hombre nacido para la vida militar, poco propenso a las palabras e inclinado a la acción. Era un valiente y ya había sido cónsul nada menos que tres veces, una de las cuales, dos años antes, precisamente con Quinto Fabio Máximo Ruliano, con el cual había combatido a los etruscos y los samnitas. Su padre, además, que se llamaba del mismo modo, había muerto inmolándose por la causa de la ciudad contra los latinos; sacrificio con el cual había salvado a la ciudad, que ahora lo contaba entre sus héroes más ilustres.

—Los dioses no podrán estar más que complacidos ante semejante elección —continuó Quinto Fabio dirigiéndose a Lucio Volumnio—, después de que Júpiter Óptimo Máximo ha aceptado el sacrificio de su padre.

Volumnio lanzó una mirada a Publio Decio Mure. En aquella sala había al menos una decena de hombres valientes que habrían cumplido el papel de defender a la ciudad, pero la ley que los antepasados habían impuesto preveía elegir a dos. Volumnio asintió, afirmando que la recomendación de Ruliano era legítima, y pensó que, quizá, los mejores entre los mejores eran precisamente ellos. Aplazó, por tanto, al día siguiente la decisión mediante voto, sabiendo que ninguno de los tres se habría presentado en el Senado.



HIJO DE ROMA

—¡He derrotado a los samnitas y ahora quiero mi triunfo! —aulló el pequeño, alzando su espada de madera al cielo bajo los ojos divertidos de su padre—. Volverás vencedor también esta vez, ¿verdad, padre?

La sonrisa en el rostro del hombre se ensanchó.

—Volveré vencedor, Publio —dijo antes de levantarlo a peso y abrazarlo—. Y cuando vuelva, cogemos los dos caballos más hermosos de Roma e iremos a cabalgar juntos.

—¿De verdad, padre?

—Claro que sí; es una promesa, y una promesa de los *Decii* es sagrada.

Padre e hijo llevaban el mismo nombre, que era el del abuelo. Tres generaciones diversas, un solo nombre, una sola estirpe, un solo pensamiento: ampliar la gloria del predecesor. Para el pequeño Publio aún era pronto, pero dentro de algún tiempo también en él se abriría camino el pensamiento de combatir para mantener la posición en que el nacimiento lo había colocado y hacer lo posible por avanzar más allá. No sería una vida fácil, porque el abuelo había dado más que cualquier otro, cuarenta y cinco años antes, inmolándose por la gloria de la ciudad, cuando esta combatía contra los latinos. Durante una batalla que iba a peor, vista la situación desesperada, Publio Decio Mure, entonces cónsul en ejercicio, se había dirigido a los dioses con el rito de la *devotio*, para atraer sobre él todas las cóleras divinas y liberar de ellas a sus hombres, dejándoles la victoria a cambio de su vida. Por tanto, había montado a caballo, empuñando las armas, y se había lanzado solo en medio de los enemigos, matando a varios antes de caer heroicamente atravesado por una nube de flechas.

El gesto dio a los suyos tal confianza y vigor que los romanos se arrojaron con gran ímpetu a la batalla, mientras que los enemigos, confundidos, comenzaron a retroceder bajo el impulso de las legiones reanimadas por el sacrificio de su comandante.

Se había inmolado por la ciudad y la ciudad le había atribuido un sitio entre sus héroes inmortales, pero este reconocimiento no se renovaría de generación en generación. Había que mantenerlo. Cuanto más altos eran los honores adquiridos, mayores eran las cargas que sostener, y Publio padre, el hijo del héroe, era perfectamente consciente de ello, mientras dejaba a su niño en el suelo.

—Están llegando.

Publio se volvió hacia Julilla, madre y esposa de aquellos dos *decii* destinados a competir con la fama del abuelo. La sonrisa del hombre se debilitó ante la mirada preocupada de la mujer. Detrás de aquella seguridad se ocultaba la angustia de verlo partir hacia las peligrosas tierras del Samnio o para atravesar la floresta Cimina y

enfrentarse a los etruscos o los umbros, o peor aún, superar los impracticables Apeninos para combatir a los monstruosos galos. Sabía que Roma estaba en peligro y que el hombre con el que se había casado sería uno de los que habrían hecho lo que fuera para detener aquel peligro. Poco importaba que lo hiciera como cónsul o pontífice. Publio Decio era un combatiente y un líder, uno de los mejores comandantes de que disponía la ciudad y se marcharía con cualquier encargo. A ella, Julilla, no le quedaba más que representar el papel de mujer de un magistrado romano, secundando su partida para esperarlo en silencio. Su estatus le negaba lágrimas o debilidades, nunca podría preguntar qué sucedía con su marido, debía esperar la noticia de la victoria o de la derrota de la ciudad; no de la vida o de la muerte de su hombre.

Mure no se había dirigido al Senado aquel día. Había permanecido en casa con su esposa y su hijo, a la espera de la votación de las curias. Si el pueblo lo había elegido como cónsul al lado de Quinto Fabio Máximo Ruliano, pronto llegarían a su puerta los lictores para traerle la noticia. Si, en cambio, el pueblo se había decidido por Lucio Volumnio, sería convocado en los próximos días en el Campo de Marte, el enorme espacio fuera de los muros de la ciudad en el que se reclutaban a las legiones que conducir a la guerra.

Publio Decio miró a su esposa, la pequeña y grácil Julia, Julilla como le agradaba llamarla, que lo observaba con aprensión. Veinte años más joven que él, venía de una familia acomodada que se había esforzado por darla como esposa al hijo del héroe de Roma. Había entrado en aquella casa como una chiquilla espantada y él se había sentido de inmediato afortunado por aquel don fresco y puro.

Al principio, Julilla le había dado ternura y luego lo había conquistado, día tras día, durante nueve largos años, suspendida entre las palpitaciones de la emoción y las del miedo, porque de aquellos nueve años, siete habían sido de esperas, de guerras y de angustias.

Ahora, aunque impecable matrona, Publio sabía que, detrás de aquella forzada ostentación de dignidad, latía un corazón espantado como el de un petirrojo apenas capturado. No continuó la frase de la mujer y se acercó a ella con una sonrisa.

—Los dioses saben lo que hacen, verás como todo irá bien —le dijo.

Julilla permaneció inmóvil frente a él, con sus ojos clavados en los del hombre, mientras a lo lejos comenzaba a advertirse el vocerío confuso de la gente. Los faciales, que representaban a la ciudad en las relaciones con otros pueblos, encargados de las mediaciones y las declaraciones de guerra, eran también los que traían la noticia de los resultados de las elecciones a los electos y generalmente los acompañaba una especie de séquito de curiosos, intrigantes y políticos que querían ser los primeros en cumplimentarse con el nuevo poderoso.

La *domus* Decia de los Mure estaba sobre el Palatino, al igual que las residencias de casi todos los otros candidatos, por tanto, aquel cortejo que se aproximaba, de hecho, podía dirigirse donde Ruliano, o donde Volumnio o quién sabe quién más.

Solo se podía esperar ostentando calma, casi indiferencia ante el hecho de que, si aquella gente se detenía frente a su casa, Publio Decio entraría en la Historia por su cuarto consulado.

Ella le cogió la mano, acarició los nudillos y luego abriéndole la palma la llevó sobre el vientre y parpadeó con ojos brillantes.

—Espero otro hijo, Publio.

El rostro del hombre se iluminó:

—Mi amor.

Sacudió la cabeza incrédulo, deslizando la mano con delicadeza sobre el tejido de la túnica, rozándole el vientre, totalmente desprevenido para aquella noticia que lo hacía feliz.

—Yo, yo espero que sea una niña, lo espero por ti, pero también por mí.

La abrazó.

—Soy un hombre envidiable y envidiado.

Ella se aferró a los brazos fuertes de él y no pudo contener las lágrimas.

—No llores, Julilla, es un momento bellissimo.

—Sí —dijo ella, asintiendo y secándose el rostro.

—Tú llevas la vida, es una señal, es una bellissima señal, Julilla.

Lo abrazó con fuerza, de nuevo, con los ojos cerrados, los labios apretados y las lágrimas que descendían mientras el vocerío afuera se hacía más cercano.

—Volverás para su nacimiento, ¿verdad?

—Volveré.

—Prométemelo, Publio.

El cortejo se detuvo en la casa Decia.

—Cuídate, verás que el tiempo pasa rápido.

—Sin ti, no sé si podré afrontar esto.

—La fuerza está dentro de ti, mira al pequeño Publio, él sabe cómo llenar esta casa de todo el afecto que necesitas. El bueno de Eutidemo te ayudará y tú, tú atesora esta vida dentro de ti y siéntete orgullosa de llevar en el vientre otro hijo de Roma.

—Un hijo nuestro, Publio.

Golpearon a la puerta.

—Un hijo nuestro, Publio —repitió viendo que la mirada de él seguía a Eutidemo, el viejo esclavo griego, preceptor del pequeño Publio, que iba hacia la entrada.

—Es un Mure, Julilla —rebató él, soltándose del abrazo.

Eutidemo volvió.

—Un fecial te espera en la puerta, *domine*. Está acompañado por doce lictores.

Publio Decio Mure se sintió invadido por un calor profundo. Era cónsul por cuarta vez. Había superado a su padre. Miró a Julilla.

—Es hijo de Roma.



HONOR

Los pasos decididos de Publio Decio Mure resonaron entre los mosaicos del atrio de la casa de Quinto Fabio Máximo Ruliano. El esclavo que le abría paso se detuvo poco antes de la columnata del jardín interior y con ademán obsequioso lo invitó a continuar solo, indicándole con la mano abierta la figura del dueño de la casa que lo esperaba más allá del estanque rectangular.

—He llegado en cuanto he podido, Rullus.

—Te lo agradezco —respondió el cónsul yendo a su encuentro—, sé que estás muy atareado con los preparativos; es más, te pido excusas por haberte apremiado.

—No te preocupes, desde que hemos aceptado debemos estar siempre listos, ¿no es cierto?

—Muy cierto, ¡ay! Pero ante todo: ¿cómo está la querida Julia?

—Bien —respondió Mure, esbozando una sonrisa—, de salud bien, pero desanimada por mi partida.

—Es una característica de las esposas de los cónsules, querido. Nosotros nos adaptamos al presente y ellas se lanzan hacia el futuro con el pensamiento, imaginando lo peor.

—Debe de ser como dices, pero esta vez está más angustiada de lo normal, quizá porque está en la dulce espera.

Ruliano extendió los brazos.

—Esa sí que es una noticia, así me gusta, hijo, llena esta ciudad de tu virtuosa descendencia.

—Se necesita tiempo también para tener hijos y es difícil si estoy siempre en guerra. Así que de momento Roma deberá conformarse.

—Sí —respondió el viejo cónsul, invitando a su colega a sentarse—. El Hado nos quiere siempre listos para combatir; quizás estemos destinados a salvar a los hijos de Roma, en vez de engendrarlos, y esto, además de privarnos de placer, hace que salvemos también a alguien que luego no lo merece.

Publio Decio rio.

—Pero ahora pasemos al motivo por el que te he convocado de prisa y en sordina, amigo mío —dijo el viejo cónsul después de haber alejado con un gesto expeditivo al esclavo que les había traído dos copas de vino dulce—. Ya hemos trabajado mucho tiempo juntos, entre nosotros siempre ha habido una gran complicidad y tú sabes qué pienso de nuestros senadores. Algunos son excelentes elementos, otros buenos, algunos otros mediocres y así sucesivamente. Yo creo, mejor dicho, estoy seguro de que este consulado será aún más difícil que los otros, porque además de combatir a nuestros enemigos, deberemos guardarnos de los amigos. Los que actúan en la

sombra de la curia.

Quinto Fabio lanzó una mirada hacia la columnata, estaban solos, pero se acercó y bajó la voz.

—Apio Claudio, nuestro procónsul, que ha conducido las operaciones hasta ahora con Lucio Volumnio, ha exagerado la gravedad del conflicto en Etruria en sus informes llegados al Senado.

—¿Cómo puedes decir que son exagerados?

—Porque lo conozco, le gusta enfatizar y no tomar las necesarias contramedidas. No es un buen soldado, sino un hábil político. Apostaría mi patrimonio a que se ha fortificado en campamentos inexpugnables, permitiendo que el enemigo se organice y actúe. Esto es lo peor tanto para los nuestros como para nuestros enemigos. Los hombres deben estar en constante movimiento, de modo que no tengan mucho tiempo para pensar y volverse apáticos. Del mismo modo, también el enemigo debe temer la llegada de una legión de un momento a otro para no tomar la iniciativa.

—Es por eso que el Senado y el pueblo te han votado; todos confían en Quinto Fabio para afrontar este peligro.

—No todos, Publio, una parte del Senado me acusa de haber ido demasiado lejos cuando me enfrenté a los etruscos en las pendientes de los montes Ciminios.

—¿Demasiado lejos?

—Así es. Si hubiera evitado penetrar en esa selva, entrando en las tierras de los umbros, quizás ahora esos montañeses aún estarían entre sus colinas boscosas y no se habrían aliado con los etruscos.

Decio Mure sacudió la cabeza con una sonrisa.

—No puedo creer que el viejo Ruliano reciba presiones de un reducido grupo de senadores después de lo que ha hecho por Roma.

—Sin embargo, es así. Si reflexionamos sobre ello, obtuve una victoria efímera en la selva Cimina, porque en realidad, entrando en las tierras de los umbros y haciendo tierra quemada para obligar a los etruscos a la rendición, amplí el conflicto. Varias ciudades umbras se han puesto del lado de los etruscos, otras son por el momento neutrales, pero más propensas a cerrarnos las puertas que a abrirnoslas. Roma tiene un enemigo más. Yo he dejado que las brasas anidaran bajo las cenizas y ahora se necesitará sangre romana para apagar este incendio.

—Dudo de que todos los umbros se pasen del lado de los etruscos si estos se han aliado con los senones. Umbros y senones son enemigos.

—Los etruscos están en la base de todo este extraño revoltijo de aliados reunidos para la ocasión. Son desleales y condenadamente ricos, solo a ellos podía ocurrírseles pagar a sus más acérrimos enemigos para volverlos contra nosotros. Además, pagando a los galos, evitarán de momento que estos ataquen a los umbros para poner de su parte a la mayor cantidad de fuerzas posibles. Debo admitir que el movimiento es terriblemente astuto.

Mure bebió un sorbo de vino.

—Si marchamos directamente hacia las tierras de los etruscos quizá todos los acuerdos entre estas gentes quedarán anulados. El suyo es el ejército clave, al que derrotar primero.

—Y es por eso que estás aquí, amigo mío. Es esencial que yo pueda marchar de inmediato hacia el norte.

—Pero eso —dijo Mure, con una sonrisa incómoda—, no depende de nosotros, los dioses tendrán su papel, dado que los caminos se asignarán por sorteo.

Fabio se aclaró la voz.

—Debemos mantener a los dioses fuera de esto, Publio Decio.

Al joven cónsul le costó entender aquellas palabras.

—No... no podemos evitar el sorteo, no has sido nombrado dictador.

—Publio, debo enmendar aquel error. Concédemelo —rebatía Rullus, nervioso—. Conozco esos lugares, he conducido a las legiones a través de aquellos inaccesibles barrancos, he abierto el paso en aquella selva y estoy en condiciones de atravesarla de nuevo. Cortando por la floresta puedo caer sobre los etruscos y aislarlos de los otros.

Decio Mure, enmudecido, miró a su colega, que continuó:

—Pediré una provisión extraordinaria que me asigne el mando de las operaciones en Etruria.

—No puedo creer lo que oigo, tú has recibido presiones del partido de los patricios para que yo sea relegado a un papel secundario.

—Los patricios esperan que su hombre conduzca esta guerra, Publio.

—Los tribunos de la plebe se opondrán firmemente.

—No podrán hacer frente a los patricios, lo sabes.

—Me estás pidiendo que eluda el voto del pueblo, Fabio.

—Te estoy pidiendo que salves a este pueblo de una derrota —rugió el otro.

Mure se quedó en silencio.

—Si estás pensando en tu honor, Publio —continuó Ruliano, volviendo a la calma—, he pensado también en esto. Te opondrás teatralmente a esta decisión, hazte apoyar también por los tuyos, si es necesario, pero no por todos, no podemos arriesgarnos demasiado. Al fin, me elegirán a mí.

—Cuando alguien se encuentra ante una guerra dura y difícil como la que deberemos afrontar y se la confía a uno solo de los dos comandantes, sin un sorteo normal, ¿a quién no puede ocurrírsele que el otro cónsul sea considerado inútil o de sobra?

—¡A mí! —dijo Quinto Fabio, tajante—. Los senadores pensarán que han hecho lo correcto, dándome el mando; los patricios creerán que han ganado una vez más a los plebeyos, pero yo, yo sabré que hay un hombre que, más que ningún otro, se ha inmolado por la causa. Tú —dijo señalándolo—. Confía en mí, tendrás ocasión de hacer resplandecer tu honor y el de tu ilustre familia en esta guerra, Publio, solo te pido que me des la posibilidad de alcanzar con la velocidad del rayo las avanzadas de ese inepto de Apio y devolverlo a Roma. Tú irás al Samnio durante el invierno y

pondrás a raya a Gelio Ignacio, luego uniremos nuestras fuerzas para interceptar a los galos y los umbros.

De nuevo se hizo un instante de silencio.

—Espero que los dioses secunden tu voluntad, Fabio —dijo luego Publio—; en cuanto a mí, estaré listo para partir, hacia cualquier frente. Listo para alcanzar tanto el Samnio como la Etruria. Listo para hacer lo que me digas.

Ruliano puso la mano sobre el hombro de Publio Decio Mure.

—Rogaré a Júpiter Óptimo Máximo y a los dioses inmortales que te concedan la oportunidad de demostrar cómo un cónsul romano está en condiciones de guiar a los suyos en el peligro. Tendrás tu parte de gloria en esta guerra. Los dioses siempre están del lado de los más fuertes.

La silueta de Julilla se materializó desde la oscuridad en el umbral de la estancia iluminada por las lámparas. Publio alzó la mirada de los papeles, observándola avanzar con pequeños y silenciosos pasos.

—No hablas desde ayer, desde que regresaste de casa de Ruliano.

El cónsul no respondió.

—Es viejo y poderoso —continuó la mujer—, tiene la autoridad de un anciano, pero los defectos de un niño. Sabes que los viejos se vuelven caprichosos como los niños.

Publio la miró, no podía revelar la verdad de aquella intriga, ni siquiera a ella.

—Se ha prestado al juego de los patricios; lo habría entendido en otro momento, pero no hoy. Ahora lo más importante para el bien común es afrontar juntos el peligro que viene de afuera, no luchar entre nosotros.

—Los patricios te temen. Eres el valiente Publio Decio Mure, el cónsul plebeyo que puede echar sombra sobre su monumento viviente.

—Sí, pero él me conoce, sabe que lo respeto y que no haría nada que pudiera perjudicarlo; en cambio, pidiendo el mando sin sorteo afecta a mi honorabilidad.

Julilla se apoyó con gracia sobre el escritorio, desplazando los papeles que su marido había consultado hacía pocos instantes.

—Nadie puede ni podrá nunca quitarte tu honor, Publio. Ya has brillado en el pasado por tus empresas y estoy segura de que —dijo con una pausa cargada de preocupación— no te echarás atrás tampoco esta vez. Todos lo saben.

—Todos lo saben, pero la gente hará lo que Ruliano le pida. Él es demasiado fuerte. A él le darán el mando del frente septentrional y a mí me dejarán un papel de gregario.

Julilla lo acarició.

—Tú no eres ni serás nunca como ellos, Publio; tú buscas en el aprecio del Senado el sentido de tu existencia. Tú eres más noble que ellos, que son espléndidos por fuera e innobles por dentro. Tú sabes lo que es bueno para Roma y honrarás tu

tarea por el bien de todos.

Publio apoyó la cabeza sobre el vientre de su mujer, abrazándola por la cintura.

—Siempre encuentras las palabras adecuadas que decir.

—Porque te amo y sé que para demostrártelo también esta vez deberé dejarte marchar.

El hombre alzó la mirada hacia ella.

—Aunque mi corazón me pide que te arranque esa coraza —continuó Julilla—. Mi corazón te querría a mi lado cada día, porque después de nueve años juntos, de los que he pasado siete sola mirando esa puerta con la angustia de ver llegar a un pontífice con tu yelmo, un poco me lo merezco. Mi corazón querría borrar por arte de magia de tu mente la estirpe que debes honrar. Al mismo tiempo, mi corazón sabe que eres un Decio, que no tienes otra vida y aspiración que hacer ilustre este nombre.

Él la observó, iluminada por la luz amarillenta, con esa mirada a medias entre la rabia y la resignación.

—Cada vez que sucede, cada vez que partes —dijo ella, con voz temblorosa—, me encuentro sola por la noche en mi habitación y pienso. ¿Sabes qué pienso?

El hombre sacudió la cabeza mientras ella echaba un vistazo distraído a los incomprensibles mapas esparcidos sobre la mesa.

—Pienso en cuando te vi por primera vez.

Publio esbozó una sonrisa.

—Era una hermosa mañana de abril. Recuerdo que mi padre daba las últimas órdenes a los criados y luego se ponía la toga de las grandes ocasiones. Recuerdo que el sol aún no estaba en lo alto cuando salimos de casa. El aire penetrante rozaba mi rostro y yo no sabía si estar triste o feliz. Era el día de mi compromiso con un hombre al que nunca había visto, un hombre del que todos hablaban como de una grande y estimada persona. Seguían repitiéndome que debía estar feliz por aquello que me estaba ocurriendo. El padre de mi futuro marido había sido un gran cónsul y había muerto con una *devotio*, para salvar a Roma de una gran calamidad. Había sido precisamente él quien un año antes me había elegido como tu esposa y, en su ausencia, su hermano, tu tío, lo sustituía en la ceremonia de esta promesa.

Julilla inclinó la cabeza.

—El corazón me latía con fuerza, Publio, tenía el estómago revuelto mientras nos acercábamos a la *domus* Decia, la casa de los Decios, la casa del héroe.

El hombre asintió complacido y curioso mientras ella continuaba.

—Este sitio aún no me era familiar. Recuerdo que llegamos precedidos por dos esclavos, como una especie de pequeño cortejo, y nos detuvimos frente a la puerta. Un criado nos invitó a entrar. Di un paso y superé el umbral rogando a los dioses que me dieran fuerza. Vinieron a nuestro encuentro tu tío y los demás parientes; por último, vi a una de las mujeres de la casa, vestida con ropas finísimas y flanqueada por esclavos bien ordenados.

Julilla tragó saliva y un brillo apareció en sus pupilas oscuras.

—Aún puedo ver sus rasgos nobles, su mirada triste y, al mismo tiempo, serena. Era la madre de aquel con el que me habían prometido. La viuda Mure, tu madre.

Julilla pasó su mano entre el cabello corto de Publio.

—Los hombres se dirigieron a otra habitación, dejándome a solas con ella. Su figura avanzó entre los resplandores plateados que el sol reflejaba en el estanque del *impluvium*. En aquella mañana de ansiedad me dio una sensación de sosiego que me reconfortó. Sonrió y me acercó a ella antes de conducirme al salón donde las mujeres se reunían para charlar y tejer. Estuve tan a gusto que ni siquiera recuerdo cuánto tiempo pasamos allí. Me preguntó sobre mí, me habló de ella y habló de ti con el orgullo que solo una madre puede tener. Luego cogió un cofre que tenía al lado y con amabilidad me dio su regalo, que desde aquel día nunca me he quitado —dijo, llevando la mano a sus pendientes de perlas—. Una esclava entró en la habitación justo cuando ella acababa de ayudarme a ponérmelos, contándome que aquellos pendientes eran un presente que la familia se transmitía desde hacía generaciones. Ella ya no los necesitaba, dado que el mejor ornamento que podía tener eras tú.

Publio esbozó una sonrisa, sacudiendo la cabeza.

—Luego, con la elegancia de un gesto, me dio a entender que había llegado el momento de reunirme con aquel al que sería ligada. Fui presa de un malestar irrefrenable y me levanté obligada solo por la educación y la costumbre, porque en aquel instante habría querido huir. Me indicó el lugar hacia el que debía encaminarme, y con el corazón que me estallaba cogí esa dirección seguida como una sombra por mi doncella.

»La casa me parecía inmensa con los mosaicos de las habitaciones que reproducían escenas mitológicas. Al cruzarlas, era como si los mismos muros me escrutaran. En el *hortus* la doncella se marchó y me dejó sola. Estaba petrificada, titubeante, con la respiración entrecortada y el ánimo agitado. Allí te vi por primera vez, junto al gran muro perimetral de la casa. “Julilla”, me llamaste, viniendo a mi encuentro y entrando en mi vida con tu paso desenvuelto y seguro. Permanecí con la cabeza inclinada, sin atreverme a alzarla por miedo a encontrarme frente un rostro horrible, hasta que tú estuviste tan cerca que me cogiste las manos.

»Julilla. Miré tu mano, vi el anillo de la familia de los *Decii*, luego alcé el rostro y tus ojos se encontraron con los míos. El corazón me dio un vuelco. Me observabas divertido con tu sonrisa cautivadora en el rostro. Tu fuerza magnética que nadie puede vencer.

—Eras tan hermosa que dejabas sin aliento —la interrumpió él.

Julilla sonrió complacida. Le pasó de nuevo la mano por el pelo mientras derramaba lágrimas.

—Y yo no debo de ser gran cosa si ante aquel recuerdo te dan ganas de llorar.

—Oh, tú no eras solo guapo, eras fuerte, noble e invencible. Me sonreíste con tus ojos, que me miraban encendidos, y con aquella sonrisa me hiciste tuya. Habías dicho solo mi nombre y, sin embargo, tu voz profunda me había desarmado; aún debías

hablarme y ya me habías vencido.

Publio se puso de pie y la abrazó.

—Aquella época fue mágica. Duró hasta la primera vez que partiste, dejándome sola aquí, embarazada del pequeño Publio.

El hombre bajó la mirada, como si se sintiera culpable.

—Durante aquellas tardes de soledad, solía sentarme en el jardín interior con tu madre, que me contaba que lo que me ocurría era del todo normal. También ella te había criado sola, porque su marido se había pasado la vida lejos de casa, en la guerra. No conseguía entender si alguna vez lo había amado, porque hablaba de él de una manera distante, como si fuera un personaje ilustre ajeno a la familia. Sin embargo, me dijo que lo echaba en falta y, una vez viuda, había debido ocuparse sola de tu educación. Contó que te había criado de manera austera, con severidad. No lo había hecho porque no sintiera por ti la ternura de una madre, al contrario, lo había hecho para que estuvieras dispuesto a llevar la vida de esfuerzos que inevitablemente, siendo alguien de la *gens plebea Decia*, hijo del héroe muerto en guerra, te había caído encima. Cuando nació el pequeño Publio, me aconsejó que ejercitara mi tutela de manera igualmente inflexible sobre él. Solo así crecería fuerte y resistiría los embates del destino.

—Has estado a la altura de la situación, Julilla. Siempre lo has estado y siempre lo estarás. Ya antes, cuando eras la muchacha espantada y confusa que me tomó por marido sin conocerme. Lo has estado después, cuando has sabido administrar esta propiedad y a la servidumbre en mi ausencia durante siete largos años. Lo estarás ahora aún más, pues eres la respetada *domina* del cónsul.

La mujer sacudió la cabeza.

—No me abandones al mismo destino, Publio, te lo ruego. No quiero ser la matrona que deambula por la casa con esa mirada triste que ha tenido tu madre hasta el último día de su vida.

—Me cuidaré de ello, te lo prometo.

—Piensa también en nosotros, no solo en el honor, te lo imploro.

—Lo haré.

Los dos se abrazaron con fuerza.

—Vuelve a casa —susurró ella—; te lo ruego, vuelve a casa, nosotros estaremos aquí esperándote. Yo, el pequeño Publio y él —dijo llevándole la mano al vientre—. Vuelve a casa.

IV

SACRAMENTUM

Julilla pasó la noche insomne, evocando los recuerdos del hombre que dormía a su lado. Había compartido solo parte de su vida con él y, sin embargo, vivía para él. Todo era él.

Creía que con el tiempo había aprendido a vivir lejos de su marido, pero ahora que el momento de separarse había llegado, se sentía superada por la necesidad de su presencia. Advertía un peligro en aquella partida, y desde hacía días vivía con la angustia de no verlo más.

Inútilmente, trató de cerrar varias veces los ojos y de pensar que aún durante algunos días lo tendría a su lado; algunos frenéticos días en los cuales estaría constantemente ocupado en los preparativos de la partida.

Los pasos de Eutidemo llegaron desde el jardín interior, y la luz de una lámpara disolvió la oscuridad proyectando enormes sombras sobre las paredes pintadas al fresco. El criado no perdió tiempo ni palabras para despertar al cónsul, porque cuando llegó a la habitación, Publio Decio ya estaba en pie. Eutidemo abrió paso iluminando el corredor que llevaba al estudio de Mure, donde el cónsul se puso la almilla de cuero y luego la coraza musculada. Publio Decio cogió el gladio que había sido de su padre, comprobó su filo y lo colocó en la funda. En silencio el esclavo griego le arregló el talabarte sobre el hombro y le ofreció la capa.

El perfume de Julilla se mezcló con el olor metálico del hierro y muy pronto de ella no le quedaría ni eso.

—Ve a decir a los lictores que ya voy.

El esclavo asintió y dejó a Mure solo. El cónsul alcanzó una estancia con paso medido y se detuvo en el umbral. Miró a su hijo durmiendo, pero desde aquel ángulo no conseguía verle el rostro. Se acercó despacio hasta llegar a la cama y observó aquella espléndida carita de rasgos delicados que dormía. Los nudillos del cónsul se deslizaron, despacio, sobre la mejilla hasta desplazar los densos rizos que rodeaban el rostro del don más precioso que tenía.

Lo miró con una mezcla de ternura, conmoción, orgullo y amor. Le cogió la manita inerte.

—Padre —susurró el pequeño.

—Estoy aquí, Publio, duerme, es muy temprano, solo quería saludarte.

—¿Partes para la guerra?

—Sí.

—¿Algún día me llevarás también a mí?

El padre esbozó una sonrisa.

—Sí, pero ese día aún está lejos. Ahora es muy importante que tú estés aquí para

ayudar a tu madre; recuerda que en mi ausencia eres el hombre de la casa. ¿Lo harás?

—Sí.

Un gallo cantó, a lo lejos. Publio Decio besó la mejilla del pequeño y le olió el pelo, tratando de memorizar aquel perfume para llevarlo consigo.

—Ahora debo marcharme. Alectrión me llama, ¿lo oyes? Y ante su reclamo es preciso estar listo, si no se quiere tener su mismo fin.

—¿Quién es Alectrión?

—Alectrión era un buen soldado, tan bueno que Marte, el dios de la guerra, lo quiso como su centinela.

—¿El mismo Marte?

—Sí. Y Marte, ¿sabes?, se fiaba tanto de él que cuando de noche iba a ver a Afrodita, la bellísima diosa dejaba de guardia a Alectrión para avisarle en el caso de que llegara Helios, el Sol, que todo lo ve, y que iluminando la habitación podía descubrirlos.

El gallo cantó de nuevo.

—Pero una noche Alectrión se durmió, y cuando Helios llegó, por la mañana, descubrió a Marte y Afrodita y los encerró en una jaula de luz para que los vieran todos los otros dioses del Olimpo.

—¿Y qué sucedió?

—Oh, Afrodita y Marte fueron condenados al exilio y a vivir lejos; entonces Marte se vengó maldiciendo a Alectrión y transformándolo en un animal que durante toda la eternidad se vería obligado a avisar de la llegada de Helios: el gallo. Un animal maldito que es heraldo de malas noticias si se lo ve, pero es inocuo si se lo oye.

—Pobre Alectrión.

—Bah, menos mal que está él para avisarnos cada día de la salida de Helios.

—Me acordaré del canto del gallo de esta mañana, padre. El gallo que te aparta de mí.

Publio Decio sonrió a su hijo.

—Nadie puede apartarme de ti, porque tú animas mi corazón y motivas mi vida. Dondequiera que esté, tú estarás conmigo. Volveré pronto, te lo prometo.

—¿De verdad?

—Claro, volveré antes de lo que imaginas —dijo el cónsul, combatiendo la emoción—. Ahora duerme —dijo—. Alectrión no canta para ti —añadió con una sonrisa antes de echar un último vistazo, de dar una última caricia, un último y suave beso. Luego, cuando el niño cerró los ojos, abandonándose al sueño, el cónsul se levantó y se encaminó hacia la salida donde alcanzó a los lictores, que lo esperaban en la entrada. Cruzó el umbral de la *domus* Decia y el ruido de su paso cambió, se volvió pesado y se convirtió en el de un soldado que se unía a sus hombres.

El rumor cadencioso de los pasos claveteados de su escolta consular resonó entre las paredes de las habitaciones. Julilla se despertó y reconoció, entre los otros, el paso

de su marido, que se alejaba. No lo veía, pero sabía que se dirigía al Campo de Marte. Lo imaginaba descendiendo del Palatino y llegando a la puerta Carmentalia para alcanzar la gran explanada yerma en la cual las *caligae* dejarían de hacer ruido.

Allí, la bruma que aleteaba a media altura en la calígene del alba creaba un aura mística sobre los miles de figuras ahí reunidas. Antaño aquel claro había pertenecido al último rey de Roma, Tarquinio el Soberbio, rey cruel de la dinastía etrusca de los tarquinios, que había asumido el control de la ciudad por la fuerza y la había gobernado como un tirano contra la voluntad del pueblo y el Senado. Después de su expulsión, aquellos terrenos expropiados por el pueblo fueron donados con una ceremonia sagrada a Marte y, desde entonces, aquel se había convertido en el lugar donde los ciudadanos se reunían para reivindicar su libertad. Era allí que podían mostrar su forma de gobierno pública con las votaciones, los comicios, el censo y el alistamiento.

No había sido una elección casual, había un motivo preciso por el cual aquel sitio, llamado desde entonces Campo Marcio, había sido consagrado al dios de la guerra.

Dejado voluntariamente yermo, el campo estaba encajado en la vertiente norte de los muros, más allá del Capitolio, sobre el cual descollaban a lo lejos el tejado dorado del templo de Júpiter y el Tíber.

El Tíber, el límite entre Roma y todo lo que no era Roma. El río no atravesaba la ciudad y ni siquiera la bordeaba, se mantenía extramuros. Había dos puentes que lo cruzaban, pero se trataba de construcciones físicas, mientras que el río era una especie de insuperable océano en la mente de los romanos. Pasar el Tíber significaba dejar Roma, y solo en dos ocasiones se dejaba Roma: para ir a la guerra o para morir. Cruzar el Tíber significaba ir hacia otro mundo, otro universo.

Por eso el Campo Marcio se encontraba allí, porque cualquiera que partiese debía pedir la protección del dios de la guerra, y cualquiera que hubiese llegado del río, por tanto, de Etruria, debía pisar el suelo sagrado de Marte, desencadenando su ira.

Entre Roma y Etruria estaba Marte: la guerra.

Y era precisamente para la guerra que las tribus habían comenzado a reunirse en el Campo Marcio aquel día. Los primeros habían llegado cuando aún estaba oscuro, envueltos en sus capas. Incluso a lo lejos se podía entender por su paso quién llegaba allí por primera vez y quién lo había hecho durante toda la vida. De vez en cuando, alguien se separaba de su grupo e iba a saludar a un viejo conocido de otra tribu. Había jóvenes que miraban a su alrededor con curiosidad, enmascarando su tensión detrás de una buena dosis de arrogancia. Había campesinos que pensaban en su cosecha, con las manos aún sucias de tierra, pastores con el rostro marcado por el sol, el viento, la lluvia y el paso continuo de las estaciones. También artesanos, que habían interrumpido su producción; alfareros, carpinteros, albañiles y comerciantes de las más heterogéneas actividades buscaban la mejor posición para hacerse notar o desaparecer en la masa. Estaban los empresarios ricos, con ropas perfumadas, y los pobres parias que llevaban encima el hedor a orín de las tintorerías.

Todos diversos y, sin embargo, iguales. Todos hombres libres, todos ciudadanos romanos. Porque ser un ciudadano romano significaba ser un hombre libre. No era solo una condición social, era un modo de actuar y de pensar. Era un nombre, un apellido, una tribu y una centuria a la cual pertenecerían durante toda la vida, como pastores, campesinos, electores o soldados.

Guerra y ejército eran lo mismo; en aquella época, a falta de una contienda, no había ejército en Roma. En tiempos de paz no existían los soldados, pero cuando se declaraba una guerra todos lo eran y los campesinos dejaban sus granjas para entrar en una realidad completamente diversa.

Jóvenes y no tan jóvenes, fuertes y menos fuertes, todos habían llegado allí respondiendo a la llamada de Quinto Fabio Máximo Ruliano y lo habían hecho con diligencia. Ya no era tiempo de ser carpinteros o pastores; era tiempo de ser soldados a las órdenes del viejo cónsul. Todos habían acudido para seguirlo en su campaña de guerra, obtenida después de haber solicitado al Senado y al pueblo una provisión extraordinaria que le había asignado el mando de las operaciones en Etruria. Provisión que había aceptado con entusiasmo la totalidad de los patricios y de los representantes de las tribus, a pesar de la oposición de los tribunos de la plebe.

—Tengo la intención de enrolar a cuatro mil infantes y seiscientos jinetes — empezó Ruliano, hablando con voz firme a los soldados alineados frente a él—. Llevaré conmigo a cuantos den sus nombres entre hoy y mañana. A mí me importa más devolveros a la patria ricos del primero al último que hacer la guerra con muchos soldados.

Un estruendo se alzó de la multitud. Aullaron su nombre varias veces. Todos querían entrar en las filas del gran general. A su lado, Publio Decio Mure observaba en silencio aquellas manos alzadas, aquel nombre silabeado al cielo. Permanecía impassible y por dentro sentía que se lo habían robado todo. También él había combatido; también él había conducido victoriosamente a sus hombres a la guerra devolviendo a casa a tantos como había podido. También él había contribuido a hacer grande aquella ciudad e ilustre su nombre. No obstante, aquel día nadie lo coreaba. Todos estaban allí por Ruliano.

Mure estimó adecuado el número de soldados que Ruliano había propuesto, por tanto, no planteó objeciones o demandas particulares y, evitando cruzar la mirada de Quinto Fabio, se dirigió al oficial a su lado, un hombre grande y fuerte que llevaba un vistoso vendaje sobre el brazo derecho, señal de su última batalla combatida en el Sannio solo un par de semanas antes. Su nombre era Marco Livio. Con su pelo corvino y su barba enmarañada, de la que destacaban hilos plateados, habría podido parecer un filósofo griego. En realidad, era el pontífice en el séquito de las legiones, el hombre que tenía la misión de sugerir a los cónsules el modo más oportuno de cumplir con las obligaciones religiosas y salvaguardar la *pax deorum*, o sea, la concordia entre Roma y los dioses. En efecto, su encargo, como decía la palabra misma, *pontifex*, era «crear puentes» con la divinidad.

Mure invitó a Livio a iniciar el sorteo de las tribus para la asignación de los hombres a la legión. Este se acercó al nutrido grupo de altos oficiales que lo esperaban a poca distancia. Eran los tribunos ya elegidos por los dos nuevos cónsules en ejercicio para el mando de sus legiones.

El pontífice extrajo de una urna el nombre de la primera tribu que proporcionaría sus combatientes; la suerte se decidió por los *Valerii*. Ordenadamente los hombres de la tribu Valeria se alinearon en fila de cuatro para dejar sus señas. Los cuatro debían ser más o menos de la misma constitución física, la misma antigüedad de servicio, la misma edad y equivalentes situaciones económicas. Al ser un ejército de ciudadanos que dejaban sus profesiones para ir a la guerra, sus características físicas y la tipología de armamento que podían permitirse concurrirían a darles una posición en el interior de las alineaciones.

Marco Livio y los demás tribunos se dividieron en cuatro grupos, uno por legión de pertenencia, y se dispusieron a elegir por turno a su candidato de los cuatro que se presentaban. La costumbre preveía que comenzaran los tribunos de la primera legión, luego los de la segunda y así sucesivamente. Los segundos cuatro candidatos sufrían la misma suerte, pero la elección comenzaba por los tribunos de la Segunda Legión, luego de la tercera y, por último, de la cuarta, para luego recomenzar por la primera y continuar así hasta la consecución de los ocho mil soldados necesarios. De este modo se tenía la seguridad de haber dividido equitativamente el material humano entre las cuatro legiones.

La división basada en la edad y el censo permitía saber de inmediato dónde se ubicarían los soldados elegidos. Los más jóvenes y vigorosos ocupaban las primeras filas, componiendo los manípulos de los asteros. Para poder formar parte de los asteros no se requería disponer de un gran equipo, había que declarar que se poseía al menos una lanza, un asta, justamente, el símbolo arcaico de quien podía ser contado entre los idóneos para las armas, y un escudo oblongo de buena factura, rectangular u oval. Todo el resto era superfluo. Las primeras líneas no tenían yelmos, armaduras o espinilleras, y los que no podían permitirse ni siquiera equiparse con un escudo acababan formando parte de los vélites, que, armados con lanzas, piedras y hondas, avanzarían a la carrera para fastidiar a los enemigos y luego se retirarían entre las primeras filas de sus compañeros.

Hombres más maduros, expertos y mejor equipados, en cambio, compondrían la segunda línea de la legión. Eran los príncipes, la mayor parte de ellos disponía de yelmos, espinilleras y corazas de distinto tipo. En sus filas descollaban centelleantes discos de bronce atados al pecho con correas, corazas de lino o cuero, o viejas armaduras musculadas, herencia de algún antepasado que había combatido en la falange cuando, diversas tribus presentes aquel día en el Campo Marcio, luchaban entre ellas. Algún joven inexperto, pero prometedor, y sobre todo de buena extracción social, acababa inevitablemente entre los príncipes, a pesar de la poca experiencia de guerra, solo porque disponía de un buen armamento.

Luego estaban los viejos leones, los decanos de los campos de batalla que llevaban en el rostro las marcas de los enfrentamientos sostenidos: los triarios. A ellos correspondían los manípulos de la tercera línea. Estaban armados con largas lanzas pesadas y escudos que cubrían enteramente su figura. Su presencia daba apoyo moral a toda la formación, aunque pocas veces intervenían en la batalla, asistiendo al enfrentamiento con una rodilla en el suelo, listos para actuar según las exigencias. Pero cuando llegaba la orden de avanzar, su modo de combatir era devastador. Dejar la suerte de la batalla en manos de los triarios significaba querer invertir una situación de veras preocupante.

Detrás de ellos estaban los hombres menos válidos, por edad y valor, los rorarios, y detrás aún los auxiliares, que eran los menos fiables de todos. Muchos de ellos estaban incluso desarmados e intervenían recogiendo las armas de los caídos. Quizá Ruliano, con la idea de llevar a la batalla a cuatro mil infantes por legión, había pensado en prescindir de estas categorías, pero las continuas guerras sostenidas en el curso de los últimos años habían creado una hemorragia de hombres listos para el combate. Por tanto, a su pesar, debía integrar en las filas también a varios indigentes, con la esperanza de no tener que usarlos.

A mediodía las legiones ya tenían la mitad de los efectivos, y la multitud que había ocupado la planicie desde el alba comenzaba a dividirse en cinco grandes grupos: los cuatro de las legiones y los hombres aún no enrolados, que ocupaban el centro del Campo de Marte.

Vista desde los muros de la ciudad, la aglomeración multicolor cogía por momentos precisas formas geométricas porque los tribunos ya habían dividido las filas para formar los manípulos de sesenta hombres cada uno. Quienes aún debían ser elegidos y esperaban su turno empezaron a comer lo que habían llevado, mientras que los hombres ya encuadrados comenzaban a memorizar el número de su manípulo, distinguido por un preciso pendón, que sería su punto de referencia en los meses por venir.

Manípulo tras manípulo, las legiones tomaron cuerpo hasta que, a última hora de la tarde, decenas de pendones se agitaban delante de los manípulos completamente formados.

Publio Decio Mure, seguido por un séquito de sirvientes, alcanzó al pontífice Marco Livio. Los dos miraron algunas listas cotejando el número de los efectivos junto a los otros tribunos, y en aquel momento una ovación se elevó de las legiones de Ruliano. Quinto Fabio debía de haber comenzado a arengar a los suyos.

El joven cónsul se demoró aún algunos instantes, luego dejó los expedientes y se encaminó con Livio hacia la enseña del lobo, detrás de la cual los hombres lo esperaban en silencio, quizás un poco decepcionados por el hecho de haber entendido que no irían con el gran Rullus.

—Quirites —empezó Decio Mure, con voz decidida, llamando la atención de todos—. Ciudadanos y soldados. Hay tres modos de dejar Roma: ir al campo, partir para la guerra y ser depositado en la tumba. Hoy nosotros la dejamos para ir a la guerra. Dejamos nuestras casas, donde vivimos, trabajamos y amamos, para entrar en tierras hostiles donde deberemos sobrevivir y matar. Es como si cruzáramos una puerta entre dos vidas completamente distintas, y es por eso que, cuando el Senado declara una guerra, se abren las enormes puertas de bronce del templo de Jano, el dios de los pasajes. Hoy habéis sido llamados para recorrer este pasaje. Habéis venido aquí para dar vuestras señas con el fin de ser asignados a una unidad. En ella ya habéis podido reconocer a algún viejo camarada y a muchos desconocidos. Desde mañana estos desconocidos se convertirán en vuestros hermanos, vuestra familia. Con ellos marcharéis días enteros, compartiréis las guardias, las noches insomnes, las cenas en torno al fuego, vuestros pensamientos y vuestras acciones, por más nobles o despreciables que sean. Con ellos combatiréis, mataréis, haréis esclavos y obtendréis un botín; con ellos lloraréis la pérdida de un camarada. Algunos de vosotros verán en ellos la última mirada u oirán la última palabra antes de morir.

Guardó silencio durante unos instantes antes de coger el asta que sostenía el lobo.

—Existe un mundo regido por Júpiter al que son confiados nuestros sentimientos, nuestras familias y nuestros objetos queridos. Lo dejamos aquí —dijo, señalando la gran serpiente centelleante que parecían las aguas del Tíber al atardecer—, a la orilla de este río, para ir a un mundo lejano, donde reina la ley de Marte, cuyas reglas son diversas y a veces opuestas de aquellas que habéis vivido aquí. Quienes regresen serán distintos, porque habrán visto cosas que no pueden ser olvidadas y ni siquiera contadas. No esperéis encontrar a alguien que os entienda, una vez que vistáis de nuevo vuestra ropa de hoy. Los únicos que os podremos entender seremos nosotros. Nosotros, los camaradas; nosotros, los hermanos. Nosotros, no una multitud indistinta, sino un pueblo que ha decidido reunirse en manípulos. Un pueblo capaz de actuar colectivamente obedeciendo a unos magistrados que él mismo ha elegido y votado para guiarlo. Un pueblo que ha escogido el honor de poder combatir y, si es necesario, morir por la libertad.

Un rumor de admiración se alzó de las filas.

—Yo estoy aquí para dar ejemplo; seré el primero en observar las leyes de los padres que nos indican el camino de la victoria contra quienes quieren quitarnos la libertad. Os juro desde ahora que solo volveré vencedor.

—Guíanos, Mure —aulló un triario desde el fondo—, ¡te seguiremos a los infiernos si es necesario!

Algunos se unieron a aquel grito entusiasta. Las voces comenzaron a crecer, diez, veinte, luego cien.

—Quirites —respondió el cónsul en voz alta, cortante—, Roma ha llamado, ahora nos toca a nosotros demostrar nuestro valor. ¿Combatiréis bajo esta enseña por ella?

Hubo una explosión de voces y manos que se adelantaron hasta que Mure se

acercó a la masa aullante, entró en ella, estrechó manos, abrazó rostros conocidos, en medio de una selva de dedos que querían tocarlo. Sabía cómo conquistar a los hombres, sabía guiar a las masas, había heredado de su padre aquel don y sabía aprovecharlo al máximo. Cuando salió de las filas para recuperar su posición los había seducido a todos.

—Yo no me reputo el mejor —dijo—, pero el Senado y el pueblo me han elegido a mí, como uno de los dos hombres más adecuados para conducir esta guerra, y yo os he elegido a vosotros como los más apropiados para combatirla. En este momento somos los que podemos contribuir más a la causa. Quizá no seamos los mejores, pero lo que cuenta es que se nos ha dado la posibilidad de demostrarlo.

Mure se volvió hacia uno de los escribanos, que le ofreció un pequeño pergamino.

—Estoy aquí para pedir os que aceptéis esta posibilidad, haciéndoos pronunciar, según la ley que nos hemos impuesto, el *sacramentum*, el juramento de los soldados de Roma. Juramento del cual solo se puede ser exonerado con la muerte o el cese de la guerra que hemos declarado. Pronunciada la fórmula del *sacramentum* yo tendré poder de vida y de muerte sobre todos vosotros, que os convertiréis en soldados, a todos los efectos. Tendré poder de liberaros de las prohibiciones de la vida civil y podréis matar y herir a enemigos y compañeros por orden de vuestro comandante, sin quedar manchados por su sangre. La ley establece que la fórmula del juramento solemne debe ser recitada por un hombre escogido entre las filas, que es llamado en vuestra representación. Él repetirá la fórmula que yo leeré delante de las enseñas y de los comandantes de la legión, y vosotros la avalaréis con vuestro consenso.

Un silencio total se hizo entre la multitud. Publio Decio Mure recorrió las filas con la vista y entre los rostros entrevió el de un muchacho de pelo rizado. Tenía la mirada decidida, manos fuertes y el cuerpo de quien, sin duda, estaba avezado a los trabajos más pesados. Mure lo señaló y lo hizo salir del bloque.

—¿Cómo te llamas?

—Tito Mamercio Audax —farfulló el otro, con cierto embarazo.

—Audax, el audaz. ¿De qué tribu eres?

—Pomptina, cónsul.

Mure asintió. Era una de aquellas tribus recién constituidas en el territorio conquistado a los volscos unos cincuenta años antes.

—¿Ciudad?

—Arpinum, pero mi padre era de Roma.

De nuevo el cónsul miró al muchacho. Era, con seguridad, el hijo de uno de aquellos veteranos de la tribu Pomptina enviados como colonos a los territorios conquistados hacía poco por la Urbe, que con toda probabilidad se había establecido en aquella lejana ciudadela cogiendo como esposa a una mujer local. Arpinum era una de esas ciudades situadas en el territorio montañoso de los volscos. Rodeada de muros ciclópeos que la habían defendido en la antigüedad de los marsios y los samnitas, que durante un breve período la habían tenido bajo su control, antes de que

los volscos pasaran definitivamente bajo la égida de los romanos. Una zona junto al Samnio, tierra de frontera a menudo devastada por una u otra parte.

—¿Tienes deudas de sangre con esta guerra, Tito Mamerco?

—Sí. Mi padre, Quinto Mamerco, fue muerto por los samnitas durante una incursión. Nuestra granja quemada; mi madre y mi hermana, desaparecidas.

El cónsul asintió. Había sabido elegir al elemento que mejor representaba el deseo de revancha, en medio de aquella multitud de hombres. Sin duda, proveniente de las clases menos acomodadas se había presentado a la llamada con su tribu.

—Aquí puedes encontrar tu venganza.

—¡Vivo para eso!

—¿Te sientes preparado?

—Sí.

El cónsul se volvió hacia la masa compacta de soldados.

—¿Lo estamos también nosotros?

Los hombres atronaron su odio hacia los samnitas y alzaron sus gritos de guerra mientras el cónsul ofrecía la enseña del lobo al muchacho, que la cogió con temor reverencial.

—Repite conmigo, Mamerco —dijo Mure, silabeando bien cada palabra—: «Juro presentarme el día establecido para reunirme bajo el mando del cónsul; juro obedecer las órdenes que me serán impartidas por mis superiores, que no abandonaré nunca la batalla por miedo o para huir, que no saldré de mis filas, que no dejaré a mis compañeros más que para recuperar un arma, matar a un enemigo o salvar a uno de los hermanos de la legión».

Mamerco juró y, a continuación, lo hizo toda la legión.

Publio Decio Mure dio la orden de reunión a cinco días del juramento, allí, en el Campo Marcio.

Ahora podían ir a casa, pasar las últimas noches con las familias, acabar los trabajos pendientes y despedirse de todo aquello para lo que vivían.

Marte los aguardaba allí.

V

RASENA

La niebla lo fundía todo, hasta el rumor de los cascos sobre el pedrisco parecía disolverse en la nada. La mirada de Larth penetraba atenta la cortina blancuzca en busca de puntos de referencia, pero solo había bruma. Un paisaje irreal que comenzaba y acababa delante de él. Solo los guías parecían avanzar con seguridad conduciendo como sabuesos la columna de jinetes que había partido varios días antes de Tarquinia.

De vez en cuando, algún paso insidioso entre las crestas de roca nevadas obligaba a continuar a pie tirando de las cabalgaduras por las bridas. Era un camino inaccesible, pero era también el más breve para alcanzar las tierras de los galos senones, adonde Larth se dirigía por orden de su *zilat*, el magistrado de la liga de las ciudades etruscas.

Finalmente, el sendero pareció ensancharse y proseguir con una constante cuesta en descenso. Quizá lo peor había pasado y el paso apenínico había sido finalmente superado. Larth se arrebujó en su capa y se volvió para mirar la columna que desaparecía a sus espaldas, en la calígene opalescente de la niebla.

—No debería faltar mucho —dijo Hulx, que lo seguía con la mirada hosca y su inseparable hacha de doble filo asegurada en el costado de la cabalgadura.

—Eso creo también yo —respondió Larth, exhalando una nube de vapor que se condensó en el aire gélido.

—¿Estaremos haciendo lo correcto?

—Los guías conocen estos montes muy bien.

—No he preguntado si el camino es correcto, sino si es correcto lo que estamos a punto de hacer.

Larth se ajustó el ostentoso yelmo, coronado por una elaborada cresta metálica, sin apartar la mirada del sendero. Por el tono de voz podía imaginar, incluso sin verla, la expresión perennemente enfadada de Hulx, esculpida a golpes de espada en aquella jeta barbuda.

—El *zilat* sabe lo que hace.

—Espero que sí, porque estamos yendo a negociar con los senones, ¿te das cuenta? Nuestros más acérrimos enemigos. Bestias feroces de apariencia humana, demonios vomitados por sus mismas florestas. Los rasena, nuestra gente, los han combatido desde la noche de los tiempos para mantenerlos más allá de estos montes.

—Las bestias feroces van muy bien para combatir, si están de nuestra parte —respondió Larth—. En este momento, nuestro enemigo más peligroso son los quirites, Hulx. Roma pone continuamente nuevas fuerzas en liza, año tras año. Sus ejércitos parecen no tener fin, como si los forjaran en las vísceras de aquella maldita ciudad.

Nuestros antepasados tenían la hegemonía de toda la región, hoy seguimos cediendo territorios perdidos en las guerras contra Roma, ni siquiera el mar es ya seguro. Solos no podemos conseguirlo, pero uniendo nuestras fuerzas con las de los senones, los umbros y los samnitas, podemos vencerlos.

—¿Y luego cómo convenceremos a estos compañeros de ventura para que vuelvan a casa? —preguntó el otro antes de escupir en el suelo—. Querrán establecer asentamientos más allá de estos montes. Serán unos vecinos aún más peligrosos que ahora.

—Ya se ha alcanzado un acuerdo entre la liga de las ciudades etruscas y las tribus de los senones. Han pactado un precio y nosotros estamos yendo a llevar un anticipo sobre los gastos —respondió Larth, volviéndose hacia los caballos con la carga de oro—. Estoy seguro de que, terminada la guerra, el *zilat* les dará las tierras más al sur, en medio de aquellas que serán las antiguas ciudades aliadas de Roma.

—¿Les dará? ¿Les dará? —alzó la voz Hulx—. Esos cogerán lo que quieran. Te recuerdo que la última vez que vinieron a combatir con nosotros pidieron oro para no invadir nuestras tierras. ¡Esa no es gente con la que se pueda pactar!

La última palabra quedó suspendida en la niebla. Larth había detenido el caballo y alzado la mano, al igual que habían hecho las siluetas pálidas de los guías más adelante. Hulx desenfundó su arma, como hicieron todos los de la columna, que empezaron a mirar con cautela a su alrededor, en el manto de niebla fría.

—Huelo a bestias.

Larth se llevó el índice a la boca.

—Tranquilo, si son ellos no tenemos nada que temer.

El sonido lúgubre de un cuerno resonó por encima de sus cabezas, como un largo lamento. Todos escrutaron la nada, y cuando el sonido cesó, una voz a lo lejos se abrió paso en la niebla. Palabras incomprensibles que eran silabeadas con tono fuerte y una especie de cantinela cadenciosa.

Uno de los guías se llevó la mano a la boca y respondió en voz alta y clara en dirección a la otra.

—Podemos avanzar —dijo el guía, volviéndose hacia la columna—, con las armas enfundadas.

Hulx farfulló una imprecación, mientras Larth exhortaba a los suyos a cumplir la orden, antes de dirigir el caballo sobre los pasos de los exploradores, que habían continuado el camino con marcha lenta. Sombras gigantescas y amenazantes tomaron forma en la niebla, transformándose luego en enormes pinos seculares que habían acogido las primeras nieves del invierno. Un susurro a lo lejos, entre los troncos, atrajo la atención de los jinetes, que no consiguieron ver quién lo había emitido. La tensión se habría podido cortar con las hojas de las espadas, como aquella maldita neblina, de la cual, de pronto, emergió una media docena de guerreros imponentes.

De nuevo Larth alzó la mano y todos se detuvieron, con la mirada sobre aquellos hombres aparecidos en el sendero. Eran macizos, altos y de aspecto terrorífico.

Envueltos en sus pesadas capas, con el pelo desordenado como sus barbas, llevaban yelmos de distinta forma y sostenían hachas, espadones y escudos de toda hechura y medida.

Uno de estos, de brazos musculosos y ornados con brazaletes, tenía un yelmo con dos grandes cuernos metálicos estilizados y un penacho de crin rojo en el medio. Su rostro barbudo estaba rodeado por una cascada de pelo acabada en trenzas. Mantenía el mentón levantado y el puño sobre el costado mientras exhalaba vapor por las narices como si fuera una criatura mitológica. Orgulloso y despreciativo, mostraba su hacha de dos manos firmemente empuñada en la derecha. Bajo la capa verde oscura se entreveía una coraza de placas muy elaborada. Era el único del grupo que llevaba una, por tanto, debía de ser un hombre rico, quizás el jefe.

Otros guerreros salieron de la oscuridad del sotobosque, más o menos una veintena de soldados, a los que se añadió, poco después, un grupo aún más numeroso a la derecha de la columna de los jinetes etruscos. Larth comprendió que prácticamente habían terminado en un cerco del que ya no se podía salir. Comenzó a hacer una serie de razonamientos improbables, imaginando que aquellos no eran senones, sino un grupo de saqueadores dispersos. No perdió de vista a su guía, que se acercaba al coloso de las trenzas oscuras.

—Estad atentos —dijo con un hilo de voz a los más cercanos.

—Puedes jurarlo —le hizo eco Hulx.

El guía empezó a hablar con el hombre del yelmo cornudo, manteniéndose a la debida distancia. Desde la posición de Larth no se podía oír qué se decían, y aunque hubiera podido, sus palabras eran incomprensibles. Pero la discusión avanzaba y la tensión inicial parecía disminuir palabra tras palabra, hasta que el guía volvió donde Larth.

—Nuestro viaje ha terminado, este hombre se llama Ateboduus, nos conducirá donde el *rix* de los senones.

—¿*Rix*? —preguntó Hulx.

—Sí, su jefe, un poco como nuestro *zilat*, pero ellos no lo eligen, se es *rix* por derecho de nacimiento o simplemente porque se es el más fuerte.

—Tengo curiosidad por ver la cara de este *rix*.

—Recuerda lo que te he dicho durante el viaje —dijo Larth—. Son muy hospitalarios, pero igualmente quisquillosos y susceptibles. Estamos en su casa y cualquier discrepancia, incluso leve, puede ser entendida como una falta de respeto hacia su hospitalidad. Evitemos, por consiguiente, cualquier discusión en caso de desacuerdo.

—De otro modo, ¿adiós alianza?

—Hulx, recuerda que para estos tipos liquidarnos y coger todo lo que tenemos puede ser una gran diversión.

VI

EL RIX

La columna guiada llegó al campamento de los senones cuando aún estaba oscuro, después de cuatro horas de marcha desde el punto en que se habían encontrado. A la luz de los fuegos, los etruscos vieron tiendas de toda forma y color, carros, mercaderes y ganado, miles de cabeza de ganado, ovejas, cabras, vacas y caballos. Había también muchachos muy jóvenes, niñas, mujeres y hasta viejos. El martilleo de un herrero sonaba de fondo al vocerío confuso del campamento desde una fragua provisional; allí, sobre una mesa, la luz del fuego danzaba sobre los casquetes de yelmos que habrían hecho palidecer a un maestro armero de Tarquinia.

Larth y los otros rasena habían desmontado para seguir a los galos que los estaban escoltando al interior de aquellas barracas multicolores, bajo decenas de miradas curiosas y hostiles. El campamento debía de ser vastísimo, porque los fuegos parecían perderse en el infinito, tanto que se podía pensar que hubiera incluso diez mil hombres amontonados en aquel crisol, probablemente divididos en clanes y también en una especie de castas muy diferenciadas. Una clase noble y guerrera, con hombres armados y bien vestidos que parecían competir entre ellos en fuerza y riqueza. Llevaban grandes collares dorados al cuello, armas y ropas de preciada factura. Luego estaban los hombres armados a la buena de Dios, que con seguridad eran de una clase inferior, y luego otros, mal vestidos, que parecían más bien recolectores con podaderas o dagas oxidadas. Además de estos había también algunos no armados, quizás esclavos, semidesnudos, que continuaban en sus ocupaciones cubiertos de harapos. Uno de esos cruzó por un instante la mirada de Larth. Con los ojos apagados y la resignación pintada en el rostro. Fue un momento, porque luego bajó la vista y prosiguió más allá evitando a un grupo de hombres borrachos que incitaba a dos duelistas desafiándose a pecho descubierto en torno a un fuego donde se asaban carnes.

Ateboduu, el hombre del yelmo con la cimera y los cuernos, se dirigió, seguido de cerca por todo el séquito, a una tienda cubierta de pieles, sostenida por algunos palos sobre los cuales las antorchas iluminaban de manera siniestra diversas cabezas humanas en avanzado estado de descomposición. Algunos perros lo acogieron, festivos, mientras él se acomodaba en un sillón de cuero.

Un joven pequeño y demacrado, vestido con algunos sucios harapos, llegó a la carrera y, después de haber llevado a Ateboduu una calavera en la que había sido encajada una copa dorada, ocupó su sitio entre los perros. Tenía una barba al mismo tiempo larga y rala; la mirada, atenta y avispada, chocaba con su aspecto descuidado. Otros sirvientes vinieron para ocuparse de los caballos de los recién llegados y en poco tiempo los etruscos tuvieron un jarro de hidromiel para beber.

—Os lo ruego, sentaos —dijo en lengua etrusca el hombrecito en medio de los perros, acompañando las palabras con el gesto de las manos. Larth y Hulx intercambiaron una mirada antes de sentarse y beber, siguiendo el ejemplo de los galos.

Después de algunos instantes en silencio, el guía de los etruscos esbozó un saludo de circunstancias que fue cortado de raíz.

—Ateboduu —dijo el hombrecito desaliñado en medio de los perros—, rey de los galos senones, quiere que sea yo quien hable con vosotros.

Solo en aquel momento Larth comprendió que estaba frente al propio *rix*, que los había conducido hasta allí durante todo aquel trayecto. Se alzó y tendió un cofre de madera taraceada al intérprete.

—Dile al rey que me excuso por no haberme presentado antes, pero no podía imaginar...

El esclavo ofreció el cofre a Ateboduu, dirigiéndole palabras incomprensibles. La mirada de Larth corrió a su guía para entender si el intérprete del rey estaba traduciendo de la manera correcta.

El *rix* extrajo del cofre un cuchillo con el mango de oro. Lo sopesó manejándolo con su manaza y lo observó mejor a la luz del brasero que alumbraba el ambiente, inundándolo de humo. Después de una mirada de aprobación, pasó el cuchillo a los otros de su séquito, que se habían colocado a su alrededor para ver mejor la preciosa arma.

—El rey acepta tus excusas.

Larth asintió.

—Dile al rey que soy Larth, hijo de Laris, de la familia de los Thefrinai de Tarquinia. Es un honor conocer a un hombre tan valeroso. Sus gestas y su coraje han atravesado los montes que separan nuestros dos pueblos y han llegado hasta nosotros. Mi *zilat*, del que traigo el mensaje, está seguro de que lo que unirá a nuestros pueblos después de esta guerra será mucho más fuerte que lo que nos ha dividido en el pasado.

El esclavo tradujo y escuchó las palabras del rey.

—Ateboduu pregunta por qué no ha venido el *zilat*.

—El *zilat* está muy ocupado en agrupar el ejército que llevar a la guerra. Lamenta mucho no estar aquí, pero te espera apenas pasados los Apeninos. Yo traigo sus palabras y su pensamiento...

—El *rix* pregunta si has traído también el oro.

—Lo que habíamos pactado —respondió Larth, esbozando una sonrisa de cortesía al imponente rey, hundido en sus pieles como un león aburrido que lo miraba con ojos asesinos—. Una vez que tengáis las provisiones necesarias para iniciar la campaña, el *zilat* os esperará con su ejército en las llanuras más allá del gran paso. Desde allí marcharemos juntos para alcanzar a los umbros.

De nuevo la traducción, y como respuesta una mirada que habría petrificado a

cualquiera.

—¿El *zilat* ya ha decidido todo esto solo, sin hablar con el *rix*?

Larth se sintió invadido por una oleada de calor. El irritante rey de los senones no solo quería dinero para moverse, sino también decidir cómo. Exhibió toda la falsedad diplomática de que era capaz.

—Dos legiones romanas están situadas al sur de nuestras fronteras, no podemos alejar a muchas de nuestras fuerzas de ese punto. Si lo hiciéramos pondríamos en riesgo toda la región, que estaría a merced de los quirites. No queremos que ninguna ciudad de la liga que ha proporcionado hombres para esta causa sea obligada a extralimitarse. Nuestros informadores nos han dicho que se acaban de enrollar otras cuatro legiones, no sabemos si se dirigirán hacia nuestras tierras o si serán divididas, por eso estamos reuniendo nuestros hombres en ese punto. También hemos mandado mensajeros a los samnitas pidiéndoles que sigan el camino de la montaña para desplazarse hacia el norte con el fin de reunir todas las formaciones en un único y gigantesco ejército.

Larth hizo un gesto a su guía, que le pasó un mapa que este desplegó. Señaló un punto.

—Aquí prevemos reunir todas las fuerzas y dirigirnos contra las legiones romanas en primavera. En efecto, dudamos de que los romanos se pongan en marcha antes de entonces.

—Nosotros estamos listos para partir.

—¿Listos para partir?

—Sí, en pocos días; estamos esperando a algunos jefes de clan retrasados con otros guerreros. Luego nos pondremos en marcha.

Larth asintió, sorprendido; no pensaba que los senones estuvieran tan avanzados con los preparativos.

—El *rix* os estima sus huéspedes sagrados durante este tiempo.

De nuevo una falsa sonrisa de circunstancias, Ateboduu alzó su cáliz y rugió algo en su lengua, que su séquito cubrió de elogios incomprensibles en seguida. El muchacho consiguió traducir solo después de un momento, cuando los cálices fueron vaciados y los gritos habían cesado.

—Ateboduu, guerrero digno de sus antepasados, rey de todos los galos senones, brinda por los enemigos muertos de ayer y por los amigos de hoy. Ojalá pueda tener nuevas calaveras por las que brindar.

El *rix* se acomodó, engreído, con la comisura de los labios hacia abajo y la barba chorreando. Repasó con su mirada a los etruscos mientras el muchacho llenaba de nuevo el siniestro cráneo que Ateboduu hizo llevar a Larth.

El etrusco no tuvo alternativa:

—Brindo por Ateboduu, valiente y... leal aliado del pueblo de los rasena.

Los labios se apoyaron en el cráneo y el portavoz del *zilat* notó, asombrado, que en aquella calavera había vino. El líquido viscoso bajó invadiendo sus sentidos, era

fortísimo y pastoso. Lo tragó de un tirón y devolvió la calavera vacía al muchacho.

—Debo hablarte —le susurró mientras inclinaba la cabeza en señal de referencia hacia el *rix*.

—Ahora no —respondió el otro, volviendo en medio de los perros.

La ocasión se presentó al final de una especie de banquete improvisado donde todos se acomodaron por cualquier lado. Quien sobre una banqueteta, quien en el suelo, quien medio recostado sobre unas pieles. Galos senones, por un lado, comiendo, bebiendo y riendo bulliciosos, etruscos por el otro, cordiales y atentos a todo lo que sucedía en torno, sin beber más de lo debido.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Larth cuando consiguió acercarse al muchacho.

El otro miró a su alrededor antes de responder.

—Vetulonia.

—Imaginaba que eras un rasena. ¿Qué haces aquí?

—Mi padre comerciaba vino con las ciudades más allá de las montañas. Los senones me capturaron hace ocho años junto a mi hermana, durante uno de sus viajes. Ella ahora es una de las concubinas de Ateboduus.

—¿Y tú? ¿Eres un esclavo?

—Sí.

—Hijo de puta —intervino Hulx, cerca de allí.

—Que no os oigan, no puedo hablar con vosotros.

—¿Cómo te llamas?

—Aker.

—¿Qué me puedes decir de esta gente? ¿Son de fiar?

El muchacho miró a su alrededor con ojos avispados.

—Seguirán al *rix* mientras vean un beneficio en hacerlo. Mientras adquiera riqueza y poder para ser aún más fuerte a los ojos de los suyos, pero en cuanto las cosas se pongan feas podría haber defecciones. Los jefes de clan podrían reunirse y decidir no continuar. Todos ellos tienen la ventaja de que no deben combatir en sus propias tierras.

También Larth miró a su alrededor, receloso, mientras los galos parecían haberlos olvidado entre los ríos de hidromiel. No había rastro de Ateboduus.

—Estos cabrones solo traerán problemas —dijo Hulx.

—Pero en la batalla —respondió Aker—, es mejor tenerlos de tu parte, créeme. Son unos combatientes increíbles, individualmente son imbatibles, se dejan matar para demostrar que son más valientes que los otros.

—¿Y toda esta gente? ¿Mujeres, niños y viejos, qué hacen aquí?

—Siguen a sus señores.

—¿Quieres decir que atravesarán las montañas detrás de nosotros?

—Claro, la riqueza de los senones se mide en oro, ganado y esclavos.

Larth miró a su alrededor.

—Los esclavos... ¿son también senones?

—Algunos sí, son de clanes en conflicto con el *rix*, pero la mayoría son lingones, boyos, piconos... etruscos. Hacen verdaderas expediciones por doquier, siempre que haya algo que saquear, ganado, hombres u oro. Los esclavos más que nada sirven como moneda de cambio para comprar vino.

—¿Vino?

—Sí, vino. Un esclavo por una jarra de vino.

—¿Un esclavo por una jarra? Es absurdo.

—Sí, pero con una buena incursión se pueden tener tantos hombres como para hacer una provisión de vino para varios meses.

—¿Y a quién se los venden?

—A los mercaderes romanos.

—¿Romanos?

—Sí, los romanos necesitan una gran cantidad de esclavos. Sus mercaderes llegan hasta aquí con sus carros. Son intocables porque suministran vino a toda la región; los senones tienen una pasión desmesurada por el vino, pero no saben elaborarlo.

—Toda esta gentuza nos retrasará en los desplazamientos —dijo Hulx, harto.

—No te preocupes, saben cómo moverse.

—Esa puede ser una ventaja —respondió Larth, tomando otra vez la palabra—. Has dicho que en dos días estarán listos para moverse; nosotros, en cambio, necesitamos tiempo para reagrupar a todos los hombres necesarios. Estoy muy preocupado por el ganado y la cantidad de personas. ¿Qué comerán?

—En parte el ganado que llevan consigo, pero en general prefieren encontrar de qué comer sobre el lugar.

Larth sacudió la cabeza.

—Debes correr de inmediato donde el *zilat*, Hulx; avisarle de esto y luego volver para informarme qué hacer. Es preciso establecer si el punto de encuentro continúa siendo el mismo o si conviene acercarnos todo lo posible a Roma. Cuando esta masa de hombres comience a tener hambre arrasará con todo y es mejor que no sea en nuestras tierras.

—Está bien —gruñó el otro.

—Coge un par de hombres y vete ahora, mientras nadie lo nota.

Hulx cogió la mano de Larth.

—Que el poderoso Tinia ilumine tu camino y mande a los infiernos a todos aquellos que intenten detenerte.

—Gracias, amigo mío, espero que haga lo mismo contigo.

Aker miró a su alrededor una última vez.

—Será mejor que vuelva donde los perros —dijo en cuanto Hulx se marchó.

Larth lo miró, indeciso sobre si ser amigable o desconfiado.

—Podría hablar con el *zilat* por tu liberación.

—No podría dejar a mi hermana.

—Por los dos.

—Ateboduus nunca la dejará marchar.

—En la guerra todo es posible, Aker. Colabora conmigo y ya no deberás compartir la comida con los perros.

El muchacho asintió, pero sus ojos atentos estaban velados de tristeza.

—Debo marcharme.

—Una última cosa.

—Dime.

—Ateboduus me ha hecho beber en una calavera.

Aker asintió, sombrío.

—Era de un gran comandante al que ha aniquilado.

—¿Era un rasena?

El esclavo se escabulló, pero antes de desaparecer entre los gigantes borrachos se volvió y asintió.

VII

LA LORIGA

Cabalgando sin pausa, envuelto en su capa y con la cabeza cubierta por la capucha de lana como si fuera un soldado cualquiera, Quinto Fabio Máximo Ruliano había seguido el camino que llevaba al norte bajo la lluvia helada de aquel invierno. Quería coger por sorpresa a los enemigos, que no se esperarían un despliegue tan veloz por parte de los romanos. Su avance fulminante confundiría a los etruscos y, al mismo tiempo, daría la oportunidad a las ciudades aliadas de Roma de reunir los contingentes que habían prometido. Pícnos, marsios, marucinos, pelignos y vestinos se habían sumado a la causa romana y habían mandado guerreros tan hábiles y valerosos como los mismos samnitas, pero sus fuerzas llegarían a finales del invierno. Solo los campanos habían conseguido alcanzar al viejo cónsul con un millar de jinetes. Y eran precisamente estos hombres los que constituían la veloz vanguardia de Ruliano en marcha hacia Aharna, uno de los últimos baluartes aliados de Roma antes de llegar a las tierras etruscas.

La ciudad de Aharna no debía de distar ya más que algunas millas cuando Ruliano detuvo la vanguardia para esperar que el resto de la columna que lo seguía volviera a compactarse. Bajó del caballo para beber un poco de vino, estirar las piernas cansadas y dar tregua a su espalda, que seguía punzándole.

—Soldados romanos a una milla —dijo uno de sus exploradores, que lo alcanzó al galope durante su breve pausa—. Servicio de *lignatio*, recogida de madera. Vienen del campamento de Apio Claudio y tienen una buena escolta armada.

Quinto Fabio asintió, dio el último sorbo y tendió la copa a su sirviente. Alzó la mirada al cielo, finalmente estaba dejando de llover. Subió de un salto a la silla.

—Vamos a ver cómo se las apañan los hombres de Apio Claudio.

En poco tiempo el cónsul y su séquito alcanzaron a los soldados de servicio para la recogida de leña. Cuando estos comprendieron que había lictores entre el grupo que había llegado, entendieron de inmediato que estaba allí el cónsul en persona. Lo saludaron con alegría y se agolparon en torno a su caballo.

—Agradecemos a los dioses y al pueblo romano por haber mandado aquí al cónsul Ruliano con su ejército.

—Salud, centurión —respondió Quinto Fabio—. ¿Adónde os dirigís?

—Estamos de servicio, recogiendo leña para el campamento.

—¿Leña?

—Sí, cónsul, leña para los fuegos del campamento.

—Leña, pero ¿acaso vuestro campamento no está rodeado por una empalizada?

Los hombres se quedaron durante un momento sin saber qué responder.

—Sí, cónsul. Los etruscos están a pocas millas y de noche no podemos dormir

tranquilos.

—Si necesitáis madera, volved al campamento y abatid la empalizada, quemadla. Ya no tenéis nada que temer, hombres; Quinto Fabio está aquí, decídselo también a Apio Claudio e informadle de que a los ejércitos no les beneficia estar quietos frente al enemigo. Mañana volveremos a marchar.

Los hombres dudaban.

—Volved al campamento y abatid la empalizada. Desde mañana ya no la necesitaréis, podéis calentaros así esta noche.

Publio Decio Mure había partido después de interpretar su papel en el Senado, en cumplimiento del plan secreto de Ruliano. Se había indignado frente a los suyos y, como era de prever, había perdido la disputa porque Senado y pueblo al final habían dado al viejo Rullus lo que él pedía: el mando de las operaciones en Etruria sin sorteo. Los dos, por tanto, se habían separado en direcciones opuestas: Quinto Fabio al norte y Publio Decio al sur, hacia el Samnio. Su tarea era interceptar al ejército de Gelio Ignacio y al mismo tiempo destruir y saquear todo lo que encontrara. Si no había establecido contacto antes de la mitad del invierno, tendría que invertir la marcha y dirigirse al norte para aparecer a principios de la primavera con sus hombres al lado de Ruliano y combatir juntos a etruscos y senones.

Ante aquel imprevisto cambio de ruta les cubrirían las espaldas las legiones del procónsul Lucio Volumnio, que se había establecido al sur de Roma, listo para intervenir en el caso de que el ejército de Ignacio hubiera aparecido cerca de la Urbe.

—Cónsul.

—Sí, acércate, Livio.

El pontífice en el séquito de la Legión de Mure entró en la tienda.

—¿Me has hecho llamar?

—Sí, siéntate, ¿quieres un poco de vino?

Marco Livio se frotó las manos ateridas y se sentó en una pequeña banqueta de campaña. Mure le pasó la copa de vino dulce y los dos bebieron.

—¿Hay preocupación en tu silencio, Publio Decio?

—Sí —dijo el cónsul tamborileando sobre el vaso, incómodo—, la estación de la guerra es el verano y nosotros hemos partido en otoño, que es cuando normalmente se debería volver a casa. Además lo hemos hecho después de haber excluido a los dioses del sorteo. Estamos yendo contra las tradiciones de nuestros padres.

Marco Livio asintió:

—Sí, es verdad que el inicio es el momento más decisivo, el que caracteriza el desarrollo de la empresa, pero esta guerra no ha sido declarada después de octubre, las puertas del templo de Jano están abiertas desde hace tiempo contra los samnitas y poco importa que otros se hayan unido a ellos. Por consiguiente, nada impide continuar en invierno una guerra iniciada en verano y, además, en el Campo de Marte

tú has honrado el *sacramentum* con grandes palabras y los dioses no se han contrariado.

—¿Lo has visto en las señales?

—Los pollos que hemos traído comen con gusto todos los días, y el cielo, el espacio de Júpiter, solo ha dado buenas señales, por tanto, estate sereno, de momento.

—En efecto, estamos bien encaminados y más avanzados de cuanto habíamos previsto. Pero te pido que verifiques que no haya señales contradictorias si detuviera la marcha.

—¿Detener?

—Sí —respondió el cónsul, cogiendo una tablilla de cera y empezando a escribir una especie de informe mientras seguía hablando—. Quiero dedicar tres días al entrenamiento sistemático de los hombres, y durante esa pausa utilizaremos a los aliados para el requisamiento de trigo y forraje en el territorio. Quiero que todo lo que sea comestible para nosotros y para las bestias de carga en el radio de acción de nuestra caballería se sustraiga a los enemigos. Tenemos que encontrar comida, aunque todavía quede una notable cantidad de provisiones. También debemos matar de hambre a los samnitas. No quiero ver una cabeza de ganado o un caballo que se nos escape, una granja en pie, una aldea que no haya sido vaciada y entregada a las llamas. A los jinetes les corresponde la tarea de continuar moviéndose por el territorio, matar y reagrupar el ganado. Los aliados llegarán luego con los carruajes para requisarlo todo y llevarlo al campamento de las legiones. Todos deben tener en mente que lo que perjudica a Gelio Ignacio nos favorece a nosotros.

—Sí, claro —respondió el otro.

—Nada de prisioneros, nos quedaremos con algún patriarca para sonsacarle información.

—Dudo de que consigamos poner freno a los jinetes una vez que se les dé la facultad de matar. No tendrán compasión: acabarán con hombres, mujeres y niños.

—Lo sé, pero yo no he decidido esta guerra. Ellos la han empezado y yo debo terminarla. Si para hacerlo tengo que matarlos a todos, no dudaré.

El pontífice asintió.

—Mientras los aliados se ocupan de la comida —continuó Mure—, y de la destrucción sistemática del territorio, los nuestros se entrenarán duramente; el sudor de hoy nos hará ahorrar sangre mañana. Por lo tanto, los quiero a todos armados para una carrera de treinta estadios, sin excluir a nadie, incluso los triarios, los tribunos y el cónsul. Esto empezará a forjar su espíritu y a hacerles entender que no estamos aquí de excursión. El segundo día se entrenarán desde el alba hasta el atardecer con las jabalinas y las espadas. Los centuriones no deberán perdonar a nadie. El tercer día habrá un control sistemático del equipo. Quiero armas en perfecto estado, hojas como espejos y afiladas como navajas, no quiero ver una correa floja o una loriga en malas condiciones. Castigaremos de manera ejemplar a quien no tenga sus cosas en orden y listas para aguantar tanto una batalla como una larga marcha entre el polvo y la lluvia.

—Está bien.

—Luego nos moveremos.

Mure cogió una nueva tablilla encerada.

—Estaremos en territorio enemigo y, por consiguiente, cambiaremos la formación de marcha. Quiero a los frentanos alineados a la vanguardia, hace poco que son nuestros aliados, pero han sufrido largamente las vejaciones de los samnitas y tienen ganas de vengarse. Después de ellos, el ala derecha de los marsios con los carruajes y sus bestias de carga. A continuación la V Legión con el equipaje, luego la VI y su impedimenta; los carruajes del ala izquierda de los marsios formarán la retaguardia de la columna.

Mure se detuvo un instante repiqueteando con el *stilus* sobre el mentón antes de volver a escribir.

—Cambiamos la posición de las unidades a días alternos, pero no a los frentanos, a los que quiero siempre a la cabeza.

Mure releyó sus apuntes a la luz de la lámpara y asintió.

—Sí, de este modo evitaremos las infecciones en los ojos debidas al polvo a las unidades que estén más atrás, y todos podrán disfrutar de agua y víveres frescos en igual medida.

—¿Y la caballería?

—La mantendremos a los lados, en los flancos de los convoyes de los equipajes, para proteger los carros.

—¿De modo que interrumpimos las incursiones?

—Durante la marcha sí, no quiero correr el riesgo de encontrarme sin caballería en el caso de un ataque imprevisto. Pero cada tres días nos detendremos y nos ejercitaremos.

Un centinela anunció el cambio de guardia. Marco se puso de pie.

—Daré una vuelta por el *vallum* en busca de señales antes de irme a dormir.

Publio Decio sonrió.

—Entonces, espero que sean buenas señales.

—Estoy seguro —respondió el pontífice, demorándose un momento antes de indicar una panoplia en penumbras al fondo de la tienda—. ¿Es esa?

Publio Decio se volvió para mirar la armadura que temblaba a la luz de la linterna. Era una lorica bellísima que debía de haber pasado su mejor momento. La factura era de veras apreciable, desde el relieve de los músculos hasta las figuras mitológicas repujadas en plata que continuaban en las placas de refuerzo sobre los hombros. El yelmo, además, coronado por una cresta metálica, era una obra de arte. A los lados de la cresta descollaban dos plumas cinceladas en láminas de bronce y el paragnátide acababa en dos alas, también en bronce.

—Esa panoplia pertenece a mi familia desde hace cuarenta años —contó Mure—, desde que mi padre, que entonces era pontífice como tú, combatió contra los samnitas bajo el mando del cónsul Aulo Cornelio. Precisamente durante la travesía de una de

esas gargantas, tan características del territorio del Samnio, el cónsul se había visto atrapado, y solo la prontitud de mi padre consiguió evitar lo peor a los nuestros. Rompió el frente enemigo con los suyos y logró que la legión de Cornelio ganara una posición más favorable, poniendo a salvo todo el ejército. La legión entera lo alabó por haber arriesgado su vida para garantizar la seguridad de sus camaradas. Los hombres elevaron loas a los dioses, tanto que los cónsules en ejercicio le concedieron participar en el triunfo, terminada la guerra.

Mure se levantó y se acercó a la loriga.

—Pertenece al *meddix*, el jefe de los samnitas. Fue llevada como triunfo a la Urbe antes de ser donada a mi padre.

El pontífice la miró con reverencia. Tenía ante sus ojos un trozo de la gloria de Roma.

—La contemplo todas las tardes cuando entro en la tienda. Es lo último que veo antes de dormirme y lo primero que veo al despertar. Y, a veces —dijo, observando el vacío de los ojos en el yelmo—, llega fluctuando, emergiendo de la oscuridad de mis sueños. Oscura, ferruginosa, muda y fría.

Mure se volvió hacia su subalterno.

—Estamos aquí para derrotar al hombre que ahora lleva una armadura similar, Marco. Una armadura que nos mantiene lejos de nuestros hijos, que hace llorar a nuestras mujeres, que impide que nuestros padres duerman tranquilos en sus casas. Esa armadura es el enemigo y nosotros lo aniquilaremos.

VIII

OMBRIOI

Antes de llegar a los muros de Roma, las aguas del Tíber descendían vigorosas de las pendientes del alto Apenino para formar amplios recodos en tierras boscosas, con florestas de robles y encinas diseminadas.

Eran lugares inaccesibles, habitados por gentes de antiquísima raza osca, desde siempre en lucha con los belicosos pueblos vecinos. No existían comunidades apacibles en Italia, pero las particularidades del territorio, las ásperas condiciones de vida y las continuas luchas por la supervivencia habían generado a lo largo de los siglos una estirpe de hombres no comunes, templados y avezados a las fatigas: los umbros.

El significado de su nombre se perdía en la noche de los tiempos: *ombrioi*, «los supervivientes del primer diluvio», e indicaba su antiquísimo origen. Habían dominado largamente la Italia central, hasta llegar a ocupar con su poderío tanto el Adriático como el Tirreno. Luego, presionados por etruscos, sabinos, picenos y las migraciones de los galos senones, habían cedido terreno, perdiendo centenares de centros hasta enrocarse en aldeas fortificadas en las alturas, que con el tiempo se habían transformado en ciudades defendidas por poderosos muros casi inexpugnables.

También aquí el Thybris, el nombre etrusco del Tíber, sancionaba un confín: el que separaba los rasena de los *ombrioi*, pueblos que nunca habían estado de acuerdo debido a las miras expansionistas etruscas, que habían sustraído, en el pasado, diversas ciudades a la influencia de los umbros.

Pero en los últimos años los *zilat* etruscos habían ejercitado de la mejor manera su arte diplomático para hacer adherir a su causa a los *nerf*, los nobles de la aristocracia umbra. Sus embajadores se habían dirigido cada vez más a menudo a las ciudades umbras después de la agresiva incursión del cónsul romano Quinto Fabio Ruliano en los territorios de la sagrada floresta Cimina, que había causado la destrucción de diversas aldeas y el saqueo de una gran cantidad de rebaños durante la trashumancia. Los habían convencido prometiéndoles nuevas tierras y generosas recompensas en oro, recordándoles que el mismo cónsul ahora había vuelto a mandar las legiones de Roma y no se lo pensaría dos veces para rapiñar en la selva o, peor aún, para atacar las fortalezas umbras del Apenino central.

Además, los etruscos habían pagado una enorme suma a los senones para que no invadieran los territorios umbros. Pero todo esto había tenido un precio: proporcionar soldados a la causa etrusca, y era precisamente para sancionar este acuerdo que en muchas fortalezas umbras aquel invierno se estipuló un pacto con las divinidades, a fin de emprender la guerra contra los romanos bajo su protección.

Era una ceremonia en la que participaba toda la comunidad, reunida en procesión nocturna portando antorchas. En ella la estatua del colosal dios Jupater era llevada a lo largo de todo el perímetro de los muros, deteniéndose delante de las diversas puertas abiertas para el sacrificio propiciatorio.

Las sombras gigantescas de los sacerdotes se deslizaban sobre las piedras de los poderosos muros perimetrales, que temblaban bajo la luz de centenares de antorchas. Embozados en su capa de lana entonaban letanías sagradas, siguiendo a una virgen que, abriendo el cortejo, sostenía un cesto con pan, granos de cereales y el cuchillo sacrificial. A sus espaldas seguían los adeptos, algunos sostenían jarras de agua purificadora, los otros conducían a lo largo del recorrido tres cerdos y tres corderos, adornados con guirnaldas.

Seguía, solemne, oscilando entre el humo de las antorchas, la estatua desnuda de Jupater, la divinidad suprema de los *ombrioi*, llevada a hombros sobre una parihuela por cuarenta y ocho jóvenes guerreros. Entre estos, Thucer avanzaba con el rostro altivo de quien estaba a punto de realizar una gran empresa, con la mente en sus sueños de gloria y el corazón lleno de orgullo.

Cuando la columna se detuvo ante la monumental puerta que daba al río, miró a su alrededor, satisfecho. Había sido uno de los elegidos para sostener la estatua del dios y aquella ceremonia era el rito de purificación para él y todos los otros guerreros que se disponían a partir hacia tierras lejanas, muchas de las cuales nunca alcanzadas por los *ombrioi*.

Un sacerdote recitó una antigua oración y con un bastón golpeó tres veces sobre el portón que, después de un instante, chirrió con un largo lamento. Las puertas se abrieron a un vacío negro en medio de los muros iluminados. Más allá del umbral, la oscuridad, lo desconocido, el otro mundo, en el centro del cual ardía un brasero junto a un pequeño altar blanco.

La virgen salió seguida por los sacerdotes y el resto del cortejo con la estatua barbuda de Jupater, que, con la mano levantada, parecía querer tocar la bóveda del portón con sus rayos. La muchacha se acercó a la pequeña ara donde fue alcanzada por el oficiante, los demás sacerdotes, los adeptos y poco a poco todos los demás.

La larga procesión de fieles se aglomeró alrededor del altar. Thucer observó cómo sus conciudadanos componían un semicírculo delante de la estatua hasta que vio la luz de una antorcha danzando sobre los rizos oscuros de Nahar. Se irguió aún más y asumió una postura marcial, como si aquella angarilla sobre el hombro no pesara en absoluto.

La miró, era bella, tan bella que quitaba el aliento.

Nahar había conseguido finalmente remontar la columna superando las filas de los soldados, que portaban largas lanzas. Así, había alcanzado a los nobles que seguían el baldaquín de Jupater y, confundiéndose entre la multitud, había buscado a Thucer en medio de aquellos que llamaban «los soldados ceñidos», los escogidos. Vestían con una túnica corta de lana gruesa y clara. Llevaban un cinturón con placas

de bronce y un yelmo con el casquete finamente repujado con decoraciones. Entre estos, sobresalía Thucer, su guapo Thucer, envuelto en la capa de piel de oso, con el rostro enmarcado por el largo cabello que le descendía sobre los hombros.

Era hijo de Kuretus, un *nerf*, uno de los hombres más nobles y ricos de Tifernum. No había joven que no se hubiera entregado como esposa a aquel muchacho, pero el padre quería destinarlo a un matrimonio políticamente conveniente y aquella ciudad no lo ofrecía, como tampoco, quizá, toda la región.

Kuretus era noble de nacimiento. Toda su vida había aspirado a altos cargos de poder, y haber llegado a la cima en su comunidad no lo había saciado. Desde siempre había admirado y envidiado la potencia de sus vecinos etruscos, cuyos territorios se extendían más allá del río, y sentía que aquella podía ser la ocasión de sancionar una provechosa alianza para meter en la cama de su hijo a una joven rasena de noble extracción. Ya alguien había picado el anzuelo a través del *zilat* etrusco, pero la necesidad de partir lo antes posible para aquella guerra había aplazado los intentos de ambos. La ventajosa alianza se estipularía, por lo tanto, al final del conflicto, en la mesa de los vencedores. Por el momento, padre e hijo partirían para recoger laureles y honores.

En cuanto a Nahar, que su hijo la tuviera como y cuando quisiera no era un problema para Kuretus; en el momento justo su autoridad dirigiría al muchacho por el camino decidido por su padre. Era esto lo que pensaba mientras los observaba a espaldas del sacerdote oficiante. Los vigilaba y había visto los movimientos de ella para acercarse a él y el modo en que sus miradas se habían cruzado. Sus sonrisas, sus manos se habían movido veloces para mandarse una fugaz señal que escondía todo su inmaduro ardor.

La voz del sacerdote devolvió la atención de los tres sobre el sacrificio. El oficiante cogió un tizón ardiente del brasero y lo sumergió en una jofaina de agua que uno de los adeptos traía para purificarla. Luego la vertió sobre sus manos, aspergiendo el cordero, que empezó a sacudirse para secarse. El inocente animal no sabía que aquel gesto era su condena, porque haciendo esto aceptaba el sacrificio. En efecto, sin el asentimiento de la víctima el sacrificio no podía tener lugar.

En el silencio más absoluto se invocó al dios, luego la virgen avanzó un paso, empezó a esparcir los granos de cereales hacia la multitud, para representar una ofrenda ritual a Jupater, y luego ofreció el cesto al sacerdote, que cogió el cuchillo y cortó un mechón lanoso del cordero y lo arrojó al brasero, que lo transformó en una bocanada de fuego.

Luego el balido, y la sangre recogida en una taza y rociada sobre el altar.

Durante el ritual, las miradas entre Thucer y Nahar habían danzado entre espirales de pasión sin separarse, como si fueran devorados por las mismas llamas que consumirían, de inmediato, la grasa y los huesos de la víctima, haciendo sagrada aquella ofrenda simbólica, antes de comerla sin temor de sacrilegio.

Faltaba tiempo antes de que pudieran acercarse. El ritual a Jupater sería largo,

había que descuartizar el cordero, interpretar las vísceras y luego asarlas. Cada uno debía tener un pequeño bocado. Cada uno debía recitar su plegaria. Luego la estatua volvería a su sede y, finalmente, se celebraría el banquete; el gran ágape en el cual participaba toda la comunidad y al que seguirían músicas y danzas durante toda la noche.

Luego, al fin, Nahar sería suya.

Se le acercó apenas pudo entre la multitud festiva, aunque ya era noche cerrada. Cuando ella lo vio se escabulló a su encuentro. Thucer la cogió de la mano y la llevó por los callejones tortuosos de Tifernum, que aquella noche parecían no tener rincones oscuros.

—Te he mirado todo el tiempo —le dijo.

Él se detuvo, la empujó con dulzura contra la pared de una casa y le llevó la mano a la mejilla caliente, mientras sus alientos danzaban abrazados en la noche.

—Yo te he besado todo el tiempo.

—Hazlo ahora.

Thucer sintió una llamarada; llevó las manos al rostro de la joven y pasó los dedos entre el largo cabello en un gesto tierno y mesurado. Miró durante un instante el temblor de sus ojos oscuros; esa vida brillando en ellos como las estrellas en un cielo de invierno. La besó abrazándola con pasión y sintió los senos contra su pecho. Thucer se perdió en aquel rostro y comenzó a besarle la frente, los ojos, las mejillas y los labios, mientras las manos ardientes de pasión le acariciaban el cuello y luego descendían por la espalda y las caderas.

—Te amo —le susurró ella al oído, jadeante.

—Te amo, Nahar —respondió él, en voz baja, acariciándole la mejilla.

—Te esperaré toda la vida, Thucer.

—Volveré como un guerrero vencedor; entonces, convenceré a mi padre.

La muchacha exhibió una luminosa sonrisa.

—Te lo prometo.

IX

BELLUM JUSTUM

Hulx se ajustó la capa, aterido. Había cabalgado sin pausa después de dejar en plena noche el campamento de los galos senones, seguido por el reducido grupo de jinetes que Larth le había confiado. Había recorrido al revés el camino hecho a la ida, atravesando de nuevo los Apeninos, donde, sobre la vertiente occidental, había encontrado un espeso manto de nieve que había hecho arduo el descenso. Un accidente había aflojado su marcha cuando uno de los hombres resbaló sobre el hielo que cubría una cresta de roca, precipitándose en el vacío junto con su cabalgadura.

Una vez abajo se había concedido algunas horas de sueño en una aldea y desde allí había alcanzado con una etapa sin paradas la ciudad de Aritim, donde se había dado cuenta de que se había puesto en marcha sin haberse hecho dar por Larth un salvoconducto de reconocimiento. Dado que no tenía dotes diplomáticas, Hulx había confiado en su tono firme para obtener caballos del comandante de la guarnición local. El asunto le había costado el parón de una hora, durante la cual tuvo que aguardar con rabia a que su solicitud remontase la escala jerárquica de las personalidades de Aritim hasta el magistrado local que, después de haber hablado con él, se había convencido de dejarle los caballos.

Después había apuntado hacia el sur, hacia Clevsin, tratando de recuperar el tiempo perdido para alcanzar lo antes posible al *zilat*, que sabía que estaba llegando desde esa dirección. La loca carrera le costó los tendones a su caballo, que cedió a mitad de camino, y acabó desplomándose bajo sus piernas. Hulx se las apañó con algunos morados y un corte en la frente, pero no desistió. Cogió el caballo del guía, al que ya no necesitaba, y prosiguió con los hombres de la escolta, perdiendo otras dos cabalgaduras antes del avistamiento de las vanguardias del ejército.

Los jinetes que Hulx y los suyos cruzaron en su camino estaban avanzando hacia el norte, esparcidos por el valle. Uno de estos, con un vistoso yelmo crestado, avanzó al trote escoltado por su escuadrón, con la *machaira*, el sable corto y curvo, firmemente en la derecha.

—Me llamo Hulx, de la familia de los Velathri, traigo un mensaje muy importante para el *zilat* de parte de Larth de los Thefrinai.

—Déjame ver el salvoconducto.

Hulx fue recibido por el *zilat* solo al día siguiente, cuando sus imprecaciones llegaron a un comandante de la caballería, que lo reconoció. Este le hizo quitar las cadenas y habló con su superior, que, a su vez, informó al propio general de la llegada de aquel correo que Larth había mandado.

—Estamos en guerra, Hulx —dijo Vel Lathites, el *zilat mech rasnal*, el jefe supremo de la liga etrusca, acogiéndolo en su inmensa tienda, que hacía de despacho—. No puedes ir por ahí sin un salvoconducto que lleve mi sello o el de tu comandante.

—Lo sé, *zilat* —respondió este, abatido—, pero era absolutamente necesario verte cuanto antes.

Vel Lathites sacudió la cabeza, contrariado, mientras un sirviente llegaba con su coraza de bronce lustrada como un espejo.

—Ciertas negligencias podrían costarte la vida. Los exploradores no se lo piensan dos veces antes de matarte si no tienes un salvoconducto.

—Sí, señor —gruñó Hulx, mortificado.

—Ahora oigamos ese mensaje importante.

Hulx se aclaró la voz mientras el *zilat* se disponía a ponerse la almilla de cuero.

—Larth me ha dicho que te alcanzara cuanto antes para decirte que los senones se pondrán muy pronto en movimiento.

—Esa es una buena noticia.

—El problema es que se moverán con miles de personas detrás, aparte de miles de cabezas de ganado. Larth teme que el ganado haga tierra quemada de nuestras cosechas y los senones cojan todo lo que puedan llevarse. Miles de galos armados están afluyendo de este lado de las montañas sin que nadie los detenga, *zilat*; es más, nosotros mismos les estamos indicando el camino. Antes o después comenzarán a pedirnos que les suministremos comida, además del oro, o peor aún, la buscarán solos, dondequiera que se encuentren en ese momento.

Vel Lathites se hizo atar la almilla con la mirada apuntada a los mapas dispuestos sobre la mesa. Era un hombre de físico enjuto y rostro regular. Llevaba el pelo cortísimo, tirando a gris, tenía la barba cuidada y siempre vestía de manera austera. Era un comandante perfecto, al igual que Hulx era un guerrero perfecto.

—*Zilat*, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Habla, Hulx.

—¿Estamos seguros de que hacemos lo correcto trayendo a los senones a nuestras tierras?

Vel Lathites no respondió, dejó trabajar a su sirviente, que puso sobre la almilla una bellísima coraza anatómica, que el comandante supremo se ajustó sacudiendo los hombros, antes de volver a sus mapas. Los miró, absorto, mientras la pregunta de Hulx aún parecía aletear en el aire.

—Podríamos —dijo complacido el *zilat* con una luz siniestra en la mirada—, desplazar esta guerra al territorio de los senones, es terriblemente ventajoso hacer la guerra en casa ajena.

El humo negro de la aldea en llamas oscurecía por momentos la vista de Publio Decio

Mure. Todo era guerra allí, desde el olor acre del incendio que le entraba en los pulmones hasta los lejanos gritos de los decuriones que reclamaban a los hombres.

El cónsul miró a sus lictores que charlaban cerca de los cadáveres semidesnudos de dos jóvenes en medio de un charco rojo de sangre. Quizá muertos mientras buscaban una desesperada vía de escape ante la repentina llegada de la caballería romana.

Hacía diez días que Mure vagaba con su ejército por el Samnio, devastándolo. Ya había detenido dos veces a los suyos para entrenarlos y ahora los hombres estaban más cohesionados y motivados. La caballería y los auxiliares habían hecho su trabajo sucio en las incursiones, pero lo que habían encontrado era en verdad poco. La mayor parte de las granjas y de las aldeas habían sido abandonadas desde hacía tiempo y todo lo que no se habían podido llevar había sido quemado por los mismos samnitas.

También aquella estrategia de los defensores era brutal, huir, desaparecer ante el enemigo destruyéndolo todo para no ofrecer ventaja a los invasores, no darles su pan para matar con más vigor, no darles la sensación de ser fuertes y victoriosos. Desmotivarlos, de todas las maneras posibles, porque también Gelio Ignacio era muy consciente de que todo lo que perjudicaba a Mure, lo beneficiaba a él.

Por algún motivo que el cónsul no conocía, el samnita había decidido no enfrentarse a aquel avance romano en sus territorios. El ejército de la liga samnita parecía invisible y Publio Decio se preguntaba continuamente el motivo, mientras se adentraba en el territorio atento a evitar, en lo posible, la travesía de gargantas o valles insidiosos, pero sin ahorrar fatigas a sus exploradores, a los que mandaba en avanzadilla, para verificar la presencia de enemigos.

Precisamente sus jinetes le habían informado del avistamiento de una pequeña granja aún habitada. Mure no se lo había pensado dos veces y había lanzado a sus hombres contra aquellos desgraciados con la velocidad del rayo, necesitaba algún prisionero para obtener informaciones.

Los jinetes habían caído sobre aquel remanso de paz olvidado con la misma potencia de un león que se arroja sobre una pequeña liebre asustada. Cuando las legiones en marcha habían llegado al lugar de la incursión habían sido acogidas por el revoloteo de los lapilli incandescentes que habían llenado el cielo gris de aquella jornada sin gloria.

Un henil ardía liberando cúmulos densos y grises que comunicarían a todos el avance de los romanos. Mure deseaba que los generales samnitas vieran que su tierra se quemaba, día tras día.

—Hemos cogido algunos vivos —dijo el pontífice Marco Livio después de haber alcanzado al cónsul—. Están más allá de aquellos árboles, los hemos encontrado escondidos en un foso.

Mure dirigió su caballo en la dirección indicada por el pontífice bordeando un recinto del cual los legionarios hacían salir algunas cabras.

—¿Ya los han interrogado?

—Sí, pero no saben nada, o por lo menos es lo que dicen.

Mure asintió.

—Es probable que de verdad no sepan nada.

Livio bebió un sorbo de su cantimplora y permaneció un instante en silencio mirando las nubes de humo que se alzaban en el cielo. Luego se dirigió al cónsul.

—¿Por qué nos deja saquear a los suyos? ¿Por qué no interviene?

—Quizá —respondió Publio Decio—, Gelio Ignacio no tiene bastantes hombres para atacarnos, o se está ocultando en alguna parte, observando nuestros movimientos. En la guerra, si no se es bastante fuerte puede convenir fingir ser débil, para que el adversario pierda la prudencia. ¿Tú cederías algunas aldeas y una veintena de granjas con tal de destruir a su ejército?

El pontífice frunció los labios:

—Sí.

—Yo también —respondió Mure, adentrándose entre dos filas de soldados enfangados sentados al margen del sendero, que se levantaban uno tras otro para saludarlo. Habían aprovechado la pausa para coger todo lo que había de comestible para llevarse a la boca.

Un triario señaló a Publio Decio Mure el punto donde habían sido hechos prisioneros los samnitas. Los dos alcanzaron finalmente el cruce donde una veintena de jóvenes asteros vigilaban a un reducido grupito de hombres de rodillas, con las manos atadas a la espalda. Mure reconoció a uno de los suyos que paseaba entre los prisioneros mirándolos con desprecio. Era el joven del juramento.

—Tito Mamercio, ¿tú has hecho esta presa?

El joven asintió con su mirada profunda, empuñando la espada, con el brazo venoso.

—Este montañés es tan veloz como Apolo —dijo Lupus, un macizo veterano que comandaba un escuadrón de caballería de los *extraordinari*, los exploradores que estaban a la vanguardia durante las marchas de traslado—, pero es un cabezota. Debía esperar a sus otros compañeros, en cambio, se ha arrojado solo contra estos samnitas. Afortunadamente yo estaba en las intermediaciones y he intervenido. Si no entiende las órdenes de viva voz se las haré sentir con la vara, cónsul.

Publio Decio asintió, serio, pero luego mirando al muchacho no pudo contener un gesto de aprecio. Marco Celio Lupus era un veterano y sabía qué hacer con los novatos, pero Mure le había cogido simpatía a Mamercio.

—La satisfacción de haber hecho esta presa te ahorrará la vara, por hoy, Audax, pero la próxima vez no seré tan blando.

—Sí, cónsul.

Publio Decio bajó de la cabalgadura y se acercó a los samnitas. Todos habían recibido las atenciones de los suyos, según podía ver por las magulladuras. Uno de ellos se lanzó con un salto rabioso contra Mure. Mamercio, fulminante, lo contuvo como un perro con la correa y lo inmovilizó con la sujeción férrea de sus brazos.

—Dad una lección a este cabrón —rugió Marco Celio Lupus.

—¡No! —rebatió Mure—. No, esperad —dijo mirando a los ojos al prisionero que castañeteaba los dientes, murmurando imprecaciones. En el reflejo de aquella mirada, vio la escena al revés, con él atado mientras su familia era golpeada y conducida a la esclavitud. Imaginó a Julilla encinta y al pequeño Publio Decio Mure en manos de los samnitas. Qué habrían hecho a su familia si hubieran podido—. Llamad al intérprete.

—El montañés conoce su dialecto —respondió Lupus.

—¿Es verdad, Mamerco?

—Sí, cónsul, mi padre comerciaba con ellos y yo llevaba las ovejas a los pastos del Samnio a cambio de lana y queso.

—Entonces di a esta gente que soy el cónsul Mure, uno de los dos comandantes que Roma ha designado para combatir esta guerra. Soy un soldado, pero también un hombre honrado, mi palabra es sagrada. Yo puedo dar la muerte o conceder la vida, y si alguno de ellos habla, le concederé la vida.

El cónsul esperó algunos instantes, aguardó a que Mamerco lo tradujera. Respondió el prisionero más anciano del grupo, escrutando los ojos de Mure sin el más mínimo temor.

—Dice que si tienes poder sobre la vida, debes dejar vivir a sus hijos.

—Dile que me los indique.

El samnita permaneció inmóvil. Sus pupilas dentro de aquellas de Publio Decio, una especie de desafío al carrusel del destino. Mure sentía que el otro lo estudiaba para comprender si detrás de sus palabras se escondía la verdad o la mentira; un gesto clemente o ruin. La liberación o la tortura de las personas más queridas. Con un movimiento de la cabeza el prisionero indicó a los dos muchachos atados a su izquierda.

—¿Son tus hijos?

El samnita asintió.

—Libéralos, Mamerco.

Sorprendido, el muchacho buscó el consenso de Lupus, que lo fulminó con la mirada.

—¡Venga! ¡Haz lo que te ha ordenado el cónsul!

En un instante las cuerdas estuvieron cortadas.

—Diles que se pueden marchar.

Los dos permanecieron allí, masajeándose las muñecas y tratando de entender si recibirían una lanza por la espalda en cuanto se hubieran dado la vuelta. El más joven abrazó a su padre, que no pudo contener la emoción.

—Infórmale de que estoy buscando al ejército de Gelio Ignacio —dijo Mure—, quiero que mis legionarios combatan contra los soldados samnitas. Soldados contra soldados y no soldados contra campesinos, mujeres y viejos.

Audax repitió y, a su vez, tradujo la respuesta.

—Él no sabe decirte dónde está el ejército de Gelio Ignacio, pero sabe que por aquí no ha pasado.

Mure lo miró una vez más.

—Dile que entonces seguiremos devastando estas tierras, sometiendo a sangre y fuego los campos y llevando a los suyos a la esclavitud, hasta que encontremos ese ejército.

—Espera que lo encontréis pronto.

—También yo.

El cónsul montó su caballo.

—Liberadlos a todos, que se marchen.

Los prisioneros fueron liberados. Se alejaron algunos pasos, primero caminando hacia atrás, luego volviéndose y corriendo como el viento perseguidos por la algazara de los soldados.

Todos salvo el anciano samnita, que no se movió.

—Vete, viejo, y di a todos que Publio Decio Mure está aquí para matar a Gelio Ignacio y sus soldados. Los otros, que escapen lejos de mí o de los míos, o acabarán en el mercado de esclavos de Roma. Ve e informa que tú eres el último al que hemos perdonado.

El hombre no se movió, dijo algo a Mamerco, señalando la granja en llamas.

—Pide enterrar a sus hijos.

Mure recordó los dos cadáveres en el charco en la factoría. Asintió después de haber mirado por última vez a los ojos brillantes del viejo. Hizo girar el caballo, se envolvió en la capa y se marchó.

Otra jornada llegaba a su fin. Por más gris y odiosa que fuera, se trataba de una guerra justa y debía ser combatida.



ORDALÍA

Larth miró el círculo hecho de sillones y asientos de todo tipo, mientras los galos ocupaban ruidosamente su puesto.

—¿Dónde debo sentarme?

—Te sentarás allá —respondió Aker.

—¿Y el *rix*?

—Del lado opuesto.

—¿Esta es la famosa hospitalidad de los senones? ¿Me ponen en el sitio más alejado del rey?

Aker sacudió la cabeza.

—Los sitios en el banquete son asignados según el rango y el valor de cada uno. Si hubieras sido el *zilat* te habrían dado un sitio cerca del rey, pero no a su lado, porque aquí nadie conoce el valor del *zilat*.

—El *zilat mech rasnal* está a la cabeza de una liga de doce ciudades etruscas, ¿no basta como valor?

—El valor se mide sobre la base del coraje y las proezas realizadas en la batalla, los duelos vencidos y las cabezas enemigas que puedes exhibir. Este es el valor para ellos y, cuidado —continuó el pequeño Aker—, no es solo cuestión de fuerza, ser fuertes significa tener el favor de los dioses. Los senones se sienten instrumentos en las manos de los dioses, por tanto, un valiente es un favorito de las divinidades.

Larth se sentó con la habitual máscara de cordialidad, mientras sus comensales ya habían empezado a beber en exceso, entre carcajadas y jaleo.

—El banquete —continuó Aker— es ofrecido por Ateboduuus, que es el más valiente de todos. Su familia gobierna desde hace tiempo los más poderosos clanes senones, por eso lidera la guerra contra Roma.

—¿Y ese que está entrando ahora? —preguntó Larth, refiriéndose a un hombre enorme que parecía haber ocupado todo el espacio disponible con su mole. Avanzaba con paso altivo, con la densa barba rubia y el largo cabello que descendía sobre una capa de piel de oso.

—Se llama Viridomarus, llega de las tierras del norte, cerca de los boyos. Es un pariente lejano del *rix*, uno de los últimos jefes de clanes en llegar, un cliente de Ateboduuus.

—¿Cliente?

—Sí, las tribus de los senones son mantenidas juntas por una compleja red de parentescos y de obligaciones. El jefe de clan da trabajo y protección a las familias, y ellos a cambio proporcionan guerreros para acrecentar su poder. Los senones viven de incursiones en territorios de otras tribus y quien quiere protección debe ofrecer sus

servicios al jefe de tribu más poderoso de las inmediaciones. —Aker señaló a unos guerreros que llegaban en aquel momento al banquete—. ¿Ves a esos que lo siguen? Esos altos y fuertes que se han acomodado allá.

—Sí.

—Esos se conocen como «los portadores de escudos»; son los mejores guerreros de su clan y siguen a su señor. Competirán entre ellos y entre los guerreros de los otros clanes para ser los más valerosos en la batalla. Esto acrecentará su posición social y la de su jefe, que les dará oro y ganado.

—Oro y ganado...

—Son las únicas cosas que cuentan y que se pueden llevar donde sea. A los senones no les agrada abandonar sus riquezas cuando se desplazan.

—Sí, sí, ya lo he visto.

El coloso Viridomaros se puso de pie, alzando su copa. Mugió algo desde su venoso e hinchado cuello enorme y luego bebió el contenido de un trago, mientras los otros estallaban en un estruendo de carcajadas, sobre las cuales brotaron las notas de una cítara que poco a poco conquistó la atención de todos.

—Ese es el bardo —explicó Aker—. Celebrará con sus versos las gestas de Ateboduu y de su descendencia. Cuanto mejor cante más oro recibirá de Ateboduu.

—Es un trabajo remunerado, entonces.

—En realidad, también es peligroso; el bardo podría recibir dinero por cantar contra el *rix*, por ejemplo, de su rival, Viridomaros.

—¿Existen bardos tan locos?

—Existen clanes rivales dispuestos a todo.

Las notas continuaron, el bardo empezó a aporrear y cantar. En un primer momento, los hombres callaron, arrobados, para escucharlo, luego estallaron en una carcajada, Ateboduu incluido.

—¿Qué dice el bardo? ¿Por qué se han reído?

Aker no respondió, señaló la llegada de los platos, que consistían en bandejas de toda forma y material, de la madera al oro, repletas de carne humeante. Una en particular atrajo la atención del etrusco, un escudo invertido con todo un cuarto trasero asado que dos hombres le llevaron al *rix*.

—A él le corresponde el primer bocado —continuó Aker—, el mejor corte.

—¿Por qué se reían antes? Algunos me han mirado, ¿qué cantaba el bardo?

El hombrecillo apuntó sus ojitos en los de Larth.

—Ha celebrado la omnipotente fuerza de Ateboduu, tan fuerte que es conocido incluso más allá de las montañas —dijo—... en las tierras de los afeminados rasena, que, asustados, invocan su ayuda.

Un estruendo, otra carcajada.

—Hijo de perra en celo —susurró Larth, irritado.

—No hagas caso, el bardo está aquí para eso. Hablaría mal de cualquiera, con tal de valorar las gestas de Ateboduu. Ahora ha citado la empresa de un gran rey senón

del pasado, un tal Breno, que saqueó Roma, por tanto, avisa a los romanos que un nuevo rey está a punto de saquear su ciudad, pero este es más fuerte, más valiente, más malo e infinitamente más guapo.

Una bandeja llegó delante de los dos.

—Debes servirte, pero esperar para comer. El primer mordisco corresponde al *rix* y el segundo a quien ha ofrecido el banquete, que esta tarde son la misma persona.

Larth cogió un trozo de carne mientras los demás volvían a estallar en una grosera carcajada, en la cual no todos participaron. El jefe del clan que había entrado último se puso de pie con aire truculento, como una montaña que tomaba forma debajo de la tienda.

—¿Qué sucede?

—Una estrofa de más sobre quien ha llegado con retraso a la llamada de Ateboduu. Antaño el último que se presentaba al *rix* para aportar su ayuda era considerado un cobarde y era asesinado.

Viridomarus lanzó una pesada copa llena de vino con una fuerza inaudita hacia el bardo, que la esquivó por un pelo haciéndola rebotar a los pies de Ateboduu. El *rix* fulminó al coloso, que por toda respuesta rugió algo señalando el pernil en manos del rey.

—No muevas un dedo, Larth, quédate inmóvil —dijo el siervo.

—¿Qué sucede?

—Viridomarus dice que, si el rey quiere conocer su valor, lo puede ver ahora, y que ese trozo de carne, si esta se distribuye según el coraje, le corresponde a él.

Los portadores de escudo de Ateboduu se alzaron amenazantes. El *rix* mordió el pernil y, masticando, rebatió algo al otro mientras de la boca le colgaban jirones de carne. Viridomarus se le acercó con paso decidido, pero un hombre de largas trenzas y bigotes oscuros se paró delante de él y lo abatió con un puñetazo que habría derribado a un toro.

—¡Salgamos de aquí, Larth!

Hubo gritos y luego todo el resto, banquetas, sillones, bandejas, copas y escudos. Relámpagos de luz rebotaron sobre las hojas de las dagas y las espadas. Larth trató de marcharse sin llamar la atención, pero una mano lo retuvo por el brazo. Uno de los bárbaros con un aliento a vino le farfulló algo con una sonrisa. Larth sacudió la cabeza y trató de forcejear, pero este lo retuvo riendo hasta que un hombre le cayó encima, medio inconsciente, con la cara reducida a una máscara de sangre. El senón dejó la presa para encarnizarse con el otro hombre y Larth tomó la salida para alejarse de aquella ordalía.

XI

EL ASTERO

Publio Decio Mure concedió una pausa a los manípulos, que desde hacía horas soportaban los entrenamientos bajo su mirada vigilante. Bebió de un cubo de agua, con un cazo, y se dirigió al correo que acababa de llegar. Cogió dos cartas, una que llevaba el sello de Ruliano y la otra que tenía el de los *Decii*, su familia, una carta de Julilla. Dio al sirviente los otros despachos, pues debía leerlos y acomodarlos en la tienda del cónsul en orden de importancia.

Publio Decio Mure se alejó algunos pasos y rompió el sello de la carta de Ruliano.

Amigo mío:

He cabalgado largamente y sin pausa en los últimos días y me he dado cuenta de que la lejanía del Senado y la vida con los soldados continúan procurando placeres.

En realidad, desde que volví a montar ya no he tenido tiempo de pensar en mi edad ni en todas las cuestiones fútiles que a menudo la acompañan, como el temor de una enfermedad, de la muerte o simplemente de no estar a la altura de esta tarea. Entre el vocerío de las órdenes y el ondear de los pendones me he dado cuenta de que sufrimos mucho más por nuestros miedos que por la realidad de los hechos.

He podido constatar, al llegar a Aharna, cómo este pensamiento es connatural a la mente de muchos hombres, indistintamente de su rango y de su misión. En efecto, aquí he visto la mala labor de un general como Apio Claudio, que ha sabido transformar a unos buenos soldados en temerosos ineptos, atrincherándolos en fortalezas a la espera de improbables ataques enemigos.

He enviado a Apio a Roma y he dado la orden de dismantelar los campamentos. He puesto a unos centuriones veteranos al mando de los hombres y he ordenado que las legiones se pusieran de nuevo en marcha. Las mantengo constantemente ocupadas en ejercitaciones e incursiones en territorio etrusco, del cual siempre trato de hacerme dibujar nuevos mapas, pidiendo a los geógrafos que los hagan en modo que sean lo más detallados posible.

Durante uno de estos desplazamientos hemos sido alcanzados por los soldados de la ciudad umbra de Camers. El apoyo de Camers a

nuestra causa, según el pacto de ayuda mutua estipulado hace ya quince años, se está demostrando esencial, puesto que nos permite movernos en buena parte de las tierras de toda la Italia central sin encontrar hostilidades, dado que aquellos que no están abiertamente de nuestra parte se han declarado neutrales.

Esta situación tiene el doble beneficio de perjudicar a los samnitas, porque les hace difícil la travesía de aquellas regiones para unirse a los galos o a los etruscos sin que nosotros no seamos avisados. Mientras te estoy escribiendo he recibido noticias en tal sentido; por lo tanto, los samnitas están reuniendo hombres en alguna parte del Samnio. Pero recordemos siempre que tenemos en contra a Gelio Ignacio; es astuto y, sin duda, está estudiando cómo hacernos el mayor daño posible. De modo que continúa con tus incursiones, pero recuerda moverte siempre con cautela. Manda siempre un nutrido grupo de exploradores de reconocimiento y ten presente que detrás de cada campesino o mercader se puede esconder un informador. Siempre que sea posible trata de divulgar noticias falsas sobre nosotros para engañar a Ignacio, acaso capturando a algunos samnitas para luego soltarlos después de haberles dado falsas informaciones.

Del mismo modo, controla con frecuencia que no tienes espías entre los tuyos; por consiguiente, procede a realizar inspecciones por sorpresa y ordena a los hombres que entren en sus tiendas. Interroga luego a los más indecisos o sin alojamiento.

Continúa actuando como hasta ahora. Aunque pueda parecer una estrategia que no da frutos, en realidad eres la espina en el costado del ejército samnita, Gelio Ignacio no puede ignorarte y antes o después saldrá para detenerte.

Vale,

QUINTO FABIO MÁXIMO RULIANO

Mure releyó rápidamente los últimos párrafos antes de enrollar la misiva y dejarla junto a la de su mujer, que, en cambio, no abrió.

—¿Qué noticias tenemos? —preguntó el pontífice Marco Livio, con curiosidad.

—Todo continúa según lo establecido. Quinto Fabio se está colocando en posición, ya ha enviado a casa a Apio Claudio, ha levantado los campamentos y movilizado sus legiones.

El pontífice sacudió la cabeza con una sonrisa.

—El viejo Rullus no ha perdido el tiempo.

—Los hombres prometidos por Camers ya lo han alcanzado y se está adentrando en Etruria. Por el momento no ha tenido enfrentamientos con los etruscos.

—La situación no es demasiado distinta de la nuestra, pues. También se han reunido con nosotros los marsos y los frentanos, y tampoco nos hemos cruzado con los samnitas.

Publio Decio asintió.

—Pero eso no me tranquiliza. Quisiera saber dónde están los samnitas y que los nuestros estuvieran más entrenados. Los asteros deben trabajar aún bastante.

—Los asteros son asteros, Publio Decio. Está en su naturaleza ser jóvenes y menos expertos que los otros.

—Tenemos delante a los samnitas, los mejores guerreros que hay y necesito una primera línea que los rechace.

—También ellos alinearán a sus asteros en las primeras filas y pondrán hombres más desprotegidos y menos expertos para iniciar la batalla.

—Lo que quiero evitar es precisamente una confrontación especular con ellos. Debemos hacer lo que no esperan. Los asteros, con sus grandes escudos y las lanzas, deben recibir todos los proyectiles, las piedras y los pilos, luego avanzar como un muro contra los adversarios.

El pontífice asintió.

—Pero llega un momento —dijo Mure, señalando precisamente a los asteros que se entrenaban—, en que los grandes escudos empiezan a pesar como rocas, los golpes de lanza pierden fuerza, el aliento escasea y la formación tiende a abrirse. Algunos caen, otros ceden terreno, la línea se fragmenta, el impulso se pierde y el muro se convierte en un conjunto de muchos duelos.

—Ese es el momento en que deben intervenir los príncipes.

El cónsul sacudió la cabeza.

—Ese es el momento de recomponer el muro.

—Es un suicidio, Publio.

—No, escúchame. Si se hace intervenir a los príncipes en aquel momento, los samnitas harán lo mismo y nuevamente las dos fuerzas contrapuestas se anularán. Escucha, los príncipes tienen el escudo más pequeño y una mayor protección sobre el cuerpo. Tienen lorigas, yelmos y espinilleras, y saben combatir jodidamente mejor que un astero. Poniendo a un príncipe frente a un astero este último no tiene posibilidades; es más lento en sus movimientos y tiene menos experiencia. Pero si los asteros cierran las filas y mantienen el muro inicial de escudos, obligan a los príncipes a moverse en espacios reducidos, a luchar contra un muro.

—Esos derribarán el muro, Publio.

—¡Sí, pero después de haber tirado cien golpes de gladio! —rebatía Mure, decidido—. Ese, ese es el momento de hacer entrar en escena a los príncipes. Quien lanza en último término las fuerzas más frescas a la batalla, vence. Quiero que los príncipes lleguen con ímpetu contra aquellos que ya han dado cuanto podían dar.

El pontífice miró la ejercitación.

—Pediremos el mayor esfuerzo a los soldados de menor experiencia.

—Lo hacemos para sorprender al enemigo —rebatíó el cónsul—; es preciso pensar de un modo más audaz que Gelio Ignacio. Flanquearemos nuestros mejores centuriones a los asteros y les prometeremos una adecuada recompensa.

—¿Cuál?

—¿La misma paga que los príncipes, podría funcionar?

Marco Livio puso los ojos en blanco.

—¿Podría ser un buen motivo para combatir al máximo?

—Bah...

—Y no me refiero solo al dinero, sino al prestigio. Tener la posibilidad de demostrar que están a la altura de los príncipes. Saber que la suerte de Roma depende de la juventud de la ciudad y, por consiguiente, afrontar con corazón firme ese desafío, sabiendo que en las filas de atrás su tío o su padre los miran llenos de orgullo.

El pontífice no supo qué rebatir.

—Si pudiera tener a mi padre mirándome en la batalla —dijo Mure, inclinando la cabeza—, tiraríá esta espada, cogeríá un asta y me pondríá delante de todos.

Publio Decio volvió a mirar a los manípulos enfrentándose en el polvo. Luego, como había dicho, comenzaban a disgregarse.

—¿Ves a ese muchacho grande y fuerte que combate como un león?

—Sí.

—Es un volsco de Arpinum, de la tribu Pomptina, se llama Tito Mamerco Audax. Hazlo llamar por Lupus y dile que lo conduzca a mi tienda.

—Está bien.

—Ahora voy a ver los despachos que han llegado —dijo Publio, encaminándose hacia su alojamiento. Necesitaba estar solo, pensar, leer la carta de su mujer y razonar sobre la de Ruliano, que había encendido una chispa en él.

Se preguntó si el modo tradicional de conducir una batalla no podía haber cambiado, de algún modo, y aquel pensamiento lo llevó inevitablemente a pensar en su padre, el héroe que se había ofrecido para auxiliar a los suyos, aquel que había dado la vida a cambio de la salvación y la victoria del ejército romano. Había muerto contra los latinos, en una de aquellas batallas en que los comandantes habían puesto en liza las mismas fuerzas, en el mismo momento, anulándose mutuamente. Tal como haríá Marco Livio.

El cónsul cruzó el umbral de su alojamiento, dio el yelmo al sirviente, que luego lo ayudó a quitarse la coraza y la almilla. Cogió de nuevo en la mano la carta de Ruliano y se sentó en su escritorio.

«... controla con frecuencia que no tienes espías entre los tuyos», leyó antes de llevarse las manos a la cabeza y reflexionar sobre aquellas palabras.

—Cónsul.

Mure alzó la mirada hacia la silueta en contraluz delante de la entrada.

—Tito Mamerco, ven, entra.

—Lupus ha dicho que querías verme —dijo el muchacho, aún acalorado por el entrenamiento después de haber dejado su gran escudo y la lanza fuera de la tienda.

—Sí, siéntate, Mamerco, ¿quieres vino?

El astero cogió una banqueta e, incómodo, se sentó del otro lado del pequeño escritorio de campaña.

—Sí, gracias.

—¿Cómo va con Lupus? ¿Te ha señalado para algún otro castigo?

—No, afortunadamente, no, cónsul —rebatió el otro, con cierto embarazo.

—Bien, he visto que has hecho grandes progresos en el entrenamiento.

—Me preparo para la batalla, cónsul —respondió el joven, mirando con curiosidad la panoplia samnítica.

—¿Te gusta?

—Es muy hermosa.

—Pertenebió a un *meddix* samnita. Un valiente general que nos combatió duramente y cayó en la batalla contra nuestras filas hace muchos años.

Audax la observó aún más fascinado.

—Se dice que los objetos conservan la memoria de quien los ha poseído —continuó Publio Decio, acercándose a la coraza—. Hay que saber observarlos, ¿sabes?, mirarlos y ponerse en un estado de respetuosa escucha. Estoy seguro de que si consiguiéramos interrogar su memoria, esta coraza nos revelaría ecos de antiguas batallas —dijo el cónsul, pasando delicadamente los dedos entre las decoraciones repujadas; estas revelaron una abolladura que en el primer momento había estado oculta—. ¿Quién habrá infligido este golpe? ¿Qué consecuencias tuvo? Mirando el corte casi se puede intuir la fuerza, el ruido, la violencia con que se ha abatido aquí, de arriba abajo, quizá mientras el *meddix* estaba en el suelo o trataba de levantarse. No fue un simple golpe sobre la coraza, fue un ultraje a una autoridad. Acaso infligido por un joven astero romano de las primeras filas.

El muchacho hizo un gesto de asentimiento, arrobado por las sabias palabras de Mure.

—Mira cuántas informaciones se pueden encontrar en un pequeño detalle en apariencia insignificante. Sin embargo, cada cinceladura y cada señal sobre esta coraza forjada para combatir podría contarnos una historia que nos ayudaría a conocer mejor a nuestros enemigos para sonsacar sus secretos. Cuanto mejor los conocemos, mejor los combatimos. ¿Tú sabes combatir como un samnita, Mamerco?

—¿Un samnita?

—Sí, el escudo que has dejado fuera de esta tienda no es patrio, es de proveniencia samnita. Nuestros padres sufrieron grandes pérdidas porque nosotros aún combatíamos con escudos de mimbre trenzado y cubiertos de cuero cuando nos enfrentamos por primera vez contra los samnitas. Sus lanzas penetraban nuestros escudos mientras que los de ellos parecían inmunes a los golpes. Luego descubrimos cómo estaban hechos, pegando capas opuestas de tablazón de madera y empezamos a

hacer lo mismo.

Mure volvió hacia su banqueta.

—Los samnitas nos han hecho más fuertes, Mamercio, mucho más fuertes, esto es lo que debemos aprender de ellos, nuestro escudo, nuestras lanzas y esta armadura son símbolos de nuestra respuesta a la guerra, de nuestra obstinación por superarnos y derrotar al enemigo. Estos son trofeos a la victoria de los quirites —concluyó el cónsul, alzando la copa—. Brindemos, entonces, por toda la fuerza que los enemigos consiguen darnos y confiemos que la batalla que buscas pueda ser aún más satisfactoria de cuanto tú piensas.

—Ojalá.

—Sí, ojalá —repitió Mure, dejando que el silencio llenara la tienda para dejar sitio a su mirada decidida—. ¿Qué estarías dispuesto a hacer para obtener tu venganza por aquello que te han quitado los samnitas?

—Ponme en primera fila, cónsul, y te lo demostraré.

Mure asintió.

—No tengo dudas, Audax, sé que me darías muchas satisfacciones —dijo, indicando la armadura samnita en su tienda—. Acaso dejando sin vida a un oficial o a algún guerrero samnita.

—A más de uno.

—¿Cuántos?

—No... no sabría...

—¿Cinco? ¿Ocho? Haría un pacto con los dioses para que cada uno de los míos me trajera cinco enemigos muertos.

Audax sonrió.

—Me lo imagino.

—¿Y si fueran... cien?

Tito Mamercio alzó la ceja, asombrado.

—¿Mil?

El muchacho no supo rebatir aquellas desatinadas cifras.

—¿Cinco mil?

De nuevo turbado, Mamercio esbozó una sonrisa de malestar.

—Si en vez de darte un puesto en nuestra primera fila, te lo diera directamente en la primera fila... samnita.

—Yo... no entiendo, cónsul.

—Hoy, mientras observaba cómo combatías, me han traído un mensaje de Quinto Fabio Máximo Ruliano. En la carta ponía que había que estar siempre alerta y verificar que en nuestras filas no se escondiesen espías enemigos. Y mientras tenía este pensamiento horripilante te miraba en medio de la multitud, como aquel día que te elegí para el juramento porque me pareciste el más adecuado. Entonces se me ocurrió que quizá todo esto no sea casual. Yo no te he escogido, he creído hacerlo, pero hay un designio superior en todo esto. Los dioses te han puesto ante mis ojos,

como aquel día en la granja, cuando capturaste a ese grupo de samnitas y me hiciste de intérprete. Tito Mamerco Audax, un muchacho joven, vigoroso y sediento de venganza, que conoce las costumbres y la lengua de los samnitas. Porque tú la conoces bien, ¿verdad?

—Nuestros dialectos son similares. Yo he aprendido a hablar con los mercaderes de Atina desde niño.

—¿Podrían tomarte por un samnita?

El muchacho apretó los labios.

—Sí.

Mure alzó el mentón hacia la panoplia sin vida del *meddix*.

—Entonces, ¿por qué no ir a mirar qué hace Gelio Ignacio? —dijo, levantándose y acercándose a la armadura—. Mandar donde él a uno de los míos, alguien que pueda pasar por samnita. Que esté con ellos, coja las informaciones necesarias y luego vuelva para dárme las.

La frase quedó suspendida en el silencio más absoluto. El muchacho tenía los ojos fijos en el vacío de aquel yelmo. Con un nudo en el estómago y el corazón latiendo lento pero con vigor.

—¿Puedes imaginar el valor de semejante información? Saber cuántos son, adónde se dirigen, para cuántos días tienen comida, cuál es su punto fuerte y cuál el débil. ¿Sabes cuántas vidas de las nuestras ahorraría y cuántas de las suyas condenaría una información semejante, Mamerco?

El muchacho tragó saliva.

—Miles. Miles, Audax. Como los miles que matamos cuando nos pusimos a la altura de sus escudos y sus lanzas.

De nuevo se hizo el silencio.

—Es otro tipo de valor, lo sé. No es afrontar al enemigo en la batalla, en medio de tus compañeros, cara a cara con la muerte, jugándotelo todo en pocos instantes de furia y odio. Es un valor frío, razonado, medido, duradero y despiadado. Un valor que no admite debilidades porque la prueba es infinitamente más ardua y debe ser afrontada en soledad y entre sus filas.

De nuevo el muchacho tragó saliva. La boca seca, los labios apretados.

—Conquistar su confianza, día tras día, solo, en medio de miles de enemigos.

El rostro de Mamerco estaba petrificado y Mure comprendió que aquella propuesta necesitaba tiempo para ser asimilada.

—Pero no quiero obligarte a hacerlo, tómate el tiempo de...

—¿Cómo piensas hacerlo? —lo interrumpió Audax con voz firme—. ¿Cómo podré llegar donde ellos sin despertar sospechas?

—Podríamos coger prisioneros, algún explorador o un joven hábil con las armas, y encadenarlo a ti, que te harás pasar por un samnita apenas capturado. Pasaréis algunos días juntos en estrecho contacto y de algún modo me harás saber si entre esos individuos hay alguien que te pueda llevar entre las filas del ejército de Gelio Ignacio.

—¿Dónde está ese ejército?

—Eso no lo sé —respondió Mure, cogiendo un mapa que desplegó sobre la pequeña mesa de campaña—. El territorio del Samnio —dijo, señalando el Apenino— ocupa buena parte del territorio al sur de Roma. —Su dedo se movió hasta la meseta de Apulia y luego volvió atrás, hasta la planicie campana—. Una región vasta con llanuras, altiplanos y dorsales montañosas en el centro. Tierras ricas de gargantas y pasajes inaccesibles que hacen difícil el tránsito de gentes y mercancías. Es ardua, es más, osaría decir que temeraria, la travesía de la región con un ejército que no conoce los pasos. Todo el Samnio es una especie de fortaleza difícil de asediar también, porque, a diferencia de Roma, no tiene una ciudad predominante que lo gobierna, sino que está compuesto por muchas comunidades, las *toutes*, gobernadas por un *meddix*, bajo las cuales viven miles de individuos en aldeas o ciudades más o menos grandes, sin que ninguna de ellas predomine sobre las otras. El *meddix tuticus* es el jefe supremo de todas las comunidades.

—El equivalente a un cónsul romano.

—Pero a diferencia de él, no tiene un igual, es el único jefe militar y disfruta de una autoridad ilimitada.

—Sí.

—El *meddix tuticus* en ejercicio se llama Gelio Ignacio y es la mente que ha reunido esta alianza de las *quattuor gentes*, cuatro pueblos que nunca se habían aliado antes, es más, etruscos y umbros siempre han estado en conflicto con sus peligrosos vecinos, los senones, que en esta ocasión han recibido ingentes sumas de dinero precisamente de los etruscos, por sugerencia de los samnitas, para participar en esta guerra contra nosotros. Mi colega, Quinto Fabio Máximo Ruliano, ha conducido sus legiones a Etruria, para contener esta reagrupación de fuerzas y mantenerlas, en lo posible, separadas. Nosotros, en cambio, estamos haciendo de cebo para atraer al ejército samnita, afrontarlo en una batalla y luego dirigirnos al norte para reunirnos con Ruliano.

—¿Y si no venciéramos?

—Sería una catástrofe, Mamerco, y estoy tratando de hacer cuanto está en mi mano para que eso no ocurra también en este momento. Lo que te estoy pidiendo es una posibilidad más y te lo pido a ti porque sé que puedes marcar la diferencia. No sé cuánto podrá incidir esta idea en el conflicto, quizá mucho, muchísimo, o quizá nada. Cada idea nace con la semilla del posible fracaso, pero no es una razón suficiente para no intentarlo. Tú eres el hombre adecuado para esto, siempre que tú te sientas capaz.

—Lo haré —respondió el muchacho después de un instante de silencio.

—Si te descubren, no podré hacer nada.

—Lo haré.

Se miraron a los ojos.

—Tendrás la recompensa y el reconocimiento que mereces.

El otro asintió.

—Mañana estudiaremos juntos los mapas, luego organizaremos tu falsa captura.

—Está bien —respondió el muchacho antes de que un silencio fúnebre cayera sobre ellos.

—Ahora ve a descansar.

—Buenas noches, cónsul.

—Buenas noches, Tito Mamerco Audax.

Publio Decio observó al astero saliendo de la tienda y se quedó solo con sus pensamientos. Como militar sabía que con el aceptable riesgo de una pérdida tenía la posibilidad de causar muchas al enemigo. Como hombre sabía que había poquísimas posibilidades de éxito y se preguntaba si había tomado la decisión correcta.

No encontró respuesta, era como si el vacío se hubiera apoderado de su mente.

El vacío y la carta de Julilla sobre la mesa.

Mure la cogió y la mantuvo algunos instantes entre las manos antes de abrirla. Luego rompió el sello.

Que Janus *pater* pueda abrir esta puerta con benevolencia.

Tú te irás y yo estaré aquí esperándote, como siempre, como *domina* y *mater*.

Tú te irás y cumplirás, como requiere la virtud, tu deber. Yo sufriré, pero un cónsul no deja nunca su mando. Y tú lo harás, por tu honor, tu *virtus* y tu *dignitas*.

Partirás y la amargura se acumulará a lo que ya hemos vivido.

Pero tú harás lo correcto. Te comportarás como un romano y como un hombre, como escribían hace muchos años. Tú serás lo que debes ser. Te irás y deberás ser fuerte contigo mismo y duro con los otros. Ordenarás y así deberá hacerse. Sin miedo ni medias tintas, solo con la compañía de tu razón. Solo así serás honrado y glorificado por aquellos que te aman y por tus soldados.

Tendrás *castra* que defender: la de tu corazón, donde nos custodiarás a nosotros, y la que mandarás con firmeza, donde tendrás a tus hombres. Ambas deberán protegerse como algo sagrado, porque nunca serás más que un comandante que llevará a término su misión.

Yo, sola, yo muda observadora de tu vida.

Cumple tu misión con la ayuda de Marte y de Belona.

JULILLA

XIII

LA VOLUNTAD DE KURETUS

Thucer cabalgaba al paso observando con desgana el paisaje boscoso que cubría las colinas. No estaba habituado a cabalgar a ese ritmo lento y durante tanto tiempo. Comenzaba a sentir un fastidioso entumecimiento en las piernas, pero eso no era nada comparado con lo que sentía por dentro. Cada paso de su cuadrúpedo lo alejaba de Nahar, de la cual trataba de recordar cada detalle. Los ojos, la sonrisa, el pelo, el calor de su cuerpo y el fuego de su pasión. Quién sabe si alguna vez podría tenerla para siempre, si al final de aquella guerra su padre cambiaría de idea.

Al lado del caballo había un semental enorme que avanzaba sin jinete. Era totalmente negro y tenía una estrella blanca en la frente. Habían hecho tanto camino juntos que, para engañar el tiempo, Thucer le había dado un nombre y entre todos los que había pensado había ganado el de *Negro*. Era el caballo más hermoso que hubiera nunca visto y estaba destinado a algún comandante etrusco con el que el padre de Thucer quería congraciarse.

Kuretus, el padre, estaba un poco más adelante en la columna. Avanzaba envuelto en su capa de piel, de la cual descollaba majestuosamente el lustroso yelmo de los antepasados. Thucer lo detestaba, a él y su voluntad de destacar, su manía por ser el amo indisputado de Tifernum y de querer extender más allá su desmesurada sed de poder. Claro, su talante lo había hecho poderoso, pero le había procurado también muchos enemigos en el interior de su misma ciudad. Muchos lo habían apoyado, pero otros tantos tramaban contra él y su familia. El mismo padre de Nahar nunca se había opuesto a las visitas de Thucer, pero el joven sabía que lo hacía para evitar las duras represalias del poderoso *nerf* de Tifernum.

Aquella guerra, sin embargo, podía resolver la situación, para bien o para mal. Si Thucer se distinguía de algún modo, demostrando a su padre que era un digno heredero del imperio económico y político por el que había trabajado toda una vida, quizá podría pedir como esposa a Nahar, aunque fuera la hija de un alfarero.

De otro modo, y este pensamiento le rondaba por la mente desde hacía tiempo, podría raptarla e irse a vivir con ella a Camers, la ciudad umbra que había pasado bajo la influencia romana, obteniendo un gran prestigio de ello. Quizá como hijo renegado de un filoetrusco podría obtener algún cargo de favor por parte de los administradores romanos. Kuretus mismo, en el pasado, había quedado impresionado por la decisión del Senado de Camers y de otras ciudades umbras de pasar bajo la égida romana, pero la cercanía de los etruscos lo había convencido de no dar ese paso, y ahora, con la potentísima alianza de cuatro pueblos contra Roma, sentía más que nunca que había tomado la decisión correcta. Quería sentarse a la mesa de los vencedores, terminada la guerra, para convertirse en el jefe de una especie de liga de

las ciudades umbras, que pasarían bajo su control. Epílogo que no favorecería, desde luego, el amor entre Thucer y Nahar.

—Tu padre ha pedido que te reúnas con él —dijo un jinete, acercándose a Thucer.

El muchacho espoleó el caballo introduciéndose en la nube de guardias que rodeaban al *nerf*.

—Padre.

—¿Has mantenido vigilados a los hombres de Enumek, como te había dicho? —respondió este sin demasiados rodeos.

—Sí —farfulló el joven, que advertía cada vez más una sensación de inseguridad cuando debía responder a la autoridad de su progenitor.

—Porque me consta que estás demasiado adelantado en la columna.

—Sí, pero cada tanto me vuelvo y los controlo.

—¿Cuándo aprenderás, Thucer? —gruñó el padre, irritado—. Debes olerles el culo y oír sus conversaciones. Esos cabrones traman algo y no ven la hora de que seamos derrotados para ocupar el puesto de nuestra familia. Se ve que has crecido sin tener que conquistar nada, a veces me pregunto si eres de verdad mi hijo. ¡Métete entre ellos y aguza la oreja! Enumek se ha quedado en la ciudad con una excusa, pero debería alcanzarnos en los próximos días, por eso estoy manteniendo una marcha tan lenta. Quiero que me informes de cualquier cosa que digan esos cabrones, ¿entendido?

—Sí, padre.

—¡Vete!

Thucer echó un último vistazo a su padre, habría querido que fuera de odio, pero, en cambio, fue de resignación. Giró el caballo y remontó la columna en sentido inverso con los ojos enrojecidos.

—Que los dioses te hagan morir en el primer enfrentamiento —susurró, apretando los dientes—, de modo que hayas desperdiciado la existencia persiguiendo algo que no mereces y yo sea liberado de tu opresiva presencia.

Detuvo el caballo en las cercanías de algunos infantes que escoltaban sus carros de provisiones. Uno de estos lo miró y escupió al suelo. Thucer pasó más allá tratando de no hacer notar demasiado su presencia y se puso detrás de los carros con la esperanza de estar en una buena posición, pero desde luego no podía cabalgar entre los hombres del más acérrimo opositor de su padre. Enumek era tan noble como Kuretus, pero su familia había perdido importancia política en Tifernum durante el ascenso de la de Thucer. El padre de Enumek había muerto en circunstancias misteriosas y siempre se había sospechado de Kuretus o, en todo caso, de alguien de su séquito que hubiera actuado por orden suya. Una vez eliminado ese peligroso opositor, Kuretus vio allanado el camino hacia el poder y desde ese momento la regencia de la ciudad había pasado prácticamente a sus manos, después de haber constituido una especie de Senado fantoche.

Pero la facción favorable a la familia de Enumek nunca había dejado de tramar

contra Kuretus y esperaba el momento oportuno para volver con fuerza y recuperar la ciudad. Aquella guerra, combatida con diversos aliados extranjeros y regentes de otras tribus umbras, podía determinar tanto la fortuna como la desgracia de una de las dos facciones y todos estaban trabajando en la sombra para salir de ella con tanto poder como fuera posible.

Los hombres de Enumek miraron recelosos a Thucer, luego se habituaron a su presencia y ya no le hicieron caso, marchando envueltos en sus capas. Thucer, por su parte, después de un primer momento de atención, volvió a sentir el fastidio de las piernas, que le hormigueaban por las largas horas de aquella cabalgada lenta y monótona. De nuevo, empezó a pensar en Nahar, en la noche de la procesión en Tifernum y en las callejas de la ciudad que custodiaban el secreto de todo lo que había sucedido. La reflexión lo acompañó durante toda la tarde, hasta que oscureció y finalmente Kuretus se decidió a dar la orden de detenerse para pasar la noche en una meseta que dominaba las colinas boscosas.

Los hombres encendieron los fuegos, algunos grupos montaron tiendas junto a los carros, otros prepararon sus camastros al aire libre, envolviéndose en pesadas capas. Se establecieron turnos de guardia y patrullas de jinetes. Inicialmente se pensó en disponer centinelas en abanico sobre las colinas circundantes, listos para dar la alarma en caso de avistamientos, pero luego Kuretus tranquilizó a todos sobre el hecho de que aún estaban lejos de cualquier contacto con los romanos y, por tanto, no era necesario tomar semejante precaución.

Thucer comió cerca de su padre y los hombres de su guardia. Escuchaba distraídamente sus discursos y cada vez más a menudo alzaba los ojos a la bóveda celeste cubierta por una alfombra de estrellas luminiscentes.

—Coge este saco y sígueme, tenemos que hablar.

El muchacho tragó, rápido, el último bocado, cogió el pesado saco sobre el que había estado sentado su padre y lo siguió mientras se alejaba apuntalándose con un asta de madera. Los dos se alejaron del centro del campamento y desaparecieron en la oscuridad de un bosquecillo después de haber superado a los guardias.

Parecía que Kuretus estaba buscando algo y, de pronto, giró en torno a una gran peña que se elevaba hacia la luna llena y apoyó en ella el palo que había llevado hasta allí.

—¡Siéntate!

Thucer dejó su fardo y ocupó su sitio, seguido por su padre, que permaneció algunos instantes en silencio mirando la inmensidad antes de soltar un suspiro.

—Sé qué piensas de mí, Thucer, y sé que me detestas —dijo con el aliento condensándose en el aire frío—. Creo que los dioses no te han dado el padre que querías, como tampoco a mí me han dado el hijo que esperaba.

Incómodo, el muchacho permaneció en silencio.

—Pero eres sangre de mi sangre y esta noche debo decirte algunas cosas porque estamos a punto de hacer algo que cambiará para siempre nuestras vidas. Estamos a

punto de ir a la guerra, muchacho. Tenemos buenos aliados, pero vamos a la guerra contra los quirites, por consiguiente, no sé cómo acabará. De lo único que estoy seguro —continuó—, es de que, si venciéramos y yo sobreviviera, podríamos fundar una especie de liga de las ciudades umbras de las cuales yo sería el gobernante. Las ciudades que han tomado partido por los romanos pasarían, con seguridad, bajo nuestro dominio y serían obligadas a proporcionar enormes tributos. Esto querría decir inmensas riquezas, honores y obligaciones, y también tiempo para arreglar las cosas, hacer leyes, encontrar preciosos aliados y clientes, prosperar y acaso un día dejarte una parte de todo este fatigoso trabajo.

Kuretus dejó de mirar la luna y se dirigió hacia su hijo, con el rostro iluminado a medias por la luz opalescente y la otra mitad en la sombra.

—Si perdiéramos, caeremos en desgracia, y con toda probabilidad Enumek cambiaría de facción en el último momento para entregarnos a los romanos. En tal caso, no sobreviviremos un solo día. Que yo tenga mucho poder significa también que tengo muchos enemigos.

Thucer asintió bajando la mirada.

—Hay una tercera posibilidad.

El muchacho volvió a mirar aquel rostro vuelto irreal por la luz lunar.

—Que ganemos la guerra... pero yo muera.

—Padre...

—Escúchame, Thucer, porque para ti este es el peor escenario. Sin mí, también mis partidarios tendrán miedo de Enumek y con toda probabilidad tomarán distancias de cuanto he hecho hasta este momento para escupir sobre mi nombre mientras mi cadáver estaría aún caliente. Tú no tienes la fuerza de llenar mi vacío, nadie vería en ti lo que he sido yo. Ni siquiera los hermanos de tu madre se pondrían de nuestra parte; desde que murió hace tres años no han hecho más que tramar a nuestras espaldas. Nadie se sentiría protegido poniéndose de tu lado. Te degollarían esa misma noche para instalarse en nuestra casa y compartir de este modo el poder con Enumek.

La mirada del joven se ensombreció.

—Si muero, Thucer —continuó el padre, apuntándole el pecho con el dedo—, estarás solo y deberás huir como el viento, más rápido que el viento.

—Huir, ¿adónde?

El padre negó con la cabeza.

—No lo sé. Quisiera decirte que huyas con el más fuerte entre etruscos y romanos, pero no sé cuál de los dos caminos te llevaría a la muerte. Lo que puedo hacer es dejarte con qué vivir durante un buen tiempo, si consigues sobrevivir al primer día sin mí. En ese saco hay un cofre con varias monedas de oro, lo suficiente para que estés bien. Podrás coger un trozo de tierra y una propiedad para hacerla explotar, o vivir como un disoluto durante algún tiempo, derrochando el dinero —dijo el *nerf*, subrayando con el disgusto pintado en el rostro las últimas palabras—. Es solo una pequeña parte. El resto está escondido en el templo de Jupater. El sacerdote

sabe dónde y no nos traicionará, o al menos eso creo, dado que me debe su posición y ese templo. Pero se podrían necesitar años para volver a la ciudad y coger el oro. Quizá no lo consigas nunca. Por lo tanto, confórmate con esto hasta que la situación haya mejorado —dijo antes de levantarse y coger del saco una pala a la que aseguró el mango de madera—. Mañana por la mañana deberás memorizar la meseta en la que hemos vivaqueado esta noche. Esta roca es visible desde los fuegos, ¿los ves allá abajo?

—Sí.

—Debajo de esta roca estará tu cofre. Excava.

El muchacho empezó a excavar bajo la roca con la pala, donde el terreno blando impregnado de humus cedía a sus golpes decididos.

—Y no vuelvas con ella.

Thucer se detuvo un instante y miró a su padre.

—Esa muchacha, Nahar, será tu ruina. Con toda probabilidad su padre se pondrá del lado de Enumek para evitarle problemas, dado su pasado contigo. No está claro que esto baste para salvarla, pero en el caso de que lo consiguiera estará vigilada, y si intentas verla te capturarán.

El joven volvió a cavar con más ahínco.

—Recuerda estas palabras. ¡Recuérdalas! No quiero imaginar tu cabeza clavada como un trofeo sobre el asta de la vieja torre. ¿Has entendido?

—He entendido.

Kuretus asintió, aliviado.

—Pero, en cambio —continuó el muchacho—, en cambio, si todo fuera bien, padre, si ganáramos la guerra y tú te sentaras a la mesa de los vencedores constituyendo esa liga de las ciudades umbras bajo tu hegemonía —dijo a aquel rostro iluminado solo a medias—. Si tú finalmente alcanzaras lo que persigues de toda la vida, ¿me dejarías volver con ella?

—¿Eso es todo lo que quieres, Thucer? —respondió el padre con ademán severo—. ¿La hija de un alfarero descerebrado? ¿Tú solo quieres eso cuando podrías tener una noble etrusca y cien matronas romanas como esclavas?

—Sí, es todo lo que quiero.

Kuretus se quedó mirándolo con los brazos cruzados, luego bajó la cabeza.

—Tú me matas más que mis enemigos.

Thucer volvió a excavar, rápido, con el corazón en la boca, cada vez más hondo, hasta que el agujero fue lo bastante profundo como para poner el saco con el pequeño cofre. Cubrió todo con la tierra y desmontó la pala colocando el mango de un lado y escondiendo la hoja cerca de una raíz. Ocultó con algunas ramas la excavación y alzó la mirada. El padre se había marchado. Lo buscó en vano en los alrededores sin encontrarlo. Entonces Thucer se limpió las manos de la tierra, remontó la peña y miró hacia el campamento. Solo en aquel momento vio la silueta de Kuretus regresando a la luz de los fuegos.

Entonces se sentó y lloró.

XIII

PRISIONEROS

Mamerco se miró los hierros en las muñecas. Lo habían encadenado a bordo de uno de los carros de la legión, que había sido agregado a los pertrechos de los aliados marsos, a la retaguardia. Mure quería evitar que los compañeros de Mamerco lo traicionaran con alguna mirada cómplice, frustrando el intento de hacer pasar al volsco por un samnita. Por lo tanto, había establecido que el carro que acogería a los prisioneros fuera puesto junto a los de los aliados que no conocían el plan. Al mismo tiempo, para evitar que los marsos hilaran demasiado fino con los prisioneros y con su hombre, había puesto algunos elementos escogidos de la turma de Marco Celio Lupus para escoltar el carro.

El cónsul había estudiado el papel y había instruido a Audax; fingiría ser de Atina, una ciudad en el territorio de los pentros, una de las cuatro tribus principales de la liga samnítica junto a los caudinos, los hirpinos y los caracenos. Una pequeña dorsal montañosa dividía a los pentros del territorio de los volscos, donde había nacido y crecido Mamerco, y la lengua de los dos pueblos, si bien distinta, tenía muchas semejanzas. Mamerco no solo conocía la lengua, sino que, como había sido pastor, conocía lugares y costumbres de la zona, al punto de que podía pasar tranquilamente por un montañés de los alrededores de Atina.

Pero el engaño tenía un límite. Si los prisioneros eran de Atina se corría el riesgo de que Mamerco pudiera ser desenmascarado; por consiguiente, el cónsul esperó a penetrar en profundidad en las tierras de los hirpinos antes de mandar a sus famélicos jinetes a la caza de samnitas.

Mure no debió esperar mucho, al segundo día los exploradores de Lupus habían localizado y capturado a cinco hombres, y Mamerco había sido preparado de inmediato para su nuevo papel de prisionero samnita. Le habían hecho ponerse una túnica mugrienta y dilacerada, lo habían ensuciado de tierra y sangre coagulada. Marco Celio se había preocupado de dejarle en el rostro algún morado realista con sus propias manos y luego lo había hecho encadenar con una cierta comodidad en la caja del carro, cubierto por una tela sucia.

—¿Cómo estás? —preguntó un hombre cubierto con una capa de lana asomándose a la abertura del carro.

—¿Cónsul?

—Sí, soy yo —respondió Mure en voz baja—. He venido a decirte que hemos cogido a cinco hombres, y en este momento Livio se está ocupando de su interrogatorio, luego los traeremos aquí.

—Está bien.

—¿Estás preparado?

—Sí.

Mure asintió.

—Recuerda informarme si hay pentros en el grupo porque tendremos que deshacernos de ellos, ¿entendido?

—Sí, ¿cómo lo haré para comunicarme?

Mure se apartó mostrando a sus espaldas la silueta de Lupus.

—Pídele agua a Marco Celio. Él se ocupará de todo.

—Ese ojo hinchado te sienta de maravilla —se entrometió Lupus.

—Que te jodan —respondió Tito Mamerco Audax.

—Comportaos —intervino el cónsul—, y tú, Lupus, recuerda que responderás en persona por todo lo que le ocurra a nuestro hombre y a los prisioneros.

—Sí, cónsul.

—Ahora vamos. Que la fortuna te acompañe, Mamerco.

Audax asintió.

—Gracias.

Publio Decio se puso la capucha y se alejó del carro junto con Lupus. Tito Mamerco se quedó solo, encadenado al carro. Se miró las muñecas e instintivamente intentó soltarse de los hierros, sin conseguirlo. Era una sensación terrible.

Las voces de algunos soldados interrumpieron su forcejeo, se rindió, por lo tanto, a las cadenas y aguzó el oído hacia el exterior donde se estaban reuniendo hombres. Oyó la voz de Marco Celio que gruñía órdenes con rabia. Sin duda, los samnitas estaban sufriendo las iras de la soldadesca. Era un clásico, en cuanto los oficiales se alejaban, los legionarios desahogaban su rabia reprimida sobre los prisioneros.

Alguien despotricó en el dialecto samnita de los hirpinos. Una maldición o algo por el estilo. Por toda respuesta se desencadenó una violenta paliza. Un soldado trató de calmar a Lupus, que debía de haberse abalanzado sobre un prisionero.

—Lo vas a matar.

—¡Sí! ¡Quiero ver muerto a este sucio perro!

—¡Si te ve el cónsul nos hará pedazos! —respondió un segundo.

La frente de Mamerco se perló de sudor, se preguntó cómo se comportaría si lo descubrieran, si lo capturaran los samnitas, si supieran que era un espía. Luego la lona se abrió y una sombra fue arrojada al interior por media docena de manos. De un salto, Lupus estuvo sobre el carro. Cogió las muñecas del hombre que acababa de empujar al interior y lo encadenó a un anillo de metal fijado a la caja del carro. Lo levantó por el pelo.

—Intenta rebelarte otra vez y te prometo que te mato, asqueroso cabrón —gruñó.

Uno a uno, otros cuatro prisioneros sufrieron el mismo trato y, pocos instantes después, Mamerco compartía el carro con cinco hombres provenientes de quién sabe dónde. La lona se cerró y los soldados de la guardia se alejaron. Estaba oscuro y Audax ya no veía más allá de un palmo de su nariz, solo sintió que el exiguo espacio se llenaba de olor a humanidad, golpes de tos, conatos de vómito y respiraciones

afanosas que acababan en gemidos.

—Herenio —dijo alguien refunfuñando entre una respiración y otra—, responde, Herenio, ¿puedes?

Nadie respondió, solo se oyó farfullar algo incomprensible. El gruñido de quien había recibido golpes demasiado fuertes para hablar.

—Hijos de perra, cabrones, malditos romanos, malditos. Comio, ¿dónde estás?

—Aquí, Sepio, esos hijos de puta me han roto la nariz.

Era un dialecto del interior, afortunadamente no era de los montes de Atina, así que no se percatarían de alguna inflexión equivocada.

—¿Ves a Herenio?

—Está aquí, está cerca de mí, pero no responde, está malherido —dijo otro.

—Herenio, estoy aquí, ¿has entendido? Estoy aquí contigo.

—No te oye, Sepio, quizás esté desmayado.

—Pero ¿respira?

—No lo sé. No lo sé, no consigo tocarlo.

Eran hirpinos, Mamerco estaba seguro, comprendía el concepto de lo que decían, aunque en el conjunto perdía algunas palabras.

—Nos matarán —sollozó uno de ellos en la oscuridad—, nos matarán a todos.

—No, Adius, no, ¿para qué cogernos prisioneros si quieren matarnos?

—Para interrogarnos, nos torturarán.

El prisionero que Lupus había arrojado primero en el carro percibió en ese momento la presencia de Tito Mamerco.

—Hay alguien aquí —dijo a los demás antes de dirigirse a Audax—. ¿Quién eres?

—Baja la voz —susurró Tito Mamerco—, o volverán a apalearnos.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo el samnita.

—¡Baja la voz!

—Nos matarán de todos modos —rebatía aquel al que habían llamado Comio.

—No es verdad —susurró el falso prisionero, según lo había instruido Mure—. Me capturaron hace tres días y me han dado de comer y de beber, quizá nos vendan como esclavos o quizás estén recogiendo hombres para hacer intercambios entre prisioneros; de otro modo, ¿para qué mantenernos con vida? En todo caso, bajad la voz, no tengo ganas de que vuelvan a apalearme.

En el carro hubo algunos instantes de silencio.

—¿De dónde eres? —preguntó en voz baja el samnita más cercano a Mamerco.

—Atina.

—Pentros... se ve.

—¿Y tú?

El samnita no respondió.

—¿Sois soldados?

—¿Cómo te llamas? —preguntó el otro, evitando de nuevo dar una respuesta.

—Mamerco.

—Yo soy Sepio Elvio, ellos son Adius, Comio, Nearco y... Herenio. Venimos de Maloenton.

—Hirpinos.

—Sí, hirpinos.

—¿Cómo es la situación en Maloenton? —susurró Mamerco—. A este paso los romanos la alcanzarán pronto.

—La ciudad ya ha alzado torres de defensa y hecho el vacío en torno. Se están disponiendo para lo peor.

—¿Se tienen noticias de las legiones de Ignacio? ¿Cuánto tiempo esperará para intervenir?

—Sin duda, estará haciendo algo —respondió el hirpino.

—Por el momento está dejando devastar toda la región, yo he debido huir precisamente por eso, ¿sabes? Ya no tengo nada. Ovejas, cabras y granja. Se lo han llevado todo.

Sepio asintió.

—Estoy seguro de que pronto hará algo. Todas las ciudades le están mandando ayuda.

—¿Qué harían con nosotros si mañana aparecieran nuestras legiones? —preguntó Comio.

—No aparecerán —respondió aquel al que habían llamado Nearco, con voz autoritaria—; no aparecerán ni mañana ni después, y ahora callad.

Todos dejaron de hablar. Solo quedó el gruñido de los heridos y el llanto sofocado del tal Comio. Mamerco percibió que Nearco debía de ser el jefe o el mayor del grupo. No le había visto el rostro, pero tenía autoridad sobre los otros y quizás era precisamente el hombre al que apuntar para obtener informaciones.

—Yo escapaba hacia el sur —dijo Audax rompiendo el silencio—, confiaba en encontrar un destacamento de los nuestros o una aldea donde me pudieran decir a qué lugar dirigirme para sumarme a una legión.

—¿Sumarte a una legión?

—Claro, Gelio Ignacio está reclutando hombres —respondió Mamerco, irritado, a aquel Nearco—. ¿Qué debía hacer? ¿Quedarme en mi granja reducida a un montón de cenizas para esperar un nuevo escuadrón de caballería romana?

—Bah, has encontrado el escuadrón de caballería, quizá te hayas equivocado de camino.

Mamerco se puso rígido, sentía una antipatía especial por aquel Nearco incluso sin verle la cara.

—Te puedo garantizar que encontraría el camino incluso vendado.

—¿Y cómo te han cogido?

—Del mismo modo que te han cogido a ti. Es más, yo al menos estaba solo, vosotros os habéis dejado joder siendo cinco.

—Cuidado a cómo hablas, Mamerco.

—¿De otro modo, qué harás? Dime, Nearco, ¿qué harás? ¿Romperás las cadenas? Déjame ver.

—Calmaos.

—¡Cállate, Sepio!

De nuevo se hizo el silencio en el carro y Audax lo rompió otra vez.

—¿Eres el jefe? ¿Eres su comandante? ¿Un centurión?

—No es asunto tuyo.

—Bah, podrás ser su comandante, podrás decir «cállate» a quien quieras de ellos, pero no a mí.

—¿De otro modo, qué harás? ¿Romperás las cadenas?

—No, no puedo, pero desea no estar nunca a un brazo de distancia de mí, porque soy capaz de partirte el cuello.

—No os conocéis —volvió a hablar Sepio—, ni siquiera sabéis qué cara tenéis, estáis magullados, encadenados a un carro de gente venida de lejos para combatirnos, para quitárnoslo todo, ¿y pensáis en mataros el uno al otro?

De nuevo se hizo el silencio.

—Quizá no veamos otro atardecer, ni siquiera somos dueños de estas últimas horas de vida y las desperdiciamos vomitándonos odio.

Ya nadie habló. Permanecieron todos con sus pensamientos y el dolor de los golpes, mientras Audax, en la oscuridad de aquel carro, estudiaba cada movimiento, cada respiración y gruñido que oía. Nearco era un jefe, casi con seguridad un soldado; lo habría podido conducir donde Ignacio, lo sentía. Mantuvo la mirada fija en aquella silueta de rasgos ocultos por la oscuridad hasta que la tensión se lo permitió, luego el sueño llegó implacable y lentamente doblegó su voluntad llevándolo a una dimensión donde ya no existían frío, cadenas y guerra. Una dimensión donde esperaba poder mantener bajo llave, junto con la ficción de los hierros que le sujetaban las muñecas, también sus pensamientos, la pulsión que lo llevaba al odio por aquella gente que le había quitado todo. Debía encerrar en una prisión mucho más inaccesible su verdadera identidad. Cerrar los ojos y no soñar, no agitarse, no hablar en su lengua, controlar su conciencia también en el sueño. Un sueño que duró poco porque la postura obligada sobre aquellas tablas desnudas lo había hecho despertarse continuamente con las articulaciones doloridas. En los raros momentos en que había podido dormirse había oído de lejos el lamento de los heridos y las voces de los centinelas que parloteaban en el exterior del carro. A estos se habían añadido las llamadas y los toques de diana del campamento que le habían quitado del todo el sueño dejándolo en un estado de agotamiento hasta que la luz inundó poderosa el carro junto con el rugido de Lupus.

—¡Despertad, cabrones!

Mamerco estaba enceguecido, en un instante se encontró arrojado fuera, rodeado por puntas de lanzas. Se masajeó las muñecas doloridas, un gemido salió del carro

junto con la voz tronante de Marco Celio Lupus y, uno a uno, los otros prisioneros estuvieron fuera. Audax trató de identificar aquellos rostros para asociarlos a las voces que había oído durante la noche.

Nearco, sin duda, era aquel alto e imponente, el rostro oval enmarcado por una barba corvina y el pelo no demasiado largo. Los dos se miraron, sí, solo podía ser Nearco. Aquel de rodillas, de mirada aterrorizada, debía de ser Comio.

Bajo la mirada atónita de los otros, sacaron en brazos un cadáver. Era Herenio.

Luego otros dos prisioneros salieron a la luz. Un muchacho joven sostenía a su compañero herido.

Mamerco y el joven se miraron. Era él, Sepio, estaba seguro.

XIV

EL PLAN DEL ZILAT

Hulx estaba agotado, y su caballo no habría aguantado mucho más ese ritmo. Según sus cálculos, los galos y Larth debían de estar en las inmediaciones. Condujo la cabalgadura por una brumosa pendiente boscosa, seguido por la pequeña pero aguerrida escolta que el *zilat* le había confiado. Llegado a la cima, miró más allá, hacia el norte, con el aliento que se condensaba en el aire frío, esperando encontrar la lenta columna de los senones aproximándose.

Se demoró largamente entre los vapores del valle y el cielo terso que acariciaba las crestas de las colinas, pero no vio a nadie. Buscó su cantimplora y bebió un sorbo lento antes de que un zumbido pasase fulminante a su izquierda seguido por el chasquido en un tronco.

—¡Flechas! —aulló, arrojando la cantimplora y tirando de las riendas.

Un segundo silbido, luego un tercero y otros tantos estoques sordos sobre los árboles cercanos. El caballo se encabritó, Hulx debió usar toda su experiencia para no acabar desarzonado. Apretando las piernas se mantuvo en la silla y logró conducir a la cabalgadura cuesta abajo por el declive desde el que había llegado arrastrando consigo a los otros jinetes.

Cuando se sintieron fuera de tiro se volvieron mirando a su alrededor entre los vapores del bosque.

—¿Dónde está Ceisus? —preguntó Hulx.

—No lo sé, estaba detrás de mí, luego ya no lo he visto —respondió uno de los hombres.

—¡Hijos de puta, le han dado!

—¡Silencio, silencio!

Los hombres contuvieron el aliento para escuchar qué sucedía en la cima de la colina.

—Voces.

—Sí, las he oído, también hay caballos.

Todos aguzaron las orejas.

—¿Habéis oído? —preguntó Hulx—, rasena.

—Sí, rasena, he oído también yo.

—¿Nos están llamando? —preguntó uno del séquito.

—Puede ser una trampa —respondió Hulx.

—¡Mirad!

La silueta de algunos jinetes que avanzaban al paso se materializó a lo lejos desde la niebla. Estaban cubiertos por pieles, tenían el pelo largo y vaporoso.

—Rasena —dijo uno, alzando la mano.

—Deben de ser esos hijos de perra de los senones —farfulló Hulx antes de hablar en voz alta—: ¿Dónde está nuestro hombre?

El jinete galo continuó avanzando.

—Detente... —exclamó Hulx, nervioso—, detente, cabrón. Nuestro hombre, ¿has entendido? ¿Dónde está Ceisus?

El senón indicó la cima del monte.

—Rasena.

Hulx hizo avanzar el caballo. Vio a su hombre en el suelo asistido por dos senones que procuraban extraer una flecha clavada en el muslo.

—Cabrones, antes de tirar flechas deberíais preguntar si os cruzáis con amigos o enemigos.

Los dos se miraron, hoscos, mientras los otros del séquito se acercaban.

—¡Va todo bien! —aulló Larth, llegando al galope—. ¡Va todo bien! —repitió, tratando de apaciguar los ánimos con amplios gestos de las manos—. Cálmate, Hulx.

—¿Calmarme?

—Sí, cálmate. A estos no los manejamos, créeme —rebatíó antes de bajar del caballo y auxiliar al herido.

Hulx desmontó de la silla y miró a su alrededor, enfadado, intercambió un par de miradas feroces con los senones y luego ayudó a los dos que se afanaban con la flecha clavada en las carnes.

—Me alegra verte —dijo Larth.

—También a mí —gruñó el otro.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Todos los que he encontrado, a la ida y a la vuelta, han intentado matarme. Hasta los nuestros han querido liquidarme.

Larth sonrió.

—Veo que nadie lo ha conseguido.

Pusieron una tira de cuero en la boca del soldado, un movimiento sabio, un aullido sofocado entre los dientes y la flecha fue extraída. En pocos instantes la pierna comenzó a sangrar copiosamente, pero los senones conocían su oficio. Con un emplasto de miel y hierbas curativas y una fajadura apretada detuvieron momentáneamente el flujo. Por el momento el jinete etrusco estaba a salvo, no moriría desangrado y si la herida no se infectaba en los días siguientes, sobreviviría.

—Cuéntame del *zilat* —pidió Larth una vez montados a caballo—, ¿has conseguido verlo? ¿Le has explicado la situación?

—Sí y debo decir que ese hombre es astuto como un zorro.

—¿Qué ha dicho?

Hulx miró a su alrededor.

—¿Estás seguro de que estos cabrones no entienden una palabra de lo que decimos?

—Creo que sí, solo Aker habla nuestra lengua, pero en este momento está

guiando el carro de Ateboduus, a algunas millas de aquí.

—¿Tienes presente a Ruliano, el cónsul romano?

—Sí.

—Está correteando, impune, por nuestras tierras, y el otro cónsul, Mure me parece que se llama, está haciendo lo mismo en el Samnio. Se entretienen con las granjas de los campesinos y alguna ciudadela que ha caído bajo sus garras, rindiéndose, pero en realidad así están divididos y podrían ser vulnerables. Una legión ha acampado en los alrededores de Clusium y no se ha movido de allí en los últimos diez días. La otra legión de Ruliano, en cambio, se dirige hacia oriente, acercándose a los umbros; quieren dar miedo a las ciudades umbros aún neutrales para ponerlas de su parte —continuó Hulx—. La idea del *zilat* es atacar la legión establecida en Clusium lo antes posible, mientras está aislada.

—Sí, sí, puede ser un buen movimiento. Pero ¿quiere reunirse con los senones antes de hacerlo?

—No.

—¿No? ¿Atacará solo con las fuerzas de la liga etrusca?

De nuevo Hulx miró a su alrededor, acomodándose en la silla.

—Aquí está la astucia de Vel Lathites, amigo mío.

—Explícate.

—Seremos nosotros quienes conduciremos el ataque.

—¿Nosotros?

—Tú y yo. El *zilat* quiere que convenzamos a los senones de atacar a la legión romana mientras él acaba de reunir a los hombres enviados desde las ciudades de la liga. Debemos hacerles creer que es un bocado fácil y al alcance de la mano. Una sola legión que custodia todo el oro requisado durante las incursiones. Los senones picarán el anzuelo, seguro, combatirán para eliminar la legión establecida en Clusium, sacándola de nuestras tierras y, al mismo tiempo, a los ojos de Roma serán los culpables de ese ataque atrayendo sobre ellos la venganza de los quirites.

Larth miró a su amigo con la boca entreabierta, pensando en la sutileza de ese diseño estratégico.

—Una vez destruida la legión, senones y umbros deberán regresar, por fuerza, hacia sus tierras, que serán objetivo de la legión superviviente de Ruliano. Entre tanto, el *zilat* ya habrá tomado posición para aparecer de la nada y entrar en batalla. Al gran banquete serán invitados los samnitas, que nos alcanzarán desde el sur rodeando los Apeninos.

—¿Cómo podemos estar seguros de que los romanos irán a las tierras de los senones?

Hulx se arrebuja en la capa.

—Dejaremos rastros tangibles del paso de umbros y senones y haremos de modo que estos se dirijan hacia las tierras umbros. El resto caerá por su propio peso, la venganza está en la naturaleza de los romanos. En cambio, si no lo hacen deberemos

atraerlos nosotros. Haremos de presa y los llevaremos directamente a la boca de los soldados de la liga etrusca.

—¿Y el otro cónsul, Mure?

—Cuando sepa qué ha sucedido, será demasiado tarde, estará solo y demasiado lejos para intervenir. Entonces bajaremos hacia el sur, hacia Roma, con un ejército en el cual confluirán también aquellos que, por el momento, se han mantenido neutrales, y los aniquilaremos. Roma deberá rendirse y pagar enormes tributos de paz, volverá a estar limitada en sus colinas, y deberá proporcionar hombres a la liga etrusca.

Larth se dejó llevar por el caballo.

—Es... un plan genial —dijo—, un plan genial.

VULTURNUS

Publio Decio Mure había puesto otra vez en movimiento sus legiones. Los hombres marchaban del alba al ocaso, pasando a través de paisajes espectrales de aldeas entregadas a las llamas y caseríos devastados. Durante el camino, el carro que hacía de refugio nocturno para los prisioneros iba cargado de tiendas, por lo que los samnitas y Mamerco avanzaban a pie, con la cabeza gacha y las manos atadas, sin poder hablar entre sí.

Adius, el prisionero herido, había ido empeorando día tras día, tenía fiebre y al alba del quinto día de marcha ya no podía más. Las heridas se habían infectado, la fiebre que lo atenazaba desde su llegada había subido bastante y Marco Celio Lupus no podía detener el ímpetu de Mure por un prisionero moribundo. Lo dejó, por lo tanto, a su suerte, bajo una llovizna impalpable, en el frío, al borde del camino, mientras la legión se ponía de nuevo en marcha pasando a su lado sin ni siquiera notarlo.

Sepio y Comio lo miraron por última vez con los ojos brillantes, pero luego punzados por las lanzas debieron alejarse para proseguir el camino. Se volvieron varias veces a mirar a su amigo y Comio siguió haciéndolo incluso cuando la columna que seguía le impedía verlo. Ninguno de ellos dijo ya una palabra en todo el día, siguieron caminando con la cabeza gacha y los pies desnudos en el fango.

—Anímate, Sepio —dijo Mamerco una vez que entraron en el carro, al atardecer.

—Poco importa, pronto tendremos su mismo fin.

—No creo —rebatíó Audax—, para algo deberemos servirles, de otro modo no nos llevarían con ellos. ¿Habéis visto? No nos han interrogado o torturado.

—Os espera un destino mucho peor —pontificó Nearco.

—¿Peor que la muerte? —preguntó Comio.

—Sí, peor: la esclavitud. La reclusión entre los muros de una *domus* romana en su maldita ciudad. Como hombres que sois, os convertiréis en objetos de propiedad de los enemigos y no tendréis otra identidad que la querida por vuestro patrón.

—¿Os convertiréis? —preguntó Mamerco.

—Vosotros os convertiréis.

—¿Tú no?

—Antes de vivir así prefiero la muerte. Quien sabe morir, es superior a cualquier potencia humana. ¿Qué le importa la cárcel, los guardias y las cadenas? Siempre tiene la puerta abierta. La verdadera cadena que nos lleva a sufrir es el amor por la vida.

Audax examinó al samnita. Debía conquistarlo de algún modo, pero los dos eran como refractarios.

—Si he de morir —dijo—, entonces quiero hacerlo combatiendo. Combatiendo

contra los que me quieren hacer esclavo, que han destruido y se han llevado cuanto tenía de más querido. Si he de morir quiero llevarme conmigo a tantos de ellos como pueda.

—Esa es una idea de montañés —rebatíó Nearco, despreciativo—, ¿y cómo piensas hacerlo? ¿Los matamos uno a uno usando las cadenas como armas en cuanto se pongan en fila? Somos cuatro y tenemos el estómago contraído por el hambre, mientras que ellos son miles, armados y bien alimentados.

—En efecto, me enfrentaré a ellos de igual a igual. Armado y fuerte, bajo las enseñas de Gelio Ignacio.

El hirpino estalló en una carcajada.

—Lo has dicho tú, quien sabe morir siempre tiene una puerta abierta. Entonces me arriesgaré y encontraré esa jodida puerta, lo peor que puede pasarme es que me maten, pero por lo menos lo habré intentado y no tendré el mismo fin que ha tenido hoy Adius al borde del sendero.

La risotada de Nearco desapareció en un gorgoteo.

—Entonces oigamos cómo tienes la intención de hacerlo.

El hombre de Mure le lanzó una mirada truculenta, pero luego se acercó bajando el tono.

—Hay un momento en que la vigilancia y la atención de los soldados disminuye. El otro día —continuó Mamerco, interpretando el papel que el mismo Mure le había hecho aprender de memoria—, cuando vadeamos el río, ¿os acordáis?

—Sí, cuando a duras penas han hecho pasar los carros con los pertrechos —dijo Sepio.

—Exacto, durante el vadeo los hombres están muy ocupados pensando en sí mismos y en el equipaje. En ese momento debemos desaparecer con la cabeza bajo el agua y nadar lo más rápido y silenciosamente posible siguiendo la corriente.

—Es una locura —rebatíó Nearco, alzando la mirada hacia la lona del carro acribillado por la lluvia—, con las lluvias de estos días los ríos han crecido.

—Entonces dame otras ideas, ¿las tienes? Porque yo estoy dispuesto a escuchar y a demostrarte que puedo seguir las si son mejores que la mía.

El samnita enmudeció.

—Lo pensaremos —intervino Sepio—, lo pensaremos durante la noche y todos juntos tomaremos una decisión. Aquí estamos juntos y juntos debemos salir o intentarlo.

Publio, amigo mío, si tú estás bien, me alegro; yo estoy bien.

Te agradezco la carta, es de veras un gran alivio para mí saber que estás activo y gozas de buena salud. Sé que estás ejecutando tu misión con gran firmeza y eso solo puede darme placer. No debes sufrir por el hecho de no haber conseguido entrar en contacto con el ejército de Ignacio, estoy seguro de que antes o después lo

descubrirás. No te fíes de la momentánea calma, porque el mar se agita en seguida, hundiendo en el mismo día las barcas allí donde se habían impulsado con suavidad y así sucederá cuando avistes a los exploradores de las legiones samnitas. Es precisamente para ese momento que deposito en ti grandes esperanzas y completa confianza. Un buen marinero da lo mejor de sí en la tempestad.

Tampoco aquí en Etruria la situación es distinta y no vamos más allá de alguna escaramuza aislada. El grueso de los hombres reunidos para atacarnos aún no ha sido localizado. Por eso, de cara a la primavera, momento en que nuestros movimientos y los de los enemigos se intensificarán, he dejado a la Segunda Legión instalada en Clusium, bajo el mando del propretor Lucio Escipión. He dispuesto que se inicie la construcción de un campamento fortificado, para dar la idea de que la legión permanecerá estable en la zona amenazando a toda la región circundante.

Si conozco bien a los etruscos, la presencia de esa legión debería inducirlos a reforzar notablemente los contingentes presentes, quizá también a alinear a todos los hombres disponibles a la espera de un movimiento nuestro.

Esto debería mantener buena parte de sus fuerzas clavadas en posiciones estáticas y nosotros podríamos actuar en consecuencia, llevando la guerra fuera de su alcance. Es un intento, veremos cómo reaccionan a la presencia de los nuestros. Escipión, en todo caso, está listo para moverse. El campamento fortificado es un muro insuperable para ellos, pero no un confín dentro del que refugiarnos para nosotros.

Un afectuoso saludo,

QUINTO FABIO MÁXIMO RULIANO

Mure entregó la carta a su asistente, luego alzó los ojos al cielo plomizo, poco después volvería a llover.

—¿Debo esperar una respuesta, cónsul? —le preguntó el correo que había llevado la carta de Ruliano.

—No ahora —respondió Publio Decio—, ponte al servicio del pontífice Marco Livio, mañana te daré instrucciones —concluyó antes de montar y dirigirse hacia Marco Celio, que llegó al galope—. ¿Qué noticias me traes, Lupus?

—He llegado al Vulturnus, poco menos de siete millas de aquí.

—¿Has encontrado un vado?

—Hoy la corriente es demasiado fuerte para atravesarlo, cónsul.

Mure asintió y volvió a mirar el cielo.

—Con este tiempo y las condiciones del terreno estaremos allí mañana a esta hora. Lo ideal sería atravesarlo antes del atardecer, de modo que por la noche se pueda montar el campamento en la otra orilla.

—Sí.

—El vadeo de un río es siempre un momento crítico, el del Vulturinus podría ser desastroso si no encontramos el sitio adecuado para hacerlo, por consiguiente, es mejor que cojas una cincuentena de jinetes y vuelvas allá para encontrar un sitio para la travesía de la columna.

—Sí, cónsul.

—Mañana veremos qué hacer, Lupus, ahora vuelve a echar un vistazo a nuestros prisioneros y tráeme a nuestro Audax sin que los otros lo vean.

Marco Celio asintió y se escabulló. Mure esperó algunos instantes y luego espoleó el caballo hacia los pertrechos de los marsos, a la retaguardia, donde los prisioneros seguían su carro. Su escolta estuvo de inmediato detrás de él como una manada de lobos hambrientos que persiguen a su presa, mojados, sucios y enflaquecidos. Pasaron rozando a los hombres y salpicando cieno. Su paso fue seguido por las imprecaciones de los soldados. Algunos carruajes atrapados en el limo habían parado el movimiento de la columna, y los centuriones se desgañitaban enronquecidos para hacer que retiraran los vehículos. El terreno ya estaba saturado de agua y los legionarios resbalaban en el intento de empujar los pesados carros llenos de trigo.

—¿Quién es ese? —preguntó Sepio en voz baja después del paso del cónsul.

—No lo sé, debe de ser uno de los tribunos, si no el jefe de estos cabrones —respondió Mamerco.

—Ese debe de ser su *meddix* —susurró Nearco—, quizá Publio Decio Mure en persona.

—¿Decio Mure?

—¿Nunca has oído hablar de él, montañés?

—¿Por qué, debería?

—Porque todo lo que has perdido, lo has perdido por orden suya y esas cadenas que llevas en las muñecas las llevas por su culpa. Publio Decio Mure lleva en la sangre la destrucción de los samnitas. Apuesto a que está disfrutando de esta libertad de movimiento en el Samnio. Disfruta prendiendo fuego a nuestras casas.

Audax miró al cónsul alejándose a lo largo de la columna. Quizá Mure no disfrutaba, pero desde luego quería hacer daño a los enemigos.

—Dicen que es hijo de un héroe para los romanos —continuó Nearco—, y no ha hecho otra cosa en la vida que combatirnos. Si pudiera matarlo con mis propias manos mi nombre sería recordado eternamente entre los samnitas.

—Sí —respondió Mamerco, pensando lo mismo de Gelio Ignacio—, tú mávalo, yo en el próximo vado trato de alcanzar al *meddix tuticus* para informarle de todo —contestó antes de ser callado por un golpe de verga en el músculo femoral que lo hizo

caer de rodillas con un gruñido de dolor.

—¡Callaos! —gritó Lupus—. ¡Callaos, de otro modo os arranco la piel a tiras! Y vosotros —aulló señalando a los samnitas—, id a echar una mano para sacar aquel carro del fango.

Mamerco miró con odio a Marco Celio, que no perdía ocasión de golpearlo, desde que se había convertido en falso prisionero. No dijo nada hasta que los otros se hubieron alejado.

—Calma con esa vara.

—Vamos, Audax, ha sido una caricia, si hubieras sido un samnita habría golpeado mucho más fuerte, créeme.

—Que te jodan, Lupus.

—Ahora calla y sígueme, el cónsul debe hablarte.

Cojeando, Mamerco siguió al jinete y los dos alcanzaron a Mure, que lo esperaba en compañía del pontífice Marco Livio un poco más atrás, escondido por la silueta de dos grandes carros de grano.

—¿Cómo va, Mamerco?

—Hace un frío espantoso, cónsul —respondió este, frotándose los brazos.

—Dadle un trozo de queso y un vaso de vino. Perdóname, pero no puedo hacer que te abriguen, los samnitas sospecharían.

—Cojo solo el queso, cónsul, si luego huelo a vino quizá se den cuenta.

Mure asintió.

—Te desquitarás con el vino cuando todo haya terminado, y será del mejor.

—Esperemos.

—Estoy convencido. ¿Les has sonsacado alguna noticia?

—Uno de los tres debe de ser un oficial, se llama Nearco, es un tipo duro y la otra tarde dijo con certeza que las legiones samnitas no llegarían por el momento. Estaba seguro, pero se ha callado en cuanto he querido saber más. Entonces no he insistido para no exponerme.

—Sí, has hecho bien.

—Pero si sabe algo —intervino Livio—, podríamos hacerlo hablar.

Mure miró a Mamerco.

—¿Tú qué piensas?

—Es un tipo que se dejaría matar antes que hablar.

El cónsul asintió.

—¿Y los otros?

El volsco imaginó a Sepio y Comio bajo tortura y aquel pensamiento le provocó malestar.

—No creo que ellos sepan mucho más, quizá sean sus subalternos. En cuanto él habla, ellos callan. Es como si reconocieran su autoridad. Y además está el riesgo de que mientan para ponernos en el camino equivocado.

—Sí —respondió el cónsul—, yo también lo creo. Mejor continuar con nuestro

plan.

Mamerco asintió tragando un gran trozo de queso.

—El día de la fuga ha llegado, Mamerco —informó el cónsul, desplegando su mapa—. Mira, estamos aquí —dijo señalando un punto en el pergamino—, mañana a esta hora deberíamos estar cerca de este río, el Vulturnus, si no hay imprevistos. Mi intención es superarlo de prisa antes de que se haga de noche.

Audax asintió masticando con avidez.

—¿Has podido convencerlos para que escapen?

—¡Sí! Quieren marcharse, temen convertirse en esclavos.

Mure asintió volviendo a señalar el mapa.

—Como te había dicho, el vadeo es la mejor ocasión para la fuga. Haremos de modo que uno de los carros que os preceda pierda parte de la carga.

—Bien.

—Estate atento, porque las lluvias han vuelto impetuosas las aguas del río. Lupus os encontrará un punto no demasiado peligroso para vadearlo, pero tendremos las mismas dificultades para atravesarlo. Debes aprovechar el momento oportuno y marcharte a toda prisa porque el lugar se presta para una emboscada y no quiero detenerme demasiado y convertir toda la columna en un manjar para los samnitas. Aquí en torno seguramente estará lleno de exploradores enemigos.

—Está claro.

—Mantendré a los marsos como últimos en la travesía, así cuando os toque a vosotros, tendréis la luz necesaria para huir, pero luego podréis disfrutar de la oscuridad para esconderos. Claramente no mandaré a nadie a acosaros, pero tú actúa como si os estuviéramos persiguiendo.

De nuevo un trozo de queso.

—Tú debes ser el primero en huir, pon la cabeza bajo el agua y llévate atrás a Nearco, nosotros veremos de liquidar a los otros para hacer más verosímil el asunto y dejarte afrontar el viaje con un solo samnita.

El queso se le atravesó y Mamerco tosió.

—Un momento...

Mure se interrumpió.

—¿Por fuerza debemos matar a alguien?

—¿No te estarás encariñando...?

—No, es que quizá todos puedan ser útiles. Nearco es el jefe, pero es también el más difícil de convencer. Podría actuar por su cuenta. Si somos un grupo, en cambio...

Mure replegó el mapa.

—Como prefieras...

El muchacho tragó saliva.

—¿Cómo lo haréis para saber si la fuga de los prisioneros ha tenido éxito?

—Al día siguiente mandaremos algunos exploradores a la orilla derecha del río

durante una decena de millas —se entrometió, expeditivo, el pontífice Marco Livio —, si no encontramos los cuerpos quiere decir que tu misión continúa.

—Por tanto, si he de morir, debo hacerlo dentro de las diez millas —respondió Mamerco al pontífice, irónico.

—El agua es gélida —dijo el pontífice—, y a juzgar por el aire, dentro de poco lloverá. Si no sales pronto de ese río, no saldrás nunca.

—Saldré.

—Desde mañana estarás solo, en una tierra hostil —continuó el cónsul Publio Decio—. Dormirás, comerás y vivirás con los enemigos. Basta un pequeño error, una imprecación en nuestra lengua, un sueño o una pesadilla que te traicione para ser cogido y torturado largamente.

El muchacho asintió.

—Pero si te he elegido a ti es porque sé que eres el mejor para esta acción. ¿Has entendido?

—Sí, cónsul.

Mure estrechó la mano del muchacho observando su mirada limpia y resuelta. Sucio y aterido, pero duro, duro como una roca. Lo cogió por el brazo, alejándose algunos pasos.

—Me han elegido a mí para combatir esta guerra y yo te he elegido a ti para vencerla. ¡Recuérdalo siempre! No estás solo, yo estaré contigo. Nosotros somos de la misma pasta, yo que soy del Palatino y tú que eres de Arpinum, porque sabemos sufrir por grandes cosas.

—Lo recordaré.

—¡Ahora vete! Que Marte el Vengador sea contigo.

Publio Decio estaba empapado de agua, aquella que había recibido durante todo el día desde el cielo y aquella que le había salpicado por el vadeo del río.

—¡Deprisa con esos carros! —aulló, impaciente, dirigiendo la mirada en todas direcciones, mientras volvía a llover por enésima vez.

Un legionario ocupado en empujar fuera del fango uno de los carruajes quedó atrapado con un pie bajo la rueda. Aulló de dolor mientras los demás se apresuraban a alzar fatigosamente el peso para liberarlo, y el atasco aumentó de volumen. Mure observó la escena y pensó que si hubieran llegado los samnitas en aquel momento habría habido una masacre.

—¡Moveos! ¡Moveos con ese carro!

Los soldados que acababan de atravesar el río se agolpaban en la orilla sin conseguir salir del agua, porque estaban bloqueados por la masa que se había creado allí. Aquellos que ganaban la ribera apoyaban sus cargas estrujándose las capas. Algunos se arrojaban exhaustos sobre la hierba, superados por el cansancio y el frío. Mure pasó junto a ellos y detuvo el caballo, los miró uno a uno hasta detener la vista

sobre un joven astero que temblaba por el frío.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Lucio Valerio Tercio, señor.

—Transforma el frío, Tercio. ¡Transfórmalo! Transforma este frío y este cansancio en agresividad, en maldad y en odio: estamos yendo a coger a los samnitas. El muchacho asintió.

—A ellos les resbala tu frío y tu cansancio, solo quieren tu cadáver. ¿Se lo darás, Lucio Valerio Tercio?

—No —respondió con los labios temblorosos—, no, señor.

—Entonces, levántate —rugió Mure—, y hazles ver que un romano no ha hecho todo este camino para tener frío y estar cansado, ¡lo ha hecho para venir a matarlos!

El muchacho se levantó, seguido por los que estaban cerca de él y luego por quienes estaban al borde del camino.

—¡Nosotros! —aulló el cónsul a la columna bajo la lluvia—, ¡nosotros no hemos venido a coger lo que quieran dejarnos los samnitas! ¡Nosotros hemos venido a cogérselo todo! ¡Todo!

Los centuriones se hicieron eco de las palabras de Publio Decio Mure y la columna se puso otra vez en marcha.

—¡Ahora, moveos! —ordenó antes de espolear su caballo hacia la escarpada orilla del río donde contempló a los marsos que caminaban por el agua para pasar a la orilla opuesta.

La carga de un carro se volcó entre los borboteos veloces de la corriente, apenas delante de donde Mamerco avanzaba, a duras penas, con el agua marrón hasta el pecho.

—Es el momento, Tito —susurró para sus adentros el cónsul—, no puedo concederte una ocasión mejor. ¡Ve tú también y transforma toda esa agua en odio y jódelos!

XVI

CONSAGRADOS A MAMERTO

Mamerco vio que la carga del carro se volcaba bajo la lluvia, los guardias trataron de salvar lo salvable mientras el cielo plomizo confundía los contornos de todo. Se volvió hacia Sepio, que lo seguía:

—¿Estás listo?

El samnita lo miró, vacilante.

—Por todos los dioses, ¿estás listo?

—¡Sí, sí!

—¡Muévete, marchémonos! —gruñó Nearco, detrás de ellos, desapareciendo en el agua.

Audax se hundió al instante y desapareció en los remolinos limosos. Sepio inspiró tanto aire como pudo, se inclinó impulsándose con los pies sobre el fondo para secundar la corriente y convertirse en uno con ella. Comio estuvo de inmediato detrás de los otros, pero Lupus, que sabía exactamente qué estaba a punto de suceder, lo arponeó rápidamente con su jabalina.

El alarido de Comio no alcanzó nunca la superficie encrespada del agua, se perdió en los remolinos de la corriente junto con la sangre que le salió de la boca, mientras Marco Celio Lupus miraba el asta de su jabalina permaneciendo durante un momento recta como el mástil de una nave antes de volcar sobre un lado y esfumarse en la espuma.

Todo había sido planificado para hacer lo más verosímil posible la fuga a los ojos de los prisioneros que huían con Mamerco. El mismo Publio Decio Mure había ordenado que hubiera al menos un muerto, y Marco Celio se complació por su infalible puntería mientras observaba las cabezas de los fugitivos que aparecían y desaparecían en su peligroso descenso entre los remolinos.

Los tres forcejeaban con las manos encadenadas, intentando sacar la cabeza para respirar a grandes bocanadas. El frío entumecía los miembros y los movimientos se hacían cada vez más lentos. Audax trató de orientarse en la corriente, apoyó el talón sobre una piedra y su grito fue de inmediato sofocado por una serie de remolinos donde empezó a girar. Retuvo el poco oxígeno que le quedaba en los pulmones, sin saber dónde estaba el lecho del río, el cielo, el aire o la vida. Se encontró flotando en un recodo milagrosamente en calma cuando ya se daba por muerto. Sacó la cabeza con avidez y le pareció como si renaciera.

—¡Mamerco!

Se volvió a la izquierda; a pocos metros de distancia, las aguas impetuosas lo arrastraban todo. Respiró otra vez, podía tocar el fondo con los pies. Entonces se volvió a la derecha.

—¡Mamerco!

—Sepio.

—Estoy aquí, ¿puedes?

Audax asintió, se volvió una vez más hacia la parte del río donde la corriente se deslizaba veloz, luego se apoyó con los pies y salió fuera, hasta el pecho. Miró hacia arriba con la caja torácica que se hinchaba como un fuelle. La columna romana no se veía, había desaparecido detrás de algún recodo, aunque no podía estar lejos. Volvió a mirar al samnita, que se había arrastrado hacia la orilla agarrándose tenazmente a las rocas.

—¿Puedes, Sepio?

—¡Mamerco! ¡Lo hemos conseguido, maldito seas! —respondió el otro castañeteando los dientes por el frío y el peligro superado.

Audax se encaminó cojeando hacia la orilla.

—Sí, pero hemos llegado al lado equivocado.

Sepio miró el curso del río.

—Tanto esfuerzo para vadearlo y estamos aún en la orilla occidental.

—No importa —respondió Mamerco, frotándose los brazos congelados—, encontraremos un vado más abajo, ahora salgamos y recuperemos las fuerzas.

—No veo a Nearco y tampoco a Comio.

El romano miró en torno mientras procuraba no patinar sobre las piedras resbaladizas. Tenía el talón dolorido y una sensación de agotamiento se había adueñado de su cuerpo.

—Tampoco yo, los he perdido de vista inmediatamente después de sumergirme.

El hirpino ganó la orilla tratando de percibir algún movimiento entre las aguas batidas por la lluvia.

—¿Los ves?

—No —respondió Sepio, mientras su compañero remontaba la orilla escarpada caminando entre la hierba mojada—. Coge mi mano, Mamerco.

Con esfuerzo los dos se arrastraron fuera de las matas de la orilla y se dejaron caer entre la hierba para recuperar el aliento. Recostados, cara arriba, respirando a grandes bocanadas bajo la lluvia.

—Lo hemos conseguido —repitió Sepio jadeando—, aún no puedo creer que hayamos escapado de esos cabrones. Debemos encontrar a Nearco y Comio.

—Sí —respondió el otro, dolorido y congelado, con las manos encadenadas, malditamente lejos de todo y de todos—. La corriente podría haberlos llevado a cualquier parte.

Los dos se alzaron y comenzaron a registrar la zona. De vez en cuando miraban a la orilla opuesta, luego, las aguas y los cañaverales que lamían la orilla.

—¡Allá! —dijo Audax, señalando una silueta que afloraba en la corriente.

—Es Comio —gritó Sepio, entrando nuevamente en el Vulturinus.

—Quieto, Sepio, detente, no puedes hacer nada.

—Es Comio.

Mamerco alcanzó al hirpino, que se había detenido con el agua a la cintura y lo aferró decidido.

—La corriente te arrastraría, detente, no hay nada que hacer.

El cuerpo de Comio acabó contra una roca que asomaba de la corriente reteniéndolo durante un momento antes de devolverlo al remolino que lo arrastraba con el asta de un *pilum* en la espalda. Sepio se quedó mirando atontado el cadáver del amigo que se alejaba bajo la lluvia.

—Vámonos de aquí, Sepio, dentro de poco oscurecerá, debemos encontrar un refugio. —El samnita no respondió. Entonces Mamerco lo cogió por un brazo y lo llevó por la fuerza fuera del río—. Borearemos esta orilla hacia el sur. Tenemos que hallar un refugio y descansar, encontrar algo que llevarnos a la boca y quitarnos de algún modo estas cadenas —dijo, alzando la mirada al río de las aguas impetuosas—. Luego debemos ver el modo de pasar al otro lado.

Bordearon el río durante un largo tramo, manteniéndose siempre en la zona boscosa, con la velocidad que podía permitirles el talón dolorido de Mamerco, el cansancio y la poca luz restante. Las colinas y los bosques que los rodeaban eran ya casi masas oscuras y se había vuelto imposible orientarse, solo se podía seguir el río con la esperanza de que este los llevara hacia algo que les ayudara, y eso apareció de la oscuridad después de un par de horas de camino.

—¿Una granja?

—Quizás unas viviendas de pescadores.

—Parece que está abandonado.

Los dos se acercaron con prudencia y temblando por el frío. Mamerco señaló el tejado medio destruido de una de las cabañas.

—Alguien ha llegado antes que nosotros.

—Nada más fácil. Este sitio estaba al alcance del radio de acción de los jinetes de la columna romana.

Avanzaron chorreando agua, con el estruendo del río que les impedía prestar atención a los ruidos que pudieran provenir del interior de aquel grupo de casas. Atravesaron un tramo inundado antes de llegar a la primera vivienda. Bordearon el muro mirando a su alrededor y luego empujaron despacio la puerta chirriante, que se abrió sin oponer resistencia. Los últimos instantes de luz iluminaron tenuemente el interior. Los dos se detuvieron en el umbral embestidos por un hedor nauseabundo: olor a muerte. El suelo de madera estaba cubierto de fragmentos diseminados de todo tipo; las tablas de una mesa destartada, esparcidas sobre el pavimento. Una vieja lona raída, que antes debía de separar en dos la estancia, colgaba inanimada del techo hasta lamer un cuerpo tendido en el suelo.

—Debe de estar aquí desde hace días.

—Esto significa que no hay nadie más aquí —respondió Mamerco, volviendo al aire libre—. Probemos en la otra casa.

En la segunda vivienda la puerta de entrada había sido desencajada y el interior ya casi no existía. El fuego había destruido las tablas que sostenían el techo haciéndolo colapsar hacia el interior. Por doquier había troncos carbonizados y escombros de todo tipo. Entonces fueron hacia lo que a primera vista parecía una especie de refugio para los animales, igualmente semidestruido.

También en aquel edificio buena parte del techo se había derrumbado y la lluvia caía al interior transformando el pavimento en un aguazal.

—Este era el establo.

—Sí —asintió Sepio antes de volverse de golpe hacia Mamerco—. ¿Has oído?

—Sí.

Los dos hurgaron con la mirada en la oscuridad hasta descubrir que, en un rincón del establo, una parte de las tablas del pavimento de un altillo se había mantenido intacta, formando un cobertizo, bajo el cual se habían resguardado algunas gallinas que estaban empollando sobre el jergón.

El hambre hizo el resto. A pesar del frío, el cansancio y las manos encadenadas, cogieron dos gallinas en un santiamén junto con cinco huevos que bebieron al instante. Una vez asegurada la cena, los dos continuaron su exploración llevando a aquel rincón protegido cualquier cosa que pudiera ser útil. De entre los escombros surgieron un preciosísimo martillo, una pequeña hacha y una gran tenaza; un horcón de madera, una pala y un sombrero de paja desfondado. Sepio volvió al primer edificio y encontró, a poca distancia del cadáver, una manta, una escudilla, una cuchara de madera y lo que podía ser más útil para hacer aquella tarde memorable: un pedernal. Se lo llevó todo: incluida la lona que hacía de cortina.

Encendieron el fuego con el sombrero de paja. Luego fueron poniendo leña hasta que los alcanzó el calor de las llamas, que les pareció un cálido abrazo. Emplearon bastante tiempo, pero al final el martillo y la tenaza los liberaron de las cadenas, con el hacha cortaron la manta en dos partes, dividiéndosela, y colgaron su túnica macilenta a secar cerca del fuego. Desplumaron las gallinas, las despedazaron para quitarles las vísceras y las pusieron sobre dos tejas, que Mamerco había encontrado entre los escombros. La lona les hizo de cama junto con la paja.

—Te has abalanzado sobre esta pobre gallina sin piedad —dijo Audax—, ahora he entendido por qué a los hirpinos os llaman hombres lobo.

Sepio lo miró, truculento.

—Si no hubiera encontrado el pedernal te la habrías comido cruda.

—Puedes jurarlo. ¿Está cocida? Ya no puedo más.

—Ten un poco de paciencia —respondió Sepio, sentándose junto al fuego y mirando más allá del techo, hacia el cielo oscuro—. Parece que está dejando de llover.

—La diosa Mefitis está de nuestra parte, lo peor ha pasado.

—No lo creo, si hubiera estado de nuestra parte, habría salvado a Comio.

Mamerco miró al otro afanándose con el fuego.

—Los dioses son caprichosos —sentenció a media voz, después de un instante de silencio—, les agrada ponernos a prueba. Dicen que la desventura pone a prueba a los hombres fuertes.

—Bah, habría prescindido de esa prueba.

—Nosotros no decidimos, Sepio, formamos parte de un designio superior.

El hirpino asintió, triste, y dio parte de la gallina a Mamerco, que comenzó a morderla ávidamente tratando de no quemarse la lengua.

—Sería bueno tener vino —dijo con la boca llena—. Un poco de vino y veríamos mejor las cosas.

Sepio se esforzó por sonreír.

—En resumen, luego necesitaríamos una mujer. O dos.

—Nada menos.

—Puestos a soñar, al menos déjame hacerlo a lo grande.

Esta vez la sonrisa fue más decidida y el romano aprovechó para llegar a donde quería llegar.

—También hemos perdido a Nearco.

—Sí, Nearco —repitió el samnita.

—No lo hemos vuelto a ver y, sin embargo, no lo has mencionado —dijo Mamerco—. ¿Por qué?

—Asuntos míos —respondió el otro, alargando las manos hacia el fuego.

—A mí no es que me cayera muy simpático, no lo lloraré si ha acabado en el fondo del río.

—Mejor no decir esas cosas.

—¿De qué tienes miedo? ¿De verlo aparecer entre los escombros? ¿E incluso si estuviera aquí presente? Ahora ya no tengo cadenas.

—Nearco es despiadado, tú no lo conoces.

Mamerco dejó de masticar un instante y miró al samnita.

—¿Quién es o, mejor dicho, quién era Nearco?

Sepio encontró la mirada de su compañero y, después de algunos instantes de vacilación, habló:

—Un adepto de la Verehia.

—¿Verehia?

—Pero ¿tú dónde has vivido? —preguntó Sepio, atónito.

Audax hizo una mueca resignada.

—Con mis rebaños.

—Los adeptos de la Verehia son un grupo de guerreros conocidos también como «los guardianes de la puerta». Su misión es defender el Samnio hasta la muerte, de cualquier manera. Forman una especie de casta y se distinguen de los otros soldados porque, además de competir de manera egregia, se ocupan de vigilar los territorios en que viven, de entrenar a los recién llegados y del reclutamiento.

Mamerco sacudió la cabeza.

—No sé nada de ellos.

—¿No sabes que ha sido llamada una leva para todo el Samnio? Todos los jóvenes en edad de combatir deben prestar juramento según un antiguo rito para ser enrolados en la Legio Linteata.

—Legio Linteata...

De nuevo Sepio miró a su compañero, boquiabierto.

—Sí, la legión reclutada según la ley sagrada.

—No la conozco —respondió con fingido desinterés el otro, acabando de roer lo que quedaba de un ala.

El samnita se acercó con los ojos desencajados por el estupor.

—Los soldados que forman parte de esa legión son consagrados a Mamerto, el dios de la guerra.

—Todos los soldados son consagrados al dios de la guerra.

—Pero quien entra en la Linteata hace un juramento terrible, reservado solo a los adeptos —subrayó con el tono de quien revela un secreto—, una *devotio* al dios Mamerto, durante una ceremonia celebrada por el sacerdote y el *meddix tuticus*, en un lugar consagrado a las divinidades.

Tito Mamerco aguzó el oído.

—¿El *meddix tuticus*? ¿Gelio Ignacio?

—Sí, él en persona.

—¿Y qué tiene de terrible ese juramento?

—Nadie lo sabe, la fórmula es secreta y es leída por el gran sacerdote del libro Linteo, escrito en la noche de los tiempos por un consagrado.

—Un consagrado...

—¿Tampoco sabes esto?

—No.

—En la antigüedad, los consagrados eran los primogénitos nacidos en primavera y consagrados a Mamerto para que los asistiera durante toda su existencia, que estaba marcada desde el momento de su nacimiento. Vivían con su familia, conscientes de tener un destino particular. Llegada la edad adulta, debían dejar su grupo, siguiendo a un animal consagrado, que los guiaría hacia nuevas tierras donde establecerse y crear una nueva comunidad con los mismos principios de aquella que había visto su nacimiento.

—¿Seguían a un animal?

—Sí, durante la ceremonia de su partida se liberaba un animal consagrado a los dioses, generalmente un toro, pero podía ser también un lobo o un ciervo. El consagrado y su séquito no debían perderlo de vista, porque Mamerto se revelaba a ellos a través de sus movimientos y su comportamiento, que tenía que interpretarse hasta llegar a un lugar donde el nuevo grupo se establecería. Este es el ritual que ha hecho nacer las ciudades del Samnio.

Mamerco asintió.

—¿Y qué es el libro Linteo?

—Los consagrados recibían de los sacerdotes las antiguas fórmulas secretas que los protegerían y les permitirían continuar la estirpe originaria. La fórmula era transmitida a los primogénitos nacidos bajo Mamerto en el momento de la partida. Uno de estos enfermó gravemente antes de conseguir transmitirla a otro consagrado porque en su grupo no habían nacido varones primogénitos. Entonces la escribió en un rollo de lino y se la dio a un sacerdote para conservarla. Desde entonces ese libro ha sido transmitido de generación en generación, pero solo el sacerdote que la recibe tiene las instrucciones de su predecesor para leerla con la correcta entonación y pronunciación, porque está escrito en una lengua ya desconocida. La fórmula era leída en la antigüedad por quien dejaba la familia con la tarea de entregarse a la causa del Sannio y, por tanto, era empleada también por quien iba a la batalla. Ahora ha quedado solo para los adeptos a los que enrolar en la mejor de todas las legiones, que toma el nombre de ese libro. La Legio Linteata, cuyos guerreros constituyen una especie de casta entregada al sacrificio.

—Todos los soldados se entregan al sacrificio.

—¡No! Las legiones son disueltas después de las guerras, los *linteati* permanecen unidos y fieles a su juramento, listos para reunirse a la llamada del *meddix tuticus* y enrolar a nuevos hombres. Una vez que han asistido al ritual, están ligados entre sí y ya no pueden salir de la legión. ¡Están obligados a mantener el secreto de la iniciación durante toda la vida y muchos de ellos tienen poderes sobrenaturales! ¿Recuerdas qué dijo Nearco aquella noche en el carro, cuando estábamos encadenados? ¡Quien sabe morir es superior a cualquier potencia humana!

De nuevo Mamercio dejó de masticar.

—No encuentro nada de sobrenatural en Nearco, Sepio, pero comienzo a entender vuestro grupo heterogéneo que llegó al carro aquella noche. Él era el reclutador y vosotros, los muchachos a los que debía llevar a la Linteata, ¿correcto?

El hirpino se sentó, asintió y descarnó el muslo de la gallina.

—Sí, quien no se presenta recibe la maldición de Júpiter.

—No caerá sobre nosotros, estate seguro.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque nosotros alcanzaremos a la Linteata y nos enrolaremos en ella.

El sannita sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Tú dime dónde debemos ir y yo te llevaré, sé orientarme como nadie, podemos prescindir de nuestro Nearco, te lo puedo garantizar.

—¿Lo dices en serio?

—Lo digo en serio, ¿adónde hay que ir?

—A Aquilonia.

Audax asintió recordando el mapa que Mure le había hecho memorizar y vio mentalmente la posición de Aquilonia.

—Debemos atravesar el río y luego ir hacia el norte —dijo, comprendiendo que debía dirigirse hacia el lado opuesto al que iban las legiones del cónsul Publio Decio—. Sí, al norte.

XVII

LARTH

—¡Thucer!

El muchacho espoleó el caballo y alcanzó a su padre, a la cabeza de la columna.

—Dime, padre.

—Los exploradores que hemos mandado de avanzada han avistado a unos jinetes a una milla de aquí.

—¿Jinetes?

—Senones —dijo Kuretus, extendiendo los brazos—, centenares de jinetes senones están llegando aquí veloces como el viento y nosotros iremos a su encuentro, si conviene.

El muchacho hizo un movimiento de alivio; si hubieran sido romanos habría reaccionado de un modo completamente distinto. Aunque había partido de Tifernum mostrándose arrogante con la bella Nahar para ir a la guerra, el viaje le había dado varios momentos de reflexión y su ansia de combatir estaba menguando.

Muchas veces había pensado en esto, cabalgando en solitario en medio de aquella columna, mientras observaba en silencio a su padre, desde lejos. Demasiadas veces había oído hablar de las legiones romanas, de sus valerosos comandantes y su resolución en el combate. Si los etruscos eran considerados por su padre como ejemplos a imitar, a los romanos, por el contrario, todos los consideraban un desagradable asunto que evitar. Solo los samnitas habían logrado imponerse a ellos. Se decía incluso que los habían humillado obligándolos a la rendición sin combatir y haciendo pasar a todo el ejército romano bajo su yugo. Pero tampoco esto había servido, los romanos habían vuelto a combatir, a declarar la guerra contra quien los había derrotado. Ningún pueblo había osado nunca atacar a quien lo había vencido. Los romanos lo habían hecho y si esta guerra continuaba desde hacía años, era precisamente porque los quirites, como solían llamarse, aún no se habían tomado su revancha definitiva sobre los samnitas.

Mientras tuvieran vida, los romanos forjarían armas, reunirían hombres y combatirían hasta la victoria. La derrota no los había detenido, era como si de sus mismos muertos hubieran nacido otros soldados. Como si de las derrotas hubieran aprendido y hubieran vuelto aún más numerosos y valientes. Aquella maldita ciudad deshornaba guerreros continuamente.

Kuretus subió a su carro junto a Turscu, su fiel auriga, el único que tenía el honor de guiar el carro del *nerf*. El escudo de desfile y la lanza con el puntal de bronce decorado. Engreído como siempre, ansioso por mostrar su estatus a todos, fueran etruscos o galos. Su guardia de jinetes a los lados con las enseñas de las tribus de Tifernum bien a la vista y su hijo siguiéndolo.

Fue así como Ateboduu y Viridomarus los vieron llegar, también ellos en sus carros de guerra, también ellos escoltados por sus jinetes, llevando las enseñas que representaban a los jabalís de las tribus de los senones.

—¡Umbros! —dijo Larth, observando aquel encuentro desde las alturas de una colina.

—Un millar de guerreros —observó Hulx—, pero esperaba más.

—Es el primero de los contingentes que aguardamos, llegarán otros.

—¿Vamos a ver de qué ciudad llegan?

Larth cogió un pergamino con apuntes.

—Los primeros en moverse deberían haber sido los de Tifernum. Su comandante debe de ser un tal Kuretus. Dejemos que se pavonee con Ateboduu y los suyos, lo iremos a ver esta tarde en su tienda. Debemos hacer que se sienta importante, muy importante.

—Padre —dijo Thucer, entrando en la tienda de su padre aquella misma tarde.

—Dime.

—Aquí fuera hay dos hombres; dicen que son oficiales rasena, uno es el portavoz del *zilat*.

—¿Del *zilat*?

—Así ha dicho.

Kuretus se apresuró a acomodarse la capa y la espada, después dio una sacudida a la coraza de placas que llevaba.

—¿Los guardias están fuera? —preguntó, poniéndose el yelmo y mesándose la barba.

—Sí.

—Ayúdame a ordenar todo esto.

Thucer asintió imitando a su padre a camuflar el caos que reinaba en la tienda. Arrojaron rápidamente cuanto pudieron detrás de un sillón y cubrieron todo con pieles, salvo un cofre y algunos adornos preciosos que fueron sabiamente exhibidos junto a una mesa con vasos azules de vidrio finamente elaborados.

—Hazlos entrar —ordenó el padre, sentándose en el sillón—, y di a los guardias que traigan vino, del bueno, y luego ponte detrás de mí con los brazos cruzados y la mirada fiera. ¿Has entendido?

—Sí, padre —respondió Thucer, desapareciendo por la puerta para dejar sitio, después de algunos instantes, al rostro afilado de un hombre con la barba cuidada, una túnica de tejido precioso y una coraza de lino con decoraciones finísimas. Detrás de este había un soldado de mirada decidida que sostenía un pequeño cofre. El primero de los dos avanzó con movimientos medidos e inclinó la cabeza frente al padre del muchacho.

—Soy Larth —dijo en lengua etrusca—, hijo de Laris, de la familia de los

Thefrinai, de Tarquinia. Es un honor conocerte, noble Kuretus de Tifernum, te esperábamos con impaciencia.

Kuretus asintió, presumido, y respondió decidido en el mismo idioma.

—El honor es mío, Larth de los Thefrinai.

Con un gesto Larth hizo una seña a Hulx, que lo seguía, de que entregara el cofre a Kuretus.

—Un obsequio para ti de parte de mi *zilat*, Vel Lathites.

Los ojos del umbro brillaron, no tanto por lo que debía de contener el cofrecito, sino por la consideración que estaba recibiendo del jefe supremo de la liga etrusca.

—También yo tengo un obsequio para el *zilat*. He traído conmigo al mejor de mis sementales. Es ese negro que está aquí fuera.

Larth levantó una ceja.

—¿Ese con la estrella blanca en la frente?

—Exacto.

—Es un semental maravilloso, Kuretus, sin duda el *zilat* se sentirá honrado, tanto como lo estoy yo de ver que hablamos la misma lengua.

—Desde hace tiempo soy un fiel cliente de la liga etrusca, Larth.

—Lo sé, poder hablar contigo sin intérpretes me tranquiliza mucho.

Thucer hizo su entrada en aquel momento con un esclavo que traía un ánfora de vino.

—También porque, a diferencia de con los senones —subrayó con énfasis el etrusco—, el *zilat* espera que esta guerra pueda ser la base de posteriores y prósperos acuerdos para el futuro con el regente de Tifernum.

Se llenaron los vasos. Kuretus estaba tan envanecido que parecía estallar en la coraza. Brindaron y el umbro miró el puñal precioso que se le acababa de obsequiar. Lo acarició con el entusiasmo de haber alcanzado el objetivo de su vida.

—Quisiera hacer partícipe de este brindis a mi heredero, Larth de los Thefrinai.

—Es un honor para mí.

—Te presento a mi hijo Thucer —dijo el *nerf*, invitando a su hijo a dar un paso hacia delante—. Que él pueda recoger en el futuro cuanto de bueno estamos sembrando nosotros hoy entre nuestras gentes.

—Todos lo deseamos.

—Porque yo no quisiera ser solo un cliente de la liga. Yo quisiera formar parte de ella.

Larth asintió complaciéndose de su mismo arte diplomático.

—Pronto veremos al *zilat* y podremos someterle esta excelente candidatura.

—Te garantizo desde ahora mi apoyo incondicional, es más, siéntete libre de pedirme cualquier cosa en la que pueda serte útil.

—Te lo agradezco.

—Te anticipo, además, mi deseo de tomar como esposa a una mujer etrusca con el correspondiente peso político para sellar esta alianza. Lo mismo vale para mi hijo

—concluyó el umbro, haciendo encenderse el rostro del muchacho, que se quedó aterrorizado, sin proferir palabra.

—Son todas propuestas que pondremos sobre la mesa de los vencedores, noble Kuretus —respondió el etrusco—, y, al respecto, si me lo permites, antes de dirigirnos al banquete ofrecido por el *rix* Ateboduus, quisiera enseñarte algo —dijo, cogiendo un pergamino que le ofreció Hulx.

Era un mapa que Larth desplegó delante de los ojos del *nerf*.

—¿Conoces esta zona?

—Esa debe de ser Clusium, una de las ciudades de la liga etrusca.

—Exacto; Clusium, nuestra ciudad más al sur, que en este momento está amenazada por los romanos.

El umbro sacudió la cabeza, contrariado.

—Los cuales, no obstante, han dejado una sola legión de vigilancia —continuó Larth—, una legión aislada de todas las otras, que está montando un campamento permanente a las puertas de Clusium, como si debiera detenerse largamente para controlar la zona y convertirse en una espina en el costado para las otras ciudades de la liga. O como si debiera construir una especie de cabeza de puente desde la cual partir para la invasión de la región, en cuanto las otras legiones constituidas en Roma estén listas.

Larth se interrumpió un instante para mirar a Kuretus a los ojos.

—Cualquiera que sea el motivo del campamento permanente, esa legión representa un peligro, pero también una oportunidad. Está aislada, está en territorio etrusco y es un fruto que recoger.

El umbro aguzó la vista.

—El *zilat* está reuniendo un gran ejército para combatir junto a nosotros a las otras legiones y apuntar luego sobre Roma. Pero yo sé que está retrasado, quizá también un poco angustiado, Kuretus, porque con esa legión romana a las puertas de casa no puede permitirse desplazar hombres de la zona de Clusium, dejándola desguarnecida.

El umbro asintió.

—Por lo tanto, me preguntaba qué efecto podría tener encontrarse repentinamente libre de esta amenaza —planteó Larth, antes de acercarse y continuar en voz baja—: ¿Sabes, Kuretus?, en la guerra algunas oportunidades cogidas en el momento justo pueden aportar un gran prestigio.

—Estoy aquí para eso.

—Bien, porque, mira, si con tu ayuda pudiera aniquilar ese campamento romano y servir la cabeza de su comandante en una bandeja de plata al *zilat*, ambos podríamos obtener grandes beneficios. Yo, finalmente, podría convertirme en su brazo derecho y mandar buena parte del ejército de la liga en vez de perder el tiempo con estos bárbaros senones y tú dejarías de preocuparte por el futuro de Tifernum, para comenzar a pensar en un territorio mucho más grande.

Kuretus se acomodó en el sillón, como si el asiento comenzara a arder. Lo que había anhelado toda la vida estaba allí, delante de él.

—¿Qué puedo hacer?

—Esta tarde, en el banquete del *rix*, sígueme la corriente. Convenzamos a estos bárbaros para que obtengan una presa fácil: la legión de Clusium. Para ellos, el botín del campamento; para nosotros, la gloria a los ojos del *zilat*.

El umbro sonrió y alzó el vaso. Larth hizo lo mismo y luego vació su contenido.

—Nos vemos en el banquete, Kuretus.

—En el banquete.

Los dos etruscos salieron de la tienda y se adentraron en la multitud de los fuegos del inmenso campamento que aquella tarde alojaba también a los recién llegados umbros. Hulx echó un vistazo en torno y luego volvió la mirada a sus espaldas.

—Ambicioso, nuestro amigo.

—Es perfecto para nosotros. Debemos tenerlo mordiendo el anzuelo, a él y a todos los otros jefes umbros. Deben pensar que son unos escogidos y disfrutan de nuestra estima incondicional. Tienen que ver en nosotros el poderoso aliado con el que colaborar, y en los galos senones, el futuro enemigo al que combatir.

—Además, el ataque a esta legión nos permitirá comprobar el valor de estos hombres en batalla —continuó el otro.

—Y atraer sobre ellos las iras de los romanos —añadió Larth, con una sonrisa—. Mientras tú estabas donde el *zilat*, he asistido a un enfrentamiento feroz entre jefes de clan. Un tal Viridomarus que ha disputado con el *rix* en persona. Estos están dispuestos a degollarse con tal de obtener su parte de mérito; por consiguiente, si esta guerra se resuelve como pienso, quisiera que galos y umbros se descuartizaran entre ellos por la carroña romana. Aún mejor sería si entre los diversos clanes senones se iniciara un bonito conflicto. Cuanto más se maten mutuamente, mejor será para nosotros.

—Te juro que, a veces —dijo Hulx—, tus maquinaciones me producen escalofríos incluso a mí.

—Y piensa que soy un pequeño provinciano respecto del *zilat* —respondió el otro, riendo—, un pequeño provinciano que pasará cuentas al final de todo esto...

Hulx se entretuvo en el banquete sentado a la misma mesa que Kuretus. Observaba con curiosidad, a veces con aprensión y a veces divertido, los movimientos de ese bribón de Larth, que en ocasiones aparecía al lado de Ateboduu, en otras de Viridomarus y, en otras más, desaparecía del todo para reaparecer cerca de Kuretus.

—¿Entonces?

—Viridomarus está excitado como un jabalí.

—¿Qué le has dicho?

—Exactamente lo que he dicho a nuestro amigo umbro Kuretus. Le he prometido fama a los ojos del *zilat* para obtener sus favores terminada la guerra y derrocar a

Ateboduus.

—Y a Ateboduus, ¿cómo lo has arreglado?

—Pronto el *rix* anunciará el ataque al campamento de los romanos —dijo Larth, llevándose un cáliz de vino a la boca—, siempre que no esté demasiado borracho. Para él, el discurso ha sido un poco distinto. Le he dicho que el *zilat* es siempre un poco asustadizo y nunca haría algo semejante. En cambio, en aquel campamento hay una gran presa. Un botín de valor económico y de prestigio. Le he dicho que atacando ese campamento demostraría al mismo *zilat* su prestigio y su fuerza, y no solo esto, lo demostraría también a estos comandantes de escaso valor que llevamos con nosotros.

—Eres una verdadera serpiente.

—No es todo, también le he dicho que se atribuyera la paternidad de la idea del ataque y el botín. A cambio, terminada la guerra, deberá ayudarme a destronar al *zilat* para repartirnos las ciudades de la liga.

Hulx se quedó mudo, con la copa levantada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Larth.

El otro se quedó un instante mirándolo a los ojos, como si estuviera buscando la verdad en el fondo de aquellas pupilas.

—Vamos, Hulx, ¿no se te habrá vuelto el cerebro como el de los senones a fuerza de vivir con ellos?

—No —respondió este, fastidiado, antes de beber un sorbo de vino—, más bien esperemos que no te hayan entrado ganas de hacerte mercenario a fuerza de frecuentarlos.

Larth rio e hizo un brindis con su amigo y un segundo con Kuretus, antes de llamar a Aker.

—Oye, pequeño esclavo rasena, ¿quién es esa princesa de allá?

—Juegas con fuego, Larth. Es mi hermana, propiedad de Ateboduus.

—Ah, he aquí a la famosa hermana —respondió el embajador del *zilat*—. Es de verdad hermosa como decías. ¿Cómo se llama?

—Velia.

—Y nosotros no queremos dejar a Velia como esclava de ese animal durante toda la vida, ¿verdad?

—Si fuera por mí —respondió Aker, con un hilo de voz, siempre mirando en torno, receloso—, lo degollaría esta noche, si supiera que saldría vivo.

—Tiempo al tiempo —dijo Larth, dando una sonora palmada en el hombro del sirviente—. En la guerra suceden muchas cosas. El poder cambia de manos con una velocidad inaudita.

UN REGALO PARA EL MEDDIX

Mamerco y Sepio se habían puesto las túnicas, ahora impregnadas por el olor del humo que las había secado. Con un trozo de cuerda habían hecho un cinturón en el cual Audax había puesto el martillo y la tenaza. El samnita, en cambio, había asegurado a su improvisado cinturón la preciosa hacha. Con la manta se habían hecho una capa, que completaba su vestimenta, y habían salido de su refugio para mirar a su alrededor.

—Finalmente, el sol —dijo Tito Mamerco, observando el curso del río.

Todo era un reflejo de luz. La bruma de la mañana se condensaba a media altura en nubes blancuzcas antes de alzarse de las colinas y dispersarse en el resplandor del cielo azul. Sepio inspiró a todo pulmón la libertad, dondequiera que llegara la mirada había bosques, colinas y recodos del río que centelleaban al sol.

—¿Estará lejos, la columna romana?

—No, no creo que hayan puesto mucho camino entre nosotros y ellos.

—Sí —asintió Sepio—, conviene hacerlo ahora.

—Pero debemos pasar a la otra orilla.

—¿Y cómo?

Audax miró hacia arriba, luego hacia abajo, por fin a sus espaldas, hacia las ruinas de la granja.

—Una balsa, podríamos hacer una balsa con esos troncos y esas tablas.

Los dos se pusieron manos a la obra, la pequeña hacha se reveló enormemente útil. No consiguieron encontrar mucha cuerda, pero revolvieron entre los troncos carbonizados del techo para recuperar la mayor cantidad de clavos posible, y, al final, después de horas de trabajo, construyeron algo que flotaba.

—Bah —lamentó Sepio mirando la rudimentaria barcaza—, no es que pudiera esperar nada mejor de un montañés como tú.

—No será gran cosa —respondió Mamerco—, pero puede atravesar el río.

—Sí, quizá. Debemos encontrar algo para remar o unas pértigas para dirigirla.

En poco tiempo los dos colocaron en la balsa todo lo que podía ser útil. Una escudilla, una cuchara y cuanto habían encontrado, incluidas las últimas dos gallinas, a los cuales ya les habían estirado el cuello. Guardaron su pequeño tesoro en un saco que el hirpino había hecho con la cortina encontrada la tarde anterior.

—¡Ánimo, Mamerco, sube! —exhortó Sepio, tratando de mantener firme la balsa.

Audax subió a bordo con movimientos decididamente torpes. El talón dolorido colaboró en hacerlo caer sobre las tablas entre las carcajadas del otro.

—¡Eres verdaderamente un montañés!

Mamerco cogió una pala que habían llevado para usar como remo y batiéndola

sobre la superficie salpicó agua a la cara del samnita, que se llevó las manos a los ojos dejando la balsa a la corriente.

—¡Eh, sujétame!

—Rema, montañés, maldición, detén la balsa —aulló Sepio, tratando de alcanzar la embarcación entre las aguas antes de deslizarse sobre una roca. En el mismo instante uno de los troncos que formaban la base se encalló de golpe, catapultando a Audax al agua con el remo. Ambos quedaron inmovilizados por el dolor, las carcajadas y el frío.

—Aún debemos partir y ya la has destruido.

—No está destruida, solo se han aflojado un par de troncos.

—Sí, lo único que no debías hacer era acabar contra las rocas y has ido derecho a ellas.

—Cállate, hirpino, y ayúdame a fijar un poco mejor este tronco, de otro modo nunca llegaremos a la otra orilla.

Los dos se desnudaron, estrujaron las túnicas y las mantas y, como dos parias que vivieran del bandolerismo, acomodaron a la buena de Dios su embarcación improvisada. Algunos clavos más y algunos golpes de martillo y, luego, finalmente, mientras el sol comenzaba a caer, intentaron de nuevo alejarse de la orilla.

—Ánimo, Sepio, así. Venga, quizá ya estemos. Sí, estamos en la corriente. Ya estamos.

—¡Mantenla derecha! Mantenla derecha, cuidado con esas rocas.

—¡Eres tú quien tiene el remo!

—¡Con el remo no puedo hacer mucho, debes gobernarla tú con la pértiga!

—La próxima vez juro que me escaparé con un marino.

—Esperemos al menos que seas útil cuando estemos en tierra, aunque lo dudo, con ese talón.

—Sepio.

—¿Qué?

—Allá.

El hirpino se puso la mano sobre los ojos para cubrirse del sol del ocaso y mirar en la dirección indicada por Mamerco.

—Hay alguien entre esos árboles, en la orilla —continuó el romano—, o por lo menos había, porque he visto un centelleo.

—¿Un yelmo?

—Es probable. Un yelmo, una coraza... algo de hierro.

—Sigamos remando como si no nos hubiéramos dado cuenta de nada. Conviene dejarnos llevar por la corriente y esperar que cambien de camino.

—¿Y si fueran de los nuestros?

—Si fueran de los nuestros todo estaría en orden, pero ¿si fueran romanos? Nos percataríamos demasiado tarde para poder escapar. Mejor seguir la corriente durante un rato.

El samnita observó la orilla y luego el curso del río.

—Sigamos hasta ese recodo —dijo—, desembarcaremos allí.

—Está bien.

—Apenas toquemos la orilla, deberemos echar a correr, Mamerco, ¿podrás hacerlo?

—Sí.

—¿Seguro?

—Yo puedo hacer lo que sea.

Los dos dirigieron la embarcación hacia el punto más idóneo para el desembarco, mientras continuaban mirando a su alrededor. El centelleo que había visto Audax había desaparecido, pero su sexto sentido le aconsejaba estar alerta.

El rumor del fondo gravoso que rascaba los troncos fue la señal para saltar hacia la orilla, donde en pocos instantes los dos desaparecieron a toda velocidad entre la vegetación, como si fueran perseguidos por la lechuza, la rapaz nocturna que se alimentaba de carne y sangre humanas.

Publio Decio Mure estaba ojeroso. Desde hacía días recorría la columna de sus legiones de arriba abajo como un perro pastor que mantiene unido su rebaño. El mal tiempo parecía haber dado una tregua, pero, a pesar del sol, había tenido que aflojar el ritmo de la marcha. Tenía heridos entre los suyos y varios carros se habían acondicionado para transportar hombres afiebrados o imposibilitados de caminar.

Había dado la vuelta al campamento para comprobar el estado de salud de sus centuriones, luego había conversado con los oficiales, aplazando a la mañana siguiente la decisión de reanudar la marcha o dar un día de descanso a los soldados. Ya oscurecía cuando volvió con paso decidido a su tienda, sintiendo los músculos de las piernas doloridos. Quizá también él tenía fiebre.

Se quitó yelmo y capa, ayudado por su sirviente, y se sentó a su escritorio para contemplar el mapa de la zona mientras le daban una copa de vino caliente endulzado con miel. Bebió un sorbo, cerró los ojos y saboreó el calor bajando por la garganta y expandiéndose en el interior de aquella coraza fría y enfangada que llevaba. Imaginó su casa, al pequeño Publio que jugaba, a Julilla que seguramente lo seguía con ojo vigilante. Se preguntó cuándo volvería a verlos, cuándo los abrazaría de nuevo. Luego un estremecimiento lo atravesó de la cabeza a los pies. Tragó otro sorbo que lo devolvió de nuevo, durante un momento, a su mundo gobernado por Júpiter, la familia, los afectos y el amor. Se aferró a aquella imagen como un náufrago a una madera en medio del océano. Nada ni nadie podían quitarle los recuerdos. Lo que había sido, lo que sentía. Los recuerdos eran parte de él, como el encuentro en el *hortus* con Julilla o el perfume de su niño recién nacido.

No, ni el frío, ni aún menos los samnitas habrían podido quitarle uno solo de sus momentos de vida vivida. Ni siquiera la muerte lo habría conseguido. Otro sorbo, un

poco más de tibieza antes de volver a aquel campamento enfangado en tierra enemiga, antes de que el ruido de los cascos aproximándose lo despertase del todo. Posó, rápido, el vaso sobre su escritorio, y se puso de pie de inmediato, mientras un extremo de la tienda se abría y un lictor anunciaba la llegada de Marco Celio Lupus.

El comandante de los *extraordinari* entró en la tienda y saludó a Mure. También él había adelgazado. El rostro se había hecho más afilado, los ojos cansados, la barba larga, la poderosa corpulencia parecía haber sido consumida por las últimas y extenuantes cabalgadas.

—Tráeme buenas nuevas, Marco Celio.

—Los he visto. Tito Mamerco Audax y uno de los samnitas, el muchacho, aquel joven.

Mure no pudo contener un suspiro de alivio.

—¿Estás seguro de que los has visto de verdad? —preguntó con el rostro iluminado a medias por la lámpara.

—Sí, eran ellos, cónsul —confirmó Lupus, que lo había alcanzado en el centro de la tienda—. Han construido una balsa y pasado el río. Probablemente ayer la corriente los llevó a la orilla equivocada.

—¿Has visto algo en particular?

—Nuestro Audax cojea, pero no creo que sea una herida importante. El otro lleva un saco en bandolera y tienen mantas como capas; por tanto, en alguna parte se han procurado con qué cubrirse.

Publio Decio Mure asintió.

—Gracias, gracias, Marco Celio, ahora vete. Descansa, te lo has ganado.

—Buenas noches, cónsul.

—Buenas noches, Lupus.

Cuando hubo salido el explorador, Mure apoyó los puños sobre su escritorio, estaba feliz por aquella noticia. Después de terminar el vino, miró el mapa. En la agitación de apoyar la copa sobre el escritorio en el momento de la llegada de Lupus, dos gotas rojas habían caído sobre el pergamino. Una muy grande estaba al norte, más allá de los Apeninos, al inicio del territorio de los senones. La otra era más pequeña, en las inmediaciones de Roma.

Mure observó ambas gotas tratando de interpretar el mensaje que le enviaban los dioses.

Los senones, al norte, quizás allí se desarrollaría una gran batalla. Y la gota caída cerca de la Urbe, que estaba a punto de ser absorbida por el pergamino, podía simbolizar la sangre derramada por la ciudad o un lugar de batalla. Esta segunda hipótesis no agradaba al cónsul. Aquella batalla estaba demasiado cerca de la ciudad. Por consiguiente, tocó la gota con la yema del meñique y la arrastró como si recorriese sobre el mapa el camino hecho por las legiones desde que había partido, como si quisiera cambiar el significado de aquella señal.

—¿Ves lo que estoy haciendo desde el inicio de esta campaña, *meddix*? —dijo

susurrando, como si hablara con el general enemigo—. Destruyo, mato, me hago odiar y dejo tras de mí una estela de sangre.

El dedo recorrió el dibujo de montes, la posición de las ciudades, los ríos y los inmensos bosques que podían ocultar legiones enteras.

—Y tú no haces nada por impedírmelo.

Se detuvo en el sitio donde el explorador había avistado a Mamerco y reflexionó un instante.

—Mañana daré un día de descanso a todos, sí, todos nosotros lo necesitamos, pero tú, Tito Mamerco Audax, corre, corre más rápido que el viento.

Posó el vaso y se volvió hacia la armadura enemiga, que, como siempre, descollaba en su tienda.

—Te he mandado un bonito regalo, Ignacio. Acógelo entre tus filas y cuídalo.

XIX

MINACIO ESTACIO

Gelio superó a los dos guardias apostados fuera de su tienda y entró dejando atrás el aire frío de la tarde. Un sirviente estuvo de inmediato junto a él, lo ayudó a quitarse el talabarte con la espada, la coraza musculada y la almilla de cuero, antes de darle un barreño de agua donde el samnita se lavó manos y rostro.

—Puedes marcharte —dijo el caudillo mientras se enjugaba sumariamente el rostro con un paño—, pero avisa al comandante de los guardias que, cuando llegue Estacio, quiero que me avisen. Aunque sea en plena noche.

El sirviente asintió y se deslizó fuera de la tienda dejando a Ignacio solo, con la luz de las llamas que danzaba sobre la piel húmeda del rostro afilado, evidenciando los pómulos pronunciados y la densa barba, negra como la noche.

Tenía la mirada resuelta de quien había nacido para imponerse a todos, amigos o enemigos, y no podía ser de otro modo, dado que él era el *meddix tuticus*, el jefe supremo de todo el Samnio.

Se sirvió una copa de vino y se sentó en el sillón con la barba hirsuta aún chorreando agua. Bebió de un tirón e inmediatamente después abrió un mapa, que contempló largamente.

—Mure, Mure, Mure —susurró mirando el plano—, estás saqueando impunemente mis tierras, lo sé. Te la estás tomando con campesinos y viejos; quemas granjas, aldeas, te llevas el ganado y las cosechas de mi gente, las fatigas de toda una temporada. Quieres hambrearme, ¿verdad? Pero sigues pensando dónde me he metido. Te preguntas por qué no te combato, por qué no detengo tus innobles estragos y si tengo hombres suficientes para enfrentarme a ti.

Bebió un sorbo largo y refrescante.

—¿Dónde estoy, Mure?

Bebió un segundo sorbo, lento, saboreando.

—He pasado bajo tus narices sin que te dieras cuenta, cónsul, he atravesado los Apeninos a tu izquierda y he marchado hacia el norte protegido por las montañas. Estoy lejos de donde me estás buscando y no tengo forma. Cuando oigas que mis enseñas han sido avistadas, será demasiado tarde; habré reaparecido como por arte de magia delante de los hombres de ese viejo cabrón de Ruliano, al norte.

El *meddix* soltó una carcajada.

—Lo haré pedazos antes de que tú sepas qué está sucediendo, y cuando te pongas otra vez en marcha, cuando dejes el Samnio para venir a buscarme, solo, con tus dos legiones, encontrarás un muro de hombres esperándote. Seremos tantos que al campo de batalla le costará contenernos. Un ejército ilimitado compuesto por gentes venidas de todas partes con un único pensamiento: eliminarte. Vencer a tus legiones en batalla

y luego apuntar sobre Roma, con tu cabeza bien clavada sobre una pica. Sí, Mure, porque la próxima vez que entres en tu amada ciudad, lo harás muerto. Esta es la última vez que entras en el Samnio, te lo juro por mis antepasados y mis descendientes. Todo lo que estás haciendo tú, lo haré yo en tu ciudad, en tu casa.

El vocerío de los guardias y los movimientos en el exterior de la tienda interrumpieron el monólogo, hasta que el rostro de un hombre imponente, de densa barba oscura, fue iluminado por las lámparas en cuanto apartó un extremo de la entrada. Ignacio se levantó con una sonrisa complacida.

—¡Minacio!

—¡Dejas rastros, *meddix*! Ha sido un juego de niños encontrarte.

Los dos se abrazaron con fuerza.

—Pero los romanos no tienen un Minacio Estacio en condiciones de olfatear mis huellas como un viejo lobo.

—Eso es verdad, pero tienen muchas hienas —respondió el coloso, quitándose el yelmo espléndido con alas de metal entalladas y una Gorgona de plata sobre el casquete.

—¿Y esto?

—Me lo he hecho hacer por un artesano de Murgantia.

—Es una maravilla —exclamó Ignacio, cogiéndolo entre las manos antes de probarlo.

—Sí, también el precio lo era.

El *meddix* rio.

—Con seguridad, a mi mejor general no le faltará con qué comprarse un yelmo. ¿Qué noticias me traes?

—Mure nos está haciendo daño, Gelio.

El *meddix* se quitó el yelmo.

—Sí, lo sé —dijo, ensombreciéndose.

—Ha penetrado mucho —continuó Estacio, señalando Maloenton sobre el mapa —, y deja atrás una estela de muerte y destrucción. La gente escapa en masa abandonando todo lo que tiene. Hemos dado orden de destruir las cosechas para que no acaben en manos de los romanos. Esta medida produce poco daño a ellos y mucho a nosotros. El año próximo será un año difícil para todos, Gelio; sin trigo serán muchos los que padezcan hambre en los meses de invierno. Además, Mure ha bloqueado las vías de trashumancia llevándose rebaños enteros. Hirpinia está de rodillas.

—¿Has previsto avisar a la mayor cantidad de gente posible?

—Sí, pero no todos conseguirán alcanzar las ciudades fortificadas; su caballería aparece con la velocidad del rayo.

Ignacio asintió.

—Pero sé que también tú estás haciendo tu parte, Minacio.

—He llevado a los míos más al sur. Estamos sometiendo a sangre y fuego los

territorios filorromanos falernos y vescinos de la Campania, son las zonas de donde llegan los jinetes de Mure. Por desgracia, no consigo transportar el trigo necesario para mantener la velocidad del movimiento. Necesito carros y caballos, necesito hombres.

—No te los puedo dar, Estacio, no los tengo. Continúa así, fastidia a sus aliados, pero mantente alejado de él. Mure es astuto y sabe hacer la guerra; límitate a aparecer delante de sus vanguardias y luego desaparece de su vista, hazte perseguir, aléjalo de aquí. Llévelo al sur, tan al sur como puedas. Cuanto más camino le hagas hacer hacia allí, más tiempo empleará en subir cuando se dé cuenta de lo que está sucediendo.

—Lo intentaré.

—Resiste, estoy reformando la Legio Linteata.

—Los consagrados a la muerte, lo sé, se ha corrido la voz, muchos se están reuniendo, los muchachos más fuertes y valerosos del Samnio están llegando a Aquilonia para el rito sagrado.

Minacio hizo una pausa.

—¿Cuántos jóvenes nos costará esta guerra, Gelio?

—Los que hagan falta, Minacio. La paz como siervos es mucho más ardua que la guerra como hombres libres.

HACIA EL DESTINO

Hulx y Larth montaron a caballo con las primerísimas luces del alba. Era el primer despertar de un día de guerra y se sentía en el aire.

Aquel día, la gran masa de los senones tomaría una nueva forma. Los combatientes se separarían de los otros para acercarse lo más rápido posible a los romanos y coger a la legión por sorpresa.

Larth impulsó el caballo como la quilla de una nave entre la multitud de personas atareadas en dismantelar el campamento y alcanzó la gran tienda abierta de Ateboduus, donde bullían los preparativos de la partida. El *rix* estaba allí, inmóvil como un escollo en el mar agitado. Hundido en su sillón cubierto de pieles, con una copa dorada en la mano y dos cuchillas inyectadas de sangre en el lugar de los ojos.

El etrusco y el senón intercambiaron el habitual falso saludo de todos los días. Ambos, mirándose, se preguntaban hasta qué punto continuaría la conveniencia de combatir en el mismo bando. Larth se dirigió a Aker que, como siempre, se ocupaba de los perros del senón.

—Dile al *rix* que hoy es un gran día para combatir y ganarse un inmenso honor.

—Ateboduus no lo duda, dice que se acostará más rico, más fuerte y más valiente de como se ha levantado.

—Eso es cierto —respondió Larth, antes de hacer un saludo reverente y alejarse.

—Modesto hijo de puta —farfulló Hulx, que pisaba los talones al portavoz del *zilat*.

—Tampoco a mí me gusta —respondió el otro—, es por eso que debemos tener en gran consideración a Viridomaros.

—Ese es de su misma ralea —gruñó Hulx.

—Sí, pero puede sernos útil para aniquilar a Ateboduus —continuó Larth—, al igual que ese umbro, Kuretus. ¿Has estado con él esta noche?

—Sí, he hecho todo lo que me has dicho, he ido a verlo y le he dicho que contamos mucho con él; le he dado a entender que no nos fiamos mucho de los senones. Estaba radiante.

—Bien, el umbro puede sernos muy útil.

—Te diré más —continuó Hulx—, ayer por la tarde me demoré con él y me habló de un clan rival en el interior de su ciudad. Una familia a la que quiere eliminar una vez concluida la guerra.

—¿Un clan rival?

—Exacto. Una facción de la ciudad que le es hostil.

Larth asintió.

—Perfecto, le daremos nuestro apoyo incondicional, pero al mismo tiempo

iremos a hablar con el jefe de este clan rival. ¿Sabes cómo se llama?

—Enumek. La familia de los Enumek.

—Enumek. Tratemos de descubrir quién es.

—No entiendo, perdona, ¿apoyamos a Kuretus o a Enumek?

—Apoyamos a quien nos conviene. Los incómodos para Kuretus podrían ser muy cómodos para nosotros —sentenció Larth, con una sonrisa complacida.

Hulx asintió en silencio, preguntándose si el que estaba a su lado era el mismo hombre que había partido con él desde Tarquinia. Desde que habían llegado donde los senones, Larth había comenzado a tomar iniciativas personales, que habrían podido tener consecuencias muy peligrosas en aquella frágil alianza forjada por el *zilat*. Además, Hulx comenzaba a pensar que Larth tenía demasiadas ambiciones personales en todas aquellas intrigas que estaba tejiendo.

Los dos alcanzaron a los jinetes que formarían la vanguardia de aquella memorable jornada. Los portadores de escudos ya estaban listos detrás de las propias enseñas; una selva de astas con colgantes, jabalís, lobos y criaturas mitológicas que descollaban centelleantes en el fresco sol primaveral de la mañana.

Los jefes de clan llegaron poco después siguiendo un orden jerárquico que empezaba por los menos poderosos y acababa con el *rix* Ateboduu, que arribó con toda la calma de su estatus bajo la mirada irritada de Larth. Por suerte, prácticamente todo había sido discutido en los días anteriores; los etruscos guiarían la columna, ellos conocían la zona y era suya la ciudad que liberar de la presencia romana. Viridomarus y sus jinetes irían con Larth, junto con Kuretus y los umbros. Ateboduu, en cambio, guiaría al resto de los guerreros, confirmando su hegemonía sobre el contingente.

—¡Thucer!

El muchacho alcanzó rápidamente a su padre, que avanzaba al trote, seguido por su capa revoloteante.

—Dime, padre.

—¿Ves a aquellos dos, los rasena?

—Sí.

—Quiero que no los pierdas de vista.

—¿Que no los pierda de vista?

—Sí, tienen pinta de saber con anticipación qué está a punto de ocurrir, por lo tanto, si ves que se alejan de las filas quiere decir que algo no funciona y que estamos en peligro. ¿Entendido?

—Entendido.

—Tú estarás entre nosotros y ellos. Llegado el caso informarás de cualquier comportamiento anómalo.

—Por consiguiente, ¿yo no combatiré, padre?

Kuretus miró al muchacho.

—Harás mucho más, muchacho, mantendrás la calma en el fervor de la batalla,

serás el enlace entre nosotros y los etruscos. Es mucho más que combatir, créeme.

Thucer asintió, en el fondo no estaba en absoluto disgustado por aquella decisión.

—Padre.

—Dime.

—¿Cuántos de los nuestros han afrontado alguna vez una batalla como la que estamos a punto de combatir?

—Pocos, quizá ninguno.

El muchacho no preguntó más, observó a su padre, que cabalgaba con la mirada fija hacia delante y un orgullo que era más grande que él. Sabía que tampoco su padre se había tenido que enfrentar a grandes alineaciones. Había combatido sus guerras en el interior de Tifernum, venciendo a la familia rival de Enumek con algún asesinato. Había habido un par de choques con otras ciudades rivales, pero se remontaban a cuando Thucer era un niño. Habían pasado muchos años, quizá demasiados, pensó el joven mirando el rostro de su padre, cada vez más tenso. En aquel momento, sintió ternura y experimentó, quizá por primera vez en su vida, un sentimiento de afecto, porque sabía que Kuretus afrontaba aquella peligrosa situación en absoluta soledad.

El corazón de Thucer tamborileaba al ritmo de la cabalgada. Muchas veces había pensado en la guerra, se había pavoneado con la bella Nahar, cuando había partido orgulloso para aquella aventura. Ahora soltaba las riendas en ese galope hacia el destino. El fruto de decisiones oportunistas sabiamente calculadas por su padre estaba a punto de ser cosechado. Ya no había cálculos, ya no había pensamientos, había que combatir y vencer, vencer contra los romanos, cuya determinación en la batalla era probada y conocida.

—Voy a la guerra, Nahar —susurró—. Dame valor.

EL SUCESOR

—Comandante, se han avistado unos jinetes a cinco millas a oriente, se dirigen hacia aquí con marcha sostenida.

Lucio Cornelio Escipión, miembro de la noble familia romana de los Corneli, iba a la cabeza de la II Legión establecida en el campamento fortificado de Clusium. Apartó el *stilus* de la carta que estaba escribiendo y alzó la mirada hacia el centurión delante de su escritorio.

—¿Alguien de Umbría?

—Al parecer, sí.

—¿Cuántos son?

—Un centenar.

—Manda a su encuentro un par de escuadrones de caballería, veamos quiénes son y qué quieren. Entre tanto, alerta a la guardia.

—Sí, señor —respondió marcialmente el oficial antes de salir del despacho del procónsul, que continuó con su carta.

Ahora te pido perdón, pero debo marcharme, amigo mío, los deberes del cargo que me has dado me llaman. Se ha avistado un grupo de jinetes que se aproxima a cinco millas del campamento. Sobre un centenar. Demasiado pocos para ser un problema grande y demasiados para ser un problema pequeño.

Voy a ver de qué se trata. Te mantendré informado y espero que tu marcha en territorio etrusco continúe de la mejor de las maneras y que este buen tiempo dure y haga menos ardua tu tarea.

Cuídate, tienes una edad, Quinto Fabio, ¡cada tanto deja correr a los exploradores en tu lugar!

Espero con ansiedad tus noticias. Vale,

LUCIO CORNELIO ESCIPIÓN BARBADO

—¡Jinetes romanos!

Larth alzó la mano para detener la marcha de los suyos.

—¡Detengámonos aquí!

Viridomaros lo fulminó con la mirada.

—¡No, vamos! —le dijo en una rudimentaria pero comprensible lengua etrusca.

—Es inútil, Viridomaros —respondió Larth—, no los han mandado para entablar un combate, solo para saber quiénes somos. ¿Entiendes? Si avanzamos volverán a

alertar a los del campamento, esa es su tarea.

—Dice que es de cobardes —intervino Kuretus, traduciendo las imprecaciones del senón, que desenvainó la espada.

—¿Quieres demostrar tu valor con esos pocos caballeros o vencer a toda la legión, Viridomarus? —preguntó Larth.

El gallo no respondió, pasó por delante del etrusco, oscureciéndolo con su mole, y le lanzó una sonrisa en la cual se leía todo el desprecio que sentía por él. Luego golpeó con los talones, seguido por los suyos. Seguido por todos, porque también los umbros partieron al galope, Kuretus el primero.

Cuando el ruido de los cascos y el titilar de los jaeces estuvieron lejos, Larth sacudió la cabeza. Se volvió hacia los suyos, que, silenciosos, lo miraban, y en el grupo vio el rostro de un muchacho que no recordó dónde había visto antes.

—¿Tú quién eres?

—Thucer, el hijo de Kuretus.

—Sí, recuerdo el día de vuestra llegada a su tienda.

—Sí.

—¿Tú no vas a la caza de cabezas?

Incómodo, el muchacho vaciló antes de dar una respuesta.

—Mi padre me ha dicho que esperara aquí.

—Es uno de los pocos pensamientos inteligentes que se han tenido hasta ahora.

—Para ellos —respondió Thucer, cohibido—, un acto de coraje vale más que cualquier otra cosa.

El etrusco asintió, luego se volvió hacia Hulx.

—Vuelve donde Ateboduus y dile que hemos tenido contacto con los romanos.

—Sí.

—Dile que se reúna pronto con nosotros.

Hulx espoléó el caballo al galope hacia el camino de donde habían llegado, dejando de nuevo al grupo en el más absoluto silencio, roto por el gorjeo de algún pájaro que saludaba a la primavera. Larth alzó la mirada para entender qué hora era por la posición del sol, luego razonó en voz alta.

—Gracias al arrojado acto de valor de nuestro Viridomarus y de todos los demás que han ido detrás de él —dijo para evidenciar también el gesto de Kuretus, sin mencionar su nombre—, podemos decir adiós al elemento sorpresa, que tantas vidas habría podido ahorrar esta tarde.

Valoró la distancia de una colina más alta que las otras, precisamente de donde habían aparecido los jinetes romanos.

—Alcancemos esa colina y veamos si desde allí arriba podemos hacernos una idea de la situación y realizar un plan de ataque. Siempre que no se decida lanzarse encima de la empalizada del campamento romano hasta que se venga abajo.

Los etruscos partieron al galope hacia el destino que su comandante había indicado, y una vez alcanzada la cima de la colina, bajaron de sus cabalgaduras para

observar el territorio circundante. Hacia el oeste, vieron el campamento romano, y poco más allá, la ciudad de Clusium. Larth expidió de inmediato a un segundo jinete para alcanzar a Hulx y Ateboduu, y conducirlos donde ellos sin perder tiempo, luego mandó a algunos exploradores a registrar la zona. Abrió un mapa, lo puso en el suelo manteniéndolo firme con un par de piedras y empezó a consultarlo hasta que el ruido de caballos al galope llamó su atención.

—Son senones, están volviendo —dijo Thucer, señalando al grupo que llegaba.

Larth enfocó las figuras que se acercaban pendiente arriba. Vio a Viridomaros, que cabalgaba orgulloso, sosteniendo en la mano una lanza sobre la que estaba clavada una cabeza con la boca abierta de forma siniestra. Detrás de él, descollaba el rostro morado de Kuretus, seguido por otros guerreros eufóricos.

Alcanzada la cima, los hombres bajaron de sus cabalgaduras jactándose de la acción apenas emprendida. Viridomaros se acercó a grandes zancadas al portavoz del *zilat* y clavó el asta de la lanza sobre el terreno a un palmo del pergamino. El impacto hizo sacudirse el macabro trofeo y una salpicadura de gotas rojas ensució el mapa.

—¡Ahora saben quiénes somos! —rugió el senón, seguido por los alaridos de alegría de los otros. Tenía la mirada endemoniada y el rostro manchado de sangre y polvo que se había espesado con el sudor dibujando unas líneas oscuras.

Larth alzó la mirada sobre la pica, hacia la cabeza con los ojos entornados que dejaban entrever el blanco de los globos oculares. Luego miró a Viridomaros, sus pensamientos estaban tan lejos que ningún intérprete hubiera podido hacerlos entender.

Lucio Cornelio Escipión miró la herida en la sien de su tribuno mientras el médico se disponía a hacerle un vendaje sumario.

—Han aparecido del bosque como demonios vomitados por los infiernos y nos han atacado.

—¿Estás seguro de que eran senones?

—El que los mandaba era un gigante rubio que aullaba blandiendo una espada enorme. Eran galos, galos senones.

—Pueden ser un grupo de dispersos —razonó en voz alta el pretor—. O la vanguardia de un gran grupo aproximándose.

—Vuelvo afuera para verificarlo, comandante.

—No, tú te quedas aquí tranquilo, esa herida no debe descuidarse. Y luego es mejor no arriesgarse a perder más hombres inútilmente. Mostremos nuestra musculatura. Saldremos en bloque, si está llegando un gran contingente es mejor acogerlos en un terreno favorable para nosotros, fuera del campamento.

—¿No conviene esperar aquí y ver cuántos son? Quizá no sean suficientes para sitiar el campamento.

—No, aunque no fueran suficientes, no podemos mostrarnos temerosos, incluso a

los ojos de los mismos habitantes de Clusium, que con seguridad se unirían al enemigo. Podríamos quedar atrapados en un largo y peligroso asedio. Mejor hacer salir a la legión y alinearla donde pueda maniobrar más fácilmente. Mantendremos el campamento como alternativa para retroceder. Los afrontaremos con espada, no con escudo.

Hulx alcanzó a Larth al atardecer, con Ateboduuus y todo su séquito de combatientes a pie.

—No hay tiempo que perder —dijo el portavoz del *zilat* al *rix*—. Es preciso ganar rápidamente la cima de la colina, los romanos se han movido del campamento. ¿Me entiendes?

Ateboduuus no respondió, se hizo traer una cantimplora de la cual bebió antes de notar, con una pizca de envidia, el nuevo trofeo que Viridomaros exhibía sujeto a los jaeces del caballo.

—¿Dónde demonios está el intérprete? ¿Dónde está Aker?

—Estoy aquí —dijo el pequeño esclavo, apareciendo de entre los gigantes portadores de escudo del rey.

—Gracias a los dioses. Aker, dile al *rix* que los romanos han salido del campamento, no hay un momento que perder. Debemos tomar posición en la cima de esta colina.

Aker tradujo, y Ateboduuus incineró al portavoz del *zilat* con la mirada. El esclavo se aclaró la voz con un cierto embarazo.

—Dice que no recibe órdenes de ti, que él es quien manda.

El etrusco tragó ese bocado amargo. Maldijo para sus adentros al *zilat* por haberlo puesto a hacer de niñera de aquel mercenario tosco e ignorante, al que habría matado con gusto en aquel momento. Reformuló entonces la solicitud con maneras más amables y toda la falsedad del caso, dando a entender que quien ocupara la posición elevada de la colina tendría grandes posibilidades de victoria. El *rix* se aseguró de que las solicitudes de Larth fueran dirigidas a él de manera casi servil. Luego ordenó a sus jinetes y a Viridomaros en particular que se escondieran en el bosque sobre el lado izquierdo de la colina para cargar contra los romanos desde el flanco en cuanto las dos alineaciones hubieran entrado en contacto. Luego dio disposiciones a los umbros para que se pusieran sobre la derecha, listos para implicar a los romanos sobre el flanco izquierdo, y solo cuando hubo terminado su larga serie de órdenes hizo avanzar a los suyos por la pendiente, ignorando a Larth, que, finalmente, respiró con alivio.

—Coge un caballo y písame los talones —dijo el etrusco a Aker.

—¿Un caballo? —preguntó el otro, atónito.

—Claro, ¿cómo piensas seguirme para hacer de intérprete entre Ateboduuus y yo? El esclavo sacudió la cabeza.

—Solo los guerreros nobles poseen un caballo.

—Ahora te procuraré uno.

—¿Estás loco? No sé montar a caballo y, además, Ateboduu me cortará la cabeza en cuanto me vea montado en una silla.

Larth despotricó preguntándose si la idea de coger a los senones para combatir no les haría perder la guerra en vez de ganarla.

—Mi hijo te seguirá y te hará de intérprete —intervino Kuretus, que se había quedado en las inmediaciones con los suyos. Señaló al muchacho, que estaba a su lado—. Será tu sombra, de modo que puedas comunicarte con umbros y senones.

Larth examinó a Thucer; habría preferido a Aker, con el cual ya había establecido una relación de confianza, pero no tenía muchas otras alternativas. Aquel joven umbro era mejor que nada.

—Está bien, gracias, noble Kuretus.

El *nerf* asintió.

—Ve con ellos, no los pierdas de vista, Thucer.

—Sí.

En el rostro grave y tenso de Kuretus apareció una sonrisa.

—Y no te acostumbres demasiado a hacer de observador —le dijo, poniéndole la gran mano sobre el hombro—, porque en la próxima batalla estarás conmigo, a mi lado. Guiarás mi carro.

También el muchacho sonrió, tocado por aquellas palabras.

—Será un honor, padre.

—Ahora vete y recuerda —continuó Kuretus en voz baja—, si las cosas se ponen mal, vuelve donde yo esté.

—Está bien.

El jefe umbro subió a su carro de guerra; Thucer, a su caballo.

—Padre...

Pero Kuretus ya había partido, su yelmo había desaparecido entre los jinetes umbros que lo seguían.

—... Te quiero.

Los exploradores romanos llegaron a las pendientes de la colina al galope en la incierta luz de la tarde y comenzaron a remontar la ladera, sin demasiadas precauciones. Las órdenes de Escipión habían sido perentorias, había que alcanzar la cumbre del cerro y mantener la posición, para permitir que la legión se dispusiera de la mejor manera y aprovechar la ventaja que ofrecía el terreno, en caso de batalla.

Desde el interior de sus yelmos, los exploradores incitaron a los caballos hacia la cima, donde fueron embestidos por una lluvia de flechas tiradas desde cerca. Un oficial aulló el alto e inmediatamente después tres dardos lo alcanzaron en rápida secuencia en pleno pecho. Cayó hacia atrás mientras los demás jinetes intentaban

escabullirse de aquella letal lluvia de muerte que llegaba desde la oscuridad de la vegetación. En cuanto dejaron las flechas, los galos irrumpieron desde el flanco de los jinetes rematando a los que quedaban a golpes de hacha. Ninguno se salvó y a Larth le costó contener el entusiasmo de los senones, que se lanzaron a una orgía de estragos, depredando los cadáveres antes de decapitarlos.

—Maldición, los romanos estarán aquí en cualquier momento. ¡Dile que vuelva a su posición! —aulló Larth a Thucer.

El muchacho vaciló un instante; no era sencillo intimidar a esos colosos endemoniados a la caza de trofeos.

—¿Has entendido?

El joven umbro asintió. Empezó a bracear indicando a los guerreros que volvieran a esconderse en el silencio, pero todos lo ignoraron. Entonces Larth mandó a Hulx a buscar a Ateboduu y solo la llegada del *rix* con su carro de guerra calmó durante un momento los ánimos devolviendo una apariencia de orden. El etrusco consiguió hacer alinear a los hombres y hacerlos callar. Los escondió apenas debajo del cerro, sobre la vertiente opuesta a la dirección de marcha tomada por los romanos y luego se adelantó con los suyos para ver de cerca el movimiento de la legión.

Agazapado detrás de algunas matas, observó la masa oscura de los romanos que se acercaban marchando en silencio. Entre el tintineo de los colgantes y el rumor acolchado de miles de pasos, Larth intentó identificar los pendones y la posición del comandante. Permaneció largamente mirando su disposición en columna y vio a un grupo de jinetes que avanzaban escoltando a un hombre que llevaba un yelmo de vistoso penacho.

—Volvamos donde Ateboduu —susurró a los suyos antes de llegar a los caballos que habían escondido a poca distancia bajo la guardia de Thucer. Montaron en la silla y lanzaron las cabalgaduras al galope volviendo nuevamente hacia la cima de la colina, donde alcanzaron a los jefes senones alineados bajo las enseñas de los respectivos clanes.

—Son todos tuyos, *rix* —le hizo decir al umbro—, mata a su jefe y aniquila a la legión romana. Coge la gloria que te corresponde, gran Ateboduu.

El *rix* quiso tomarse su tiempo antes de asentir, quería dar a entender a Larth que era él quien establecía el ritmo de ataque. Cuando decidió que el momento había llegado hizo un gesto a sus portadores de escudo para que avanzaran en silencio con el fin de alcanzar a los guerreros de las propias tribus y que estuvieran listos a la señal de ataque.

Lucio Cornelio Escipión oyó que uno de los centuriones de cabeza daba la voz de alarma e inmediatamente después vio aparecer sobre la cresta de la colina una selva de enseñas, lanzas, yelmos, y las inconfundibles siluetas de los *carnyx* —los altos instrumentos de viento gálicos, con cabezas estilizadas de animales mitológicos—

resplandecieron a la luz de la luna.

En pocos instantes, el comandante de la Segunda entendió la gravedad de la situación. Había llevado a la legión fuera del campamento para alinearla en una posición favorable, pero aquella posición favorable estaba ocupada por las tropas enemigas. No podía dar la espalda a los galos para tratar de llegar de nuevo al campamento fortificado y no podía quedarse quieto en aquel despeñadero escarpado desde el cual, en breve, le llovería encima. Solo podía avanzar y confiar en no tener enfrente ingentes fuerzas.

—El plan del *zilat* toma forma —dijo Hulx a Larth, olvidándose de la presencia de Thucer a poca distancia.

—Sí —rebatió el otro—; nuestro Ateboduu cree que va a recoger botín y gloria, pero se atraerá también la culpa y las iras de los romanos. Si todo va como está previsto, Ruliano no tardará en lanzar sus legiones sobre los galos y los umbros, aflojando la presión sobre nuestras tierras.

—¿Es por eso que has insistido en poner a los umbros sobre el flanco de la alineación?

—Exacto, sus enseñas serán mucho más visibles sobre esa vertiente, separada del grueso de las filas de los senones; además —añadió Larth—, una vez liberada Clusium podremos decidir si marchar con los senones contra los romanos o dejar que se las apañen solos y actuar por nuestra cuenta, penetrando en territorio romano directamente desde la región al sur de Clusium.

—Pero eso no es lo que ha dicho el *zilat*.

—No, es idea mía, pero me parece excelente.

Hulx asintió, dubitativo y atemorizado por las decisiones individualistas de Larth, mientras a sus espaldas Thucer escuchaba con los ojos desencajados. El muchacho comprendió que debía avisar cuanto antes a su padre. Los hombres tan idealizados por Kuretus, en realidad, estaban utilizando a los guerreros de la alianza solo para sus objetivos. Umbros y senones no eran más que la carne de cañón de los etruscos. Los sacrificarían a todos con tal de vencer a los romanos, mejor dicho, cuantos más hubieran muerto, más beneficios extraerían los etruscos.

Hulx miró a su alrededor para comprobar la alineación y solo en aquel momento se percató de que Thucer estaba a sus espaldas. El etrusco excavó con mirada penetrante en el ánimo del muchacho para entender si este había oído algo de aquella conversación. Thucer trató de no despertar sospechas, pero sabía que aquel hombre lo estaba estudiando atentamente. Tragó saliva mostrando indiferencia hasta que el lúgubre aullido del *carnyx* llenó el cielo haciendo desistir a Hulx. Era la señal de inicio a la que siguió una oleada de gritos de guerra que rompió la oscuridad de la colina.

Miles de guerreros senones empezaron a moverse para atacar las alineaciones romanas, y en ese instante Thucer se preguntó si lo correcto era seguir a los jinetes etruscos, como le había ordenado su padre, o alcanzarlo inmediatamente para

informarle de cuanto había oído. Miró a su alrededor. Los senones avanzaban a trechos, luego se detenían, sacudían juntos los escudos y las espadas y alzaban al unísono su grito de guerra como un rugido gigantesco que hacía temblar el terreno.

El caballo se espantó y Thucer tuvo no pocos problemas para mantenerlo quieto, tratando de calmarlo. Además, la masa de guerreros escondida más allá de la cresta de la colina avanzaba extendiéndose; en aquel recorrido había englobado a los jinetes etruscos y a Thucer. Algunos guerreros habían empezado a avanzar más rápidamente saliendo de la masa. Procedían ufanos, desafiando a los romanos en duelos individuales, mostrándoles su potencia y la ferocidad de su gente. Avanzaban duros, decididos y amenazantes, jactándose de las victorias y el valor de sus antepasados. Algunos estaban semidesnudos, otros llevaban una sencilla capa, otros más estaban cubiertos por placas de bronce y yelmos de hierro. Todos querían su cabeza romana para exhibir y marchaban decididos por la tierra de nadie que separaba las dos alineaciones.

Receloso, Hulx se volvió nuevamente hacia él y, al fin, susurró algo al portavoz del *zilat*, a su lado. También este se volvió para mirarlo en medio de la marea humana que avanzaba.

Fue en aquel momento que Thucer decidió que debía alcanzar a su padre para advertirle de lo que había oído. En aquella confusión habría podido escabullirse sin despertar demasiadas sospechas y alejarse rápidamente de aquellos dos. Pero para hacerlo debía rodear toda la alineación y pasar del lado opuesto para alcanzar la posición de los umbros en el valle de abajo. Miró a su alrededor, rodeado por los guerreros que avanzaban inexorables como el vertiginoso curso de un torrente. Si hubiera seguido su flujo, habría acabado contra la legión romana. Apretó entonces las piernas para tratar de dirigir el caballo hacia la retaguardia, pero el cuadrúpedo empezó a relinchar, espantado, atrapado en aquel cerco humano.

Un estruendo precedió al choque de las dos alineaciones. Miles de astas y escudos toparon entre ellos cubriendo todos los demás ruidos. Sintió el silbido y la estocada de centenares de proyectiles que llenaron la noche. Flechas, piedras, lanzas y gritos de guerra, de dolor y de terror. De gente arrollada y pisoteada. Aullidos de ayuda. Aullidos de muerte. Relinchos de caballos, batacazos, el clangor de las trompetas, el constante gañido de los *carnyx* y el hedor acre y nauseabundo de humanidad comprimida en aquella reyerta oscilante; el de los caballos, el estiércol, el sudor, el cuero, la grasa, el pis y el hidromiel, que había corrido a mares antes del enfrentamiento.

Y, por encima de todo, destacaba el hedor metálico de la sangre.

Una piedra salida de la nada lo golpeó de refilón en el rostro. El muchacho lanzó un grito antes de llevarse la mano al pómulo. Intentó volver atrás, encontrar una salida a aquel caos. Tiró de las riendas y el caballo se encabritó, enloquecido; le aullaron que se quitara de en medio entre empujones y golpes con los escudos, hasta que el animal cayó de lado y empezó a patlear. Un senón recibió una coz en el muslo

y se desplomó con la pierna rota. Sin demasiados miramientos, el guerrero que estaba a su lado clavó la lanza en el cuello del caballo, sin que Thucer pudiera hacer nada por impedirlo. Un segundo golpe, un tercero, intervino otro guerrero que remató al animal dejándolo en el suelo entre espasmos. Thucer sacó la pierna que le había quedado atrapada debajo del caballo y un chorro de sangre le cayó sobre el rostro. Se levantó con los ojos cerrados, mientras la multitud que se agolpaba para continuar adelante lo iba empujando.

Procuró contrarrestar aquella fuerza, pero todos se habían convertido en gigantes ahora que iba a pie. Había caído en medio de una vorágine, de una muchedumbre ensordecedora, y debía salir de allí lo antes posible para alcanzar a su padre e informarlo de cuanto había oído decir a Larth. Se escabulló, buscó un paso a pesar de la oscuridad y la multitud. Chocó contra un muchacho, y un segundo empujón lo hizo caer al suelo, donde permaneció un instante para recuperar el aliento. Se pasó la mano por el pómulo dolorido y la miró; estaba bañada de sangre. En torno a él se movían sombras que iban en la dirección opuesta, pero le pareció que tenía más espacio, como si la concentración de la multitud hubiera disminuido. Debía de estar en la retaguardia, donde comenzaban a afluir los dispersos y aquellos que, heridos, conseguían volver atrás.

Se levantó, tambaleándose, procurando entender en qué punto se encontraba para alcanzar a su padre y se encaminó a la derecha de donde la masa se había dirigido. Se adentró en la mancha boscosa que bordeaba la vertiente de la colina y bajó por ella para alcanzar el claro donde se habían reunido los umbros a la espera de la batalla. De algún modo los alcanzaría.

Entre aquellos árboles, los alaridos de la batalla se atenuaban, pero la oscuridad se hacía densa, obligándolo a avanzar con la cabeza gacha y cubriéndose el rostro con las manos para protegerse de las ramas que lo azotaban, hasta que algo lo inmovilizó.

Había oído una tos. Alguien respiraba afanosamente un poco más adelante. Thucer percibió una sombra que avanzaba apoyándose de tronco en tronco. Era un hombre herido que había conseguido alejarse del enfrentamiento para hallar refugio en la fronda y sin saberlo se dirigía hacia él.

El muchacho se quedó clavado en la posición en que se encontraba, con la mano tendida hacia delante y el corazón latiéndole en las sienes. Luego el equilibrio precario lo obligó a dar un paso y una rama se partió bajo su pie con un chasquido.

La sombra se detuvo; escrutó en derredor, y Thucer permaneció inmóvil, convirtiéndose a su vez en sombra.

Dos presencias oscuras que estudiaban el peligro a pocos pasos sin poderlo ver.

El joven umbro tragó saliva. Con la boca seca y las piernas rígidas que no querían moverse, pero que, al mismo tiempo, parecían aflojarse. Buscó con la mano la espada y la desenvainó con un gesto demasiado tenso para pasar inadvertido.

Fue como si los dioses de pronto hubieran infundido el soplo vital a la sombra que estaba frente a él, que se puso en guardia, volviéndose enorme; sujetaba con

fuerza la espada corta de hoja veteada con un líquido viscoso que brillaba bajo la luna. Se trataba de un legionario, un herido que se había echado al monte, y por una extraña broma del destino había tropezado con el joven umbro.

Sus ojos despiadados brillaron un instante saliendo de la oscuridad y Thucer se sintió ya muerto, atravesado por aquel hierro frío impregnado de la sangre de otros.

Invadido por una llamarada de calor, el muchacho apretó la empuñadura de la espada y retrocedió un par de pasos. No estaba listo para enfrentarse a aquel hombre, pero no podía darle la espalda y huir, no podía, ni siquiera él sabía por qué. No sabía si era más fuerte el miedo a morir o el temor a ser un cobarde.

El romano dio un paso hacia delante, luego se puso a toser y se tambaleó. Con la mano desarmada se apretó el costado, mientras Thucer lo miraba, inmóvil, con la espada levantada. El umbro comprendió en aquel momento, viendo al adversario buscando apoyo en un tronco, que saldría vivo de aquel encuentro. Se armó de valor y rodeó el letal obstáculo sin apartar los ojos de su espada, y cuando hubo puesto un poco de distancia de la sombra que se desplomaba exhausta cerca de un árbol, se puso a correr tan rápido como pudo. Debía correr hacia el bullicio, hacia la enloquecida batalla que arreciaba fuera de aquel bosque, como si en aquel momento fuera un sitio más seguro que aquel que estaba dejando.

Evitó las matas, sorteó los árboles, luego corrió, corrió desatinadamente hendiendo aire y ramas a golpes de espada para abrirse paso, y, finalmente, se encontró en el límite del bosque, donde por poco no se topó con dos hombres que se alejaban sosteniéndose mutuamente.

Respirando hondo, salió al descubierto y se encontró en un paisaje irreal iluminado por las últimas luces del ocaso. Serpenteó boquiabierto entre los restos de aquel que debía de haber sido el primer impacto con los romanos. Superó a dos hombres en el suelo y a un tercero que jadeaba sujetándose las vísceras. Paso a paso el terreno devolvía las consecuencias del enfrentamiento. Escudos, yelmos desfondados y espadas con la hoja partida. Muertos, decenas de muertos, quizá centenares y heridos como sombras que buscaban de algún modo arrastrarse lejos de los infiernos para volver al mundo de los vivos.

Una mano ensangrentada se alargó hacia él pidiéndole ayuda. El muchacho retrocedió, atónito, confuso y desorientado. Alguien aullaba, a poca distancia un caballo gorgoteaba en el suelo sin moverse; la rueda de un carro volcado chirriaba lentamente en sus últimas vueltas. Nunca había visto nada similar y se quedó horrorizado, mirando atontado aquella rueda con su monótono ruido que le penetraba el cerebro como un reclamo.

Thucer observó aquel carro volcado en la oscuridad. Tragó saliva y comenzó a acercarse sin mirar dónde ponía los pies. Tenía la mirada fija en el armazón de madera y los jaeces en cuero rojo mientras el estruendo de la batalla se perdía a lo lejos dejando solo el ruido de aquel chirrido.

El muchacho se detuvo. La rueda dio una última vuelta.

Era el carro de su padre.

Una mano salía desde debajo del carro. Thucer tiró la espada y trató de levantarlo. Le costó ponerlo sobre un lado sirviéndose de la fuerza de la desesperación. No fue necesario mirar el rostro del cadáver, ni siquiera tuvo que darle la vuelta. Lo identificó de inmediato por las trenzas, la capa y aquella mano nudosa. Era el cantero de su ciudad. Un hombre que trabajaba la piedra. Un tipo rudo y poco cordial que tenía la tienda cerca de la entrada principal. Lo había visto siempre, desde que era niño, aunque nunca había tenido relación con él. Todo lo que conocía de él era el ruido de su cincel, que marcaba el paso del tiempo en Tifernum. Ahora el tiempo de su ciudad ya no tendría sonido.

Miró a su alrededor, dos romanos yacían uno encima del otro, desordenados, con los rostros completamente manchados de sangre. Observó la dirección de marcha del carro antes de volcar y a una decena de pasos reconoció la capa de su padre, que cubría un cuerpo colocado bocabajo sobre los restos de un escudo roto. Desde la capa, el asta de una lanza descollaba hacia el cielo, que se teñía de negro.

A Thucer le costó avanzar hacia él. Sacudió la cabeza y tragó saliva. No podía ser.

Se arrodilló y con la mano temblorosa apartó el pelo del hombre. El rostro de Kuretus, con los ojos desencajados y la boca abierta lo miraba, fijo, desde los infiernos.

La vista se le nubló, tenía un nudo en la garganta. Thucer se inclinó hasta apoyar su frente en la sien inmóvil de su padre y rompió a llorar. Lloró, lloró desesperado. Lloró como un hijo llora por su padre, lloró por todas las veces que había deseado lo que ahora estaba viendo. Por todas las veces que lo había odiado, por las veces que lo había maldecido, por las veces que habría querido huir lejos de él.

—Padre. —Lo acarició con la boca contraída, los ojos semicerrados y la cantinela de su llanto, el sonido más humano entre los miles que seguían elevándose en la batalla que arreciaba a un centenar de pasos de allí—. No me dejes solo, te lo ruego.

Le tocó suavemente la cabeza, alzó la mirada al cielo, donde la luz de la luna se filtraba entre las nubes oscuras.

—Perdóname, te lo ruego; perdona todo lo que he pensado de ti, perdona mi estupidez.

En su mente las imágenes de aquella vida juntos empezaron a moverse. La constante y opresiva presencia física de su padre y, al mismo tiempo, aquella insuperable distancia afectiva. Volvió a acariciar con delicadeza aquel rostro petrificado en el último alarido, mirando el pelo que se le escapaba de entre los dedos. Lo besó en la frente comprendiendo en aquel momento que nunca lo había hecho antes. Entonces buscó de nuevo aquel contacto, en la sien, en la mejilla. Aquel roce que nunca había existido en vida y que ahora parecía ser lo único que podía paliar su dolor.

Un hilo de baba se unió a las lágrimas.

—No me abandones, padre.

—¡Vete!

Thucer se volvió de golpe. Una sombra se acercaba, tambaleante. El brazo herido, colgando, la mano que presionaba sobre el hombro.

—¿Quién eres? —sollozó el joven.

La sombra se acercó lo suficiente para hacerse reconocer. Era Turscu, uno de los portadores de escudo de su padre, el auriga que guiaba su carro.

—Vete, Thucer, vete mientras puedas.

En aquel momento, las palabras de Kuretus resonaron en la mente del muchacho: «Si muero, estarás solo y deberás huir como el viento, más rápido que el viento».

Turscu se detuvo delante del joven. Tenía el brazo manchado de sangre. Hizo un movimiento de la cabeza que llevó la mirada de Thucer sobre la lanza clavada en la espalda del *nerf*.

—Lo han alcanzado desde atrás.

La desazón se tornó desesperación en los ojos del joven. Era verdad, la lanza en la espalda significaba un golpe recibido desde atrás y Kuretus nunca habría dado la espalda a la batalla. Lo confirmaba también la posición del cuerpo respecto de la del carro. El comandante umbro estaba impulsando a los suyos contra los romanos. La muerte le había llegado por la espalda.

—¿Enumek?

—No lo sé —respondió el auriga, triste—, quizás uno de los suyos, quizás un error, quién sabe. Lo que es seguro es que Enumek ocupará el puesto de Kuretus.

«Sin mí, también mis partidarios tendrán miedo de Enumek y con toda probabilidad tomarán distancias de cuanto he hecho hasta este momento para escupir sobre mi nombre mientras mi cadáver esté aún caliente».

Turscu se acercó al joven y le puso la mano sobre el hombro.

—¡No tienes futuro, vete! Vete o te matarán esta misma noche.

Thucer se puso de pie, con el rostro anegado por las lágrimas.

—¿Dónde?

—Lejos, lo más lejos que puedas. Hasta los infiernos si es preciso.

Se volvió hacia su padre, reunió todas sus fuerzas, aferró el asta de la lanza y la arrancó de la espalda, apretando los dientes. Se quedó un instante mirándola entre las manos y luego con un gruñido de rabia la arrojó lejos. Hacia la luna, hacia la batalla, hacia aquellos que se lo habían arrebatado todo.

Se inclinó de nuevo y trató de levantar del suelo el cuerpo poderoso de Kuretus, sin conseguirlo.

—Déjalo, yo me ocuparé de él.

—¡No! —rugió entre sollozos—. El cadáver del *nerf* no puede permanecer aquí, abandonado en el campo de batalla. El señor de Tifernum dejado en medio de los cadáveres de los enemigos.

—No se abalanzarán sobre su cuerpo, Thucer, le darán la importancia y la ceremonia que merece. Se ensañarán sobre los vivos, no sobre los muertos. Kuretus

ya no es un enemigo, es el pasado.

—El pasado —repitió el muchacho, extraviado.

—Ahora vete.

—¡No!

Turscu sacudió la cabeza.

—Te matarán.

—Deberán hacerlo por la espalda o mientras duerma —respondió, alejándose hacia el carro—. Ayúdame a enderezarlo.

El auriga vaciló.

—Lo has servido y reverenciado hasta hace poco, ¿ahora qué haces? ¿Tienes miedo de un muerto? ¿O de tu pasado?

—Perdóname, Thucer, también yo me he quedado sin guía, como tú. He llevado su carro durante doce años y era un símbolo para toda Tifernum, ahora ya no soy nada, pero esto poco importa. Tienes razón, un *nerf* no puede estar aquí —continuó el auriga—, lo pondremos sobre su carro, con sus armas y su escudo, exactamente como corresponde a un noble umbro, y lo conduciré por última vez al reino de las sombras.

En silencio y con esfuerzo el hombre ayudó a acomodar a Kuretus sobre el carro. Thucer cerró los ojos del cadáver, acomodó las manos, el yelmo y las armas, sin preocuparse de aquellos que poco a poco regresaban, exhaustos y heridos. Solo el rumor de los cascos de un grupo de jinetes que llegaban lo apartó de su tarea.

Eran los etruscos.

Larth aflojó el paso para que el caballo no se hiriera con los restos del campo de batalla. Miró hacia delante, donde el enfrentamiento llegaba a su fin. Los romanos se habían encontrado rodeados y habían caído bajo el ímpetu de los senones. En su huida se habían topado con los umbros y los jinetes de Viridomarus, que los habían cogido en una mordaza sobre los flancos. Mirando en torno, el etrusco comprendió que el combate había sido duro y había dejado el terreno esparcido de cadáveres de ambas alineaciones.

Vio a dos hombres acomodando un cadáver sobre un carro y se acercó al paso. Se quedó sorprendido al ver allí a Thucer, la última vez lo había visto al inicio de la batalla, luego se había olvidado por completo de él. Intuyó lo que podía haber ocurrido y cuando llegó junto al carro tuvo la confirmación.

—Mi padre ha muerto por la causa.

Larth asintió en silencio.

—Yo soy su sucesor.

UNA ESTIRPE QUE HONRAR

El azar puede quitarnos la presencia física de aquellos que amamos, pero gran parte de ellos permanece en nosotros. El tiempo pasado nos pertenece y nada es más seguro que lo que ha dejado de ser. Soy ingrata respecto de las ventajas ya recibidas, el futuro se convertirá en pasado. Uno nos alienta con la esperanza, el otro nos consuela con el recuerdo. No podemos cambiar este estado de cosas y rebelarnos contra la naturaleza, ella sigue su curso inexorable.

Era verdad, pensó Mure, interrumpiendo la lectura de la carta de su mujer. El paso del tiempo atenuaba los recuerdos, pero no borraba lo que había sido. No se podía perder un minuto de vida vivido, fuera hermoso o desagradable.

Aquel pensamiento hizo aflorar en la mente del cónsul el rostro de su padre en la casa Decia, en Roma, visto desde abajo, con los ojos de un niño. Habían pasado más de cuarenta años y, sin embargo, aquella figura aparecía aún nítida en su mente. No el rostro, no los rasgos, sino las sensaciones. La mirada profunda de su padre, su timbre de voz decidido, autoritario y, al mismo tiempo, tranquilizador. La luz reflejada sobre su panoplia de cónsul, con la gran Gorgona de plata en medio del pecho, que le confería esa aura invencible. Todo parecía tan grande al pequeño Mure, incluso su padre le parecía un gigante.

También en ese momento, después de todos aquellos años, al mando de las legiones que devastaban el Samnio, Mure continuaba recordándolo así: visto desde abajo.

Buscó con los dedos la Gorgona sobre la coraza que había sido de su padre y que ahora llevaba él. En aquel tiempo le parecía tan grande y ahora era una pequeña cabeza de plata a la que miró con triste orgullo, recordando aquella desaparición que le había cambiado para siempre el destino.

La muerte de su padre había sido también el nacimiento de un héroe. Algo que debía ser recordado para siempre, algo que debía ser tomado como ejemplo y divulgado, algo de lo que estar orgullosos. En toda su existencia no había habido un solo instante en que no hubiera sido señalado, no hubiera sido llamado, no hubiera sido recordado como el hijo del héroe.

Publio Decio Mure, hijo de Publio Decio Mure, convertido en un ser inmortal tras su muerte.

La mirada volvió a las palabras de Julilla: «el futuro se convertirá en pasado. Uno nos alienta con la esperanza, el otro nos consuela con el recuerdo».

El padre de Mure había muerto en la batalla del Vesubio, cerca de la ciudad de

Neapolis, en una guerra absurda entre latinos y romanos, pueblos que siempre habían sido y aún eran aliados. La diatriba se había desencadenado después de que los romanos ganaron su primera guerra contra las tribus del Samnio. En aquella ocasión, los latinos, aliados de los romanos y desde siempre enemigos de los samnitas, se habían negado a aceptar el tratado de paz estipulado por Roma, que extendía la obligación de no beligerancia hacia los samnitas, también a sus aliados.

A pesar del tratado, los latinos habían proseguido su política agresiva hacia las tribus del Samnio, invadiendo sus tierras y atacando sus centros más próximos. Los samnitas habían mandado embajadas a Roma diciéndose dispuestos a romper el tratado si los aliados de los romanos no lo respetaban.

Los quirites habían reclamado a su vez a los latinos y les habían impuesto no invadir las regiones samnitas, pero en el lapso de pocas semanas, las palabras cedieron su puesto a las armas. Para conjurar el estallido de una nueva guerra contra los samnitas, los romanos emprendieron una con los menos valerosos latinos. Los dos cónsules en ejercicio, Publio Decio Mure y Tito Manlio Imperioso Torcuato, llevaron las legiones a Campania para poner fin por la fuerza a la diatriba.

Mure contó cuanto había ocurrido aquel día al viejo Tito Manlio, cónsul del mismo nivel que su padre en aquella batalla; y este se lo relató a Mure hijo, aún muchacho. Reprodujo con arrobo las palabras del pontífice en el séquito de las legiones, un tal Marco Valerio, que tenía la tarea de sugerir a los cónsules el modo más oportuno de cumplir con las obligaciones religiosas y salvaguardar la concordia entre Roma y los dioses. En aquel día nefasto, Marco Valerio no había encontrado señales divinas positivas y había expresado a los cónsules su parecer contrario por la batalla.

Torcuato y Mure habían intercambiado opiniones, los ejércitos estaban alineados y un retroceso frente a los latinos habría minado la moral de los soldados y reforzado la de los enemigos. En consecuencia, habían pedido un nuevo parecer al *pontifex*, pero este se había mantenido inflexible y les había advertido sobre el hecho de que no respetar las señales de los dioses habría podido llevar a tremendas desgracias para Roma.

Los cónsules habían vuelto a estudiar la alineación enemiga. Por lo que podían ver, los latinos, que en el pasado habían combatido varias veces al lado de los romanos, se habían dispuesto para afrontar con mayor fuerza las unidades de veteranos, porque habían reconocido sus pendones.

—Apuntan a nuestros centuriones más ancianos —había dicho Mure a Torcuato.

Por toda respuesta se había apresurado en poner al lado de cada centurión un centurión más joven, subordinado a él, que debía protegerlo del adversario latino que le hubiera sido destinado. Un movimiento que los cogería por sorpresa.

—¡Intentémoslo!

Torcuato lo había mirado.

—¿Y si los dioses no están de nuestra parte?

—Entonces, ¿qué sentido tiene vivir? ¡Intentémoslo!

Los cónsules se prepararon, y entre las aclamaciones de la alineación romana dieron la orden de avanzar. En el momento del choque todos comprendieron que aquella manera idéntica de enfrentarse a enemigos igualmente expertos no ahorraría vidas. Los romanos, dotados de un físico poderoso y de gran experiencia, debieron pelear contra guerreros igualmente expertos, que habían aprendido a luchar de manera egregia, ayudados por un físico poderoso, precisamente de los romanos.

Torcuato rememoró lo que la mente le devolvía de aquel día terrible, como si excavara en los recuerdos encontrando aquellos detalles que la historia no entregaría a la posteridad, pero que habían quedado esculpidos para siempre, con golpes de espada, en su ánimo. Reprodujo el enfrentamiento como si fuera visto desde arriba, a vuelo de pájaro sobre las alineaciones que se enfrentaban cuerpo a cuerpo como bestias feroces, furiosas y ebrias de sangre.

El polvo de la batalla le hizo recordar a un centurión mutilado que sus soldados habían puesto a salvo; los alaridos de venganza de un viejo triario que sujetaba la mano de su hijo y a un joven vélite moribundo; la aridez, el calor y los heridos que pedían agua.

Golpe a golpe los enemigos habían comenzado a agrietar el muro de las primeras filas romanas creando vacíos. Los asteros habían perdido terreno bajo la apremiante fuerza de sus iguales latinos y el ala izquierda había empezado a disgregarse. Toda la alineación se habría colapsado si no hubiera intervenido Mure incitando a los príncipes a mantener la posición. Con la ayuda de algunos jinetes había conseguido detener por un momento el avance de los enemigos y había exhortado a los suyos a no moverse de su emplazamiento.

Torcuato estaba oponiendo todas sus fuerzas sobre la derecha de la alineación cuando Mure alcanzó la retaguardia e hizo llamar al pontífice público para encontrar una solución que pudiera invertir la suerte de aquel enfrentamiento.

—Necesitamos la ayuda de los dioses —le había dicho, superando con la voz el clangor de la batalla.

—Había avisado que todas las señales eran desfavorables, pero vosotros habéis decidido presentar batalla. ¡Los habéis ofendido y habéis desencadenado su ira! ¿Quisisteis desafiar a los dioses? Este es el resultado.

El cónsul aferró el brazo del pontífice.

—Lo hecho, hecho está, pero ahora escúchame, escúchame, Marco: yo sé que hay una manera de salvar al ejército.

El pontífice sacudió lapidariamente la cabeza y Mure le apretó de nuevo el brazo.

—Entregaremos a los dioses al culpable de esta ofensa.

Marco Valerio lo miró con los ojos desencajados.

—Pero...

—Adelante, Marco Valerio, no hay un momento que perder, debes atraer sobre mí la ira de los dioses —dijo Mure, cortante, señalándose—. Les ofreceremos mi vida a

cambio de una reconciliación y la victoria.

—¿Una *devotio*?

—¡Sí, una *devotio*, ahora!

—Debes... —El pontífice se interrumpió, luego miró al cónsul—. Debes ponerte la toga pretexta, Publio Decio, la *devotio* exige unas reglas precisas.

Mure mandó entonces a dos de sus lictores al campamento a buscar lo necesario, luego pidió a los otros de su séquito que lo ayudaran a desvestirse. El pontífice se veló la cabeza mientras quitaban la coraza y las armas al cónsul. En pocos instantes, los dos lictores regresaron con una toga inmaculada como la nieve de la cual resplandecían las preciosas aplicaciones purpúreas.

Bajo la mirada petrificada de los que lo rodeaban, Mure se puso la toga y encima de esta colocó de nuevo la coraza, el talabarte y la espada.

—¡Estoy listo! —dijo con el rostro tenso.

—Repite conmigo —replicó el pontífice con tono triste—. «Jano, Júpiter, padre Marte, Quirino, Belona, Lares, Dioses Novansiles, Dioses Indigetes, dioses en cuyas manos nos encontramos nosotros y nuestros enemigos».

Mure repitió la fórmula en voz alta mientras todos en torno, uno a uno, inclinaron la cabeza para no mirarlo a los ojos.

—«... Dioses Manes, yo os invoco, os imploro y a vosotros, seguro de obtenerla, pido esta gracia —continuó con la mirada fija más allá del horizonte—; conceded, benignos, al pueblo romano de los quirites la victoria y la fuerza necesaria y arrojad el miedo, el terror y la muerte entre los enemigos del pueblo romano de los quirites. Como he declarado con mis palabras, así a los dioses Manes y a la Tierra, por la república del pueblo romano de los quirites, el ejército, las legiones y las tropas auxiliares del pueblo romano de los quirites, me ofrezco en voto junto a las legiones y a las tropas auxiliares del enemigo».

Marco Valerio calló, la fórmula había terminado. Todos esperaron la repetición por parte del cónsul y luego alzaron la mirada hacia el pontífice que debía dar su parecer positivo.

—Los dioses te han oído, Publio Decio Mure, no sé si aceptarán el intercambio, pero te han oído.

Mure asintió y se puso el yelmo después de respirar hondo. Miró a todos a su alrededor sin decir una palabra. Uno de los lictores se llevó la mano al rostro y el cónsul le dio una palmada en el hombro para consolarlo, luego se acercó a su cabalgadura. Lo ayudaron a montar en la silla y le pasaron las bridas.

El cónsul lanzó a todos una última mirada, le acercaron la enseña y la besó, luego apretó los talones y el caballo partió al trote. El cónsul rodeó las filas de los triarios, superó a los príncipes y, cuando tuvo espacio delante de sí, lanzó el caballo al galope, pasando por delante de las dos alineaciones que por un momento habían recobrado posiciones defensivas para recuperar las fuerzas y recoger a los heridos.

Latinos y romanos observaron aquella solemne cabalgada, con el tintineo de los

arreos y el ruido del galope imperioso. Era un cónsul, un cónsul romano, era Publio Decio Mure y todos entendieron qué estaba a punto de hacer.

Desde las filas romanas se alzó un estruendo que acompañó aquella carrera de pocos instantes, que habían quedado indeleblemente impresos en la mente de Tito Manlio Imperioso Torcuato. Este los relató al joven Mure como si entre un latido y otro del corazón corriera un tiempo indefinido e irreal. Zancada tras zancada, en el silencio de un movimiento fuera del tiempo, con la larga melena blanca que ondulaba lentamente y las crines rojas del yelmo que fluctuaban en el aire, los músculos de las piernas del cónsul se cerraban sobre los flancos del animal: la espada apuntada hacia delante y la boca abierta en un alarido sin voz.

Luego el impacto.

Y de nuevo el clangor. El estruendo de las alineaciones romanas mientras la figura del cónsul desaparecía entre las filas enemigas.

Los asteros fueron los primeros en saltar hacia delante y lo hicieron con tal vigor que todo el ejército los siguió lanzándose a la contienda, también los rorarios se lanzaron sobre los latinos, mientras los triarios permanecían firmes, arrodillados, a la espera de su turno, como había ordenado el mismo Tito Manlio.

Los latinos, convencidos de que los romanos habían arrojado ahora a la batalla también a los triarios, hicieron el mismo movimiento, dando la señal de ataque a los propios veteranos de las últimas filas, que consiguieron rechazar una vez más las exhaustas filas de los romanos. Solo cuando los latinos estuvieron convencidos de que habían vencido, Manlio dio la orden de batalla a los triarios, arrojando en la reyerta hombres frescos contra un enemigo ya agotado.

Aulló a los suyos que lucharan por la patria, por sus padres, mujeres e hijos, les gritó que lucharan como leones por aquel cónsul que se había inmolado por la causa. Los triarios entraron en la contienda con una ferocidad sin igual, haciendo estragos en las primeras filas adversarias, golpeándolos en la cara con las astas rompiendo completamente las filas latinas. Fue una masacre.

Mure había atraído sobre sí las iras de los dioses y al precio de su vida había ofrecido la victoria a los quirites. Nadie supo nunca qué dijo el cónsul en el instante anterior al impacto, en aquella cabalgada solitaria hacia la muerte y hacia la inmortalidad.

Continuaba la carta de Julilla.

Qué fantasmas danzan en mi mente y qué obsesión.

A veces siento que todo se perderá. Como los niños tienen miedo de las negras y profundas tinieblas, así tengo miedo del día. En efecto, los sueños se desvanecen al despertar, pero no la realidad.

Luego llega el pequeño Publio y te vuelvo a ver en sus ojos. Su alegría y su despreocupación llenan esta casa y mi ánimo durante un momento es otra vez sereno. Me regala algunas sonrisas que imagino

que te pueden alcanzar allí donde estés para darte un momento de nuestra vida.

Cómo quisiera que todas mis sonrisas perdidas te alcanzaran.

Estás lejos y yo intento tener confianza; trato de recuperar mi integridad para ser capaz de soportar el dolor, pero mi corazón es un vaso de arcilla con grietas, de las cuales, a veces, brotan las lágrimas. Las dejaré descender sin hacer alarde de mi dolor, aligeraré con ellas mi ánimo y en silencio pronunciaré tu nombre. ¿Lo oirás?

Vale,

JULILLA

La ronda anunció el inicio de la tercera vigilia; la vida militar reclamó a Mure de las líneas de la carta de Julilla que lo habían devuelto al relato de Tito Manlio Imperioso Torcuato. El cónsul cerró los ojos y se los masajeó con el índice y el pulgar. Como cada noche, desde que había partido, el sonido del cambio de guardia le hacía recordar que otra porción de vida dedicada a Roma, lejos de su familia, había pasado.

Guardó la carta en la caja de los efectos personales. Se levantó, solo con la túnica y el *cingulum*, y se preguntó si él habría hecho lo que había hecho su padre, consciente de abandonar al pequeño Publio a su destino. No logró encontrar respuesta y tampoco convencerse de que debía reposar. Salió de la tienda rápidamente y lo saludaron los dos lictores que vigilaban la entrada junto a un fuego.

—¿No puedes dormir, cónsul?

—Con esta hermosa noche, es casi un pecado hacerlo —respondió antes de encaminarse por la vía principal del campamento que lo llevaría a la entrada. En los últimos días la guardia había sido duplicada, había habido contactos con algunos jinetes samnitas, una especie de muerde y huye que había causado algunas víctimas entre sus campanos. Los exploradores habían procurado no perder de vista a los enemigos y eso había costado algunas víctimas porque el contingente de caballería avistado se había demostrado de dimensiones no irrelevantes. Por tanto, Mure había decidido invertir de inmediato el sentido de la marcha apuntando al sur, en vez de a oriente, donde se estaba dirigiendo, para someter a sangre y fuego la ciudad samnita de Bovianum.

Después de aquel contacto se había procedido de manera completamente diversa de cuando habían partido de Roma. La actividad de reconocimiento de los exploradores había sido triplicada y se avanzaba con mucha cautela, con los pertrechos en medio de la columna dispuesta a alinearse para el combate.

Aquel día, Publio Decio no había hecho más que cabalgar continuamente recorriendo sin pausa toda la longitud de la columna sin perder nunca el contacto con los exploradores que hacia mediodía habían avistado de nuevo a lo lejos a unos

jinetes que luego se habían desvanecido.

—¿No consigues dormir, Mure?

El cónsul alzó la mirada, y en las inmediaciones de la puerta del campamento vio al pontífice Marco Livio con los brazos cruzados sobre un terraplén.

—No, y veo que tú tampoco.

—He hecho la ronda, hemos protegido las linternas con pantallas para que no nos puedan ver desde lejos.

Mure sonrió subiendo el *agger* que había sido reforzado con unas ramas para permitir una remontada menos comprometida desde el interior del campamento.

—¿Tenemos novedades?

Livio se volvió hacia la nada más allá del terraplén que un nutrido grupo de soldados de la guardia custodiaba.

—De momento, ninguna. O por lo menos ninguna que podamos ver.

El cónsul asintió mirando la obra de defensa que los suyos habían construido. La *fossa fastigata*, con las paredes empinadas formando una «V», con la tierra excavada que había sido cuidadosamente acumulada sobre el lado interior del vallado formando un terraplén realzado, el *agger*; este estaba diseminado con piedras y *cervoli*, ramas y troncos de árbol oportunamente arrimados y clavados en el terreno para hacer más sólida la defensa. Hacia el exterior del campamento, los *cervoli* tenían puntas que salían del terreno para impedir o al menos hacer más ardua la subida de la valla.

—¿Somos nosotros los que establecemos dónde acampar o nos lo están indicando ellos? —preguntó el pontífice.

Mure miró la oscuridad inmensa que se abría ante ellos.

—¿Te refieres a esos jinetes que nos rondan en los últimos días?

—Sí —respondió Livio—, los estamos persiguiendo como un zorro sigue a una liebre y no quisiera que la liebre fuera un señuelo.

El cónsul permaneció un instante en silencio, luego miró el rostro de Marco levemente iluminado por una antorcha.

—Lo es.

—Lo imaginaba. ¿Y dónde nos está llevando? ¿Entre los brazos de Gelio o lejos de él?

—Eso no lo sé, Marco. Pero sí que, si yo fuera Gelio, trataría de cansar al enemigo; si tuviera la fuerza de combatirlo lo llevaría a un terreno desfavorable para él, de manera que pudiera enfrentarlo en una posición ventajosa. Si fuera inferior, lo evitaría para esperar el momento oportuno.

—¿En un caso o en otro me estás diciendo que estamos haciendo aquello que quiere Gelio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para hacerle creer que tiene la iniciativa y que Mure ha mordido el anzuelo.

Livio frunció el ceño.

—Partiremos mañana muy temprano, antes del alba —continuó Publio Decio—. Marcharemos hacia el sur escoltados por la caballería levantando mucha polvareda. A media mañana los jinetes aumentarán el paso, mientras que las legiones se desviarán hacia oriente y caminarán sin pausa hacia Bovianum. La caballería nos alcanzará antes del atardecer. Al día siguiente, habremos desaparecido del radio de acción de los jinetes de Ignacio y él se preguntará dónde nos hemos metido. Cuando lo descubra comprenderá que he sido yo quien ha marcado la dirección de la marcha, no él.

El pontífice sonrió, reflexionó un instante y luego sacudió la cabeza.

—Podrías habérmelo dicho antes.

—Lo habría hecho, Livio, pero lo he pensado hace solo pocos instantes, mientras venía aquí desde mi tienda.

—Entonces conviene que avise a la guardia.

—No, la avisaremos en el momento oportuno, poco antes de partir —subrayó el cónsul—. Guardemos para nosotros la información desde ahora hasta el final. Basta un rumor para decretar un éxito o una derrota. Dame una información que Gelio piense que yo no sé y lo mandaré derecho a los infiernos. Dale a él una información que nosotros ignoramos y nos aplastará como nueces podridas.

—Tienes razón, pero creo que podemos confiar ciegamente en nuestros hombres.

—También yo lo creo, Livio —dijo el cónsul poniéndole una mano sobre el hombro—, pero desconfío incluso de mí mismo. A veces tengo miedo de hablar en sueños y soltar todos estos pensamientos.

El pontífice rio.

—Dudo de que después de una jornada como esta podamos tener ganas de hablar en sueños. Quizá sería oportuno echarnos durante las pocas horas que nos quedan y dejar la mente libre de todo.

—Sí, lo necesitamos, amigo mío.

—Entonces, te deseo buenas noches.

—Buenas noches —respondió Mure demorándose en el *agger*, y atraído por la oscuridad circundante.

—¿En qué piensas?

—En Gelio. Porque, mira, él está fuera, en alguna parte y nos está mirando. Él ve nuestros fuegos, oye el rumor de nuestros caballos y el vocerío del cambio de guardia.

—¿Y eso te turba?

Mure sacudió la cabeza.

—Estoy convencido de que le da más miedo a él sabernos aquí que a nosotros saberlo ahí afuera.

El cónsul lanzó una última y despreciativa mirada hacia la nada antes de marcharse.

—Dondequiera que estés, Tito Mamercio, tráeme esa información que Gelio

guarda para sí.

LA BENEVOLENCIA DE LOS DIOSES

Julilla, esposa mía:

Espero que mi carta te encuentre bien, que el embarazo continúe en el mejor de los modos y que el pequeño Publio te alivie de la carga que exige tu posición en la casa de los *Decii*.

Sé bien que tu vida puede resultarte difícil en mi ausencia, pero te exhorto a hacer cualquier esfuerzo para aliviarte. Si alguna lágrima da consuelo a tu alma, déjala fluir, pero, te lo ruego, apela a todas tus virtudes y afronta con el corazón sereno esta situación.

Los dioses han querido esto, nos han dado el amor, un hijo maravilloso y otro en camino. Al mismo tiempo, nos han arrojado a esta época de incertezas y dificultades, pero nos están dando la ocasión de formar parte de aquellos que podrán conducir a un pueblo entero fuera de estos peligros. No podemos lamentarnos de esta oportunidad, debemos sentirnos honrados por ella.

No hagas de la carga un dolor, siéntete orgullosa de ella.

Ahora dime, ¿cómo está mi pequeño legionario Publio? ¿Crece? Y tú, ¿consigues dominar su ímpetu o es una guerra perdida? Cuánto me falta, Julilla, cuánto quisiera estar en nuestro *hortus* con él y contigo. Al mismo tiempo, sé que podrá formarse mejor con tus cuidados. Se convertirá en un hombre mesurado y sabio y será todo mérito de su madre.

Abrázalo fuerte de mi parte, dile que su padre piensa siempre en él, todos los días, todas las noches, como todos los padres de esta inmensa columna que guío. Si supieras cuántas ganas de volver a casa leo en los ojos de todos. Volver a casa y tirar la espada, abrazar esposa e hijos y coger de nuevo el arado. Pero todos quieren regresar después de haber hecho su parte. Todos saben que su puesto está aquí. Si quieren demostrar que aman de verdad a sus seres queridos es aquí donde deben estar; pasando frío, bajo esta lluvia, sabiéndooos en casa, delante del fuego, protegidos por nuestros brazos.

Estate serena, el único peligro que hemos encontrado hasta ahora ha sido el paso del Volturnus, un río de aguas impetuosas, crecido por las lluvias que hemos debido vadear. Todo ha ido de la mejor de las maneras y ahora nos estamos adentrando en el territorio de los hirpinos.

Tengo carros cargados de trigo y botín, tanto que nuestra marcha se ha hecho más lenta en los últimos días por el peso de los pertrechos. He decidido mandar a Roma todo lo que no es necesario para la campaña, junto con las cabezas de ganado que arrastramos, y desde mañana daré órdenes de quemar todo cuanto no podamos llevar fácilmente con nosotros, trigo incluido.

Sé que todo esto debilita al enemigo y refuerza nuestra posición, pero al mismo tiempo me siento, día tras día, cada vez más triste por este tipo de guerra. Sueño con mi batalla, imagino cada día que me enfrento con los infantes de Ignacio, que oigo sonar sus trompetas antes del despliegue. Estudio con atención los mapas, observo el terreno, me preparo con dedicación para ese momento que parece no llegar nunca y, por la tarde, cuando me duermo, los alaridos de los campesinos a los que hago matar, pueblan inexorablemente mis pesadillas. Entonces me despierto sobresaltado y solo vuestro pensamiento me da paz y en vosotros encuentro consuelo recordándome que todo viaje tiene un fin, y este también lo tendrá.

Espérame, pero no dejes que el dolor haga aún más ardua esta espera, y piensa, en cambio, cuánta paz consigues dar a mi ánimo sabiéndote serena.

Un abrazo, esposa mía. Cuídate.

PUBLIO DECIO MURE

—¿Cómo has dicho?

—Te he lanzado una maldición —dijo Mamerco, imprecando para sus adentros porque se le habían escapado unas palabras.

—¿Y qué lengua era? —preguntó Sepio.

—Un viejo dialecto volsco.

—¿Volsco? ¿No eras de los pentros?

—Claro, pero mi abuelo era volsco y a menudo me enseñaba cantinelas.

—¿Y maldiciones?

—Sí, maldiciones todos los días, maldecía de todo y de todos.

El samnita rio.

—Te estás lamentando como un viejo.

—Me estás haciendo caminar en la oscuridad, en medio de estas zarzas desde hace rato, maldito hirpino. Te recuerdo que el talón aún me duele.

—Mira allá abajo en vez de lamentarte.

Mamerco apartó las ramas que le impedían ver del otro lado y poco más adelante entrevió en la oscuridad una pequeña aglomeración de casas.

—Comida y un techo bajo el que dormir.

—Debo admitir que tienes olfato, hirpino.

Los dos salieron del bosque para acercarse a las casas y de inmediato unos perros empezaron a ladrar a lo lejos. Al cabo de unos instantes, tres individuos salieron cautelosos de una de las viviendas empuñando horcones y podaderas. Mientras se acercaban, Sepio y Mamerco alzaron las manos bajo las miradas amenazantes de aquellos hombres.

—¿Quiénes sois? —preguntó el que parecía mayor, sujetando la cadena de uno de los perros que gruñía espumeando baba.

—Hemos escapado de los romanos, somos Sepio Elvio, de Maloenton, y Tito Mamerco.

Los dos se acercaron lentamente bajo las miradas amenazantes del grupo y el gruñido de los perros, mantenidos a raya con enérgicos tirones.

—¿Qué queréis?

—Un poco de pan y un poco de paja sobre la que dormir. Mañana por la mañana nos iremos.

El hombre vaciló unos instantes, estudiándolos con sus ojitos claros. Hablaba arrastrando un poco las palabras a causa de una vieja herida que evidentemente le había arrancado dos incisivos dejándole una cicatriz que le atravesaba los labios.

—Esos nos los quedamos nosotros —dijo, señalando el hacha en el cinturón de Sepio y el martillo en el de Mamerco.

—Un momento, mañana no podemos marcharnos desarmados; por la zona pululan jinetes romanos.

—Por aquí no han pasado —respondió un mozo grande y fuerte, a espaldas del viejo, que se sostenía en un horcón.

—Por aquí no habrán pasado —le hizo eco Sepio—, pero nosotros hemos dejado una legión a nuestras espaldas y no tenemos intención de encontrarlos de nuevo.

—Os devolveremos el hacha y el martillo mañana por la mañana, si queréis quedaros; estas son las reglas —pontificó el primero.

Sepio miró a Mamerco, que sacó el martillo del cinturón y se lo tendió al viejo.

—¿Y tú? ¿No tienes lengua?

—No tengo nada que decir —respondió Mamerco—, estoy muy cansado.

—¿Qué te has hecho en esa pierna?

—Me golpeé el talón en las rocas del río cuando escapamos.

—Tú no eres de por aquí —dijo el viejo, examinando a Audax.

—Es de la tribu de los pentros, de Atina —respondió Sepio.

—Atina —repitió el hombre—, al norte —dijo antes de hacer señas a los dos de que lo siguieran al caserío—. No tenemos simpatía por los pentros ni por los hirpinos, pero visto que huis de los romanos os daremos un poco de pan.

Los dos pusieron al mal tiempo buena cara y entraron en la vivienda, donde aleteaba el humo de la cocción de la cena. Una anciana atareada con el fuego lanzó una mirada desconfiada a los recién llegados, mientras otra mujer, más joven, los

observaba con un niño pequeño en brazos.

—Sentaos.

Sepio apoyó en el suelo su saco hecho con los retazos de cortina de la casa de los pescadores bajo las miradas interesadas de todos los presentes.

—¿Has dicho que habéis escapado de los romanos?

—Sí, hace cuatro días.

Unas hogazas y vino aguado llegaron a la mesa.

—¿Cómo?

—Tirándonos a las aguas de un río durante el vadeo. Hemos conseguido huir del cónsul en persona. Mure, Publio Decio Mure.

—No sé quién es.

—Mure es su jefe.

—No me interesa quién los manda —rebatíó, brusco, el otro—, solo me interesa que no pasen por aquí; espero que no os hayan seguido; de otro modo, lo último que haré será degollaros.

—Si nos hubieran querido coger ya lo habrían hecho —respondió Mamerco, llenándose la boca—. Esos andan por ahí devastando el territorio, no recogiendo prisioneros.

—¿Sabéis hacia dónde se dirigían?

—Quizá a Bovianum. Cuando los dejamos, esos cabrones se dirigían hacia el interior.

—Esperemos.

—Esperemos —respondió Sepio.

—Sí, esperemos. Es una ciudad de la tribu de los pentros y está lejos de aquí, así que por mí pueden arrasarla —asintió, irritado, el viejo.

—Hirpinos, pentros o caudinos, poco importa, todos formamos parte de la liga samnítica.

—Yo no formo parte de nada y solo espero no meterme en líos por ayudaros.

—Estate tranquilo, mañana por la mañana nos marcharemos. Queremos alcanzar a Gelio para enrolarnos en sus legiones. Se dice por ahí —continuó Sepio, agradeciendo la taza de caldo humeante— que está reuniendo un gran ejército; pronto se enfrentará a los romanos en una gran batalla y llevará la guerra a su casa.

—Tampoco eso es asunto mío. A mí me interesan mis ovejas y el trabajo en los campos. Así vivo, manteniéndome alejado de los líos.

—¿Cuántos sois? —preguntó Mamerco, intercambiando una mirada que no pasó inadvertida.

—Nosotros tres, mi esposa y mi hija. El pequeño es mi nieto.

—¿Las otras casas están deshabitadas?

Más miradas.

—Los otros están pastando con las ovejas.

—Me parecía que eran demasiadas casas para tres...

—Los hacía más taciturnos, a los pentros —lo interrumpió el viejo—. Siempre me han dicho que desconfiara de los montañeses que hacen demasiadas preguntas.

Mamerco posó lentamente la taza tratando de no cruzar la mirada de los demás; la tensión estaba subiendo y solo la intervención de Sepio la atenuó.

—Perdonadnos, era solo por hablar, desde hace días vagamos por los bosques sin encontrar a nadie. No nos parece verdad estar aquí con algo caliente y un techo sobre la cabeza.

—Sí, es cierto —dijo Mamerco, moviéndose inquieto—. Es más, quizás hayamos molestado demasiado, es mejor que nos marchemos ahora.

—No, montañés; podéis dormir aquí, os iréis mañana. Como habéis podido ver, tampoco nosotros estamos habituados a recibir visitas. Ahora terminad la cena, luego os acomodaremos en el granero.

—Algo no cuadra —susurró Mamerco al oído de su amigo una vez que estuvieron solos en el granero.

—¿Qué quieres decir?

—Demasiadas veces se han intercambiado miradas con el viejo durante la cena.

—Tranquilo, mañana por la mañana haremos que nos devuelvan nuestras armas y nos marcharemos.

—Es mejor que nos marchemos de inmediato.

—No seas estúpido; somos dos y estamos en forma, y ellos son tres, entre ellos un mozo idiota y un viejo chocho.

—Sí, y tienen los perros, los horcones y las podaderas.

—Además, ¿por qué iban a dañarnos?

—No lo sé, pero no me gusta. Apenas se hayan ido a dormir yo salgo de aquí.

—Está bien, cabezota, pero no podemos dejar el hacha aquí.

—¿Qué quieres hacer? ¿Ir a golpear a su puerta? Perdonad, estamos escapando porque no nos fiamos de vosotros —respondió Mamerco, irónico, comenzando a dar vueltas en la oscuridad del granero—. También aquí dentro habrá un horcón.

—Tranquilo, ahora está oscuro, no encontraremos nada.

—Aquí siempre estará oscuro; no me parece ver aberturas al exterior. Echa un vistazo desde la puerta y dime si han entrado en la casa.

El samnita se acercó a la puerta y trató de abrirla, sin conseguirlo.

—Tito, nos han encerrado.

Audax dejó correr todo comentario y volvió hacia el portón intentando forzarlo junto a Sepio.

—La han atrancado por fuera.

—No me lo puedo creer, hemos escapado de Publio Decio Mure, para acabar prisioneros de un viejo andrajoso.

—Puedes comenzar a creerlo. Venga, ayúdame a buscar algo para forzar esta

maldita puerta.

—Se necesita un ariete para echarla abajo; nunca lo conseguiremos. Más bien, no entiendo por qué lo han hecho. Quizá solo sea para sentirse a salvo de nosotros o quizá nos hayan encerrado por error; el muchacho no parecía muy inteligente, acaso está habituado a cerrar el portón todas las tardes.

—No me quedaré aquí esperando para ver si se ha equivocado —respondió Mamerco, tratando de forzar la puerta.

—¡Silencio! —exclamó Sepio—. Alguien está hablando fuera.

Los dos acercaron la oreja al portón y oyeron la voz del viejo que hablaba con los otros. Permanecieron inmóviles escuchando sin hacer el más mínimo movimiento.

—¿Has oído?

—He oído —respondió Sepio—, ese hijo de puta nos quiere vender a unos mercaderes de esclavos.

—El viejo se ha olido unas buenas ganancias cuando nos ha visto llegar.

—¿Qué hacemos?

—Hemos engañado a un cónsul romano, ¿no podremos embaucar a tres caudinos y dos estúpidos perros?

El sol ya estaba alto cuando el viejo se encaminó hacia el granero.

—¿Creéis que se han dado cuenta de que están secuestrados?

El grupo que lo seguía se echó a reír. Además de los dos del día anterior se habían sumado los compadres, que habían vuelto del pastoreo. Entre estos estaba su hermano, algunos años más joven, pero también bastante mayor; en la práctica, una copia con dientes y sin cicatriz de su hermano mayor, y sus dos hijos. Todos bribones embrutecidos por su condición, que vivían de aquello que ofrecían los alrededores, además de gracias a las ovejas: madera, tierra, caza y algún desprevenido viandante al que robar o raptar.

Cada uno sostenía algo adecuado a las necesidades. Quien un horcón, quien una podadera o un cuchillo y quien cuerdas. El especialista del grupo, el mozo grande y fuerte de mirada poco perspicaz, llevaba una cadena con cepos.

Se detuvieron delante del portón.

—Buenos días, muchachos —chilló el viejo seguido por las carcajadas de los otros—. Es hora de despertarse, el sol ya está alto y el ocio debilita.

Desde el interior no llegó ninguna voz.

—¿Tenéis el sueño pesado?

En respuesta solo obtuvieron silencio.

—Eh, hirpino, ¿me oyes?

Nada. La carcajada se apagó.

El viejo intercambió una mirada con su hermano. Dio un par de pasos y apoyó la oreja en el portón sin percibir el más mínimo rumor. Retrocedió mirando hacia arriba,

luego a los lados del edificio. Indicó al hijo que echara un vistazo a la parte de atrás, y cuando este volvió sin haber visto nada, golpeó con el mango de su cuchillo sobre las tablas del portón.

—Cabrones, ¿me oís?

Desde el interior no llegó nada.

—No pueden haberse esfumado —dijo el hermano.

—Están dentro y están tramando algo.

—Sí.

De nuevo el viejo miró al sol, alto, en el cielo despejado.

—Esperaremos a que el calor les cueza el cerebro. Pedirán de beber, antes o después.

Todos asintieron y, burlándose, volvieron hacia las viviendas de cada uno para cumplir con sus obligaciones diarias. Trabajaron toda la mañana y, de vez en cuando, alguno se acercaba sin hacer ruido al granero para escuchar si llegaban voces desde el interior, pero todo estaba en silencio.

Comieron sentados a la sombra de algunos árboles, observando el portón cerrado. Por la tarde, el mozo se sentó junto al portón, pero no oyó ningún ruido.

—¿Y si hubieran tenido un ataque? ¿Y si se hubieran matado entre ellos? —preguntó el hermano del viejo a los otros mientras observaba el hacha de Sepio.

—Querrá decir que mañana los encontraremos muertos, cuando vayamos a ver —respondió uno de los hijos.

—No, iremos esta noche, mientras estemos seguros de que duermen, siempre que aún estén vivos.

Todos asintieron.

—Debemos estar listos para atarlos.

—Sí, dos de nosotros llevarán las cuerdas; además, se necesitan sacos para encapucharlos. Estemos listos para sacar las podaderas y rebanarlos al primer intento de resistencia.

Una carcajada cerró el discurso y todos se pusieron a comer, serenos.

La lejana súplica de un búho era el único rumor de la noche cuando el grupo se acercó al granero. El viejo y los suyos avanzaban bajo la luz de una antorcha tratando de no hacer ruido con las pisadas sobre el pedrisco de delante de la puerta. Se dispusieron a los lados del acceso. Uno de los muchachos se afanó por quitar la barra de madera que mantenía cerrado el portón. A pesar de los movimientos lentos y medidos hubo que hacer fuerza para sacar la tabla del cerrojo y esto inevitablemente provocó un chasquido que pareció resonar en medio de todo aquel silencio.

Permanecieron todos inmóviles delante del portón, que, libre del bloqueo, se abrió ligeramente con un lamento de los goznes. La hoja de luz de la antorcha se

filtró en la oscuridad más allá del umbral, y después de algunos instantes de silencio absoluto, el viejo hizo señas a su hijo para que avanzara. El muchacho abrió una de las hojas con un chirrido que se convirtió en escalofrío. La llama se transformó en una revoloteante lucha entre la luz y la oscuridad en el interior del recinto.

El muchacho apretó la podadera y dio un par de pasos, precedido por su enorme sombra que se recortaba en la tierra batida del pavimento. Se detuvo y oyó que también los otros se acercaban lentamente, oscureciendo la luz de la antorcha a sus espaldas. Sin darse cuenta de lo sucedido, se encontró con un dolor indescriptible en el rostro. El puñetazo violento de Audax le rompió la nariz dejándolo inmóvil en el suelo, como si su mente no pudiera guiar sus movimientos, porque lo único que podía transmitirle era aquella mordedura en la cara que le laceraba el cerebro.

Todo se volvió confuso, alaridos, ruidos y calor, la mano temblorosa buscó el rostro con miedo de encontrarlo. Luego un calor cada vez más fuerte, insoportable, una luz cegadora. El muchacho reunió todas sus fuerzas y abrió ligeramente los párpados. La antorcha debía de haber terminado sobre el heno y las llamas se estaban propagando cada vez más altas, cada vez más cercanas.

—¡Está muerto, Mamerco!

Jadeante, el romano miró a Sepio a su lado, apuntándose con las manos en las rodillas. Observó el rostro desfigurado del mozo grande y fuerte sobre el que se había encarnizado como una furia. Le apartó las manos del cuello y se levantó echando un vistazo a su alrededor. Todo había sucedido en poquísimos instantes. En el suelo, además de su víctima, estaban los cuerpos de los dos que Sepio había cogido a golpes de podadera después de haber desarmado al primero que había entrado.

Audax se llevó la mano delante de los ojos, cegado por las llamas altísimas que iluminaban toda la explanada y las casas, al fondo. Delante del umbral los *lapilli* incandescentes caían sobre el cuerpo del viejo, que el romano había tirado al suelo con toda su furia.

—Falta uno.

—Ha escapado —dijo el samnita desenrollando del brazo la manta que se habían asegurado para protegerse de las mordeduras de los perros, desaparecidos ladrando de dolor.

Mamerco asintió.

—¿Decididos?

—¡Decididos! —respondió el otro con una sonrisa.

Eran las últimas palabras que se habían dicho el día anterior, cuando habían estudiado su táctica de permanecer en silencio absoluto para obligar a sus carceleros a creerlos muertos e intervenir, perdiendo la iniciativa.

El romano se encaminó hacia las casas, seguido por su compañero. Delante del umbral las dos mujeres los miraban con ojos desorbitados, como atónitas, pero sin escapar. Evidentemente, también ellas eran esclavas en las manos de aquella extraña jauría que ya no existía.

Mamerco observó a la joven con el niño que lloraba en brazos y pasando por delante de ella entró en la casa. La registraron de arriba abajo cogiendo todo lo que podían llevarse. Comida, mantas, dos cuchillos, el hacha y una vieja y maltrecha espada. Siempre bajo los ojos de las mujeres, los dos bebieron toda una jarra de vino aguado y tragaron ávidamente todo lo que encontraron. Luego, sin decir una palabra, llenaron su saco con lo que quedaba para comer y beber y se marcharon mientras el incendio devoraba todo el granero.

—¿Hacia dónde?

Sepio miró a su alrededor tratando de orientarse.

—Hemos llegado de allá, continuaremos en la dirección que seguíamos antes de tropezar con este incendio.

Audax asintió y siguió al hirpino a lo largo del camino, mientras el granero en llamas se hacía pequeño, cada vez más pequeño.

Su camino duró un par de millas, luego se detuvieron, exhaustos. Habían permanecido despiertos, inmóviles y listos para el combate durante todo el tiempo y la tensión acumulada se estaba aflojando, dejándoles una sensación de agotamiento. El samnita miró el granero ardiendo, que ahora era un pequeño diamante engarzado al fondo del valle.

—Hace diez días era un hombre libre, luego fui capturado por los romanos, te conocí, huimos de una manera increíble de nuestra prisión. Encontramos en nuestra fuga esas casas destruidas donde hallamos comida y una barca para cruzar el río. Luego, cuando estábamos, una vez más, en las últimas, vimos esa casa y ha sucedido lo que ha sucedido. Hasta ahora hemos conseguido escapar venciendo a seis hombres armados y dos perros.

Mamerco frunció los labios.

—Quizá los dioses estén de nuestra parte.

—¿Por qué? ¿Qué nos reservan?

—No lo sé, tal vez quieran que alcancemos a Ignacio.

Sepio sonrió.

—No lo habría conseguido sin ti. Ni con los romanos ni con tu loco plan para huir de ese granero.

—Tonterías.

—No, no, no son tonterías.

El hirpino le tendió la mano.

—Gracias a ti y a los dioses, que con su benevolencia te han puesto en mi camino.

El romano respondió al gesto estrechando la mano del samnita.

—¿Decididos?

Mamerco asintió.

—¡Decididos!

—Que los dioses nos deparen grandes cosas, amigo mío.

Audax sonrió, pero fue una sonrisa amarga.

EL SOLDADO DE ROMA

Thucer alcanzó la tienda sin levantar la vista del suelo. Un corrillo de sus conciudadanos dejó de festejar la victoria con los trofeos robados al enemigo y se apartó para dejarlo pasar. El muchacho sintió las miradas de todos sobre él, pero no respondió a ninguna de ellas.

Entró en la tienda, finalmente solo, aislado del mundo por aquella sutil tela de piel. Dejó caer al suelo su yelmo, se desató el cinturón y permaneció solo con sus pensamientos que vibraban como el revoloteo de las lámparas que iluminaban el interior.

Mirando a su alrededor tuvo la sensación de que aquel sitio aún no se había dado cuenta de la desaparición de su padre. Todo allí estaba impregnado de la vida, los gestos y las palabras de Kuretus. El sillón, los arcones, las capas, las jarras y el catre de pieles donde Thucer se sentó ya sin fuerzas, perdiéndose en la reverberación de la llama que inevitablemente lo devolvió a la pira que había acompañado a su padre a los infiernos.

Al principio tuvo que hacerlo todo solo, pero luego, poco a poco, los hombres de Kuretus lo habían ayudado. No había conseguido mirar a la cara a ninguno de ellos, quizá para no encontrar expresiones piadosas o quizá para no dejar traslucir su fragilidad.

Miró el sillón del *nerf* de Tifernum, que proyectaba su gigantesca sombra sobre la pared del fondo, y una lágrima le resbaló por el rostro recordando la última vez que había visto a su padre sentado allí, mientras hablaba con el portavoz del *zilat* etrusco. Su intercambio de obsequios, los acuerdos para el ataque al fuerte romano.

Todo se había esfumado, junto con las cenizas de su padre.

Todo había desaparecido, acabado. Quedaba él, solo, cansado, triste e indefenso.

Le volvió a la mente Turscu, el auriga de su padre en el campo de batalla, que le había dicho que huyera lejos, hasta los infiernos si era necesario. Tendría que haberlo escuchado, pero una fuerza desconocida le había hecho dominar su miedo instintivo para hacer los obligados honores a su padre y demostrar a todos que era de la misma pasta.

Obrando así, había afrontado el inevitable designio del destino, que lo conduciría hacia un epílogo del cual no podía sustraerse. Todo estaba escrito.

Qué extraña era la vida, pensó; se había pasado la existencia queriendo huir de su padre y ahora que esto había sido posible no lo había hecho. Se había quedado allí, llorándolo y rindiendo honores a su memoria, en vez de tomar, finalmente, el control de su existencia. E incluso después de aquel gesto piadoso había encarado al oficial etrusco diciéndole que reivindicaba todos los derechos de su padre.

Ahora, en aquella tienda, se había dado cuenta de la locura de su decisión. Esa tela no lo protegería de los enemigos de su familia y aún menos de aquellos hombres con los que se había cruzado en el umbral. Los mismos que la noche anterior habían velado en armas el último sueño de Kuretus.

Advirtió algo metálico sobre la cama donde se había sentado y encontró entre los pliegues de la piel el puñal de oro que los etruscos habían regalado a su padre. Quizá los dioses le estaban haciendo ver el único camino para salir de aquella situación: el suicidio.

El muchacho se preguntó si era peor hundir aquella hoja en el abdomen y poner fin a su existencia o afrontar a los enemigos de su padre. Trató de imaginar qué podrían hacerle. ¿Envenenarlo? ¿Apuñalarlo mientras dormía? ¿O se enfrentarían a él a cara descubierta entrando en aquella tienda no vigilada durante esa misma noche? ¿Cuántos golpes se necesitarían? ¿Tres? ¿Diez? Y él, ¿se enfrentaría a ellos con valor o el miedo lo constreñiría a pedir vergonzosamente piedad? Se sintió humillado ante el solo pensamiento, imaginando cómo el relato de su fin se transmitiría de boca en boca hasta llegar a Nahar, a la cual hablarían de su bellaquería agigantándola hasta lo inverosímil. Con seguridad, lo pintarían como un cobarde, un pequeño fantoche consentido y sin fuerzas que nunca habría podido guiar a los habitantes de Tifernum en la nueva política de expansión apoyada por los aliados etruscos.

El vocerío en el exterior de la tienda y el relincho de un caballo lo hizo estremecerse. Aguzó el oído mientras el corazón empezaba a tamborilearle en el pecho. En un santiamén, le volvieron a la mente las palabras de su padre: «Si muero, estarás solo y deberás huir como el viento, más rápido que el viento».

El ruido de un grupo que se acercaba adquiría forma entre el bullicio de los hombres que se emborrachaban. Se levantó de la cama con el puñal en la mano y retrocedió un par de pasos hacia el rincón más alejado de la entrada. Un extremo del ingreso se abrió y una silueta apareció en el umbral.

—¿El hijo de Kuretus?

El muchacho se armó de valor.

—¿Quién quiere saberlo?

El hombre dio un paso y entró; su rostro fue iluminado por las débiles llamas de las lámparas.

—Soy Hulx, Hulx de los Velathri, de la liga etrusca.

El corazón de Thucer dio un vuelco, no era uno de los Enumek, pero ¿qué tenía que ver el rasena?

—Bienvenido a mi tienda, Hulx de los Velathri —respondió el muchacho, enfundando el cuchillo—. La liga etrusca no puede más que alegrarse de la aplastante victoria obtenida hoy con los aliados umbros —añadió, procurando granjearse la simpatía del etrusco, que lo miró con ojos de piedra.

—Vengo de parte de Larth, hijo de Laris, de la familia de los Thefrinai, portavoz de Vel Lathites, el *zilat mech rasnal* de la liga.

—Eres bienvenido y espero que traigas buenas noticias en un día como este.

—El portavoz se congratula contigo, Thucer, hijo de Kuretus —respondió Hulx, sin ninguna emoción—, parte de la victoria de hoy se debe, sin duda, al arrojo de tu padre, que ha caído valerosamente en la batalla.

El muchacho asintió, conteniendo la emoción.

—Pero lo que ha sucedido hoy —prosiguió Hulx—, no es más que el preludio de una guerra que será aún más cruel. Los romanos responderán a esta derrota y lo harán con dureza.

Thucer asintió.

—Estoy listo para combatir.

—Lo sé, todos lo sabemos —respondió el otro, que esta vez hizo una pausa antes de continuar—, pero los equilibrios de hoy son distintos de los de ayer.

—Los equilibrios...

—Sí, tú eres un jefe sin séquito, hijo de Kuretus; la familia de Enumek acaba de jurar fidelidad a la alianza con la liga etrusca, pidiendo coger el mando del contingente mandado por la ciudad de Tifernum.

Los labios del muchacho se entreabrieron, repitió para sus adentros las últimas palabras.

—Estoy aquí para decirte que el portavoz del *zilat* ha puesto una condición a este acuerdo.

—¿Una condición?

—Sí, visto el comportamiento de tu padre, el portavoz ha pedido que no se te hiciera ningún daño.

Durante un breve momento, el muchacho respiró hondo, sintiéndose aliviado.

—Pero los Enumek han pretendido que fueras desterrado como resarcimiento por las afrentas sufridas en el pasado de tu familia.

—Pero vosotros erais los aliados de mi padre, vosotros alcanzasteis acuerdos con él, yo estaba aquí, oyéndoos. Hablabais de que estableceríais prósperos acuerdos para el futuro con el regente de Tifernum.

—Tú no eres el futuro regente de Tifernum, hijo de Kuretus.

—¡Thucer! Mi nombre es Thucer —respondió, tajante, parpadeando varias veces, nervioso—, y soy el descendiente de Kuretus, que era el regente de Tifernum.

—Nos importa poco qué regía; nos traía hombres para la guerra y eso tenía un peso en la alianza. ¿Tú qué traes? ¿Soldados? ¿Guerreros? En tal caso, podríamos reabrir las negociaciones. Pero si traes solo tu nombre, entonces no hacemos nada. No es gritando tu nombre que venceremos a los romanos en la guerra.

El joven umbro movió la cabeza y esbozó una media sonrisa incrédula.

—Sal y convoca a los hombres —continuó el etrusco, glacial—, enfréntate con Enumek, demuestra que mandas el contingente de Tifernum y quizás el portavoz del *zilat* reconozca tu peso en todo esto.

La mirada de lobo se enfrentó a la de cervatillo.

—Como alternativa, acepta este obsequio que te hace Larth de los Thefrinai, en respeto a la memoria de tu padre. Ha pedido tu vida y la ha obtenido a cambio de tu destierro. Puedes tomar lo que quieras, todo aquello que hay aquí dentro. Coge el semental que tu padre había dado al *zilat* y vete por tu propio pie.

—¿Qué dirán los fidelísimos de mi familia cuando se percaten de todo esto?

Hulx frunció el ceño.

—Hablemos claro, muchacho, con la muerte de tu padre te has vuelto incómodo, un fastidio en la vida de muchos.

Fue como una puñalada.

—¡Y agradece! Agradece y reverencia, porque sin la intervención del portavoz del *zilat* ahora estarías en un charco de sangre y ya habrías encontrado a Tuchulcha, el guardián de la puerta de los infiernos con pico de buitre y cabeza con serpientes. Inclina la cabeza frente a quien es más fuerte que tú y márchate, o morirás.

No había alternativa.

—¿Cuándo?

—Ahora. Porque en cuanto salga de esta tienda ya no estaré en condiciones de garantizarte nada. Están todos borrachos y dudo de que tú llegaras a mañana por la mañana.

Hubo un momento de silencio.

—No tengo mucho tiempo —subrayó Hulx, inflexible.

—Acepto —respondió, como si se hubiera liberado de un peso—. Acepto —repitió, tragando con los ojos enrojecidos.

—Haré entrar a un par de mis hombres, te pondrás una capa y un yelmo de los nuestros. Cargaremos en el caballo lo que puedas llevarte y te acompañaremos al margen del bosque.

—Es una fuga.

—Llámala como quieras, para mí es vida —respondió Hulx, antes de volverse y salir de la tienda.

Thucer se quedó solo algunos instantes, miró a su alrededor, cogió uno de los sacos que había en la tienda y puso el dinero contenido en el cofrecillo de su padre. Recogió lo que le pareció que podía serle útil. Unas mudas, calzones, dos túnicas y una cálida capa de piel. Cuando el etrusco entró con los suyos, el muchacho se estaba atando el cinturón, al que aseguró el puñal que Larth le había regalado, y Hulx se quedó observándolo.

—Te he hecho poner sobre el caballo una cantimplora con dos botas de vino blanco, pan, queso y carne seca. Aquí tienes una de nuestras capas y el yelmo.

—Gracias —respondió Thucer, echando un último vistazo en torno.

—¿Estás listo?

—Sí —respondió, poniéndose la capa.

—Vamos.

—Espera, necesito permanecer un instante solo, aquí dentro.

Hulx le lanzó una mirada.

—Date prisa —dijo contrariado, como si el terreno le quemara bajo los pies.

El joven se quedó solo y trató de memorizar todo cuanto veía en aquella tienda. Estaba a punto de decir adiós a su vida. Estaba a punto de desprenderse de todo lo que le era familiar, que no siempre le había sido de consuelo, pero que había sido de todos modos un punto fijo de su existencia. Se acercó al sillón vacío, pasó las yemas sobre la madera gastada.

—Adiós —susurró—, adiós para siempre.

Luego se volvió, se puso el yelmo etrusco que le habían dejado y salió.

Con la cabeza gacha, se encaminó entre el grupo de jinetes etruscos, uno de los cuales sujetaba las bridas de *Negro*, el majestuoso semental que Kuretus había traído como obsequio para el *zilat*. Con un salto Thucer estuvo sobre la silla observando la inmensidad del campamento donde los hombres montaban jaleo entre centenares de fuegos.

—¡Mantén la cabeza baja!

Thucer obedeció y siguió a Hulx, que serpenteó entre tiendas, fuegos y borrachos. Si en aquel momento hubiera aparecido media legión romana los habría exterminado a todos, pero las legiones estaban lejos, la única en las cercanías había sido aniquilada pocas horas antes y sus hombres, sin vida, yacían en la llanura, desnudos, pasto de los predadores nocturnos.

Superaron las pilas donde se había quemado a los guerreros caídos en el campo y fueron más allá, bordeando el lugar donde se había producido el encuentro. Allí, galos y umbros vagaban aún entre los cadáveres, a la luz de las antorchas, en busca de presas, de amigos perdidos y de enemigos a los que torturar, mientras a lo lejos el campamento romano en llamas alumbraba el cielo de aquella noche que ya llegaba a su fin.

—Pronto saldrá el sol —dijo Hulx—. Vete por el lado opuesto.

Thucer asintió, sabiendo que seguir aquel consejo significaba ir a occidente, alejándose de Umbría y de Tifernum. Miró al etrusco, que no esperaba otra cosa que librarse de él para volver a su tienda y, finalmente, beber y dormir.

—Lleva mis saludos a Larth de los Thefrinai —dijo el muchacho—, y mi maldición a Enumek, ojalá muera entre atroces sufrimientos.

Hulx asintió, no pudo menos que dejar escapar una sonrisa.

—Si sigues hacia occidente, manteniéndote en Etruria, encontrarás el mar. Podrías embarcar hacia alguna isla. He oído hablar de las colonias griegas del sur. Allí podrías rehacer tu vida.

—Sí, al sur.

El muchacho tendió la mano.

—Gracias, Hulx de los Velathri.

—Que Northia, diosa del destino, acompañe tu camino, como ha hecho hoy.

Thucer asintió, pero no veía cómo aquella jornada podía haber sido protegida por

una diosa. Sin más palabras, dio un par de golpes de talón y puso en marcha el caballo; necesitaba estar solo, ya tenía bastante de Hulx. Tenía bastante de Larth de los Thefrinai, del *zilat*, de Ateboduu y de su séquito. Tenía bastante de Enumek y de su lucha por el poder de Tifernum.

Oyó a sus espaldas los caballos de los etruscos, alejándose, y prosiguió aferrado al pensamiento de Nahar, mientras el cielo comenzaba a aclararse. Recordó cuando se habían dicho adiós con las primeras luces del alba, pero no conseguía enfocar cuánto tiempo había pasado desde entonces. El viaje y todo lo que había sucedido habían falseado su percepción del tiempo. Podían haber pasado días, semanas o meses, pero a él le parecían décadas desde que había oído sus últimas palabras, su voz bella y profunda.

Debía volver donde ella de algún modo, pero antes debía recuperar el dinero enterrado con su padre.

«Lo que puedo hacer es dejarte con qué vivir durante un buen tiempo, si consigues sobrevivir al primer día sin mí. En ese saco hay un cofre con varias monedas de oro, lo suficiente para que estés bien [...]. Es solo una pequeña parte. El resto está escondido en el templo de Jupater. El sacerdote sabe dónde y no nos traicionará, o al menos eso creo, dado que me debe su posición y ese templo. Pero se podrían necesitar años para volver a la ciudad y coger el oro».

Sí, un tiempo. Pero ¿cuánto? No podía esperar a que pasara demasiado para volver a Tifernum, no podía esperar a que Enumek recibiera los honores de esa guerra y volviera vencedor denigrándolo a él y a su familia, y tomando posesión de la ciudad. Si esperaba demasiado perdería también la fortuna que su padre había amasado, y que el sacerdote del templo custodiaba; de eso estaba seguro.

Estaba dispuesto a perderlo todo, que Enumek se quedara Tifernum, si quería, pero no el dinero de Kuretus ni a Nahar. Debía volver de inmediato o lo perdería todo. El muchacho detuvo el caballo y miró a sus espaldas el rastro que había dejado en la hierba. Estaba solo en medio de la nada, como en su vida.

Pero eso significaba poder elegir. Por más que pudiera ir a occidente, siempre permanecería en Etruria, en la tierra de los tan idealizados rasena, que lo habían canjeado pocas horas después de la muerte de su padre, frustrando aquella alianza en la que Kuretus había trabajado toda la vida. Los etruscos ahora querían a Enumek, el acérrimo enemigo de su familia, y lo querían no para una alianza concreta, sino para usarlo como escudo contra los romanos junto a los senones. La pérdida de su padre le había hecho olvidar el motivo por el cual había ido a buscarlo al campo de batalla. Thucer estaba yendo donde él para comunicarle aquella intriga de Larth, Larth de los Thefrinai, como se presentaba dándose importancia. Aquel cabrón estaba usando a umbros y senones como fantoches para que se enfrentaran a los romanos.

Thucer sacudió la cabeza, irritado; si hubiera podido, ¡cómo se lo habría hecho pagar a aquel etrusco y también a Enumek! Los habría matado con sus propias manos y este solo pensamiento le daba una especie de satisfacción, pero por desgracia no era

algo realizable. Como le había recordado el otro etrusco, aquel Hulx que lo había sacado de su tienda, Thucer no podía hacer nada; se necesitaban el poder y la fuerza. Se necesitaban dinero u hombres.

Miró al sur. Delante de él, el territorio etrusco se perdía en una inmensa zona de colinas, más allá de la cual estaban las avanzadillas romanas. Las palabras de su padre volvieron del pasado: «Quisiera decirte que huyas con el más fuerte entre etruscos y romanos, pero no sé cuál de los dos caminos te llevaría a la muerte».

He aquí la respuesta. Thucer sabía cosas por las que los romanos habrían pagado y mucho. Quizá tanto como para permitirle volver a su Tifernum como regente, algún día.

El muchacho miró de nuevo a oriente, de donde había venido, luego a occidente, adonde habría debido ir, luego al sur. ¿Era aquel el camino que debía tomar?

Sintió que el corazón volvía a latirle con fuerza. No era una decisión sencilla la de cambiar de dirección e ir, solo, al encuentro de las legiones romanas.

¿Le creerían? ¿Lo capturarían? ¿Lo matarían?

—Si me habéis hecho sobrevivir a Enumek —dijo alzando la mirada al cielo—, no podéis hacerme morir con los romanos.

Espoleó a *Negro* hacia el sur, como si de golpe todo lo que no había tenido sentido hasta aquel momento, comenzara a tenerlo. No lo impulsó al galope debido a su preciosa carga, que temía perder, sino que prosiguió durante un largo trecho al trote. Se detuvo en las inmediaciones de un curso de agua cuando el sol ya estaba alto en el cielo y bajó para hacer reposar al magnífico semental.

Estiró las piernas y comió pan y queso, tragándolo todo con largos sorbos de vino. Le volvía continuamente a la cabeza la figura de su padre, tanto que de pronto lloró, sentado a la sombra de una encina, abrazado a sus propias rodillas.

Se preguntó si su padre hubiera estado orgulloso de su decisión de ir donde los romanos, y ese pensamiento quedó sin respuesta. Nunca había compartido la voluntad de su padre, una vida no había bastado para entenderse y acercarse.

Se puso de pie y montó en la silla, sin capa ni yelmo, y se dirigió al sur, con el sol de frente, cegado por sus pensamientos. Siguió durante un breve trecho el río, luego se adentró en la vegetación para superar una colina y se encontró en una llanura donde a lo lejos unos jinetes esparcidos en abanico avanzaban hacia él.

Detuvo el caballo y sintió de inmediato que el estómago se le contraía. Romanos.

Permaneció inmóvil mientras media docena de ellos, en cuanto lo vieron, se apartaron del resto de la formación y avanzaron al galope hacia él. En cada zancada de aquellos caballos que venían a su encuentro se preguntó si su decisión de servirse en bandeja a los romanos era la correcta.

Algunos de aquellos jinetes llevaban yelmos, otros iban con la cabeza descubierta, pero todos sostenían una lanza y se acercaban decididos. Thucer dejó las manos a la vista e hizo una señal de saludo con la cabeza, acompañada por una sonrisa que se apagó cuando lo rodearon, amenazantes, manteniéndose a la debida

distancia con las puntas de las lanzas bien a la vista.

Su tufo a sudor llegó hasta el muchacho, que intentó identificar en el grupo a aquel que podía ser el jefe. Un jinete de barba oscura y rostro marcado por los años, engarzado en un yelmo decorado con una cresta negra que acababa en una larga cola.

Se dirigió a él.

—He venido a hablar con vuestro comandante.

El guerrero aguzó la mirada y respondió con una especie de gruñido que el muchacho no entendió. Entonces este lo repitió más fuerte indicándole el suelo con la punta de la lanza.

Thucer asintió.

—Tengo algo muy importante que decir a vuestro comandante.

El jinete se puso a aullar y volvió a señalar el suelo con la lanza. Sin hacérselo repetir, el joven bajó del caballo. En un instante dos romanos saltaron al suelo, rápidos como garduñas, y estuvieron encima de él con las espadas desenvainadas.

—Debo hablar con vuestro comandante. Es muy importante.

La hoja de una espada corta le llegó derecha bajo el mentón, inmovilizándolo. En un instante, Thucer estuvo de rodillas, con las manos detrás de la espalda y la mirada apuntada hacia el comandante del grupo. Lo ataron, le quitaron la espada y el precioso puñal que los etruscos habían regalado a su padre. Uno de los dos observó el arma y luego la tendió al tipo del yelmo crestado que había permanecido en la silla.

Thucer intentó repetir que quería entrevistarse con su comandante, pero una patada en la boca del estómago lo dejó sin aliento ni palabras. Se desplomó en el suelo, boqueando, mientras los jinetes hurgaban en las alforjas aseguradas a la silla de su semental.

Permaneció acurrucado con el rostro en la tierra polvorienta hasta que el dolor disminuyó y la respiración se normalizó. Buscó la silueta del jinete del yelmo crestado, que lo miraba a contraluz mientras se ajustaba su nuevo puñal al cinturón, y maldijo su estupidez.

Todo había terminado, aquellos hombres nunca lo escucharían, solo le robarían. No entendía qué decían, pero los oía afanarse en torno a su semental y dentro de poco abrirían el cofrecito y encontrarían su dinero. Los oyó reír, luego darse empujones y pelearse, hasta que los alaridos del jinete del yelmo crestado los hicieron callar. Lo vio descender de su cabalgadura y adueñarse del cofre. Se dividieron sumariamente el contenido y tiraron el contenedor, luego el jinete se acercó a *Negro* y empezó a acariciarlo para calmarlo; por último, subió a su lomo.

Levantaron a Thucer con malos modos, el jinete chilló algo más, los hombres recogieron lo que quedaba y montaron, a excepción de un tipo de pelo largo y ralo, y un ojo cerrado por quién sabe qué golpe.

El jinete del yelmo crestado dio una orden y el grupo partió al galope dejando a Thucer solo en manos de aquel tipo, que, canturreando, cogió una cuerda que llevaba atada a la silla.

—Escúchame, te lo ruego —dijo Thucer, aterrorizado—. Escúchame, tengo algo importante que decir a tu...

—Escúchame —masculló el otro, riéndose.

—¿Me entiendes?

—Ah, me entiendes.

No le entendía. Repetía sencillamente las palabras de Thucer al tuntún, deformándolas. Debía de ser el último del grupo en la escala jerárquica, porque tenía los pies descalzos y llevaba una túnica sucia. Nada de escudo ni yelmo. Una lanza y un cuchillo eran su armamento.

Cantaba y reía, contento de aquel puñado de monedas que había conseguido repartirse con el resto del grupo, quizás una riqueza que nunca había tenido en sus manos.

—Me entiendes —repitió, mostrando los dientes amarillos, mientras hacía un nudo a la cuerda en torno al cuello de Thucer, atando el otro cabo a la silla de su rocín.

El joven umbro advirtió que la cuerda áspera se apretaba. Le temblaron las piernas ante el pensamiento de que aquel palurdo pudiera lanzar el caballo al galope, arrastrándolo detrás de sí. Una lágrima le resbaló por el rostro antes de que el jinete pusiera el caballo al paso.

Se volvió hacia Thucer:

—Escúchame —dijo, riendo antes de encaminarse lentamente hacia el lado opuesto a donde se había dirigido el resto del grupo.

El muchacho caminó detrás del caballo con las manos atadas a la espalda y tirado como un perro con correa. Un instante antes tenía un semental bellísimo, de qué vivir al menos durante un año y se sentía perdido. Ahora no sabía si llegaría a la tarde, pero ver que su verdugo iba al paso y canturreaba lo tranquilizaba como para contener las lágrimas.

El jinete se volvió y le dijo algo.

—No entiendo —respondió Thucer.

El otro sonrió mostrándole la cantimplora y el umbro sacudió la cabeza.

—No, no, gracias.

—No, gracias —repitió aquel hombre con su extraño acento antes de beber un trago y volver a canturrear con la mirada vuelta al sol.

Avanzaron un buen rato hasta que el jinete se volvió de nuevo:

—¡Escúchame! —dijo, señalando delante de sí con la punta de su lanza—: Escúchame.

Thucer aguzó la mirada hacia la posición que su extraño verdugo indicaba. Vio polvo a lo lejos, donde la cresta de una colina se fundía con el cielo. Debía de haber otros jinetes o quizás hombres en marcha.

—Rooma —dijo el jinete, abriendo los brazos como si estuviera indicando algo grande—. ¿Me entiendes?

Thucer asintió lentamente.

—Sí, Roma.

El jinete rio, luego se detuvo, como para reflexionar sobre algo, y de inmediato saltó del caballo, alcanzando a Thucer, como si de pronto tuviera mucha prisa. Sacó su cuchillo y lo apuntó bajo la garganta del muchacho, haciéndole señas de que se arrodillara. Thucer asintió espantado, con el corazón desbocado. En un instante el jinete lo desató y lo hizo despojarse de cuanto le había quedado. La almilla de cuero, la túnica, los calzones, el talabarte sin espada, el cinturón y las sandalias. Le quitó todo con la hoja del cuchillo pinchándole la garganta. Cuando el umbro estuvo desnudo, el jinete le ató de nuevo las manos.

—Escucha, escucha —repitió atareado mientras metía las ropas en su saco asegurado al caballo. Rio y montó en la silla, como si no hubiera sucedido nada, y señaló otra vez la colina con la lanza. El muchacho alzó la mirada y vio el movimiento centelleante de yelmos y estandartes ondulando y aproximándose.

Hombres a caballo descendían la colina avanzando al paso. Quizás era la vanguardia de un gran contingente, de una legión, como las llamaban los romanos, porque detrás de esos jinetes Thucer entrevió una larga serpiente gris de miles de hombres a pie.

Roma.

El verdugo detuvo su caballo y dio un tirón violento a la cuerda mientras un grupo de jinetes iba a su encuentro. Thucer cayó al suelo sin aliento, y se hirió en las rodillas y en un hombro. Su carcelero había dejado de reír y se presentaba orgulloso y duro a los hombres que habían llegado, los cuales se detuvieron a pocos pasos embistiendo a los dos con una nube de polvo. El muchacho sintió que la cuerda le tiraba obligándolo a levantarse entre los espasmos de la tos que le llenaba los pulmones de polvo.

Cegado, miró a su alrededor, y de aquella nube dorada emergieron las siluetas imponentes de los jinetes recién llegados. Eran completamente distintos del grupo que le había robado todo; estos llevaban capas, pectorales de bronce y yelmos con penachos de crin. Los caballos, acalorados, resoplaban. Uno de estos, un semental negro bellísimo, batió varias veces, nerviosamente, el casco en el suelo sacudiendo la crinera. Tenía los jaeces decorados con grandes tachuelas de plata. El muchacho, atemorizado, miró al jinete y vio que llevaba una capa que valía una fortuna, de la cual asomaba una coraza con adornos en plata digna de un rey. Miró su rostro, enmarcado por una barba blanca, que sobresalía del yelmo y entendió que había encontrado al comandante de aquellos hombres. Entonces esbozó con la cabeza un saludo reverente.

—Debo hablar con el comandante —dijo en etrusco—. Es muy importante.

El hombre de la barba blanca lo miró directamente a los ojos, luego se desató el yelmo e hizo señas al jinete que había escoltado a Thucer para que se marchara. El umbro permaneció inmóvil, desnudo, con las manos atadas a la espalda y la cuerda en

el cuello, que colgaba hasta llegar al suelo.

—¿Quién eres? —preguntó el romano en etrusco.

—Soy Thucer, señor, hijo de Kuretus, noble regente de la ciudad umbra de Tifernum.

—Tifernum... ciudad aliada con la liga etrusca.

—Sí, sí, señor, así es.

—¿Qué tienes que decir de importante, muchacho?

—Ayer la legión establecida en Clusium fue aniquilada por un gran contingente de senones y umbros.

El romano se acomodó nervioso en la silla.

—El ataque fue planificado por un etrusco —continuó Thucer—, un tal Larth; es el brazo derecho del *zilat* de la liga etrusca que se ha unido al contingente senón. Su intención es que tú dirijas a tus hombres hacia las tierras umbras y las de los galos para vengarte de su ataque. Es una trampa para llevar la guerra fuera del territorio etrusco y evitar que el *zilat* tenga que dejar sus fuerzas defendiendo la región; es más, quiere sumarlas a las de los galos y los umbros para derrotar a tus legiones en una única y gran batalla.

El muchacho calló, sufriendo la mirada indagadora del romano de la barba blanca.

—Considérate mi huésped, muchacho —dijo este, al fin—. Si has dicho la verdad, se te desatarán las manos y se te dará ropa y comida; en caso contrario, te convertirás en esclavo.

—Está bien.

Los dos se miraron.

—¿Puedo preguntar tu nombre, noble romano?

—Soy Quinto Fabio Máximo Ruliano.

—¿Tú mandas a estos hombres?

—Soy un soldado, un soldado de Roma.

El sol ya había desaparecido en el horizonte cuando las unidades de caballería volvieron al campamento que los romanos habían construido para la noche. Thucer había sido cogido en consigna por algunos legionarios que le habían dado una túnica sucia para cubrirse, algo de beber y un trozo de pan. Lo habían mantenido alejado de los otros prisioneros mientras observaba los preparativos de los hombres que disponían el campamento. Se había quedado atónito de cómo los romanos habían montado las tiendas, todas alineadas formando un diseño perfecto. Luego habían excavado un foso y creado una valla con la tierra de acarreo y erigido sobre esta una especie de empalizada con unas maderas que habían traído a lomo de mulo.

Un hombre con un yelmo de cresta de crin roja había ido a buscarlo con otros cuatro fornidos soldados. Lo había hecho desatar y conducido a las inmediaciones de

una gran tienda, vigilada por varios centinelas que llevaban yelmos y mallas de hierro.

Superado el acceso, los cinco que escoltaban a Thucer se habían dispuesto a lo largo de las paredes de la tienda y el hombre del yelmo crestado había hecho entender al umbro que permaneciera quieto en el centro. El ambiente, iluminado por dos lámparas, era muy austero y ordenado. Una mesa, algunas banquetas, unos mapas y unos rollos. Nada de tronos, nada de pieles o armas. Ningún cofre, ningún trofeo que exhibir.

—Siéntate, muchacho.

El umbro se volvió y vio que había entrado en la tienda el hombre de la barba blanca con el que había hablado por la tarde. Lo saludó con timidez y se acomodó en una de las banquetas que el otro le había indicado justo después de haberse sentado al escritorio. El viejo miró largamente al joven en silencio, luego apoyó los codos en la mesa entrelazando las manos.

—Las personas se mueven por miedo o por interés —dijo en etrusco con su voz ronca y profunda—, ¿tú por qué motivo estás aquí?

Thucer se masajeó las muñecas excoriadas.

—Ambos —titubeó.

—Dime algo convincente —dijo el cónsul mesándose la barba—, porque acabo de perder cuatro mil hombres y no estoy de humor para hablar con un umbro.

El muchacho trató de sintetizar como mejor pudo lo que había sucedido en los últimos meses, desde que había dejado Tifernum hasta el complot de los etruscos para la aniquilación de la legión; luego le habló de su fuga, la noche después de la batalla, cuando tuvo que abandonar la tienda de su padre para salvar su vida de la facción enemiga. También dijo que había llegado donde los romanos con todo lo que le quedaba y que los exploradores se lo habían arrebatado.

—Castigaré a los hombres que se han llevado tus haberes y tu caballo. Por lo que concierne al dinero, serás pagado por las informaciones útiles que me des.

—Señor, no he venido aquí arriesgando la vida para obtener dinero.

El romano lo miró, torvo.

—He venido aquí para vengarme de los etruscos, y para hacerlo necesito estar de tu parte, guiarte por esos bosques que conozco palmo a palmo, conducirte a sitios donde puedas acorralar a umbros y senones.

—¿Todo eso para vengarte de los etruscos?

—No. Terminada la guerra, si mis servicios te han sido útiles, te pediré la cabeza de Enumek y la regencia de mi ciudad bajo la égida de Roma.

Tras unos instantes de silencio, el comandante romano asintió y luego miró al soldado del yelmo crestado.

—Dadle ropa y armas e incorporadlo a los jinetes campanos.

LA PROMESA

—¿Estás seguro de que son de los nuestros?

Sepio aspiró hondo y recuperó el aliento, escondido entre la vegetación.

—¿Tú qué dices?

Mamerco observó al grupo de hombres a lo lejos.

—Los jinetes me parecen soldados, los que van a pie diría que son un montón de gente armada de cualquier manera.

—Quizás estén yendo donde Gelio para enrolarse.

—Quizá.

—Sí, quizá. Entonces, ¿qué hacemos?

El romano ofreció el vino a su compañero.

—Bebe, termínalo.

—¿Por qué?

—Porque si no son de los nuestros, al menos no nos quitarán el vino.

Sepio sonrió, acabó el vino de un trago, se limpió los labios con el antebrazo y tiró la cantimplora entre las matas.

—¿Decididos?

—Decididos.

Los dos salieron de su escondrijo. Sepio se llevó los dedos a la boca y emitió un silbido que se oyó por la pequeña columna en movimiento. Los hombres a caballo se separaron de inmediato del grupo y fueron a su encuentro. Mamerco sintió un nudo en el estómago, había llegado el momento esperado. Desde aquel instante ya no estaría solo con Sepio, sino en medio de una multitud de enemigos. Su misión, en realidad, comenzaba en aquel instante, y la fuga había sido muy poca cosa respecto de lo que debía afrontar ahora.

—¡Samnitas, son samnitas! —Rio Sepio, agitando los brazos, mientras Audax esbozaba una sonrisa lo más verosímil posible.

El comandante de aquel grupo de jinetes se apartó de la columna y fue a su encuentro. La coraza reluciente, el yelmo brillante como un espejo. Detuvo el caballo a algunos pasos de ellos, alcanzado de inmediato por su séquito.

—Nearco...

El samnita lo miró, sombrío, antes de esbozar una sonrisa.

—Mira lo que hay aquí. Creía que os habíais convertido en comida para los peces del Volturnus.

—Lo mismo pensábamos de ti —respondió Mamerco con firmeza.

El hombre sacudió la cabeza.

—No me conoces.

—Llegamos a la orilla equivocada del río —dijo Sepio—, por eso tardamos en encontrar el camino.

—He aquí por qué hay quien nace destinado a guiar y quien está destinado a seguir —respondió irónicamente Nearco—; tendrías que haberme seguido a mí, no a él —concluyó, señalando a Audax.

—No lo ha hecho aposta —le hizo eco el romano con el mismo tono—. Ha seguido el instinto de supervivencia. Si te hubiera seguido a ti probablemente lo habrías ahogado con tal de salvarte.

La expresión de Nearco cambió.

—Ve a ponerte en fila con los otros, allá —ordenó a Sepio, que, obediente, se encaminó hacia el grupito que se había detenido a esperar a los jinetes.

—En cuanto a ti, montañés —dijo luego, dirigiéndose a Mamerco—, no sé de dónde vienes ni quién eres. No me gustas, no me gustas ni un pelo. Por lo tanto, visto que ahora no tenemos cadenas o verdugos para separarnos, si quieres podemos retomar el discurso iniciado la primera noche que nos encontramos en aquel carro. ¿Aún quieres intentar partirme el cuello?

Audax sintió que la sangre le irrigaba todo el cuerpo, las palpitations crecían entre las risotadas de la escolta de Nearco. Pensó durante un momento en Mure y decidió tratar de salir vivo.

—He estudiado tu fuga, Nearco, la fuga de todos nosotros. Lo he hecho para vengarme de los romanos. Ese era mi primer paso, ahora me queda el resto, y para dar el próximo, por desgracia, te necesito —dijo antes de señalar al grupo de reclutas—. Si estás en condiciones de ponerme entre las filas de una legión y darme la posibilidad de combatir contra los quirites, te demostraré que no tendrás un soldado mejor que yo.

El samnita esbozó una mueca dubitativa.

—En caso contrario, estaré listo para continuar aquel discurso y romperte el cuello.

Nearco bajó del caballo con un salto, lanzó yelmo y espada, y se abalanzó sobre Mamerco con una furia ciega. Trató de golpearlo con un puño, pero el otro lo esquivó antes de cargarlo como un toro y caer al suelo junto con el samnita, después de haberlo levantado con un violento empujón. Los dos tenían la misma poderosa corpulencia y empezaron a golpearse en el rostro con los puños entre las incitaciones de los jinetes que se dispusieron en círculo en torno a ellos.

Se levantaron del suelo con el rostro polvoriento y salpicado de sangre y continuaron la lucha como dos perros rabiosos. Audax fue golpeado en el pómulo y rodó al suelo entre las patas de uno de los caballos, que se puso nervioso y retrocedió. Nearco perdió tiempo sorteando aquel voluminoso obstáculo y cuando estuvo del otro lado no vio el puñetazo que le llegó como un mazo de hierro directamente a la nariz. Se tambaleó aturdido antes de desplomarse como un árbol abatido sobre el cual Mamerco se arrojó con la velocidad del rayo.

—Basta —dijo uno de los jinetes pinchando a Audax en el costado con la lanza.

Mamerco se detuvo, apretando los labios y chorreando por la nariz. Se limpió con el antebrazo la sangre de los labios, mientras miraba la punta de la lanza delante de los ojos. Con un brinco inesperado cogió el asta y la empujó primero contra el jinete y luego la tiró hacia sí, arrancándosela de la mano y desarzonándolo. Lo golpeó en el costado con una patada, dejándolo sin aliento y haciendo rodar vertiginosamente el palo para crear el vacío en torno. Luego partió el asta con un rodillazo y la arrojó cerca de Nearco, que se estaba levantando.

—Si fuera tú, me aseguraría del valor de quien debe protegerte —dijo, tendiendo la mano al samnita.

Nearco ordenó a los suyos que no intervinieran y dejó que Mamerco lo ayudara a levantarse. Bebió un sorbo de agua de la cantimplora atada a su silla y la escupió roja. Luego pasó la cantimplora a Mamerco.

—Si vuelves a hacerlo, te mato. Es una promesa.

Audax asintió.

—Puedes contar con ello.

EL DESPACHO

Marco Livio remontó la columna al galope y alcanzó a Mure.

—Un grupo de jinetes, provenientes desde el norte, corren como si la muerte les pisara los talones.

—Deben de ser mensajeros; Lupus haz detener a esos hombres —ordenó el cónsul.

El centurión dio el alto, que se propagó de hombre en hombre. Los legionarios, acalorados, posaron los escudos y echaron mano de las cantimploras, mientras Publio Decio Mure espoleaba el caballo al encuentro del grupo de hombres que llegaban, con su infaltable séquito de lictores y oficiales.

Eran correos de Quinto Fabio y alcanzaron a Mure con los caballos exhaustos, que perdían largos hilos de baba del freno. Uno de ellos saludó al cónsul y le tendió un mensaje que este leyó de inmediato.

—Da orden de invertir la marcha, en seguida, Lupus —dijo Mure, plegando el despacho—. Vamos hacia el norte. ¡Ahora!

—Sí, señor.

—Quiero una marcha veloz, lo más veloz posible, a costa de usar la vara.

—Sí, señor.

—En cuanto a vosotros —dijo al mensajero y a su séquito—, todo lo que puedo daros es un poco de agua, luego deberíais llevarme rápidamente al camino por donde habéis venido.

—La Segunda Legión establecida en Clusium —dijo aquella tarde en su tienda Publio Decio Mure mientras leía a los tribunos el mensaje recibido al mediodía—, bajo el mando del propretor Lucio Escipión, ha sido aniquilada, y el campamento fortificado que ocupaba, quemado.

Los oficiales se quedaron petrificados.

—Quinto Fabio Máximo nos exhorta a reunirnos con él lo más rápido posible —dijo luego, posando la mirada sobre el mapa desplegado sobre la mesa—, apuntando al norte, a las tierras de los umbros.

—¿De los umbros? —preguntó Livio.

—Exactamente. Pronto llegarán más instrucciones, pero por el momento todo lo que sabemos es esto.

—¿No dice nada más?

—No.

Un murmullo serpenteó por la tienda.

—Pero ¿quién ha atacado a la Segunda? ¿Los etruscos? —preguntó uno de los oficiales.

—¿Y por qué ir al este de Clusium? —le hizo eco otro.

—Dejaremos desguarnecido el camino para Roma a los etruscos.

—¡Tribunos! —atronó Mure, cortante, devolviendo a los oficiales al silencio—.

No os he convocado aquí para discutir una orden de Quinto Fabio Máximo, aún menos para deciros que la situación es desesperada. Os he convocado para comunicaros que las cosas están yendo según los planes acordados en su momento con Ruliano. Desde luego, la aniquilación de una de nuestras legiones no es una buena noticia y debemos ponerle remedio cuanto antes —continuó el cónsul, repasándolos uno a uno con expresión decidida—, pero os puedo asegurar que antes o después este mensaje habría llegado. Nuestro ruidoso descenso en el Samnio formaba parte de la estrategia estudiada desde el principio. Mientras Quinto Fabio hacía de cebo en el norte, nuestra tarea era hacernos notar todo lo posible aquí y luego alcanzarlo con la velocidad del rayo, para aparecer a tiempo frente al enemigo donde este menos espera vernos. No he dicho nada de todo esto porque quería que todos supieran que nuestra misión era enfrentarnos a Gelio en el Samnio y habría sido así como lo hubiéramos sacado de su madriguera. Ahora los acontecimientos imponen un cambio de dirección, una adaptación a una nueva situación que, no obstante, ya había sido prevista, por consiguiente, lo que espero de vosotros es que transmitáis a los hombres un sentimiento de seguridad. Es muy importante que nuestros soldados se sientan fuertes y motivados, porque estoy a punto de pedirles que marchen noche y día y, cuando hayamos llegado, en vez de dejarlos reposar les pediré que combatan.

Todos lo escucharon, inmóviles.

—Quiero leones, no hombres que hayan marchado con el pensamiento de ir a recuperar una situación difícil o desesperada. Necesito que sepan que estamos yendo a aprovechar una oportunidad de victoria. Estamos robando tiempo al enemigo antes de infligirle una sonora derrota. ¿Entendido?

Los oficiales asintieron.

—Pero ninguno de ellos debe saber adónde nos dirigimos. Nuestro plan solo tendrá éxito con el factor sorpresa. Si lo que estamos haciendo llega a los oídos de Gelio, de los etruscos o de quien sea, entonces sí que la situación podría ser crítica. En nuestras filas pueden esconderse informadores enemigos. Por lo tanto, es mejor no arriesgarse, marcharemos seguros y decididos, dejando imaginar a nuestros centuriones que estamos yendo directos a la batalla. Al mismo tiempo, decidles que abran los ojos ante cualquier comportamiento dudoso o sospechoso. Nadie puede alejarse de la columna o del campamento sin el permiso de un tribuno. ¡Nadie!

Todos asintieron, mucho más convencidos de lo que estaban antes de su discurso. Luego Mure los despidió y se quedó con su sirviente, que lo ayudó a desnudarse y, cuando también este salió de la tienda, se dejó caer sobre su silla de campaña.

Aquel día había corrido más que cualquier otro a lo largo de la columna para alentar a los legionarios y aliados, y estaba exhausto. Se restregó el rostro cansado, luego miró la armadura sannítica.

—Ahora tengo yo la iniciativa —le dijo antes de coger papel y tinta para redactar el mensaje de respuesta a Quinto Fabio Máximo. Escribió sencillamente: «Estoy yendo». Lo cerró y puso su sello.

La jornada había terminado, debía reposar, debía dormir, pero al mismo tiempo se sintió embestido por un cálido vigor vital. Debía hacer algo sobre lo que meditaba desde hacía tiempo. Algo que le beneficiaría más que el sueño.

Cogió otro papel.

Publio, hijo mío.

 Mi corazón, mi todo.

 Quisiera jugar contigo en nuestra casa, mirarte y abrazarte. No puedo hacerlo, estoy en un sitio lejano, pero igualmente puedo pasar tiempo contigo y detenerlo entre estas líneas para decirte que, a pesar de estar lejos, entre nosotros no existe la distancia ni el tiempo ni la edad, solo un lazo indisoluble.

 Estás mucho más cerca de mí de lo que crees. Pienso en ti a cada instante, me pregunto qué haces, en qué rincón de la casa estás jugando o qué lecciones estás aprendiendo. Me pregunto cuánto has crecido, y solo pensar en ti me da una alegría y una fuerza increíbles. Estos pensamientos me han acompañado durante todo el camino hecho hasta aquí, donde presente, pasado y futuro se han alternado en mí repartiéndose este bien precioso, lábil y huidizo que es el tiempo. Sé lo que he dejado a mis espaldas e ignoro lo que encontraré ante mí, pero sé que todo lo que cuenta es lo que llevo dentro y tú estás allí.

XXVII

AQVILONIA

Audax miró a su alrededor, le pareció como si hubiera retrocedido en el tiempo, a cuando había llegado al encuentro de las tribus en el Campo Marcio para la constitución de las legiones que deberían ir a la guerra; pero esta vez se trataba de la Legio Linteata samnita.

Las nuevas levadas estaban dispuestas en las inmediaciones del templo, donde había sido organizada la distribución de comida y agua para todos los que llegaban. Desde hacía dos días, Mamerto y Sepio habían sido amontonados en un campamento improvisado que crecía constantemente con los recién llegados. Día, noche, a cualquier hora, nuevos grupos llegaban poco a poco al lugar de reunión. El día anterior había corrido la voz de la llegada del *meddix tuticus* en persona, que había dado la orden de montar el teatro para la ceremonia de iniciación.

Aquella misma tarde, después del ocaso, Audax entraría a formar parte de los consagrados a Mamerto.

Estaba sentado en el suelo entre los miles de individuos que pronto jurarían su ciega fidelidad a la causa. Mamerto no dejaba de escrutar a los desconocidos que había en torno; había jóvenes desorientados que permanecían en silencio, otros que habían formado unos pequeños grupos y parloteaban entre sí, luego estaban aquellos que reían con grosería o entonaban cantos heroicos, aquellos que ya habían hecho varias reuniones.

Y luego estaban los de la Verehia, que formarían la espina dorsal de la legión, entrenando y mandando a los nuevos soldados. Ya habían provisto a encuadrar a los hombres o a subdividirlos en centurias. Nearco estaba entre estos, y Mamerto no lo perdía de vista un instante mientras el samnita daba vueltas entre la multitud con su expresión severa.

Enemigos. Audax estaba en medio de miles de personas que estaban allí para combatir todo lo que Mamerto representaba. Nunca, como en aquel momento, había experimentado una profunda sensación de malestar. Mure tenía razón, era mucho más fácil afrontar al enemigo en la furia de una batalla que mirarlo en silencio y secundarlo con frialdad.

Cada mirada que Mamerto cruzaba parecía indagar sobre su persona. No era verdad, pero esto era lo que su mente le transmitía.

—¿Todo bien? —preguntó Sepio.

Mamerto esbozó una sonrisa.

—Todo bien, quizá la espera me pone nervioso, estamos aquí sentados desde hace dos días.

—Creo que pronto añoraremos toda esta inactividad.

—Y esperemos no añorar también las asquerosidades que nos han dado de comer hoy.

El hirpino se puso a reír.

—De verdad, pero creo que será mucho mejor que las gachas de los dos últimos días.

—Si no os gusta el rancho, no tenéis más que decirlo —atronó Nearco a sus espaldas mientras los miraba con altivez desde el interior de su yelmo reluciente.

—¿A ti te ha gustado? —respondió Audax.

—No estáis aquí para comer, sino para matar y beber la sangre de los enemigos. Siempre que seáis capaces de ello.

—Entonces brindaremos juntos, Nearco.

—Te sobrestimas, montañés —respondió con una sonrisa burlona el otro—, ya será mucho si sobrevives a la ceremonia de esta tarde.

Audax se limitó a esbozar una mueca, rechazando el orgullo que su naturaleza trataba de hacer explotar.

«¿Cuántos enemigos me darás, Mamerco?», le resonó la voz de Mure, como si acudiera en su ayuda.

«¿Cinco? ¿Ocho? Haría un pacto con los dioses para que cada uno de los míos me trajera cinco enemigos muertos».

El romano miró de reojo a Nearco, que se marchaba entre la multitud.

«¿Y si fueran... cien...? ¿Mil?».

Asintió para sus adentros.

—Te los daré a millares —susurró.

—¿Qué has dicho? —preguntó Sepio.

—Nada, he dicho que quiero millares de enemigos muertos.

El joven hirpino lo miró desorientado.

—Quisiera poder decir lo mismo, pero no sé si lo conseguiré.

Mamerco miró a su compañero de fuga. Ya no lo veía como un samnita, ya no lo veía como un enemigo. Con la mano le dio una sacudida.

—Lo conseguirás, Sepio. Yo estoy contigo —dijo con una vigorosa palmada en el hombro.

—¿Decididos? —preguntó el otro buscando la fuerza en la respuesta de su compañero.

—¡Decididos! Hasta el fin.

XXVIII

AGER GALLICUS

Larth cortó una generosa porción de queso que mordió antes de poner el mapa bajo la luz temblorosa de la lámpara y señalar con la punta del cuchillo el extremo derecho del pergamino.

—Ager Gallicus —dijo—, es así como los romanos llaman a esta zona.

Hulx torció la cabeza para mirar mejor el mapa.

—Aquí comienzan las tierras de los senones —continuó Larth—. Los galos controlan sus pasos y los caminos de acceso con sus asentamientos fortificados en las alturas. Nadie puede acceder sin ser visto. Aquí podremos vigilar a las legiones de Ruliano y saber exactamente en qué punto se encuentran y de cuántos hombres disponen. No puede haber peor sitio para ellos y mejor para nosotros, para dar batalla.

—El plan del *zilat* toma forma.

Larth esbozó una sonrisa.

—Sí, Ruliano ha mordido el anzuelo y nos está persiguiendo, busca la venganza contra umbros y senones por la legión perdida y, en cambio, se encontrará delante también a los ejércitos etruscos y samnitas. Tendremos una superioridad numérica aplastante para sus dos legiones.

—A esta hora el *zilat* habrá terminado de reunir el ejército y estará listo para ponerse en marcha.

—Exacto, por tanto, conviene que tú también montes y lo alcances con la velocidad del viento.

Hulx miró de reojo a Larth, que trató de encontrar algo positivo en lo que había dicho.

—Venga, sabes muy bien que solo tú puedes llevar a término una misión semejante en poco tiempo. Necesitamos informar al *zilat* de que debe alcanzarnos lo antes posible. Además, debemos saber en qué punto están los samnitas y cuándo nos alcanzarán. Solo entonces estaremos en condiciones de coger a Ruliano en una mordaza de la cual ya no podrá salir. Estamos a punto de liberarnos de Roma, Hulx, de una vez por todas.

—¿Cuándo debería partir?

—Mañana al amanecer —respondió Larth—. Quiero a los guerreros etruscos alineados cuando llegue la batalla —explicó—. Serán ellos los que inclinarán la balanza del lado de la victoria. Ruliano no será, desde luego, como ese Escipión al que hemos aniquilado en Clusium. Aquí tenemos enfrente a un viejo zorro, y a nuestro lado, en cambio, tenemos a un montón de bárbaros indisciplinados divididos en innumerables clanes. ¿Has visto lo que ha sucedido con el *nerf* umbro? Ha recibido una lanza en la espalda y su coalición se ha disuelto como nieve al sol en el

transcurso de una tarde. ¿Cómo crees que reaccionarían los jefes de tribu sometidos a Ateboduuus o Viridomaros si uno de los dos muriera?

Hulx reflexionó sobre aquellas palabras mientras terminaba de comerse el queso.

—Prepárame un salvoconducto con tu sello —farfulló luego, fastidiado—. No tengo ganas de que ocurra lo mismo que la otra vez.

El portavoz del *zilat* asintió, y se volvió, picado en su curiosidad, por el movimiento de algunos jinetes que regresaban al campamento. La luz de los fuegos iluminaba a Ateboduuus llegando en su carro decorado con innumerables cabezas coleccionadas en la batalla de Clusium.

—Debemos encontrar una llanura bastante grande como para contener a los cuatro ejércitos de la alianza —continuó Larth sin apartar la mirada de la escena—, y aprovechar las potencialidades de los jinetes galos y sus carros de guerra.

El *rix* bajó del carro rodeado por su séquito y fue, como de costumbre, hacia su sillón revestido de pieles donde las mujeres ya habían dispuesto comida y vino. Fue Velia quien lo sirvió con su habitual ademán sumiso, mientras Larth la observaba contrariado, apretando los labios. Era tan hermosa que cortaba el aliento, solo mirarla le hacía bullir la sangre. Desde hacía tiempo se había convertido en una idea fija y en sus sueños el etrusco se extasiaba con aquellas caderas y los senos prisioneros de la túnica de lana pesada. Ateboduuus la había llenado de joyas, no para valorizar la belleza de la muchacha, sino para exhibir sus riquezas y su poder sobre las personas.

Velia trajo el hidromiel al *rix* dentro de una de las copas engarzadas en un cráneo humano. Él la miró con altivez, como siempre, porque disfrutaba siendo el propietario de la vida de los componentes de su séquito y gozaba al ver que los extraños percibían su poder de vida y muerte sobre los otros. También Larth padecía esta sensación y la temía. Ateboduuus era poderoso y despiadado, no se lo habría pensado dos veces antes de cortarle la cabeza a alguno de los suyos solo porque lo había molestado con una frase o un comportamiento poco respetuoso; ni que decir con un extraño. Por consiguiente, procuraba evitarlo todo lo posible, hasta que lo veía con ella. En aquellos momentos la belleza de Velia se imponía sobre todos sus instintos, incluido el de supervivencia. En su mente la poseía con los ojos abiertos delante de un Ateboduuus encadenado junto con sus perros. Lo detestaba, como detestaba cada día más a esos toscos senones a los cuales debía acompañar por fuerza. Había llegado a detestar también a Vel Lathites, el *zilat*, porque lo había puesto en aquella infeliz situación. Él, que podía estar al mando de una unidad de caballería de Tarquinia, se encontraba entre los bosques de las tierras umbras viviendo con aquellos bárbaros. Mordió un trozo de queso mirando el seno de Velia.

Hulx cabalgó hacia occidente durante cuatro días con un puñado de jinetes de confianza que Larth había puesto a su disposición. En todo el trayecto había esperado encontrar las fuerzas reunidas de Vel Lathites, pero el *zilat* y su ejército parecían

haber desaparecido.

—¿Dónde demonios se ha metido? —gruñó, mientras remontaba un sendero que lo conduciría al camino que llevaba a Clusium, el lugar de la batalla contra la legión romana, que había dejado el mes pasado.

Llegado a la cima se detuvo, mirando a su alrededor, mientras su séquito bajaba de las cabalgaduras para hacer un alto y estirar las piernas.

—Allá —dijo uno del grupo, señalando una polvareda en el horizonte.

Hulx aguzó la vista.

—Jodidos cabrones, tomáoslo con calma —masculló mientras observaba una unidad de caballería que avanzaba hacia ellos—. Exploradores —continuó—, quizás el *zilat* se haya puesto en movimiento solo ahora. Montad de nuevo, vamos a su encuentro, tenemos una cierta prisa de entrevistarnos con Vel Lathites y pedirle amablemente que mueva su digno trasero si tiene intención de vencer esta guerra.

Los hombres rieron y subieron a la silla. En pocos instantes se encontraron de nuevo al galope hacia los jinetes que se acercaban a ellos. Hulx trató de darse importancia aproximándose al numeroso grupo que avanzaba con cautela en dirección opuesta. Soltó un poco la brida para aflojar la velocidad de su caballo, manteniendo la mirada hacia los exploradores, en particular uno con barba oscura y yelmo decorado con una cresta negra acabada en una larga cola que cabalgaba un enorme semental negro.

Miró aquel semental poderoso y después de pocos segundos tiró de las bridas de su cabalgadura para detenerla. Conocía aquel caballo, era el semental del hijo de aquel umbro muerto en la batalla de Clusium. Aquel al que había acompañado lejos del campamento de los umbros en la noche del enfrentamiento. Volvió a mirar al hombre que lo cabalgaba y a su séquito.

—Por todos los dioses, son romanos —dijo, incrédulo—. ¡Fuera! —aulló—, ¡fuera, fuera de aquí!

En un instante hizo girar a su semental y lo espoleó, seguido por los suyos, mientras a sus espaldas los romanos se lanzaban en su persecución. Hulx se volvió para valorar las distancias. Los enemigos montaban caballos más reposados y el del corcel negro recuperaba terreno a cada zancada.

—¡Separémonos! —gritó—, y que Northia sea con vosotros.

Los etruscos se abrieron en abanico confiándose a la diosa del destino que establecería sus suertes. Hulx se dirigió a la izquierda remontando la ladera de una colina que lo conducía a una zona boscosa. Se volvió y vio que el hombre del yelmo crestado le pisaba los talones junto con otros dos. También los romanos se habían separado para alcanzar a sus presas y aquel que montaba el semental negro evidentemente había identificado en él al comandante de aquellos jinetes y no tenía intención de dejarlo escapar.

El etrusco miró a su derecha y vio, a lo lejos, a uno de sus hombres cayendo del caballo en una nube de polvo, con los romanos que se le arrojaban encima como una

manada de lobos hambrientos. Su campo visual fue atravesado por una lanza que le rozó la cabeza, superándolo, para clavarse en el terreno a pocos pasos de las patas del caballo. Hulx se agachó sobre el cuello del cuadrúpedo y fue rebasado por una segunda lanza que se perdió en el vacío.

Finalmente, se adentró en el bosque, evitó un árbol y luego otro, mientras con la mano buscaba el hacha y seguía volviéndose para controlar a los perseguidores. Otra lanza le falló por poco, los enemigos debían de tener una aljaba con dardos, porque sus disparos parecían no acabar nunca. Al fin, tuvo entre los dedos su hacha, aferró firmemente el mango y se volvió una vez más justo en el momento en que su cabalgadura se desplomó debajo de la silla.

Cayó hacia delante junto con el caballo. Un golpe en la cabeza, un relincho. Hierba, cielo, árboles y ruido de cascos. Hulx no dejó de rodar hasta que algunas matas lo detuvieron. Permaneció en el suelo, atontado, con la boca llena de sangre y tierra, mientras las ramas de los árboles encima de él giraban formando círculos en el cielo azul. La rodilla le dolía mucho. Miró a su alrededor y consiguió enfocar a los tres que lo buscaban desde lo alto del barranco donde había caído. Trató de levantarse. Había perdido el yelmo y, peor aún, el hacha. Escupió varias veces y, tambaleándose, miró a su alrededor mientras oía que uno de los romanos aullaba y los otros dos bajaban del caballo para alcanzarlo.

—Jodidos cabrones, no me cogeréis vivo.

Desde el precipicio escarpado se oyó el rumor de las sandalias claveteadas que, tratando de no resbalar, hacían desmoronarse el pedrisco hacia abajo. Hulx no conseguía ver a los hombres que iban hacia él, pero percibía dónde estaban por el desplazamiento de las ramas de las matas. El etrusco recogió una piedra grande como un puño y se escondió a la espera de que llegara el enemigo.

El romano apareció de entre la vegetación, bajaba con cautela, agarrándose de las raíces para no resbalar. Se percató de que lo esperaban solo cuando recibió la piedra en pleno rostro. Dejó el asidero y se deslizó por la pendiente dejando el cuchillo sobre el terreno. Hulx lo miró rodar con las manos en el rostro y corrió a por el arma mientras el segundo atacante salía de las matas a algunos metros de distancia armado con una espada corta. Pelo largo y ralo, un ojo medio cerrado y con un aire extrañamente familiar.

—¿Eres tú el que quiere joderme?

El romano sonrió mostrando sus dientes podridos. Hulx cogió una piedra en cada mano y retrocedió para alcanzar la espada perdida por el primero de los agresores.

—Ven aquí, hijo de perra.

—Hijo de perra —repitió el otro, imitándolo, mientras avanzaba con prudencia haciendo fintas de saltar hacia delante.

Desde lo alto del precipicio el tercer romano dijo algo y aquel que se acercaba hizo una expresión contrariada. Esta vez fue Hulx el que sonrió.

—¿Qué pasa? ¿Te dice que me cojas vivo? No lo conseguirás, cabrón.

—Cabrón —repitió el romano con aquel acento que deformaba las vocales.

El etrusco estuvo, finalmente, a un paso de la espada y lanzó la primera de las dos piedras, obligando al adversario a detenerse para evitar el golpe. La segunda piedra partió inmediatamente después y esta vez dio en el blanco, pegando en el hombro antes de rebotar en la cabeza del agresor, que permaneció un instante a la defensiva, lo suficiente para recuperar la espada y coger un puñado de tierra.

El romano apretó su arma. Había perdido su sonrisa maliciosa y avanzaba cargado de odio hacia el etrusco, que retrocedió algunos pasos para alejarse del otro herido que permanecía en el suelo lamentándose con el rostro entre las manos. Hulx se puso en guardia, con los pies firmes sobre el terreno, a pesar del dolor en la rodilla. Los dos se enfrentaron con algunas fintas para estudiarse, luego el romano intentó un embate que el etrusco evitó lanzándole un puñado de tierra a los ojos antes de agacharse, entrar en su guardia, golpearlo y rodar lejos. El jinete enemigo lanzó un gruñido de dolor y se desplomó sobre la rodilla derecha como un coloso al que le hubiese faltado de pronto el apoyo. Trató de limpiarse los ojos y de levantarse, pero la pierna derecha no le respondía, se miró la herida detrás de la rodilla con la sangre que irrigaba la pantorrilla. Los tendones habían sido cortados con un mandoble preciso.

—Estás muerto, lo sabes, ¿verdad? —le dijo el etrusco mientras alcanzaba, cojeando, al primero de los dos agresores, que yacía en el suelo, incapaz de recuperarse del golpe. Sin la más mínima vacilación clavó la espada en la base el cuello del herido, y lo mató al instante, luego se dirigió al otro—: Y ahora te toca a ti —dijo, mirándolo arrodillado en la hierba enrojecida—. ¿Por qué me recuerdas a alguien? —le preguntó, observándolo—. Claro, llevas la almilla del muchacho umbro, el hijo del *nerf*. Llevas sus ropas.

El ruido de un caballo que se aproximaba volvió a poner en guardia al etrusco, que miró a su alrededor y desapareció entre las matas poco antes de que el semental negro y su jinete aparecieran en el lugar después de haber cogido una vía menos escarpada. El hombre del yelmo crestado y la densa barba oscura miró a su alrededor. Uno de los suyos de espaldas en el suelo sin vida y el otro arrodillado en su propia sangre, que lo miraba inerte.

—Idiotas —dijo, sacudiendo la cabeza—. ¿Dónde se ha metido?

El herido señaló con un gesto de la cabeza la dirección que Hulx había tomado y el jinete se adentró en la maleza después de haberle lanzado una última mirada de disgusto. Vagó en busca de huellas hasta que oyó el relincho de los dos caballos dejados en la cima del cerro. Entonces volvió su cabalgadura y trató de remontar la pendiente, el fugitivo debía de haber vuelto al punto donde había sido desarzonado para apoderarse de uno de los caballos dejados allí por los romanos.

El jinete llegó a la cima de la colina boscosa con la espada en la mano. Vio que uno de los dos caballos corría entre los árboles sin guía. Buscó al otro y lo vio a poca distancia, trotando en la dirección opuesta, pero también este iba sin jinete. Se volvió

a la derecha, luego a la izquierda, en busca de un movimiento entre la vegetación, que no llegó. Advirtió un rumor entre las ramas y se volvió escrutando el follaje, pero cuando vio a Hulx fue demasiado tarde, porque el etrusco ya le había producido un golpe mortal con una lanza recuperada de las aljabas de los caballos.

Boquiabierto, se desplomó sobre la silla agarrándose al asta que le había perforado la coraza. Los pulmones se llenaron rápidamente de sangre, que subió a la carótida para chorrear por la boca con un borboteo.

La vista se le nubló y todo se volvió oscuro, frío y lejano.

XXIX

SACRATIO

Gelio avanzó decidido hacia el sagrado templo de las asambleas vigilado por decenas de armígeros que controlaban todo el perímetro. Cruzó la columnata que llevaba a la entrada pasando entre un pasillo de guardias y pendones y llegó al colegio de los sacerdotes, que lo estaba esperando.

En el umbral, el sacerdote más anciano lo saludó con formalidad y recitó una fórmula sagrada, antes de conducirlo al interior del edificio donde sus pasos fueron seguidos por el lamento de los goznes de bronce del portón que se cerraba a sus espaldas, ocultando a todos lo que sucedería aquella noche.

El rumor de sus pasos rebotó entre las columnatas hasta alcanzar las paredes, donde estaban colgados centenares de trofeos sustraídos a los vencidos en años de guerra. Viejas panoplias oxidadas que se disputaban el espacio con corazas que parecían recién forjadas. Armas, lanzas, escudos martirizados por golpes y yelmos de crestas variopintas o con casquetes hundidos estaban allí para recordar que la prosperidad de los samnitas estaba estrechamente relacionada con su resistencia a los romanos.

Las guerras de los últimos cincuenta años aún no habían asignado la victoria al contendiente que gobernaría Italia, pero ambos pueblos sabían que el triunfo de uno de los dos tendría como resultado la desaparición del otro de la Historia. Por eso el Samnio había debido recomponer su ejército para afrontar y derrotar a su odiado enemigo. Una vez más, una nueva linfa vital había sido llamada a alimentar las filas de los guerreros samnitas y de nuevo las comunidades habían mandado a los jóvenes más fuertes y valerosos a la asamblea que el *meddix tuticus* había convocado.

El jefe supremo había reclamado a los sacerdotes, los veteranos y los novicios para la *sacratio*, el rito secreto destinado a los hombres que deberían formar parte de la Legio Linteata, los hombres con los que más contaba Gelio para derrotar al ejército que Roma había puesto en el campo para combatirlo.

Los sacerdotes alcanzaron el extremo opuesto del templo, donde la columnata se asomaba a una explanada que dominaba una especie de teatro con las gradas abarrotadas por miles de hombres; estos estallaron en un estruendo a la vista del *meddix*. Ignacio se llevó el puño al corazón para responder a todo aquel entusiasmo y repasó con la mirada el anfiteatro donde, entre los humos amarillentos de las antorchas, resplandecían las corazas relucientes de sus veteranos de la Verehia que aullaban su nombre, enfervorizados por la atmósfera de fraternidad guerrera que se respiraba en aquella jofaina de piedra.

En el centro de la arena, los jóvenes provenientes de las diversas comunidades, miraban en torno asustados. Pastores, campesinos, hijos de comerciantes, jornaleros,

herrereros, carpinteros y terratenientes. Habían llegado de todas partes, algunos de remotas aldeas de montaña, otros de las grandes ciudadelas comerciales situadas en las principales vías de comunicación del Samnio. Tenían la mirada aterrorizada frente a la fanática determinación guerrera que los adeptos de la Verehia alzaban al cielo. Mamerco observaba la multitud que lo rodeaba en aquel extraño edificio. Nunca había visto nada similar, parecía una arena como la usada para los juegos, rodeada por una escalinata circular que en un sector llevaba a un edificio que tenía todo el aspecto de un templo. Cualquiera cosa que fuese, era el peor sitio para un romano.

Sepio estaba a su lado; también él, como muchos, tenía el rostro tenso. Sabía que aquella noche entraría a formar parte de aquella secta que idolatraba al *meddix*, convirtiéndose en un soldado consagrado a la muerte.

Desde la columnata del templo, Gelio alzó la mano con un gesto teatral pidiendo silencio y en pocos instantes los gritos cesaron, como si el cielo estrellado hubiera caído sobre ellos para envolver todo el anfiteatro.

Los jóvenes reclutas observaron el movimiento de los sacerdotes que, con gestos medidos, tendían una especie de libro al anciano que estaba al lado del *meddix*. El oficiante invocó a las divinidades, pidió a Mamerto, el dios de la guerra, que descendiera a la arena y consagrara a él a los miles de guerreros presentes. El camino le sería indicado por las antorchas y la sangre de las víctimas.

Un mugido hizo eco a aquellas palabras que concluían la lectura de las sagradas escrituras del libro. Los muchachos en la arena observaron que algunos adeptos de la Verehia conducían una docena de toros a los altares situados delante de las gradas, junto a los cuales ardían algunos braseros.

El sacerdote más anciano bajó los peldaños para alcanzar el altar principal, donde volvió a mascullar antiguas fórmulas incomprensibles, mientras observaba el enorme toro blanco, con los grandes cuernos cubiertos de guirnaldas, que avanzaba lentamente, acompañado por los adeptos de la Verehia, entre los cuales estaba Nearco, que llevaba una túnica de lino blanco inmaculado.

Era muy importante que el toro no se soltara y no escapara de su destino. Por tanto, los adeptos estaban atentos a no ponerlo nervioso mientras todos en la arena contenían el aliento sin hacer el más mínimo ruido. El sacrificio debía ser sabiamente guiado por el sacerdote, porque el rito tenía un curso y un orden bien establecido por el ritual y era indispensable que todas las operaciones que lo componían se sucedieran sin lagunas. Las fuerzas divinas que el rito reclamaba debían ser dirigidas en el sentido prescrito por el ritual o podrían volverse de manera terrible contra los sacrificantes.

El sacerdote esperaba el animal cerca del altar, dando la espalda al brasero en el cual se habían vertido libaciones e incienso. Llevaba una larga toga con una parte del tejido que le cubría la cabeza. Detrás de él, dos asistentes tocaron sus instrumentos de latón para advertir a los presentes del inicio del rito. El oficiante se adelantó silabeando las fórmulas mágicas y apuntando la mirada y las manos hacia lo alto,

luego cogió un tizón del brasero y lo sumergió en un barreño de agua, donde se apagó con un chisporroteo que acabó en una bocanada de humo. Se enjuagó las manos con el agua purificada y asperjó parte sobre el toro, que permaneció inmóvil mirando a su alrededor con un hilo de baba cayéndole de la boca.

En aquel momento también los vapores del incienso parecieron como suspendidos, inmóviles entre el brasero y el cielo. Mamerco no apartó nunca los ojos de Gelio, que, sombrío, miró a la cara al sacerdote, inmóvil delante del toro. Con un gesto de la cabeza, casi imperceptible, el *meddix* comunicó algo al oficiante, que, con mirada inquieta, se hizo dar de inmediato más agua para verterla sobre la cabeza del bovino, que esta vez sacudió la enorme testa con visible alivio por parte de todos.

—Ha sucedido algo —dijo Mamerco a Sepio con un hilo de voz.

—Cállate, está prohibido hablar durante el rito.

—Ha sucedido algo extraño, el *meddix* y el sacerdote se han mirado.

Un joven a su lado acercó la cabeza.

—El toro debía asentir al sacrificio sacudiendo la cabeza —susurró.

—Lo ha hecho —refunfuñó Sepio.

—No de inmediato —respondió Mamerco—, no de inmediato —repitió, intentando encontrar un secreto consuelo en lo que había sucedido. Quizá los dioses no estaban de parte de los samnitas—. ¿Es mal presagio? —preguntó al muchacho que se había acercado.

—No lo sé.

—¡Callaos, por todos los dioses! —cortó Sepio con un gesto de irritación que Nearco notó, y lo fulminó con la mirada, mientras el sacerdote cogía el cuchillo sacrificial y cortaba un mechón de pelo de la cabeza del toro.

El hirpino tuvo sudores fríos durante todo el tiempo que Nearco lo miró, luego la llegada de dos prosélitos, con el torso desnudo, que se pusieron delante del toro, reclamaron la atención del veterano de la Verehia. Uno de los dos sostenía un martillo de ceremonia y el otro, un hacha de bronce. El sacerdote echó el mechón de pelo del toro en el brasero y esperó algunos instantes, luego se dirigió a su inmenso público y empezó a hablar una lengua desconocida entre los humos del brasero.

Audax se sintió envuelto por una llamarada de calor. No pudo menos que pasarse el antebrazo por la frente para enjugarse el sudor. No solo estaba en medio de los samnitas, estaba en medio de sus dioses que aleteaban sobre aquella arena y, aunque no entendía las palabras que pronunciaba el sacerdote, sentía que los estaba llamando a todos, comenzando por el terrorífico dios de la guerra, Mamerto. Alzó ligeramente los ojos al cielo sin mover la cabeza para confiarse a sus dioses y a sus antepasados, pidiéndoles que lo sostuvieran y le dieran la fuerza para superar aquella prueba que se hacía cada vez más ardua. Parpadeó ante el ruido del mazo que el sirviente había asestado violentamente sobre la cabeza del toro y miró al animal, que caía sobre las patas anteriores, boquiabierto y con los ojos vidriosos. Su cuello empezó a oscilar como si ya no consiguiera sostener el peso de la cabeza. Fue en aquel punto que el

adepto armado con el hacha descargó su golpe que hundió hasta la mitad del cuello, haciendo desplomarse en el suelo a la víctima mientras su sangre salpicaba de rojo las vestiduras immaculadas del sacerdote.

La misma escena se repitió en todos los altares y muy pronto el olor metálico de la sangre se unió al del incienso, mientras los adeptos de la Verehia llenaban las copas sacrificiales y esparcían la sangre sobre los altares.

Hígado, corazón y pulmones de la víctima fueron extraídos y controlados, luego metidos en asadores situados en los braseros y de este modo enviados a las divinidades. Solo con posterioridad el sacerdote alzó la cabeza del toro ofreciéndola a Mamerto. Luego recitó a los reclutas la antigua y terrible fórmula que los obligaba a no revelar lo que habían visto y escuchado en aquel lugar y lanzó maldiciones destinadas a caer sobre ellos, su familia y toda su estirpe en el caso de no haberse lanzado a la batalla cuando sus comandantes se lo hubieran ordenado.

Mientras descuartizaban a la víctima, los hombres de la Verehia se acercaron decididos a los reclutas para conducirlos a las aras ensangrentadas. Lo hicieron de modo que los muchachos parecieran más víctimas sacrificiales que participantes en el sacrificio. Los hicieron jurar, inclinados, con las manos en la sangre, bajo la mirada feroz de los veteranos y la autoridad sagrada de los sacerdotes.

Apretados como un rebaño rodeado de lobos, los muchachos sufrían espantados la fogosidad con que los veteranos los arrancaban del grupo para llevarlos a los altares. Aquellos menos diligentes padecían la ira de los fidelísimos centuriones del *meddix tuticus*, que observaba la escena a espaldas del viejo oficiante. Una mano ensangrentada apareció entre la multitud y se llevó a Sepio, dejando a Mamercio solo. El romano se despertó de la ensoñación que había hecho tan surreal la ceremonia y vislumbró a Nearco empuñando la espada y conduciendo a Sepio donde el viejo sacerdote.

El oficiante estaba pálido, como si estuviera en contacto con los mismos dioses. Puso la mano ensangrentada sobre la cabeza del muchacho obligándolo a jurar, ofreciendo la vida a cambio de la prosperidad de la comunidad de los *toutes*. Sepio asintió, y Nearco, con un tirón, lo obligó a hacerlo en voz alta; cuando el sacerdote lo oyó, puso la mano en una escudilla donde estaba la carne de la víctima. Cogió un trocito crudo y se lo dio a Sepio, que se lo llevó a la boca, antes de ofrecerle la taza con la sangre que beber.

El hirpino vaciló y Nearco intervino una vez más, cogiéndolo por el pelo y echándole la cabeza atrás como para ofrecer la garganta a su hoja, que se acercó amenazadoramente al cuello. El muchacho bebió de inmediato y entonces lo soltaron.

Ahora era un consagrado, un legionario de la Linteata.

Luego Nearco apuntó los ojos sobre Audax y apretando los labios se dirigió hacia él. El romano no lo esperó en medio del grupo, sino que fue a su encuentro abriéndose paso mientras en torno se alzaban los gritos de los centuriones y los juramentos de los novicios. El silencio había pasado y la arena se había convertido en

un pandemónium.

—¡Ven a jurar morir!

—¡Voy a jurar matar! —le hizo eco Mamerco.

Nearco tiró de él y el otro se soltó yendo solo hacia el sacerdote y Gelio. Los dos observaron a aquel muchacho grande y fuerte que iba hacia ellos con paso decidido y mirada resuelta.

Pocos pasos más y estaría a un brazo de distancia del más acérrimo enemigo de Roma. El corazón le latía con fuerza y tenía un nudo en la garganta de la emoción, el miedo y el odio, todo aquello que Gelio representaba. Mamerco se había quedado solo en el mundo, sin familia ni afectos, y había sido aquel hombre quien se lo había quitado todo. Sintió que los músculos se le tensaban, las venas le palpitaban.

Se detuvo delante del sacerdote, pero miró al *meddix* a sus espaldas. Con un brinco habría podido cogerlo por sorpresa y con un poco de suerte partirle el cuello antes de ser asesinado por los hombres de la Verehia, acaso precisamente por Nearco, que se había situado a su costado. Mamerco examinó a Gelio, también era grande y fuerte, llevaba la coraza, iba armado con espada y puñal, y rodeado por sus fidelísimos.

«¿Cuántos enemigos me darás, Mamerco?».

La voz de Mure volvió a resonar en su mente y Audax se percató de que estaba mirando al *meddix* con odio.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Gelio.

—Tito Mamerco —balbuceó este, sorprendido—, de la tribu de los pentros.

—Pentros...

—Sí.

Los dos se encararon algunos instantes; la frente del muchacho se cubrió de sudor.

—Los pentros siempre han sido excelentes guerreros. Por tanto, confío en ti.

—No te decepcionaré, *meddix*; te daré tantos muertos que no podrás imaginarlo.

Gelio asintió y dio un paso atrás para permitir que el sacerdote prosiguiera con el desarrollo de la *sacratio*.

—Arrodíllate delante del dios de dioses —recitó el oficiante, metiendo la mano ensangrentada sobre la frente del novicio, que se agachó hasta posar una rodilla sobre el pavimento viscoso de sangre—. «Dios del trueno y el relámpago, dios de la venganza y la guerra, que levantas de la derrota, que castigas a los traidores e infundes valor a los soldados, acepta a este guerrero; es un consagrado listo para ofrecer su vida por ti. Guíalo a la victoria y hazlo feroz en la batalla, que él pueda ofrecerte muchas víctimas enemigas. Concédele una muerte gloriosa como a todos aquellos que han combatido por nuestra sangre y han defendido nuestras tierras».

Le pusieron un bocado de carne cruda delante de la boca y Mamerco lo tragó sin vacilar, antes de beber un sorbo de sangre del toro de la taza.

—Jura que no revelarás lo que has visto y oído en este lugar.

—Lo juro —dijo con la boca aún llena del olor de la muerte.

—Jura obedecer ciegamente las órdenes de tus superiores; que matarás sin piedad a los enemigos.

—Lo juro.

—Que matarás a tus propios compañeros que por miedo desobedezcan las órdenes y se detengan, retrocedan o escapen delante del enemigo.

Mamerco miró los ojos endemoniados del sacerdote y luego asintió sintiendo la mano de Nearco acercándosele a la cabeza.

—Lo juro.

Las pupilas magnéticas del viejo parecían las de una serpiente. Audax advirtió su fuerza oscura y se sintió recorrido por una especie de temor que fue más allá de la misma muerte. El temor de que aquel hombre pudiera condenarlo eternamente.

—«Maldito seas si osas quebrantar este juramento hecho en presencia del dios de dioses y, junto a ti, tu familia y toda tu estirpe. Que quedes insepulto por la eternidad sin encontrar las puertas del reino de las sombras, y así permanezcas en las aguas estancadas de sangre negra del río de los abismos. Que tus parientes sufran penas inauditas, pero permanezcan con vida para maldecirte para siempre, día tras día».

El sacerdote apartó la mano de la frente, Mamerco se puso de pie con el estómago en un puño.

—Eres un consagrado de la Linteata. Vete y hazle honor.

XXX

HVLX

El semental negro llegó exhausto al campamento etrusco, babeando por la extenuante cabalgada a la que lo habían obligado. Hulx no lo estaba menos, tenía el rostro cubierto de sangre coagulada y polvo. Cuando bajó, se tambaleó por las heridas y el cansancio.

Debió pasar por el habitual trámite de guardias y oficiales antes de alcanzar la tienda del *zilat mech rasnal*, que encontró llena de sirvientes atareados y oficiales que iban y venían llevando despachos y mapas, como si debieran afrontar de un momento a otro una catástrofe. Hulx se adelantó, pero nadie pareció notarlo en medio de aquella especie de histeria colectiva. Se abrió paso apartando a un par de sirvientes y se detuvo a pocos pasos de Vel Lathites, el jefe supremo de la liga etrusca, que estaba discutiendo con tres oficiales superiores.

—Hulx —dijo el *zilat* después de un momento, percatándose finalmente de él—. ¿Qué ha sucedido? —preguntó, mirando el aspecto descuidado y el rostro tumefacto del jinete.

—¿Qué me ha sucedido a mí? —respondió este, después de un instante de vacilación—. Qué ha sucedido aquí, más bien. Yo he cabalgado durante días sin pausa para informarte de que estamos conduciendo a una trampa a las legiones de Ruliano. El plan está funcionando, el cónsul romano ha mordido el anzuelo y nos está pisando los talones. Estamos alcanzando las tierras de los senones, donde presentaremos batalla. Pero te necesitamos para derrotarlo. Larth me ha enviado aquí para decirte que nos alcances lo antes posible y, en el camino, en vez de encontrar a nuestros exploradores he acabado encima de unos jinetes romanos. Estoy a salvo solo gracias a la intervención de Northia.

—Entiendo.

Hulx sacudió la cabeza, incrédulo.

—Necesitamos las fuerzas etruscas para acompañar a los galos, y a los umbros para lanzar un golpe decisivo a los romanos —dijo, resuelto—. Y a decir verdad ya te creíamos en el camino, *zilat*, no en un campamento fortificado.

El comandante asintió, tranquilo.

—Mira, Hulx, nosotros ya estábamos en camino —dijo, cogiendo un mapa de la mesa—, pero quizá Northia estaba tan preocupada por tu suerte que ha olvidado la del resto de Etruria, porque dos legiones romanas han aparecido aquí —dijo, señalando un punto al sur de Clusium—, y amenazadoramente nos han empujado hacia el norte.

Hulx aguzó la mirada sobre el mapa.

—¿Dos legiones romanas?

—Sí, dos legiones —respondió el *zilat*, nervioso—, poco importa que sean romanas, latinas o de sus aliados. Dos legiones con mucha caballería.

Hulx cogió el mapa y lo giró para verlo desde un punto de vista distinto. No sabía qué pensar.

—No pueden ser las que estaban en el Samnio.

—Exacto, no pueden ser.

—Pero no es posible, las legiones de Ruliano nos están persiguiendo a nosotros, las de Mure están en el Samnio.

El *zilat* estalló, colérico.

—¡Serán legiones de algún otro, entonces! —aulló, dejando congelados a todos los presentes, que dejaron de hacer lo que hacían en ese momento y permanecieron inmóviles, en silencio—. Y esto lo ha cambiado todo —continuó, recuperando un tono circunspecto—. Hemos invertido la marcha y hemos vuelto a toda prisa hacia Clusium para proteger la región.

—*Zilat*, yo no sé cuánto podemos fiarnos de los galos y los umbros para derrotar a las legiones de Ruliano. Necesitamos a nuestros soldados, gente disciplinada.

—Si nos movemos de aquí —respondió Vel Lathites, con un gruñido—, los romanos podrían entrar en Etruria y devastarla, tal como ya han comenzado a hacer antes de nuestra llegada. O pueden seguirnos y cogernos por la espalda. Según lo que hagamos, ellos actuarán en consecuencia poniéndose siempre en una posición favorable. Mientras permanezcamos aquí, en cambio, a igualdad de fuerzas, también ellos estarán aquí.

—Pero es precisamente lo que quieren. Que nuestras fuerzas estén divididas. Estoy seguro de que quedándonos aquí secundamos su voluntad.

—¡Escúchame bien! —gritó el comandante, señalando a Hulx—. El humo de los fuegos de su campamento llega a Clusium y no puedo dejar de nuevo la región en manos de los romanos. Dejar este sitio significa perderlo y quizá también perder el ejército que hemos levantado.

—Por lo tanto, dejamos que sean los galos los que afronten a las legiones de ese viejo zorro de Ruliano, *zilat* —repitió Hulx, subrayando el nombre del cónsul romano como para querer llevar a una decisión más sensata a Vel Lathites.

—¡Sé perfectamente quién los guía! —gritó el otro, mientras con un gesto de irritación tiraba los mapas de la mesa—. Y dado que ya están en el territorio de los senones, que se ocupen ellos de ese viejo. Se les paga para combatirlo, e incluso bien; por consiguiente, dónde lo combatan a mí me importa poco.

Hulx asintió retrocediendo un paso.

—Y la próxima vez que rebatas mis decisiones te haré arrancar la piel a tiras, ¿has entendido?

—Sí, señor, perdóname. De veras esta situación me ha cogido por sorpresa. He perdido a todos mis hombres cuando he encontrado a los exploradores romanos.

—Ahora vete, ya tengo bastante de ti.

El jinete saludó a su superior y se volvió para ganar la salida, luego se detuvo un instante y se volvió de nuevo.

—Así que... voy a decirle a Larth y a los unidos a los galos que vuelvan aquí.

El *zilat* lo miró con los ojos que parecían dos cuchillas.

—Larth se las apañará muy bien. Déjalo con esos bárbaros, informará de sus movimientos. En cuanto a ti, preséntate al oficial responsable de los exploradores, de momento quedarás incorporado a ellos.

—Pero esperan refuerzos, *zilat*. Creen que verán llegar a tu ejército de un momento a otro.

—Llegará el de Gelio. Ha enrolado a dieciséis mil hombres y está marchando hacia el norte escondido por la cadena de los Apeninos. Estate tranquilo, Larth no está solo.

El jinete asintió y tomó la salida de la tienda.

NACIDO PARA COMBATIR

Esta es un alba de alegría para mí, mi miel. Y estoy aquí escribiendo porque deseo que no te falte la dicha. Es con festivo afecto que te comunico el nacimiento, en nuestra casa, de nuestra alegría: Publilia.

Tú estás lejos y solo esto entristece hoy nuestra morada. Tu ausencia es motivo de una fuerte angustia, y saberte en peligro de vida me quita la respiración, la misma que hemos infundido a esta niña, que aún no ha conocido tus manos. Sin embargo, deseo sonreír y estar satisfecha. Es verdad que, incluso cuando están lejos, aquellos que amamos nos dan motivo de felicidad, pero esta es leve y fugaz. Al contrario, su presencia, las palabras y los gestos dan una sensación de agradable placer y tranquilizan el ánimo en las cotidianas controversias. Esto siento y te pido, hazme estos grandes dones: el de tu presencia, tu voz y tu sonrisa.

Tú sabrás decidir lo mejor, pero te conjuro, vuelve pronto, a la casa le falta tu calor, y ahora que eres padre por segunda vez, apresúrate, deseamos tu abrazo.

Los Lares protejan nuestra casa y a nuestra familia.

El pontífice Livio entró en la tienda del cónsul. Publio Decio lo acogió con una sonrisa.

—Hace tiempo que no te veo sonreír así, ¿tenemos buenas noticias?

—Excelentes, diría; Marco, he sido padre y en casa todos están bien.

—Por Júpiter —respondió el otro con un caluroso abrazo—, esa sí que es una buena noticia.

—No es todo, parece que los dioses me tienen simpatía, porque hoy he recibido un segundo despacho, esta vez llegado de parte de nuestro Rullus.

—¿Y...?

—Según parece, el viejo cónsul ha hecho una de sus magias estratégicas.

—Es decir...

Mure cogió el mapa sobre su escritorio y señaló la zona al norte de Roma.

—Por orden suya, los propretoreos Cneo Fulvio y Lucio Postumio han hecho avanzar sus dos legiones desde el territorio de los faliscos y la campiña vaticana hacia Clusium, donde han comenzado a devastar con extrema violencia las tierras etruscas. Este movimiento ha hecho volver atrás, de inmediato, al ejército reunido por los etruscos, que se estaba dirigiendo a oriente, donde con toda probabilidad se habría unido a los senones y los umbros.

Livio cogió el mapa.

—Eran las legiones que debían proteger Roma...

—Sí, y en vez de tenerlas como reserva las ha usado para clavar a los etruscos en Clusium, separándolos de las fuerzas de la coalición enemiga.

—Pero ahora la ciudad está desguarnecida.

—A veces las circunstancias obligan a tomar decisiones, sean populares o impopulares. Ruliano ha decidido desplazar la defensa de la ciudad más al norte.

—Mucho más al norte —respondió de nuevo el pontífice—. La defensa de la Urbe está terriblemente desequilibrada. También nosotros nos estamos dirigiendo muy rápidamente hacia el norte, y muy pronto todas las legiones disponibles estarán ubicadas entre Etruria y los territorios de los umbros y los senones.

—No estarán ubicadas, Livio. Vamos al norte para asestar un ataque conjunto a senones y umbros, luego volveremos al sur con las regiones de Ruliano para ajustar cuentas con los samnitas.

—Siempre que los etruscos no fueren el paso desde Clusium.

Mure sacudió la cabeza, irritado.

—No lo harán, están clavados allí, a la defensiva.

—Te diría que es un plan perfecto —respondió el pontífice, como si pensara en voz alta—, si supiera dónde se encuentra Gelio. Porque, si aparece desde el sur, tiene el camino abierto para llegar a Roma o, si prefiere, para evitar la ciudad y subir precisamente desde la campiña vaticana y caer a las espaldas de las legiones de Cneo Fulvio y Lucio Postumio.

—Lo sé.

—Podría ser nuestra ruina.

—Esto es la guerra, Marco Livio, vence quien hace lo que el adversario no espera; vence quien se mueve más rápidamente. El *zilat* etrusco, enrocado en sus colinas, ya la ha perdido. Tocaremos la diana antes del alba, desmontaremos el campamento a la luz de los fuegos, partiremos en cuanto amanezca. Quiero a todos los oficiales a pie, solo los exploradores y los de la caballería podrán usar los caballos. Todos los demás avanzarán a pie y darán ejemplo. Estoy seguro de que será un excelente estímulo para aumentar el ritmo de la marcha. Debemos ser rápidos, debemos adelantarnos.

—Está bien, Mure.

—Llegar antes que el enemigo al campo significa elegir la mejor posición, esto es lo que debe enseñarnos la derrota de Escipión Barbado. Si él hubiera salido antes y hubiera ganado una mejor posición, ninguno de nosotros estaría en esta situación, y los hombres de la Segunda Legión aún estarían vivos.

Livio asintió.

—Ahora es mejor que ambos descansemos.

Marco Livio se levantó, saludó al cónsul y se dirigió a su alojamiento. Mure enrolló el mapa pensando en lo que acababa de suceder. No era fácil guiar a todos

aquellos hombres, y también él, durante la marcha, pensaba continuamente en la mejor decisión para devolver a casa a cuantos fuera posible. Pero él, a diferencia de los otros, no podía concederse dudas delante de ellos. Debía guardárselo todo.

Debajo del mapa había quedado la carta de su mujer, que el cónsul releyó permaneciendo con la mirada en el vacío durante algunos instantes en el final de la última línea. «Tú sabrás decidir lo mejor, pero te conjuro, vuelve pronto, a la casa le falta tu calor, y ahora que eres padre por segunda vez, apresúrate, deseamos tu abrazo».

Quién sabe si su madre había escrito una carta semejante a su padre durante la guerra contra los latinos. También ella, años antes, había padecido los mismos sufrimientos de Julilla, y su padre ya no había vuelto a casa, dejando un vacío que no se podía llenar.

Mure buscó entre sus cosas la carta que había empezado a escribir a su hijo, luego cogió la tinta y comenzó a redactar.

La naturaleza nos ha creado imperfectos, pero al mismo tiempo nos ha dado una razón maleable que puede ser mejorada. Por eso descubrirás que las dificultades pueden convertirse en oportunidades; que es más honorable equivocarse que enredar; que se puede caer mil veces, pero que es preciso volver a levantarse otras tantas veces; que debe encontrarse una sonrisa también en la tristeza y que no hay ninguna vergüenza en las lágrimas; que no todos los hombres han recibido tus enseñanzas y, por lo tanto, no todos son justos ni sinceros, pero recuerda que incluso en un paria podrás encontrar algo bueno, como también de un enemigo podrás aprender algo útil.

Nosotros, los Decios, hemos nacido para combatir a ultranza y no podemos escapar a este destino, solo podemos vencerlo. La fatiga nos llama para recordarnos las obligaciones y los honores que semejante nombre comporta. Es una vida ingrata, llena de decisiones difíciles, pero sé desde ahora que estas dificultades te harán aprender a tener mucha confianza en ti mismo y en este maravilloso sueño que se llama Roma.

EL FRENTANO

En el alba fría, Mamerco observó el cielo clareando más allá de las cimas de los montes. Los habían despertado cuando aún estaba oscuro y los habían hecho poner de inmediato en marcha.

—No entiendo adónde vamos.

—A aquellas cumbres, evidentemente —respondió Sepio, mirando a su alrededor tanto como podía. Estaba en el medio de la columna de la Linteata que desde hacía días marchaba sin pausa. Hombres, caballos, bueyes, mulos y carros. Cada uno avanzaba con sus propias armas, el escudo y el yelmo asegurado al cinturón. El resto del equipaje había sido cargado en los carros. Esto hacía más fácil el avance para los hombres, pero retrasaba la marcha general de la columna debido a los carruajes.

—Hemos proseguido hacia el norte durante tres días y hoy estamos yendo al este y no entiendo por qué, las legiones romanas no están de este lado.

—¿Y tú qué sabes?

Audax trató de formular una respuesta convincente.

—Porque somos fugitivos de una de sus legiones que se encontraba a millas de distancia de aquí y devastaba el Samnio, ¿recuerdas?

—Quizás estemos rodeando a los romanos, de algún modo. O estamos yendo a devastar las tierras de alguno de sus aliados.

Mamerco asintió. Por lo demás, Sepio tenía razón, qué sabía él de las legiones de Mure. Habrían podido estar en cualquier parte. Mamerco marchaba en medio de una columna samnita hacia los Apeninos, no sabía adónde se dirigía y aunque lo hubiera sabido no habría estado en condiciones de llevar esa información al cónsul.

—¿Tienes tantas ganas de encontrar a los romanos?

—Sí, ¿y tú?

Sepio no respondió. Había hombres hechos para la guerra, otros no. Sepio pertenecía a este grupo y Mamerco no podía abandonarlo a su suerte. En esos días de entrenamiento lo había tenido cerca para ahorrarle los severos castigos que los veteranos de la Verehia infligían día tras día para hacer más combativos a los hombres. Entre los dos había nacido una gran amistad y una fuerte complicidad que un día sería un problema.

—Montañés.

Mamerco se volvió hacia Nearco, que se había acercado sin hacerse notar.

—Dime, Nearco.

—Esta tarde, cuando montemos el campamento, te presentarás ante mí.

Audax asintió, no sin un poco de aprensión. Era la primera vez que Nearco lo llamaba y eso no le gustaba en absoluto. Rumió sobre aquella solicitud durante todo

el día, mientras remontaba el sendero que llevaba entre las cumbres frías y brumosas de los Apeninos.

Cuando al ocaso la inmensa columna se detuvo, los hombres montaron los vivaques sobre una meseta donde soplaba un fuerte viento. Mamerco ayudó a Sepio con el bagaje, luego se envolvió en la capa y alcanzó la parte del campamento reservada a los veteranos de la Verehia. Un trayecto breve que a él le pareció infinito por los numerosos pensamientos que lo habían acompañado.

Encontró a Nearco sentado delante del fuego donde se habían acomodado varios centuriones samnitas que levantaron la mirada hacia él. Audax comenzó a sospechar que había sido descubierto, aunque no entendía cómo.

—He aquí al hombre —dijo Nearco a uno de los oficiales presentes sentado a los pies de la majestuosa enseña de la Verehia. Debía de ser el patriarca del grupo, un hombre de mediana edad con una densa barba negra, que se alzó y fue hacia el romano, examinándolo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con un fuerte acento caudino.

—Tito Mamerco.

—Dime, Mamerco, ¿de dónde eres?

—De Atina.

—Atina... Los pentros son grandes guerreros. ¿Tú lo eres?

—Lo soy.

—Nearco me dice que te gusta combatir.

—Sí.

—¿Ya has matado a alguien, Tito Mamerco?

—Sí.

—¿Y te ha gustado?

Era el momento de hacerse el duro hasta el final.

—Sí.

—Pero ¿has matado a soldados romanos o solo a algún esclavo o a algún montañés como tú?

Mamerco lo miró sin miedo. Se sentía ardiendo.

—He matado a quien me ha atacado.

—Oh, qué miedo —respondió el otro, desencadenando la carcajada de todos los centuriones—. Casi te cogemos entre nosotros de la Verehia.

Audax no respondió, estaba claro que lo estaban provocando y quizá tenían en mente divertirse de ese modo con él, sucedía cada noche con los reclutas y quizás él se las había apañado hasta aquel momento por su envergadura, pero, a pesar de la corpulencia y la fuerza, en la Linteata era un simple recluta. Debía medir sus respuestas y las acciones, sabía que era más oportuno soportar que reaccionar.

—Dime una cosa, ¿crees que serías un digno adepto de la Verehia?

—Yo no lo sé.

—¿Sabes qué es esto, Tito Mamerco? —dijo el oficial indicando la enseña.

—La enseña de la Verehia.

—¿Sabes de dónde proviene?

—No, señor.

—De una garganta del Samnio donde los romanos se vieron acorralados y se rindieron. Esa era la enseña de su cónsul. Donde está esta enseña, están los de la Verehia, aquellos que no temen la autoridad de los romanos. Pero sabes que para ser un adepto de la Verehia es preciso superar unas pruebas, también nosotros tenemos un rito sagrado, y el valor no lo demostramos delante del *meddix* o los sacerdotes. Es algo nuestro y nadie puede ver esta iniciación fuera de nosotros.

La tensión subía cada vez más, las miradas se encendían, las sonrisas eran malvadas.

—No es algo para chiquillos impresionables. Esto va en serio, y quien supera la prueba supera el primer peldaño para entrar en la Verehia; quien no la supera, muere.

Los centuriones rieron sarcásticamente.

—Y dado que Nearco dice que eres tan valiente hemos pensado en cogerte a ti. Porque tú eres valiente, ¿verdad?

Audax asintió.

—Ya lo veremos —dijo el samnita haciendo un gesto de los suyos. Este desapareció un momento y luego volvió con un hombre encapuchado, con las manos atadas a la espalda, al que hicieron arrodillarse en el suelo.

—Mira, los de la Verehia estamos convencidos de que Mamerto prefiere la sangre humana a la de los toros.

El romano tragó saliva.

—Nuestros exploradores hoy han capturado un grupo de jinetes enemigos y, cuando se dan estos días afortunados, los de la confraternidad siempre nos reservamos algo, mejor dicho, a alguien.

Le quitaron la capucha al desdichado, que mostró un rostro lívido.

—Por desgracia, no eran romanos, sino sus aliados frentanos. Pero para el sacrificio a Mamerto también está bien, ¿no crees, Mamerco?

Audax apretó las mandíbulas, respiró hondo y asintió.

Entonces los centuriones hicieron levantarse al prisionero, que aún no había entendido qué sucedería poco después, aunque su mirada traslucía terror. Le liberaron la mano derecha y, pasándole la cuerda en torno a la cintura, le aseguraron la izquierda atada a la espalda.

—Combatiréis entre vosotros, y dado que Mamerto ama el valor lo haréis en igualdad de condiciones; el dios de la guerra tendrá con qué saciarse y nosotros tendremos su protección.

Mamerco vaciló un instante, luego entendió que no podía negarse; por lo tanto, se dejó atar del mismo modo, mientras dos adeptos clavaban dos viejas espadas en el suelo. Los otros veteranos cogieron sus escudos e hicieron un gran círculo después de haber desenvainado las espadas.

—Diviértenos, montañés —dijo el samnita antes de retroceder y dejarlo solo en esa improvisada arena. Audax y su adversario se miraron, ambos estaban a algunos pasos de distancia de las espadas. El prisionero tenía el rostro tumefacto por los golpes y respiraba afanosamente. Era más débil que Mamerco y, sin duda, se sentía mentalmente en clara desventaja respecto de su oponente. No habría sido un gran problema vencerlo, pero Tito Mamerco sentía una especie de rechazo interior.

—¡Venga, muévete!

Nunca habría pensado que la solicitud de Mure lo llevaría tan lejos. Se sintió furioso por haber aceptado semejante misión, furioso por haber terminado entre los fanáticos de la Verehia y tener que secundarlos. Furioso también por la amistad que lo ligaba a Sepio, que lo había hecho todo difícil, incluido lo que debía hacer ahora.

Con una patada en la espalda, un centurión hizo rodar al prisionero al suelo, en el centro de la arena. Mamerco aprovechó para alcanzar las espadas y con un salto felino extrajo una del suelo. Los hombres en torno exultaron por la rapidez de reflejos de Audax y empezaron a incitarlo.

—Venga, montañés, ábrele el estómago, ¡Mamerco tiene sed!

Mamerco habría podido ensañarse con su adversario mientras aún estaba desarmado en el suelo, pero esperó a que este se levantara y cogiera, a su vez, la espada. Los dos comenzaron a estudiarse manteniéndose a distancia, esbozaron algunas fintas entre las burlas y las carcajadas de los veteranos, que los empujaban hacia el centro del círculo con sus escudos, en cuanto estos se acercaban demasiado al cordón humano que ceñía su campo de batalla.

—¿Combatimos de una vez o qué? —aulló Nearco a voz en cuello antes de escupir encima del frentano.

El prisionero saltó hacia delante con un movimiento de desesperación, Mamerco esquivó el ataque, y con un mandoble lo hirió en el costado entre el entusiasmo general, antes de recuperar la distancia de seguridad. El golpe había sido bueno, la sangre salía, copiosa, del corte, lo que excitó a los veteranos.

De nuevo los dos contendientes se miraron a los ojos. El oponente se apretaba la herida con el antebrazo sin dejar la espada. Los samnitas lo cubrieron de insultos; con un empujón lo volvieron a arrojar al centro, arrancándole un alarido de dolor. Aquel corte debía de punzarle terriblemente en cada respiración, obligándolo a mantener una postura encorvada. Si había algo que el romano podía hacer por aquel desgraciado era acabar en seguida con aquella humillación.

Atacó, hizo una finta y desvió el mandoble, que desequilibró al prisionero, al que luego golpeó a fondo en el costado, extrajo de inmediato la espada y golpeó de nuevo, esta vez decidido, esta vez para matar.

Le dio en pleno pecho, hasta el corazón y más allá, porque la hoja salió por la espalda.

El adversario se tambaleó, dejó los ojos en blanco y cayó como un árbol abatido, sin emitir un gemido, mientras los veteranos explotaban en un estruendo. Algunos

satisfechos, otros contrariados por la velocidad de aquella ejecución.

Mamerco miró al veterano y tiró a sus pies la espada ensangrentada.

—Ahora Mamerto tiene de qué beber —dijo, pasando delante de Nearco para marcharse.

Fue un desafío de miradas, luego el samnita se apartó y dejó pasar al romano, que desapareció en la oscuridad preguntándose a quién había matado.

XXXIII

HVLX

—Ten, este es el mensaje que debes entregar al *zilat* de Perusia. Ha sido redactado personalmente por Vel Lathites; por tanto, ten cuidado.

Hulx miró el despacho sellado que su nuevo comandante le había confiado.

—¿Perusia?

—Sí, Perusia. Te he elegido a ti porque veo que la vida en el campamento te entristece —dijo el oficial, irónico—, y luego deberías conocer el camino, dado que acabas de hacerlo al revés.

—Muy amable —gruñó Hulx.

—Estoy contento de que estés contento. Ahora levanta el culo, los caminos serán cada vez más peligrosos de día en día y podrías correr el riesgo de tropezar con algún destacamento de exploradores enemigos a lo largo del trayecto.

—¿Cuántos hombres me das?

—¿Hombres? Demasiado arriesgado, confío la importancia de esta misión solo a ti, así tendrás todos los honores a tu regreso. Además, ya es mucho que te deje el semental que, sin duda, le has robado a alguien.

—Era de un romano, un cabrón comandante de caballería romano. Y lo he clavado en el suelo con una lanza precisamente en el camino que me estás diciendo que debo hacer.

—Bien, entonces si te encuentras a algún otro a lo largo del trayecto, tráeme su caballo, estoy dispuesto a pagártelo a un precio razonable.

—Cómo no.

—Escúchame bien, Hulx, tú vas a Perusia, entregas el despacho y esperas la respuesta, luego montas de nuevo en tu semental negro y vuelves aquí más rápido que el viento. Los romanos están cerca y quisiera que estuvieras de vuelta para el día en que decidan salir de sus campamentos fortificados.

—Sí.

—¿Aún estás aquí?

Hulx lanzó una mirada a su comandante, antes de saludarlo apretando los dientes y marcharse mientras este empezaba a dar órdenes a otro de sus sirvientes.

—Cabrón hijo de perra, él y toda su estirpe —farfulló mientras se cruzaba con un grupo de hombres que se disponían a montar las tiendas. Debía de ser uno de los grupos de recién llegados. El *zilat mech rasnal* había reclamado a Clusium a todos los hombres posibles para tratar de oponer una fuerza considerable a las dos legiones romanas a las puertas de casa.

Día tras día llegaban al campamento etrusco grupos de soldados para auxiliar a las ciudades cercanas. Perusia había sido exonerada de esa obligación debido a su

proximidad con el territorio umbro, recién atravesado por las legiones de Ruliano en la persecución de los senones. Por este motivo el *zilat* trataba de mantener frecuentes contactos con la ciudad, y así ser advertido oportunamente de eventuales movimientos del cónsul romano.

Hulx ensilló su caballo, cogió todo lo necesario, añadiendo una manta además de la capa, y pasó a retirar los víveres para el viaje. Había holgazaneado algunos días sin ningún encargo en el campamento y ahora no le disgustaba volver a los bosques. Se encaminó al trote y, después de haber perdido de vista el campamento a sus espaldas, dejó andar el caballo al paso. Poco le importaba llevar el mensaje con la velocidad del viento, como le había ordenado el comandante. Todo le importaba poco, después de que el *zilat* le dijera que Larth se las apañaría solo. Sacudió la cabeza pensando en las palabras de Vel Lathites, que había abandonado a su suerte a uno de los suyos. No a uno cualquiera, sino a uno que había elegido para llevar a cabo unas delicadas negociaciones.

—Cabrón —farfulló—, ahora que Ruliano persigue a los senones ya no necesitas que Larth te haga de intermediario. Yo nunca abandonaré a uno de los míos. Yo no —repitió para sus adentros pensando en su amigo. Reflexionó sobre sus propias palabras, en aquel «yo no» que le tamborileaba en el cerebro y en un momento dado empezó a poner el caballo al trote y luego al galope. Pensó que de verdad podía entregar ese mensaje en Perugia con la velocidad del viento y, luego, en vez de volver atrás, lanzarse hacia delante y adentrarse en el territorio de los umbros para encontrar a los senones y con ellos a Larth. Miles de hombres en camino con carruajes y ganado dejaban una huella visible sobre el terreno, no debía de ser tan difícil encontrarlos. Sí, era posible, debía avisar a Larth y así luego regresaría con la conciencia tranquila. Él no lo abandonaría.

Hulx alcanzó Perugia, entregó el mensaje del *zilat* y durmió en los alojamientos reservados al cuerpo de guardia de la ciudad una noche. Partió a la mañana siguiente, cogiendo la dirección que lo llevaría a Clusium, pero cuando estuvo lejos de la vista de los centinelas, hizo un amplio cambio de ruta, rodeando a lo lejos la ciudad, para encaminarse en la dirección opuesta, hacia oriente, hacia las tierras de los umbros, hacia el ejército de los bárbaros, que se estaba alejando cada vez más de Etruria.

Thucer conducía el caballo al paso. De vez en cuando se volvía y miraba a sus espaldas. Había sido incorporado a un contingente de jinetes frentanos que tenían la misión de cerrar la columna de las legiones de Ruliano. Nada de carreras de exploración hacia delante, aquel día, sino marcha lenta y constante a una cierta distancia de la columna de las legiones en camino para dar la alarma en caso de ataques por detrás.

El joven umbro alzó la bufanda, el echarpe que tenía en torno al cuello, y se la puso sobre la nariz, para evitar respirar el fastidioso polvillo que dejaban los miles de hombres y carruajes. En ciertos momentos, cuando la brisa cambiaba de dirección, era embestido por una nube de polvo y debía proceder con la cabeza inclinada para evitar que los ojos se le llenaran de arena.

Un silbido llamó su atención; vio a un frentano que llegaba al galope y se le acercaba haciéndole una señal convenida. Era la señal del cambio, ahora le tocaba a Thucer cerrar la columna controlando los movimientos de eventuales perseguidores. Por lo tanto, se separó del grupo junto a otros cinco hombres y avanzó en la dirección opuesta a la de la marcha, finalmente sin más polvo en los ojos.

Como de costumbre, lejos de las miradas de sus comandantes, los jinetes del grupo se detuvieron en el primer bosquecillo que encontraron, bajaron del caballo y tomaron un tentempié antes de recostarse a la sombra de los árboles.

Thucer los observó, ansioso, mientras jugueteaba con una brizna de hierba. No quería siquiera imaginar qué habría sucedido si hubiera aparecido el comandante de la caballería, o cualquier otro oficial romano, y los hubiera encontrado durmiendo bajo una planta, en vez de garantizar la seguridad de la legión. Algunos centuriones no se lo habrían pensado dos veces antes de ajusticiarlos en el acto.

Todo el esfuerzo de alcanzar a los romanos y congraciarse con Ruliano se habría perdido. Una enésima catástrofe en su ya precaria condición. Pero, por otra parte, no podía negarse a hacer lo que hacía el grupo al que había sido incorporado. Para él ya era bastante complicado hacerse aceptar, era umbro, un enchufado que un pez gordo metía en el grupo. Un día estaba con los campanos, un día con los frentanos, un día al lado de Ruliano y de sus oficiales. Debía estar atento y hacerse aceptar por todos, porque esos frentanos que dormían bajo los árboles lo liquidarían sin miramientos si se mostraba hostil.

—¿Adónde vas? —preguntó uno de estos, viéndolo montar en la silla.

—Echo un vistazo por ahí, compruebo que no llegue nadie. Descansad.

—Eres un cagón —respondió uno de los jinetes.

—Déjalo marchar —dijo otro—; mantén los ojos abiertos y avísanos inmediatamente de cualquier movimiento.

—No te preocupes —respondió Thucer, antes de meterse en la boca la brizna de hierba y montar en la silla—. Solo quiero alcanzar la cima de aquel cerro para asegurarme de que no hay nadie en los alrededores.

Uno de los jinetes gruñó una especie de aprobación antes de poner las manos detrás de la nuca y cerrar los ojos entre el reflejo del sol que se filtraba entre las ramas.

Thucer se alejó remontando la pendiente. Cuanta más distancia hubiera puesto entre él y esos tipos, más se habría salvado en caso de la llegada de un oficial. Incitó al caballo a subir más rápido, y poco antes de llegar a la cima tiró, espantado, de las bridas para evitar a un jinete que avanzaba al galope en la dirección opuesta. El

caballo relinchó asustado y, encabritándose, lo desarzonó, dejándolo en el suelo aturdido antes de volver a abrir los ojos, atónito. Tenía delante de sí al etrusco que lo había escoltado lejos del campamento en la noche de la batalla y cabalgaba su semental.

—*Negro*.

Hulx examinó al hijo de aquel *nerf* de Tifernum muerto en la batalla contra la II Legión.

—¿Qué haces aquí?

Thucer vaciló.

—Ese es mi caballo.

—Ahora es mío, maté al romano cabrón que lo tenía. Te había dado por muerto, creía que te habían cogido.

—No me han cogido, he ido yo donde ellos.

—¿De ellos? ¿Ellos, quiénes?

—Los romanos.

Hulx frunció el ceño por el estupor y la confusión.

—¿Romanos? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Sí, romanos, y estás yendo derecho hacia ellos, rasena, por tanto, recibe esta información como un favor, devuélveme mi caballo y vete por donde has venido.

El etrusco rompió a reír.

—Ya te he salvado la vida una vez, chiquillo, no pidas demasiado al destino.

—Ahora te la estoy salvando yo. Devuélveme mi caballo y márchate.

Hulx se volvió para mirar el horizonte delante de él sin vislumbrar nada.

—Jódete, umbro.

—No lo hagas, no vayas por ahí.

El etrusco no lo escuchó y lanzó el caballo a rienda suelta cerro abajo. Thucer volvió a montar y trató de seguirlo, pero era una carrera desigual, además de la desventaja inicial. *Negro* era demasiado rápido para el rocín del muchacho. Thucer aulló varias veces al otro para que se detuviera, pero quien oyó esos gritos fueron los frentanos que descansaban escondidos en el bosquecillo que, en un instante, montaron el lomo de sus cabalgaduras y salieron del mismo.

Cuando Hulx se percató de ellos comprendió que su vida colgaba de un delgado hilo. Aquellos no eran desde luego jinetes samnitas o umbros, y eran cinco, un número demasiado alto para enfrentarlos solo. Cambió de dirección y lanzó a su semental tan rápido como pudo, debía poner tierra de por medio de sus perseguidores y tenía que tratar de separarlos. Era el único modo de salir vivo de esa situación.

Pero los frentanos montaban caballos relativamente frescos y no tenían ganas de dejar escapar una presa tan fácil para llevarla donde su comandante después de haberle robado todo.

Hulx desenvainó su espada, los jinetes se acercaron, su caballo perdía terreno y no habría aguantado demasiado ese ritmo. Algunos estaban armados con espadas y

otros con lanzas. Para empeorar las cosas, el grupo de perseguidores permanecía unido y no habría podido enfrentarse a ellos uno por vez. Trató de que *Negro* hiciera lo imposible, pero el caballo ya lo había dado todo y aflojó. En un instante estuvo rodeado; uno de sus perseguidores se le acercó y de inmediato el etrusco intentó un embate que el otro paró con la espada. Del lado opuesto, un segundo jinete lo alcanzó y le golpeó en el muslo con la punta de una lanza, que le arrancó un gruñido de dolor. El etrusco respondió con un par de mandobles que crearon, durante un momento, un vacío en torno. Uno de los frentanos bajó del caballo y procuró aferrar las bridas de *Negro*, mientras los otros pinchaban a Hulx a distancia como una manada de lobos en torno a la presa. Mientras uno de estos hacía una finta de ataque, los otros a los lados se acercaban y lo golpeaban. No eran mandobles mortales porque no los hacían en el rostro o en el tronco; a Hulx lo torturaban en las articulaciones. Querían cansarlo, querían cogerlo vivo.

—¡Ríndete! —aulló Thucer, que finalmente alcanzó al grupo—. No tienes esperanza, ¡ríndete!

El etrusco lo miró sin aliento ni fuerzas y con un rugido rabioso espoleó el caballo para salir de la mordaza, pero uno de los frentanos azotó el aire con el asta de una lanza y le pegó violentamente en el rostro. Cuando cayó al suelo ya estaba inmovilizado por cuatro de sus asaltantes. Intentó una última fuga, pero las fuerzas y el aliento ya lo habían abandonado. Recibió un golpe en el rostro y patadas en el estómago.

Luego todo fue más ligero, todo se volvió oscuro.

PRODITOR

—Estamos yendo hacia el norte desde hace días —dijo Mamerco—, nos alejamos cada vez más del Samnio, hemos pasado las tierras de los frentanos y los marucinos.

—¿Por qué te preocupas tanto de adónde nos dirigimos?

—Es algo innato, quizá porque estoy habituado a tener que orientarme por la trashumancia y saber volver atrás. Y luego no entiendo por qué hemos hecho todo este esfuerzo para atravesar los Apeninos para luego ir hacia el norte. Nos estamos alejando de todo, Roma está del lado opuesto.

—Quizás estemos yendo donde los etruscos.

—No, sé que Etruria no está de este lado, de este lado están los senones.

—Los senones. Yo nunca he visto uno, ¿y tú?

—Yo tampoco.

—Dicen que son gigantescos.

Mamerco se encogió de hombros.

—Y sus armas son proporcionales a su corpulencia. Espadas y lanzas enormes. He oído decir que algunos de ellos se lanzaban a la batalla completamente desnudos.

—Que idiotez.

—Sí, lo hacen porque se sienten invencibles.

—Quisiera encontrarme a uno.

La orden de un centurión interrumpió la conversación. La columna se detuvo. Los dos apoyaron el escudo en el suelo y bebieron de la cantimplora. Comprendieron el porqué de aquella inesperada pausa cuando vieron llegar a algunos exploradores que traían a unos prisioneros atados. Varios oficiales fueron a su encuentro y entre estos Audax reconoció al patriarca de la Verehia que lo había instigado antes del duelo con el frentano.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el romano a Sepio.

—¿Ese con la armadura de bronce?

—Sí.

—Ese es Minacio Estacio, es el segundo del *meddix tuticus* y es el comandante supremo de la Verehia. Un hueso duro de roer del que es mejor mantenerse lejos.

Los centuriones pusieron en movimiento la columna. Minacio Estacio se aproximó a los jinetes que traían su carga humana. Nearco, al pasar por delante de Mamerco, le lanzó una mirada que quedó marcada a fuego en su ánimo durante toda la jornada.

Fue una larga marcha, seguida por un entrenamiento en el cual los veteranos de la Verehia maltrataron a los nuevos reclutas. La hora de la cena puso fin a la jornada para muchos, pero no para Audax que, estando en el primer turno de guardia, comería

terminado el servicio, para permanecer más despierto.

Aquella tarde, durante todo el turno, Mamerco pensó en la mirada poco tranquilizadora de Nearco, y cuando le dieron el cambio y alcanzó finalmente la tienda de su grupo, en vez de con el rancho se topó, como había imaginado, con el centurión.

—Te hemos encontrado un adversario mejor, montañés.

—Yo ya he combatido.

—¿Y qué...?

—Pues que ya he combatido, he hecho lo que me habéis pedido.

Nearco se acercó apuntando el dedo delante de los ojos de Audax.

—Tú aún no has entendido que somos nosotros quienes decimos cuándo deberás combatir y cuándo no. ¿Está claro?

Los dos se enfrentaron. Mamerco estaba al límite, ya no soportaba los atropellos de Nearco y desde hacía días estaba meditando una posible fuga. Tenía las informaciones que Mure buscaba, había hecho bastante, mejor dicho, había hecho más de cuanto podía imaginar.

—Y no serás el único esta noche —susurró con una mueca el veterano—. Es hora de que Sepio despierte, porque pronto combatiremos.

—Deja en paz a Sepio.

El centurión estalló en una carcajada.

—¿Tienes miedo de que tu amiguito no lo consiga? Aquí la paz se paga con sangre, montañés, hasta la muerte. Por lo tanto, si esa mujercita no está en condiciones de enfrentarse a un prisionero apaleado y atado no lo quiero en mis filas. ¿Está claro? Ahora muévete y sígueme.

—Aún tengo que comer.

—Comerás si te lo mereces, ¿entendido? Y sobre todo si estás vivo. Hemos montado un bonito círculo, el terreno es bueno y tiene sed de sangre. Además, esta vez tengo un buen jinete romano para ti, un oficial —le espetó Nearco antes de volverse y marcharse.

Mamerco empuñó su lanza y siguió al odiado reclutador; miró hacia occidente, allí donde las altas siluetas negras de los Apeninos se recortaban rodeadas por la luz azulada del ocaso. Si los samnitas habían capturado a un oficial romano, era porque en esos parajes había una legión. Esto significaba que el gran momento de escapar había llegado.

Se volvió del otro lado, hacia el campamento hormigueante de fuegos, tiendas y soldados atareados con los equipajes y sus ocupaciones de siempre, y se preguntó qué sería de Sepio después de su fuga; qué pensaría el muchacho al encontrar el saco y la manta de Mamerco; qué pensaría de él. *Proditor*, así lo recordaría: «traidor».

Marco Livio alcanzó la tienda del cónsul.

—¿Y bien? —preguntó Mure.

—Nada, desde ayer no tenemos noticias. Nadie ha vuelto.

—No creo que se hayan perdido.

—Sí, cónsul, yo tampoco lo creo.

Mure tamborileó nervioso con su estilete sobre la tablilla encerada.

—Diez hombres, once con el comandante. Desaparecidos en la nada. ¿Qué dirección habían tomado?

—Han ido hacia oriente.

—Hacia los Apeninos...

—¿Mando a algunos exploradores a buscarlos?

—Ha sucedido algo, Marco. Conozco a ese hombre y sé que habría vuelto incluso sin caballo, incluso sin piernas, porque sabe que lo más importante para nosotros es la velocidad de nuestro desplazamiento. Sabe que cuanto antes alcancemos a Ruliano, más posibilidades de victoria tenemos. Si él y los suyos no nos han alcanzado es porque ha sucedido algo. Estoy seguro.

—Entonces vamos a buscarlos, ¡por todos los dioses!

El cónsul dejó de tamborilear.

—¿Cuántos hombres podríamos perder para recuperar a esos diez jinetes?

—Pero se trata...

—Ya sé de quién se trata, pero también sé que estamos en medio del territorio de los sabinos, y si bien no están abiertamente alineados en contra de nosotros, tienen antiguos pactos con los samnitas, y es mejor no demorarnos entre estas gargantas. Debemos continuar adelante.

El pontífice miró al cónsul, contrariado. Era la primera vez desde que habían partido de Roma diez meses antes.

—Además —continuó Mure sin mirar a los ojos del otro—. Además, un romano no se rinde. Si Lupus no está aquí quiere decir que no está vivo.

Livio bajó la vista sin saber qué rebatir. Asintió en silencio y salió de la tienda dejando solo al cónsul, que se sentó en su escritorio cogiéndose la cabeza entre las manos. Estaba convencido de lo que había dicho y estaba seguro de su decisión. Pero esta convicción no le daba tregua. Cogió la última carta llegada de Roma y leyó lo que su mujer había escrito.

Ayer un cuervo bebió agua en nuestra casa. Alfia transportaba un gran barreño de terracota y yo observaba la escena. El negro e insolente animal se posó sobre el borde y bebió, en absoluto atemorizado. Alfia, espantada, volcó al suelo el contenido; el recipiente cayó y se hizo añicos. No había nada que temer, se habían percatado otros esclavos y ya se disponían a recoger y limpiar, pero al acercarme a aquellos desordenados fragmentos me di cuenta de que parecía nuestra vida haciéndose añicos.

El desgraciado fue conducido al interior del círculo de los hombres de la Verehia. Trató inútilmente de soltarse hasta que dos fuertes rodillazos en el estómago le quitaron las fuerzas, y se desplomó. Mamerco llegó precisamente en el instante en que le estaban atando el brazo izquierdo a la espalda. Alcanzó a Sepio, que ya había sido predispuesto para el combate.

—Sepio, estoy aquí —dijo a su amigo—. ¡Mírame!

El muchacho se volvió hacia él. Ojeroso y con el rostro blanco como su túnica de lino.

—Sepio, escúchame, ese hombre está herido, será mucho más lento que tú, debes hacer lo que te he enseñado.

Nearco se entrometió entre los dos y empujó lejos a Audax, que opuso resistencia.

—¿Me has entendido, Sepio?

Enfadado por la resolución con que Mamerco se oponía a él, el centurión lo empujó de nuevo. El romano rechinó los dientes, con las comisuras de los labios hacia abajo, el odio le salía por todos los poros. Fue demasiado para los hombres de la Verehia. Media docena de veteranos se colocaron a su alrededor con gesto amenazante y las espadas desenvainadas. Uno de ellos lo golpeó con el borde del escudo en el estómago, y Mamerco cayó al suelo. Siguió una andanada de puntapiés, hasta que la voz de Minacio Estacio atronó entre ellos.

—¡Basta! Así lo mataréis y lo necesitamos para los combates.

Los hombres lo dejaron allí, aturdido; dos de ellos lo cogieron y, sujetándolo por los brazos, lo hicieron levantarse para asistir al enfrentamiento de su amigo.

—Entonces, Sepio —rugió Nearco—, déjanos ver qué te ha enseñado tu amiguito. ¡Ataca a este cabrón romano y córtale la garganta!

—Valor, Marcianus —hizo eco una voz en latín—. ¡Mata a ese samnita y demostrémosles quiénes somos!

Mamerco miró el círculo de los hombres de la Verehia para tratar de identificar quien había hablado. En el desorden vio a un grupo de adeptos que se agolpaban en torno a uno de los prisioneros, sin duda el que había tenido la osadía de gritar.

El clangor de los primeros intercambios de golpes lo llevó a mirar el duelo. El prisionero al que se enfrentaba Sepio estaba herido y tenía el rostro magullado. Se movía cojeando, pero tenía en los ojos toda la rabia que al hirpino le faltaba. Sepio era poco decidido y retrocedió ante los ataques del otro mientras en torno los veteranos se mofaban de él.

—Nos estás avergonzando —aulló Estacio.

—Cánsalo —gritó Mamerco, antes de recibir el enésimo rodillazo en el estómago, que lo hizo acurrucarse sobre sí mismo. Todo se volvió lejano, durante un momento

también el estruendo de la multitud pareció atenuarse para luego volver aún más amplificado que antes. El sabor de la sangre en la boca, la rabia, el cansancio y aquella sensación de estar solo.

—No estás solo, Marcianus. Estoy yo, ¿has entendido? ¡Estoy yo!

Mamerco abrió los ojos, de nuevo esa voz que aullaba en latín, ahora estaba seguro, había oído bien, tenía algo familiar. Alzó la cabeza y miró entre la multitud de veteranos que se amontonaban para ver el enfrentamiento.

—¡Estamos nosotros, todos nosotros, están tus antepasados, tus hermanos, toda nuestra gente está aquí!

Audax buscó, incrédulo, en la multitud mientras un hilo de baba mezclado con sangre le colgaba de la boca entreabierta. Luego, al borde del círculo de guerreros, atado con las manos a la espalda, de rodillas, con un samnita sujetándolo por el pelo, vio a Lupus.

El gran Lupus, el invencible Lupus, estaba de rodillas a los pies de los veteranos de la Verehia. Pronto sus miradas se cruzarían y los samnitas los descubrirían. Todo había sido en vano. Su fuga, su constancia en superar las continuas pruebas a las que había sido llamado, el esfuerzo de las maniobras y de aquella larga y extenuante marcha con la Legio Linteata. Su determinación y su esperanza de ver a Mure y entregarle aquella maldita legión a la que no podía aguantar. El sueño de vengar a su padre, su madre, su hermana y su casa. Todo había terminado. Todo terminaba allí aquella noche. Pronto Lupus lo vería y la máscara tan fatigosamente construida se vendría abajo.

Ninguno de los dos sobreviviría.

Sepio chocó con la barrera de escudos que formaba el insuperable muro humano de aquella arena. La multitud lo insultó, y en aquel instante de confusión Lupus intentó liberarse del agarre del samnita que lo sujetaba por el pelo. Aquel movimiento lo llevó involuntariamente a fijarse en el lado opuesto del círculo, más allá de los dos contendientes que estaban luchando.

Las miradas de los dos se cruzaron y todo se disolvió. Los alaridos, los hombres, el combate y la arena. Estaban Mamerco y Lupus mirándose y en aquella mirada estaba todo. Aprensión, piedad, tristeza, silencio y grandeza. Sí, grandeza, porque cuanto más en silencio lo miraba Lupus, más percibía su fuerza.

—Esta es nuestra batalla, Marcianus —aulló Lupus sin apartar los ojos de Audax—. Saber morir aquí ayudará a los nuestros que esperan a miles detrás de las montañas.

El samnita que lo sujetaba por detrás le puso la espada bajo la garganta para hacerlo callar. Mamerco estuvo a punto de saltar, pero Lupus negó con la cabeza. Los ojos brillantes y el corazón que presionaba en la garganta más que la espada.

Era un mensaje, era una exhortación. Una orden para sobrevivir a esa noche.

Un aullido entusiasta lo devolvió al duelo de Sepio. Finalmente, el muchacho había empezado a responder a los golpes del romano. Una lucha por la vida entre dos

hombres que representaban dos mundos, o quizás el mismo mundo, que, para evolucionar, necesitaba la sangre de una de las partes. El corazón de Mamercio latía por su amigo, que pasaba dificultades, pero el aliento era todo para el adversario, uno de su gente, un valiente que combatía sabiendo que no tenía salvación.

El romano respiraba con dificultad, retrocedió un par de pasos para tomar aire y dar descanso a la pierna herida, pero uno de los veteranos lo empujó hacia delante con el escudo haciéndolo caer al suelo. El prisionero trató de levantarse, mientras Sepio, con un salto inesperado, estuvo encima de él y lo golpeó en la espalda, hundiendo la hoja antes de retroceder.

—¡Cobarde —aulló entonces Lupus a voz en cuello—, cobarde como toda vuestra ralea de cobardes, malditos seáis!

Minacio Estacio alzó la mano para detener al hombre que estaba a punto de golpear a Lupus. Luego miró al herido, a gatas, que respiraba con dificultad mientras la sangre salía copiosamente del corte. Por último, miró a Sepio con desdén mientras el silencio caía sobre la arena.

—¡Remátalo y luego vete!

Sepio tragó saliva, habría querido desaparecer, habría deseado ser engullido por la tierra de esa arena al instante. El miedo lo había llevado a golpear a su adversario por la espalda mientras este estaba en el suelo. Habría cargado durante mucho tiempo con esa infamia. No podía más que cumplir la orden de Estacio y marcharse. Alejarse de allí lo antes posible. Se acercó al romano, que trataba de levantarse a pesar de que respiraba con fatiga. Con un penoso silbido que subrayaba el esfuerzo de la respiración, el prisionero se puso de pie, tambaleándose, con los pulmones que se le llenaban de sangre.

—Te espero en los Campos Elíseos —masculló, mirando a Lupus.

—Has sido grande.

—Te espero.

Marcianus ofreció el pecho al adversario y la mirada a Lupus con un valor ejemplar, hasta que llegó el golpe letal de Sepio. El romano cayó y buscó de nuevo a su comandante hasta que sus ojos perdieron la luz vital, permaneciendo abiertos, inmóviles, con las pupilas que aún buscaban el apoyo de Lupus.

No hubo alborozo, los hombres de la Verehia no apreciaron aquel combate y, sin duda, tampoco Mamerto, el dios de la guerra, había apreciado la sangre vertida para él. Como todos los presentes, habría preferido ver que el valor vencía sobre la cobardía, cosa que había hecho el hombre bocarriba en el suelo sobre un charco oscuro.

Había que poner remedio a aquel infausto duelo. Había que congraciarse con Mamerto lo antes posible y Minacio Estacio no tuvo dudas. Señaló a Lupus.

—Dadle yelmo, escudo y lanza —dijo, antes de volverse hacia los hombres que sujetaban a Mamercio—. Y preparadlo también a él.

Audax sacudió la cabeza, había rechazado aquel pensamiento desde que había

visto a Lupus, y ahora que era levantado y predispuesto para el duelo aún no creía posible que los dioses lo obligaran a semejante prueba. Pensó que el plan de Mure debía de haber molestado a las divinidades protectoras de las legiones romanas. El engaño había sido mal visto y ahora era castigado. Dos romanos perderían la vida en aquella arena, el ejército de Gelio permanecería oculto y perjudicaría a toda la expedición de Ruliano y de Mure.

Todo estaba definitivamente perdido.

—¿No estás contento, montañés? Te permitiré vengarte de ese cabrón que nos tenía encadenados —dijo Nearco, pasando a su lado—. No te escondo que siento un poco de envidia porque, con gusto, lo habría degollado yo, pero Minacio Estacio lo ha reservado para ti, por tanto, combátelo digna y valerosamente —susurró, pasándole el yelmo—. Tu amigo ha perjudicado la reputación de toda la Linteata y pagará por ello. Tú debes ponerle remedio, por todos nosotros y por los dioses. Si lo haces, serás admitido entre los hombres de la Verehia.

Mamerco lo miró y, sin decir nada, empuñó el escudo y cogió el asta de la lanza.

Los dos se enfrentarían de igual a igual, con las mismas armas. Ambos habían recibido una buena tunda y ambos podían parar y asestar golpes; solo su maestría y su resistencia marcarían la diferencia.

El enfrentamiento con escudo y lanza era el preferido por los hombres y los dioses, porque permitía que los contendientes expresaran al máximo sus cualidades guerreras, pero raras veces era concedido durante las campañas militares. Era siempre peligroso armar completamente a un enemigo y obligarlo a combatir por su vida.

El círculo de los veteranos se ensanchó para dejar más espacio a los dos y, al mismo tiempo, para tener la posibilidad de intervenir en el caso de que el romano intentara huir o agredir a alguien.

—Ofrecemos a Mamerto la sangre de estos guerreros, que se sienta complacido por lo que los hombres están a punto de darle —dijo Estacio en voz alta abriendo los brazos.

Mamerco inspiró a todo pulmón, estaba solo en el centro de la arena, mirando a Lupus sin saber qué hacer. Permaneció quieto esperando el primer movimiento del adversario, que no tardó en llegar. El prisionero romano lanzó una mirada feroz a Minacio Estacio, luego comenzó. Una, dos, tres zancadas felinas y Lupus estuvo junto a Audax, una finta con la lanza y un golpe con el escudo en rápida secuencia, mientras el público de los veteranos comenzaba a calentarse. Tito Mamerco lo paró fácilmente sin retroceder y luego empezó, a su vez, a pegar en el escudo de Lupus.

Continuó así durante un momento, con una sucesión de embates espectaculares, pero inocuos, porque ambos contendientes parecían apuntar más a los escudos que a los cuerpos. Ruidos, empujones, paradas y estoques, los dos danzaban en torno, estudiándose, sin asestar un golpe mortal; luego Lupus pareció tener bastante e intensificó sus ataques haciéndose cada vez más preciso. Mamerco percibió la rabia del adversario, pero no consiguió sacar a relucir la suya; cuanto más tiempo pasaba,

más estaba a la defensiva.

Los samnitas aullaron de viva voz a Tito Mamerco que golpeará más fuerte, precisamente cuando él acababa de decidir que el valor exigido por el cónsul no podía obligarlo a más. No mataría a su adversario, antes moriría. Con este pensamiento contuvo apenas el enésimo ataque y quedó desequilibrado, recibiendo un violento golpe de escudo de Lupus en la sien, que lo hizo caer al suelo.

Audax ya no vio nada más durante unos instantes fugaces, mientras los alaridos de los veteranos de la Verehia resonaron como un insoportable zumbido en sus oídos. Trató de levantarse con la fuerza de los brazos, pero el terreno parecía moverse como el lomo de una serpiente. Se llevó la mano a la sien y se percató de que ya no tenía el yelmo y que era una máscara de sangre.

Los brazos cedieron y con un ruido sordo estuvo de nuevo en el suelo. Había terminado, solo faltaba el golpe de gracia, pero Mamerco sabía que Lupus no lo mataría de ese modo, Lupus no era Sepio; esperaría a que Audax se levantara y recuperara las armas. Con seguridad, quería hacer ver a los samnitas la diferencia de valor y dignidad entre sus combatientes y los romanos.

El zumbido en los oídos se hizo atronador. Todos invocaron a Tito Mamerco, aullándole que se levantara y combatiera, o muriera dignamente. Audax reunió a duras penas sus fuerzas y se puso a gatas, luego de rodillas; con las manos en los costados y el rostro cubierto de sangre miró a su adversario que lo observaba manteniendo firmemente en la mano también su lanza, que debía de haber recogido del suelo.

—Que se cumpla nuestro destino —le dijo Lupus antes de volverse hacia Minacio Estacio y señalarlo con la punta de la lanza en señal de desafío—. ¿Eres tú el jefe de estos cobardes?

El samnita entendía el suficiente latín para fulminarlo con los ojos y responder:

—Lo soy —dijo apuntándole con el dedo—, y tú, en cambio, no eres nadie. Eres solo un cuerpo que dar como pasto a nuestros dioses que se alimentarán con tu sangre, y les gustará tanto que querrán a miles como tú.

—Los tendrán, porque de la sangre que derramaré aquí nacerán nuevos guerreros romanos.

Estacio esbozó una mueca nerviosa.

—¿Guerreros romanos? Los romanos ya no te quieren, ni siquiera han mandado a alguien a buscarte. Tus gentes te han olvidado y tu ley dice que al ser mi prisionero pierdes todos tus derechos de ciudadanía. Pobre idiota, ¿vale la pena morir por gente así?

—Sí —respondió Lupus—, porque mientras soy un hombre libre, puedo tener propiedades, una mujer, una ciudad que defender y una ley que me defienda. Al ser tu prisionero lo pierdo todo, para que tú solo puedas tener un cuerpo. Para que tú esta noche mates a un esclavo y no a un romano.

Estacio rio y Lupus lo señaló.

—Pero, cuidado, en cuanto muera volveré a ser Quinto Livio Lupus, el osado, el comandante de caballería caído contra los samnitas, el soldado que debe ser llorado, pero sobre todo vengado.

—Muerto solo serás uno menos que matar.

—No, muerto daré fuerza a los vivos, y mi nombre resonará entre las filas de los míos. Lupus estará en la boca de aquellos que te matarán, cogerán como esclava a tu mujer y la dejarán embarazada para dar nuevos guerreros a la ciudad. Los hijos de tu mujer llevarán el nombre de los muertos de esta guerra y protegerán los muros de Roma en los años por venir; tú y tu pueblo solo seréis el recuerdo de un adversario que nos ha hecho más fuertes. Una comparsa irrelevante en la historia de Roma.

—¡Basta!

—¡Coge un escudo y una lanza y ven a callarme, si tienes pelotas; si no, cierra la boca, cobarde, y mira la fuerza de un romano que no te teme ni a ti ni a ninguno de estos gallinas!

Nearco se abalanzó sobre Lupus como un perro rabioso, pero Estacio gritó que se detuviera e intimó a todos a no moverse. El comandante de la Verehia pidió un escudo y una lanza, miró a Lupus rechinando los dientes, sacudió sus poderosos hombros, batió el asta de la jabalina sobre el escudo y avanzó decidido.

—¡Después de haberte matado te daré como comida para los perros!

Lupus lanzó una última mirada a Mamerco, luego avanzó un par de pasos y tiró, decidido, una de las dos jabalinas hacia Estacio, que instintivamente alzó el escudo evitando el golpe. Los dos se abalanzaron el uno sobre el otro con un rugido y se encontraron como dos titanes que a cada embate hacían temblar el terreno. El samnita y el romano giraban en torno y se atacaban con una ferocidad inaudita, golpe tras golpe, como si el odio aumentara la fuerza y la resistencia de ambos.

Nearco miraba el enfrentamiento, dispuesto a intervenir, pero se mantenía a la debida distancia. Sabía que Estacio no toleraría su entrada en escena. Lo mataría antes de dejarse ayudar por un subalterno.

—¡Valor, jodido cabrón, cógeme!

En torno, los veteranos alentaban al comandante samnita, que luchaba y se defendía, al mismo tiempo, con una fuerza inhumana. Estacio sabía que no podía cometer errores o retroceder un solo paso delante de los suyos, así como Lupus sabía que eliminar a aquel hombre supondría un duro golpe para todos los presentes y una ventaja para los suyos.

—No solo eres grande, Lupus —susurró Tito Mamerco, mirando el duelo, apartado, mientras se recuperaba del golpe—. Tu nombre resonará entre nuestras filas después de esta noche, te lo prometo, te lo juro.

Ahora ya nadie miraba a Audax, todos estaban concentrados en aquello que sucedía en el interior de aquel círculo de arena y todo esto era mérito de Lupus. Había desafiado al samnita para no tener que matar o dejarse matar por su compañero. Con aquel movimiento permitía que Tito Mamerco intentara una fuga de aquel lugar.

Un golpe, luego otro. Los escudos no aguantarían demasiado, era el momento de huir. Audax se acercó al círculo de los veteranos, se escabulló más allá del caos y se encaminó hacia el campamento, primero caminando, luego con paso cada vez más rápido, dejando a sus espaldas los alaridos de los hombres de Estacio.

Alcanzó su catre, donde, acurrucado delante del fuego, Sepio, inmóvil, observaba las llamas.

—Vámonos, Sepio, ven conmigo.

El muchacho lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lejos?

—Sí, lejos, ya te lo explicaré.

El joven samnita lo miró, incrédulo.

—¿Qué estás diciendo? Nosotros, nosotros no podemos...

Mamerco sacudió la cabeza mientras se hacía con cuanto podía: pan, algunas frutas, una cantimplora de vino y la manta.

—Vámonos, te lo ruego.

—Es traición.

—Sepio, sígueme. Aquí no tenemos futuro.

—¿Y dónde lo tendremos, si escapamos?

—En alguna parte —dijo, poniéndose el saco a las espaldas—. Te lo explicaré. Ahora ven, debemos escapar antes de que regrese Nearco.

El samnita lo cogió por el brazo.

—Dime por qué, dime la verdad.

Mamerco se pasó la mano por el rostro ensangrentado y aspiró por la nariz.

—No puedo.

—¿Es más importante tu silencio que nuestra amistad?

Audax no respondió. Se limitó a mirar a su amigo con una tristeza infinita.

—¡Responde!

—No puedo decírtelo ahora.

—Entonces... entonces vete.

VENCER O MORIR

Hulx miró a su alrededor, resignado, con el único ojo que conseguía abrir. Sentía dolor por todas partes, quizá se había roto una o dos costillas en la lucha con sus atacantes. Lo habían azuzado bien y habría sido aún peor si no hubiera estado el hijo del *nerf* umbro. El muchacho había intervenido y había discutido con los otros del grupo para detenerlos. Había habido momentos de tensión incluso cuando encontraron el mensaje que Hulx llevaba en la escarcela atado sobre el costado. El joven lo quería, pero los otros no se lo habían dado, tal como había sucedido con el semental negro.

Al final el etrusco había sido cargado sobre uno de los caballos y el grupo había alcanzado una columna de armígeros que escoltaba unos carros. Hulx y sus carceleros habían proseguido remontando la fila de soldados hasta que esta se detuvo para montar un campamento para la noche. En aquel punto el joven umbro había proseguido con uno de los jinetes, dejándolo bajo la custodia de los otros cuatro que lo habían hecho arrodillar a poca distancia de un fuego donde algunos soldados se habían puesto a moler la harina riendo entre ellos.

El etrusco bajó la mirada, tenía hambre y frío, estaba solo. Nadie podía hacer nada por él, nadie sabía dónde estaba y su comandante se percataría de su ausencia al menos dentro de diez días, cuando hubiera comprendido que no llegaba ninguna respuesta de Perugia. Quién sabe, tal vez no viviría ni siquiera diez horas.

El rumor de algunos pasos que se acercaban le hizo levantar el ojo aún sano. Vio que los soldados en los fuegos se apartaban ante un grupo de guardias que se aproximaban iluminados por la luz de las antorchas. Entre ellos estaba el muchacho umbro que caminaba al lado de un hombre de barba blanca. Sin duda, era un patriarca, a juzgar por la coraza y la capa que llevaba, y el etrusco se preguntó qué hacía el hijo del *nerf* de Tifernum con aquel hombre.

Los jinetes que lo habían capturado dieron un paso atrás cuando el oficial se acercó y permaneció frente a Hulx, que lo miraba de rodillas con las manos atadas a la espalda.

—Soy Quinto Fabio Máximo Ruliano —empezó este en etrusco—, mando estas legiones y las fuerzas aliadas que las siguen, y tengo plenos poderes fuera de los muros de la ciudad de Roma. Soy el cónsul electo del Senado y el pueblo de los quirites para poner fin a esta guerra. ¿Tú quién eres?

—Me llamo Hulx —respondió este, con la mayor dignidad posible—. Hulx de los Velathri. Soy un soldado de la liga etrusca —dijo mientras los ojos claros del cónsul lo examinaban a fondo.

—¿Tienes sed, Hulx?

El etrusco vaciló un instante, luego asintió.

Ruliano se volvió hacia los soldados que se atareaban en torno al fuego y les ordenó que trajeran vino al prisionero.

—Eres algo más que un soldado, Hulx, eres un mensajero —continuó el cónsul después de que el etrusco hubiera bebido—. O, por lo menos, a primera vista lo pareces —dijo sacando la tablilla con el despacho que los jinetes le habían quitado.

El prisionero buscó con la mirada al muchacho umbro que asomaba entre los hombres cubiertos de hierro y pieles de animal. Se preguntó qué le habría contado al hombre que Roma había elegido para derrotar a la liga etrusca.

—Este despacho estaba sellado, por tanto, dudo de que tú conozcas el contenido; eso, además, poco importa, porque he leído lo que está escrito. Pero llevaba un sello que no puedo descifrar y no sé dónde ni a quién se lo estabas llevando.

Se hizo absoluto silencio durante algunos instantes.

—Las mías eran preguntas, Hulx, y no estoy acostumbrado a pedir dos veces lo mismo. O respondes de inmediato o sufrirás las consecuencias.

El etrusco miró a Quinto Fabio.

—No te lo puedo decir, cónsul.

—Tú sabes que yo, de un modo u otro, te puedo hacer hablar, ¿verdad?

Hulx señaló con un gesto de la cabeza a uno de los lictores que escoltaban a Quinto Fabio.

—¿Él lo haría? ¿Él hablaría con mi *zilat*? ¿Respondería a semejante pregunta?

Ruliano miró a su lictor, firme como una estatua de mármol, iluminado por la luz de la antorcha.

—Te doy yo la respuesta, cónsul. No, no lo haría, porque estoy seguro de que tú estás rodeado de los mejores. De modo que quiero ahorrarte tu precioso tiempo, déjame en las manos de tus verdugos y haz que me torturen.

La mirada de Ruliano volvió sobre el etrusco.

—Mentiría si dijera que no tengo miedo —continuó el prisionero—, pero haré lo que sea para no traicionar a los míos y nunca estarás seguro de que lo que te diga corresponde a la realidad. Por consiguiente, tortúrame, cónsul romano, tortúrame largamente y disfruta de mis gritos hasta matarme, de la muerte no tengo miedo, porque mira, ya estoy muerto. He muerto hoy por la tarde, cuando me han cogido.

—Sí, me han dicho que has tratado de hacerte matar. Tu jefe y amigo Larth de los Thefrinai estaría orgulloso de ello, como también Vel Lathites, el *zilat mech rasnal*, al que representa entre los senones.

Hulx volvió a mirar a Thucer. El muchacho se lo había contado todo. Total, por qué iba a protegerlo.

—Como decía —continuó el cónsul—, eres algo más que un soldado, Hulx de los Velathri, y por lo que acabas de decir, no puedo más que experimentar un sentimiento de admiración. Es noble por tu parte admitir el miedo y, a pesar de todo, disponerte a sufrir el tormento como un valiente.

El cónsul hizo una pausa de estimación por el etrusco, luego sacudió la cabeza.

—Pero has cometido algunos errores de base.

—¿Errores? —preguntó Hulx con un velo de ironía.

—Sí, mira, los rasena estáis tan habituados a tratar con umbros y senones que habéis olvidado a quién tenéis delante. ¿Qué te hace pensar que yo ahora daré la orden de quemarte el vientre con hierros candentes y me quedaré aquí disfrutando de tus espasmos hasta el final, como cualquier rey bárbaro? Concédeme la finura de pensamiento de un cónsul de los quirites, Hulx de los Velathri.

El etrusco tragó saliva.

—¿Por qué debería estar admirando el desprecio que tienes por el dolor hasta la muerte y luego dejar que tu carcasa se pudriera aquí? ¿Por qué darte una vía de escape del suplicio y hacerte morir, cuando puedo arrastrarte encadenado detrás de mi carro de triunfo hasta Roma y ver tu fuerza y tu voluntad debilitarse día tras día? No, no, Hulx de los Velathri, yo no quiero pensar que he matado a un valiente, quiero mirar dentro de un tiempo a un patético desecho piojoso que se consume día tras día, porque si tú fueras un valiente, hoy te habrías hecho matar. Quizá tu Larth habría estado orgulloso de alguien como tú, yo no, yo de los míos espero otra cosa — continuó Ruliano volviendo a mirar a su lictor, al costado—. Él nunca llegaría de rodillas delante de tu *zilat*, porque es un romano y sabe que a la esclavitud más limpia es preferible la muerte más sucia.

Quinto Fabio se alzó y echó un último vistazo al prisionero, que lo miraba en silencio.

—Es por eso que estamos aquí, rasena, para vencer o morir.

Sepio recogió sus cosas y miró la hierba aplastada en el sitio donde había estado Mamerco. Colocó el equipaje sobre el carro y se envolvió en la capa antes de ponerse en fila con los otros. Mantenía la vista baja, mientras a su alrededor sus camaradas, a la espera de la partida, charlaban como cada amanecer.

Estaba el de Aquilonia, que imprecaba, y el corpulento de Maleventum, que se burlaba de los dos hermanos de Luceria. Más allá, aquel que dormía de pie apoyado en el escudo que otro irrigaba con su orina entre las carcajadas de los demás. Luego estaba Nearco y todos los de la Verehia, que daban vueltas en torno a la columna como perros pastores que cada tanto mordían a alguien para hacerlo entrar en las filas.

—¿Dónde está el montañés? —le preguntó al centurión alcanzándolo a grandes zancadas.

—No lo sé, no lo he visto.

—¿Qué quiere decir que no lo has visto?

—Esta mañana cuando me he despertado él no estaba, no sé dónde ha dormido.

El veterano miró a su alrededor apretando la mandíbula. Se alejó un par de pasos y miró a los hombres que se disponían para la marcha, sin encontrarlo. Remontó la columna llamando de viva voz a Mamerco entre las filas y luego hizo que otro centurión pasara lista. Estaban todos, salvo Audax.

Con paso decidido, Nearco alcanzó a Minacio Estacio, que estaba a punto de montar a caballo.

—Comandante, el montañés no está en las filas.

Estacio lo miró con un corte debajo del ojo izquierdo. El último golpe de Lupus antes de caer atravesado en el pecho por la lanza del etrusco.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo he comprobado varias veces, parece que ha desaparecido.

—Y ese muchacho amigo suyo, ¿qué dice?

—No lo ha visto volver del combate.

Estacio sacudió la cabeza.

—Habrás desertado, ese cabrón. Es una lástima que el romano no lo haya matado.

Nearco se quedó pensando un momento en aquello que había dicho su comandante y recordó las palabras de Sepio, que sostenía no saber dónde había dormido Mamerco. ¿Cómo sabía que el amigo había sobrevivido al combate? ¿Y dónde estaban los efectos que le había visto dejar al lado de los de Sepio antes del turno de guardia?

—Creo que el muchacho no dice toda la verdad, comandante.

Los dos llegaron donde Sepio con la velocidad del rayo y en un instante el hirpino estuvo en el suelo con las manos de Nearco en la garganta.

—Te conviene hablar y quizá sobrevivas.

—No sé nada, no sé nada.

Comenzaron con los puñetazos, luego lo levantaron y, bajo los ojos de todos, comenzaron a golpearlo en el estómago. Cuando lo soltaron, el muchacho cayó al suelo sin respiración. Se dio la orden de ponerse en marcha y los hombres empezaron a caminar mirando a su camarada a los pies de los dos monstruos sagrados de la Verehia.

Nearco sacó la espada y la puso debajo de la garganta de Sepio.

—Te doy una última posibilidad. Si hablas, en cuanto te pongas de pie podrás seguir a la columna, si no hablas, no volverás a ponerte de pie.

—Esta noche ha venido a verme después del combate y me ha dicho que se marcharía.

—¿Dónde?

—No lo sé, quizá, quizá la tenía tomada contigo. Es más, seguro que la tenía tomada contigo.

—No —aulló el centurión—, alguien como él no lo deja todo porque la tiene tomada conmigo, antes me mata.

—Yo no sé por qué, yo no he querido ir con él, yo no quería.

—¡Debías avisarme!

—Vosotros estabais en el combate, me habíais echado.

Nearco le dio un violento puñetazo.

—¿Quién es Tito Mamerco? —preguntó Estacio, tranquilo.

El veterano dejó a Sepio y miró a su comandante.

—Un montañés de Atina.

—Sé perfectamente de dónde viene o de dónde dice venir. Pero ¿si en vez de ser un simple montañés de Atina fuera un montañés a sueldo de los romanos? ¿O si tuviera parientes rehenes de los romanos? ¿Y si no fuera en absoluto de Atina?

Nearco aguzó la mirada.

—Por eso el romano no lo mató ayer.

—Sí, también a mí me pareció extraño. Estaba allí en el suelo, podía rematarlo y luego desafiarme.

—Claro, a ese cabrón lo encontramos como prisionero en la Legión de Mure. Él mismo tuvo la idea de la fuga en el río.

El centurión miró a Sepio, que se pasaba el brazo sobre los labios ensangrentados mientras a sus espaldas, hombre tras hombre, desfilaba la inmensa columna de la Linteata.

—Todo formaba parte de un plan —dijo Nearco, incrédulo de sus propias palabras.

—Puede ser —respondió Minacio Estacio montando en su silla—. Y si es un

espía, Nearco, has sido tú quien lo ha traído a estas filas.

El veterano se quedó petrificado.

—Lo sé, no podías saberlo, en el fondo estabas reclutando hombres, pero tú lo has traído y tú lo arreglarás.

—Sí, señor.

El comandante de la Verehia miró los Apeninos.

—Está allá arriba, escapando de nosotros y quizá buscando a los romanos. Ha visto nuestro rito sagrado, ha jurado y ha desobedecido. Ha traicionado; por tanto, debe morir.

Estacio miró a Nearco:

—Tráeme su cabeza y yo procuraré olvidar que me has traído una serpiente entre las filas.

—Considéralo hecho, comandante.

—No, lo consideraré cuando vea su cabeza en una pica.

—Sí, señor.

—¡Ahora, vete!

—¿Y él? —preguntó Nearco, señalando a Sepio.

Minacio Estacio observó al hirpino.

—Él ha jurado obedecer ciegamente las órdenes de sus superiores, matar sin ninguna piedad a los enemigos e incluso a sus mismos compañeros que desobedezcan las órdenes.

Sepio lo miró conteniendo la respiración.

—Y, sin embargo, no ha hecho nada de eso.

Amagó levantarse y hablar.

—¡Mátalo!

El muchacho trató de hablar, pero su garganta ya estaba abierta en dos. Cayó al suelo con los ojos llenos de terror, mientras se miraba las manos enrojecidas con su sangre.

—Maldito seas por haber quebrantado tu juramento en presencia de los dioses y junto a ti, tu familia y tu stirpe. Que quedes insepulto por la eternidad sin encontrar las puertas del reino de las sombras y así permanezcas en las aguas estancadas de sangre negra del río de los abismos. Que tus parientes sufran penas inauditas, pero continúen vivos para maldecirte siempre, día tras día.

DIEZ MIL SAMNITAS

La huida, los árboles, el desaliento, el mundo que temblaba a cada zancada. Audax corría desde que dejó el campamento de noche, y continuaba con el sol que surgía a sus espaldas. Corría con la túnica corta de lino sujeta en la cintura por el gran cinturón de bronce. Había tirado todo lo que podía retrasarlo: su muda, la capa y la loriga; se había quedado solo con aquello que le permitiría sobrevivir: una cantimplora, una jabalina y la espada que sostenía en la mano para evitar que le molestara durante la carrera.

Corría con la cabeza alta, mirando a su alrededor. Debía alcanzar esas malditas montañas que parecían siempre a la misma distancia y debía hacerlo lo antes posible. Sabía que Nearco haría lo que fuera con tal de convencer a Minacio Estacio para perseguirlo en cuanto se hubiera dado cuenta de su ausencia. Por consiguiente, debía huir lo más lejos posible de la columna de la Linteata, que avanzaba hacia el norte, porque el calor del sol que sentía en la espalda iluminaría el blanco de su túnica haciéndolo visible a una milla de distancia.

Alcanzó un bosque que trepaba a una colina. Aflojó la marcha respirando a grandes bocanadas y rodeó un gran árbol caído mirando en la dirección de la que había partido. Trató de prestar atención a cualquier tipo de rumor, pero cuanto se oía en aquel bosque era su jadeo afanoso que buscaba todo el aire posible.

Se desplomó, con los músculos de las piernas petrificados, los labios secos; la herida que le habían hecho la tarde anterior palpitaba en la sien y ardía en contacto con el sudor. Se dejó caer al suelo mirando las frondas de los árboles ondulando mientras el corazón comenzaba a sacudirle todo el cuerpo en cada latido.

—Perdóname, Sepio —susurró finalmente en su lengua, de la cual no había pronunciado una palabra desde que era falso prisionero—. Yo no soy el hombre que crees —continuó entre jadeos—. Perdóname —repitió levantándose, ayudado por la jabalina.

Se puso el talabarte en bandolera y bebió un sorbo de la cantimplora. Estaba exhausto y sentía el estómago vacío, pero no era el momento de descansar ni de comer. Miró al este y con el sol de frente; allá abajo, en alguna parte, la legión de Gelio debía de haberse puesto en camino hacia el norte.

—Yo soy Tito Mamerco Audax de Arpinum —rugió con un movimiento liberador, para sacar todo lo que había acumulado en los últimos meses—. Pertenezco a la tribu Pomptina —continuó alzando su lanza—; estoy aquí para matar a diez mil samnitas.

El jinete llegó al galope sosteniendo un hatillo bajo el brazo, y Nearco detuvo su cabalgadura para esperarlo.

—¿Has encontrado algo?

El otro asintió y cuando llegó a su lado le tendió una capa.

—Esto podría ser de nuestro hombre.

El veterano de la Verehia la cogió y la observó.

—Sí, lo es. ¿Dónde la has encontrado?

—Allá —respondió el explorador, señalando un matorral al oeste.

Nearco levantó la mirada más allá del punto que el jinete señalaba.

—Ese cabrón quiere llegar a los Apeninos.

—También yo lo creo.

—No lo conseguirá —dijo, espoleando el caballo.

Publio Decio Mure caminaba a buen paso. La coraza le pesaba sobre las caderas, pero él continuaba marchando a toda velocidad, sin dejar traslucir el menor signo de impaciencia en el rostro. De vez en cuando se volvía para mirar la larga columna que se articulaba a sus espaldas. Luego echaba un vistazo a las montañas sobre la derecha pensando en los exploradores que había dejado en alguna parte entre esas crestas.

—A este paso en unos diez días llegaremos a Aharna —dijo Marco Livio a su lado—. Me pregunto por qué el cónsul Ruliano ha elegido esa región como lugar de reunión de las legiones y de los ejércitos de nuestros aliados. Además de la primera y la tercera de Ruliano se incorporarán nuestras dos legiones y un número igual, si no mayor, de volscos, ecuos, latinos y érnicos. Cuarenta mil hombres. —Livio hizo una mueca—. ¿Por qué reunir a semejante ejército en un solo punto?

—También yo me lo he preguntado —respondió Mure, rompiendo el silencio—, y me he hecho una idea.

—¿Que es...?

—Ante todo, tener a los aliados al costado les impide cambiar de actitud según el curso de los acontecimientos. Alinearlos contra el enemigo es distinto de tenerlos en alguna remota fortaleza haciendo número. Que se ensucien las manos en primer lugar. Que entren en batalla y luego se vean obligados a negociar su vida, si las cosas se ponen feas.

Livio asintió.

—En segundo lugar, Aharna está en medio del territorio umbro y a un paso de los picenos, que hasta este momento se han mantenido neutrales. Cuarenta mil hombres a sus puertas deberían hacer que continuaran absteniéndose del conflicto.

—Es verdad.

—Tercero: en Aharna se puede encontrar una posición cómoda en pleno territorio

umbro para afrontar una batalla tanto con los umbros como con los senones, o cortar a occidente, hacia Perugia y de nuevo penetrar en territorio etrusco para dar batalla. O, cuarto, pero no menos importante: desde Aharna, yendo hacia el norte, se encuentra Iguvium, una de las pocas ciudades umbras aliadas con nosotros y dispuesta a ofrecer suministros para nuestro ejército y hombres para la causa. Desde Iguvium se llega a través de un paso fácil al Agrum Sentinate, en pleno territorio de los senones.

—¿Y tú cuál de estas opciones apoyas?

—No tengo ni idea. Pero lo que sé es que Aharna es el ombligo del mundo para nosotros, y si queremos salvar Roma, debemos alcanzarla con la velocidad del viento.

Un jinete a lo lejos avanzaba al trote mirando a su alrededor. Tito Mamerco lo observaba con la respiración entrecortada desde lo alto del monte que había alcanzado. El fugitivo trató de ver si había más hombres, pero no quería salir demasiado de la vegetación para no exponerse. Era uno de los jinetes de Minacio Estacio, estaba seguro de ello, y de que aquel hombre estaba allí por él.

Debían de haber descubierto bastante pronto su huida y lanzado a los hombres tras sus huellas; esto explicaba la velocidad con que aquel explorador lo estaba alcanzando, frustrando la ventaja de su loca carrera. No se veían otros jinetes desde aquella posición y a Mamerco le pareció extraño; generalmente, los exploradores no iban solos, se movían en abanico manteniéndose en contacto visual entre ellos y, por tanto, con toda probabilidad aquel samnita tenía un compañero sobre la derecha y uno sobre la izquierda, que Mamerco no conseguía ver.

El romano miró hacia lo alto, las crestas de las montañas habían desaparecido detrás de un manto de niebla. El tiempo estaba empeorando y el aire se volvía frío. Cuanto más subiera, más frío padecería, pero al mismo tiempo la niebla lo ocultaría de los perseguidores.

Sacudió la cabeza, contrariado, precisamente él, el montañés de Arpinum, había abandonado la capa en la fogsidad de la carrera y aquella noche pagaría cara esa tontería.

—¡Malditas prisas! —exclamó irritado—. Tenías tanta jodida prisa por poner la máxima distancia entre tú y ese cabrón de Nearco que has hecho una bonita idiotez.

El jinete desapareció entre los árboles, a lo lejos, Mamerco volvió a mirar del lado opuesto, hacia la niebla, hacia el paso, su destino.

—Eres un idiota —se dijo, mientras continuaba hablando en su lengua, como si saborease aquellas palabras ocultas durante demasiado tiempo—, pero ahora no pierdas la cabeza, estate tranquilo y piensa cómo salir de aquí. Ellos están a caballo y tú a pie.

Permaneció en silencio algunos instantes, miró de nuevo al valle, y al no ver a nadie se decidió a moverse abandonando el escondite entre los árboles.

—Posibilidad de fuga de un explorador a caballo... ninguna. Esos cabrones sienten el olor de la presa a distancia.

Empezó a remontar la ladera manteniéndose fuera de la pista usada para la trashumancia y, al mismo tiempo, tratando de dejar el menor rastro posible de su paso.

—Haría mejor en quitarme esta túnica blanca visible a millas de distancia y, por tanto, elegir entre salvarme de los samnitas o morir de frío.

Se agarró a una rama y se partió.

—Bravo, deja unas buenas huellas frescas, imbécil, así es un bonito paseo para ese que te sigue. Él a caballo, cubierto con una capa, con la panza llena y algunos sorbos de vino, que no debe hacer más que seguir tu rastro. Así que una vez que esté encima de ti...

Tito Mamerco se detuvo y pensó en sus palabras.

—Sí, una vez que esté encima...

Se volvió hacia el valle y extrajo la espada.

—Ven a cogerme, cabrón, necesito tu caballo, tu manto y tu cantimplora de vino.

Reanudó el camino destruyendo a golpes de espada todo lo que se le aparecía delante mientras comenzaban a caer pequeñas e impalpables gotas de agua.

El jinete envuelto en la pesada capa alzó la mirada hacia la lluvia e imprecó antes de ponerse la capucha. Avanzó con cautela hasta que algo atrajo su atención. Tirando de las riendas detuvo al cuadrúpedo y giró en torno a una rama partida. La sostuvo entre las manos y sonrió. Se enderezó sobre la silla apretando los flancos del animal con las piernas y lanzó un silbido agudísimo. Pocos instantes después oyó otro silbido a lo lejos, al cual respondió antes de avanzar remontando el sendero que llevaba hacia los montes. El explorador que había respondido a la llamada llegó al galope algunos instantes después y alcanzó al primero que proseguía como un sabueso bajo una finísima y fastidiosa lluvia.

—¿Has llamado a los otros?

—Sí, deberían alcanzarnos en seguida. ¿Has encontrado algo?

—¿Algo? Hay rastros por doquier, nuestro hombre nos está dejando un camino que seguir.

—Procuraremos atraparlo antes de que llegue Nearco. Si podemos cogerle algo, nos lo quedamos nosotros.

—Buena idea —dijo aquel de los dos que hacía rato que seguía el rastro. Con un golpe de talones dirigió el caballo hacia el margen del bosque de hayas señalando a su compañero una vía a su izquierda, una especie de sendero que debían de utilizar los pastores para la trashumancia.

—Separémonos, y que silbe el primero que lo encuentre.

—Y no te hagas el listo para cogerlo todo tú.

El otro explorador rio adentrándose en el bosque.

«Imbécil», dijo para sus adentros.

—Yo seguiré sus huellas, tú ve por el sendero.

De nuevo surgió un rastro sobre el terreno; el fugitivo parecía caminar arrastrando los pies y, así, dejaba profundas huellas que seguir. El jinete alzó la mirada y se pasó el brazo por la frente para quitarse el agua que ya lo había empapado completamente. La lluvia estaba haciendo complicada la persecución porque la tierra y el follaje se uniformaban bajo el agua y era difícil reconocer las improntas dejadas en la turba del sotobosque.

Entre la bruma vio un arbusto medio cortado que colgaba oscilando como para indicarle el camino. Sacudió la cabeza preguntándose cómo se podía ser tan idiota y se acercó a la rama. La cogió entre los dedos, había sido partida por un espadazo, pero lo más raro era que aquel arbusto estaba en medio de un pequeño claro entre los árboles y habría podido ser tranquilamente sorteado. ¿Por qué cortarla? ¿Para qué hacerse notar?

Un rumor lo hizo estremecerse, en un instante el jinete extrajo la espada y tiró de las riendas del caballo, que relinchó asustado. El hombre se puso tenso y escuchó cualquier mínimo ruido tratando de separar el impalpable susurro de la lluvia y el goteo de las ramas de todo el resto. Miró a su alrededor pero no vio nada. Solo las siluetas de las hayas y sus hojas cargadas de agua que se perdían en la bruma.

Aspiró por la nariz, quizás habría sido más oportuno seguir el sendero que había aconsejado a su compañero y que avanzaba al aire libre, fuera de ese maldito boscaje. Chasqueó la lengua llamando la atención de la cabalgadura y avanzó con la máxima prudencia sin enfundar su arma. Las ramas partidas formaban una especie de recorrido bastante regular que iba hacia lo alto, solo había que proseguir en esa dirección con ojos y oídos bien abiertos.

Reanudó la marcha con la mirada apuntada al suelo, pero ya no conseguía distinguir huellas. Quizá se debía a la lluvia o quizás el fugitivo había cambiado de dirección. Ahora la niebla era densa y atenuaba los sentidos. Tampoco el oído lograba percibir rumores lejanos y él estaba allí, solo, sin contacto con los otros del grupo. No, no iba bien. Espoleó el caballo y descendió al bosque en busca de la rama partida donde había perdido las huellas. Así que siguió al revés las huellas de su propio caballo y en poco tiempo se encontró en el punto que estaba buscando.

«Idiota —se dijo—, ha cambiado de dirección y por un momento me ha engañado».

Dirigió el caballo fuera del bosque con un cierto alivio, y cuando estuvo fuera de la cobertura de los árboles lanzó un silbido para buscar a su camarada sin obtener ninguna respuesta. Enfundó la espada y vagó un rato en la niebla, hasta que le pareció ver a lo lejos la silueta del otro explorador que subía hacia el paso.

—¡Eh! —aulló, llevándose las manos a la boca—. ¿No me oyes, imbécil?

El otro se detuvo y esperó bajo la lluvia la llegada de su compañero, rebujándose

con la capa.

—Las huellas en el bosque terminan. Ese cabrón ha cambiado de dirección; quiere engañarnos —dijo el primero, remontando el sendero—. Antes dejaba huellas por doquier, luego ya no ha dejado ninguna —concluyó cuando llegó donde el otro jinete.

—Quizá porque el cabrón es más listo que tú.

El samnita vio que el rostro en el interior de aquella capucha no era el de su compañero, pero fue demasiado tarde para cualquier reacción. Se agarró un instante al asta de la lanza que había aparecido de la nada traspasándole la base del cuello.

—*Cunnus* —murmuró Mamerco extrayendo la lanza, mientras el cuerpo del explorador se derrumbaba en el suelo con un batacazo. En pocos instantes el cadáver fue depredado de todo lo que podía ser útil: escudo, capa, comida y vino incluidos. Su caballo, con la aljaba repleta de lanzas, fue atado detrás del que montaba Tito Mamerco, quien reanudó el camino al paso con una sonrisa que le atravesaba el rostro.

Poco más allá pasó junto al cadáver semidesnudo del otro jinete. Luego desapareció en la niebla.

Nearco dio impulso al caballo. Miró hacia arriba, harto de la lluvia.

—¿Entonces? —preguntó, arrogante, al explorador que lo precedía.

—Por aquí —respondió el jinete.

Los dos se adentraron en la espesura siguiendo las huellas de los caballos de los dos exploradores que habían pasado poco antes por allí y habían dejado improntas mucho más profundas que las de Mamerco. Cruzaron el bosque de hayas y salieron de él para reunirse en el sendero de la trashumancia que llevaba al paso, donde encontraron el cadáver del primer jinete y poco después el del segundo.

—Las huellas de los caballos continúan a lo largo del sendero, van hacia el paso —dijo el explorador.

Nearco estaba rojo de la ira.

—Ahora ese cabrón es más rápido que nosotros —gruñó antes de espolear el caballo hacia la cima, cegado por el odio que sentía por Mamerco—. ¡Lo mataré con mis propias manos, quiero oírlo implorarme piedad!

La subida fue larga y tortuosa, los caballos exhalaban vapor por los ollares andando hacia un canal gravoso donde el explorador alzó la mano.

—¿Qué pasa?

—Creo que se han dividido.

Nearco lo fulminó con la mirada.

—¿Dividido?

—Sí, mira, un caballo sigue derecho, mientras que el otro cambia de dirección.

—¿Cuál es el más pesado?

El guía descendió y observó bien el terreno.

—Es difícil decirlo, son caballos lanzados al galope en un terreno gravoso. Desplazan una gran cantidad de piedras.

El veterano miró a su alrededor. Estaban totalmente inmersos en la niebla, que atenuaba todos los ruidos, a excepción del de la llovizna y el de los caballos.

—¿Cuál es el camino que lleva hacia abajo?

El explorador miró a su alrededor.

—El canalón se formó por la disolución de las nieves; por tanto, debería conducir a la cima. Quizá la vía que lleva hacia abajo es la otra.

—¿Quizá?

—Quizá y como no lo sabemos nosotros, no lo sabe tampoco el fugitivo.

Nearco miró las dos vías apretando las mandíbulas. Señaló la del canalón.

—Nos dividiremos; yo cojo esta.

El guía asintió y volvió a montar en la silla.

—Quiero su cabeza.

Los dos se separaron. Nearco espoleó el caballo al galope por el canal flanqueado por paredes rocosas. El veterano recorrió un largo trecho envuelto en la niebla y se detuvo varias veces para mirar el suelo. Le costaba seguir las huellas. Se fijo de la orografía del terreno hasta que alcanzó una especie de prado en el cual vio un caballo sin jinete que pastaba.

El veterano se acercó con cautela, y cuando estuvo en las inmediaciones vio que el caballo sangraba en el cuarto posterior. Solo entonces se dio cuenta de que Mamerco debía de haberlo herido con una lanza para hacerlo escapar a toda velocidad por el canalón encajado entre las paredes de roca y coger el camino menos obvio.

—¡Hijo de perra! —aulló, recibiendo el eco de las montañas—. Te cogeré, cabrón. ¿Me has oído? ¡Te cogeré!

Nearco hizo girar el caballo y estuvo de nuevo al galope recorriendo la vía por donde había llegado. Continuó sin pausa bajo la lluvia mientras el cielo se oscurecía cada vez más y el frío se hacía más intenso. Después de una larga carrera encontró el sitio donde se había separado del guía. Cogió el camino que había descartado y comenzó a seguirlo con una marcha más lenta. Debía seguir las huellas y las tinieblas que se cernían sobre él hacían ardua la empresa.

Al final se encontró en la oscuridad, bajo la lluvia y, exhausto, descendió del caballo. Se protegió debajo de un abeto, comió un trozo de queso, un pedazo de pan duro que tenía en la alforja y, mojado y aterido, se acurrucó cerca del tronco sin encender un fuego. La luz habría sido visible a millas de distancia, y habría señalado su posición.

Temblando, se durmió. O por lo menos así le pareció, porque aquella noche se despertó decenas de veces ante el más mínimo rumor. El alba lo encontró acucillado, con la cabeza apoyada en las rodillas y la capa completamente empapada. El veterano

se levantó, dolorido. No tenía qué comer ni beber, pero al menos ya no llovía. Montó de inmediato y trató de moverse un poco para calentarse, pero las ropas mojadas en contacto con la piel no hacían más que multiplicar la sensación de frío.

Cabalgó durante un rato mirando a su alrededor, mientras la mañana empezaba a aclarar y la niebla se alzaba a medida que descendía hacia el valle. Ya no encontraba huellas, había perdido la pista, pero observando a sus espaldas un palidísimo disco de sol filtrándose en el blanco del cielo comprendió que había bajado del lado correcto de los Apeninos. Del lado donde había sido capturada la patrulla romana algunos días antes.

Aquel cabrón de Mamerco estaba volviendo con los suyos, sabía que estaban allí, en alguna parte, pero esto poco importaba a Nearco, él lo encontraría y lo mataría. Lo que había soportado en aquel último día ya era demasiado para él.

Continuó siguiendo a su presa mientras los primeros rayos de sol volvían a iluminar el paisaje haciéndolo, por momentos, centelleante. Encontró un arroyuelo y se acercó entre la hierba alta para abreviar a su caballo y llenar la cantimplora. Cuando se agachó para poner el recipiente en el agua notó que en algunos puntos la hierba había sido aplastada. Alguien había pasado por ahí. Nearco siguió el recorrido durante unos cincuenta metros y luego se detuvo. En el arroyuelo, bocabajo en el agua, estaba el cuerpo del guía samnita, con una lanza en la espalda que lo clavaba en el lecho del torrente.

Una llamarada de calor atravesó al veterano de la Verehia, que desenvainó la espada con la muy fastidiosa sensación de que ya no era cazador, sino presa.

Un soplo de brisa hizo ondular las frondas de un grupo de árboles a una veintena de pasos. Sin duda, aquella lanza debía de haber llegado desde la sombra de aquellos troncos. Nearco se acercó cauteloso, paso a paso, con la mirada en la oscuridad del sotobosque.

Mamerco había estado allí. El follaje caído en el suelo estaba lleno de huellas, quizás era de noche cuando el guía había llegado a aquel lugar. Había seguido el rumor del agua y se había acercado al arroyuelo para abreviar a su caballo, y allí habría sido sorprendido por el traidor, que lo había golpeado por la espalda.

Rabioso, el samnita buscó en torno; las huellas llevaban lejos, hacia abajo, siguiendo la corriente del arroyuelo. En pocos instantes estuvo de nuevo sobre el rastro de Mamerco en un galope sin aliento y lleno de odio.

Avanzó a pesar del cansancio, a pesar del hambre, a pesar de que se alejaba cada vez más de los suyos. Aflojó la carrera del caballo solo avanzada la mañana, cuando el aire ya era cálido. Alcanzó un promontorio y se detuvo frente a las colinas que se extendían a lo largo de millas delante de su mirada, para observar, inmóvil, aquello que nunca hubiera pensado ver.

Las legiones de Mure.

A lo lejos, miles de soldados marchaban hacia el norte en una larga e interminable serpiente que desaparecía detrás de una colina para aparecer más allá. Hubo algunos

instantes de vacío en su mente, de incredulidad y también de incompreensión. Luego la situación tomó forma y Nearco juntó las teselas del mosaico de sus pensamientos. Los romanos habían dejado el Samnio y volvían al norte para reunirse con las legiones de Ruliano. Un movimiento que frustraba la superioridad numérica por la que apostaba la coalición de los cuatro pueblos reunidos por Gelio.

El sannita había olvidado qué lo había llevado a esa colina. Su presa había perdido importancia, ahora lo único que le interesaba era volver atrás e informar de lo que había visto a Estacio y al *meddix tuticus*, pero estaba como hipnotizado por aquella visión. No podía apartar la mirada de aquellos miles de hombres que marchaban bajo el sol acompañados por el centelleo de sus yelmos.

—Es un espectáculo, ¿verdad?

El veterano de la Verehia se volvió y vio a Mamerco a una veintena de pasos, mirándolo con una media sonrisa burlona en el rostro.

—Habría apostado que vendrías a buscarme en persona.

—Y también sabías que te encontraría —respondió este, desenvainando la espada.

—Soy yo quien te ha encontrado, Nearco —respondió Audax—. He matado a tres de los tuyos y les he robado todo. He usado sus caballos para confundir las huellas y he hecho todo lo que quería para dividiros y sorprenderos uno a uno. Cuando he visto la columna romana he comprendido que lo había conseguido, pero estaba seguro de que entre los perseguidores estabas también tú, y eran tantas las ganas de verte de nuevo que, debo confesártelo, he rezado a Fortuna, diosa del azar y el destino, para tener este encuentro. Por tanto, he hecho adelantarse el caballo de ese *cunnus* que se pudre con la cara en el torrente a algunas millas de aquí y me he detenido a esperar un poco.

—Fortuna te ha complacido, entonces...

—Lo suficiente como para llevarle ofrendas mientras viva.

—No ha hecho gran cosa tu diosa, Mamerco, estás a punto de morir.

Audax soltó una carcajada y bajó del caballo, desató el escudo de la silla y lo empuñó, mientras el otro observaba cada uno de sus movimientos.

—¿Quién eres? —preguntó el sannita.

—Tito Mamerco, llamado Audax, de la tribu Pomptina —respondió el otro desenvainando la espada.

—Un espía...

—Le pedí a mi comandante que me pusiera en la primera fila y le mostraría cuántos enemigos era capaz de matar. Él entonces me propuso una posición aún más avanzada que la primera fila romana: la primera fila de los sannitas.

Nearco esbozó una mueca nerviosa.

—Bravo, Tito Mamerco llamado Audax, casi lo habías conseguido, pero tu estupidez te ha impedido alcanzar esa columna para contar tu increíble historia. Ahora pagarás, como ha pagado tu amiguito.

Audax entreabrió los labios, con la mirada cargada de aprensión.

—Lo degollé ayer por la mañana. ¿Sabes? No quería decirme dónde habías escapado.

—¡Él no lo sabía, cabrón!

—Oh, lo siento mucho, entonces; si lo piensas bien, ha muerto por tu culpa —respondió el samnita mientras descendía del caballo con un salto. Empuñó el escudo y se encogió de hombros antes de avanzar amenazadoramente—. Estás muerto, Tito Mamerco.

El romano apretó las mandíbulas y se lanzó con un gruñido rabioso hacia su odiado adversario. Escudos y espadas chocaron con ruidos que resonaron entre las paredes de roca del valle, como si se tratara de un enfrentamiento entre dos gigantes. Los campeones de dos pueblos habían decidido combatir su batalla personal en aquel monte, tierra de nadie, bajo la mirada de los dioses que en ese momento tomaban partido por su respectivo devoto.

Mamerco rugió toda su rabia mientras trataba de romper la guardia de Nearco con un violento embate, que el otro evitó antes de contraatacar con un mandoble que fue a pegar en el escudo.

—Llevaré tu cabeza donde Gelio, esta misma tarde —vociferó Nearco, con el rostro morado.

Audax golpeó, paró una estocada de vuelta y con una patada en el escudo alejó al adversario.

—Me pondré tu coraza y todas tus espinilleras —respondió Mamerco—, de modo que los de la Verehia me reconozcan entre mis miles de hermanos.

Otro embate, otra parada, y era como si cada golpe fuera acompañado por los truenos del Olimpo. Los dos luchaban con la fuerza de los músculos y el odio del ánimo. En un instante parecía prevalecer uno y un momento después la situación se invertía.

Cada golpe dado cortaba el aliento; cada parada mermaba un poco de fuerza. Embestida tras embestida las piernas empezaron a acusar el cansancio, los antebrazos irrigados de venas se volvieron rígidos, el agarre del arma cada vez más arduo, el escudo cada vez más pesado. Pegaban y retrocedían para tomar aliento, luego volvían al ataque. Habían dejado de insultarse, la vehemencia había menguado lentamente junto con el vigor, pero el odio los mantenía clavados uno frente al otro para dar golpes que se estrellaban en los escudos hasta que el samnita recuperó las fuerzas y avanzó con un embate en el cual puso toda su energía. Demasiada fuerza, porque su espada se partió sobre la espalda de Audax.

Retrocedió algunos pasos mientras Mamerco tomaba aliento con una mueca de fatiga que parecía una carcajada. Ya estaba, había vencido, solo quería saborear el momento y vengar a Sepio. Saltó hacia delante y golpeó repetidamente a Nearco que paró cada embestida con el escudo abollado mientras retrocedía con una sonrisa burlona que hizo enfurecer a Audax.

—¿Te ríes a la cara de la muerte?

—Sí, de la tuya, idiota.

Mamerco se volvió un instante para mirar a sus espaldas y vio a dos jinetes que llegaban al galope.

—Estás muerto.

Inseguro, Audax miró a Nearco a pocos pasos, desarmado pero aún en condiciones de protegerse de sus golpes hasta la llegada de los dos jinetes samnitas. Incauto, el romano no había calculado que podrían llegar otros jinetes. Había sido un idiota, habría podido despacharlo como había hecho con los otros, con una lanzada por la espalda. Su deseo de desafiarlo y batirlo había prevalecido y ahora pagaba esa estupidez. Su rabia podía hacerle vencer a Nearco, pero no a dos jinetes frescos y armados con lanzas que se estaban acercando al galope.

Todo se jugaba ahí, en pocos instantes; quizá podría matar a Nearco al precio de su vida. Lo miró a él, luego a los jinetes y tomó su decisión. Habría matado a diez mil samnitas.

Arrojó el escudo, con un salto alcanzó su cabalgadura y saltó a la silla. Nearco se quedó sorprendido por aquel movimiento, pero después de un instante hizo lo mismo y espoleó al caballo en persecución de Mamerco, colina abajo.

Audax se agachó sobre el cuello del animal con la mirada apuntando hacia el polvo que la columna romana alzaba a su paso e incitó al cuadrúpedo a correr aún más rápido, mientras el veterano de la Verehia le pisaba los talones. El mundo en torno a él temblaba al ritmo de la cabalgada enloquecida mientras advertía, con el rabillo del ojo, la cercanía del caballo de Nearco, apenas detrás de él.

Continuó apretando los dientes, pero perdía terreno. También los otros dos jinetes se estaban acercando, y aquellos, a diferencia de Nearco, tenían lanzas que, sin duda, sabían usar.

Sentía el gruñido furioso del samnita sobre el cuello, mientras continuaba su loca carrera, ya sin aliento ni fuerza en los brazos, con las piernas a las que les costaba permanecer ancladas en los costados del animal. Cruzó un riachuelo alzando un abanico de salpicaduras, remontó la orilla opuesta y prosiguió corriendo hasta que, al volverse, se percató de que se había alejado increíblemente de sus perseguidores. Nearco se había detenido junto a los dos jinetes, dejándolo solo. Audax se volvió y miró delante de él. Una decena de jinetes iban a su encuentro al galope.

Aflojó un poco las riendas. Se volvió de nuevo. Nearco estaba lejos. Se levantó en la silla abandonando la guía del caballo y abrió los brazos embestido por el aire de aquella maravillosa mañana. Dejó caer la espada mientras el grupo de exploradores romanos se le acercaba con las lanzas en ristre.

Se le nubló la vista, las lágrimas se deslizaron transportadas por el viento.

—Soy Tito Mamerco Audax —aulló con voz rota—. Y traigo diez mil samnitas para el cónsul Publio Decio Mure.

LOS LLAMADOS POR EL DESTINO

Larth alcanzó la tienda de Ateboduu, donde encontró a Aker agachado en su sitio habitual, listo para hacer de intérprete. Saludó con un gesto de la cabeza al jefe Ateboduu, a los druidas y a los jefes de clan, que lo miraban en silencio.

—¿Me has hecho llamar, *rix*?

—Sí —dijo Aker, que ya había recibido instrucciones sobre qué decir.

—Los jinetes de la retaguardia de Viridomaros informan que las legiones romanas ya no nos persiguen.

El etrusco se quedó sorprendido.

—¿Seguro?

—Han acampado en la ciudad de Aharna.

—¿Acampado?

—Sí, desde hace dos días.

Larth se mesó la barba.

—Aharna está a unas diez millas al este de Perugia. Quizá Ruliano tiene que abastecerse de víveres, o tal vez quiere someter a asedio Perugia, que es una ciudad de la liga etrusca limítrofe con el territorio de los umbros. Con un movimiento similar podría obligar a las ciudades umbras de la zona a alinearse de su parte.

Ateboduu rio, y el etrusco ocultó una vez más su resentimiento hacia las maneras del bárbaro.

—El general romano no puede ser tan estúpido como para someter a asedio una ciudad sabiendo que tiene un ejército enemigo que lo puede atacar a sus espaldas —tradujo Aker.

—¿Y, entonces, por qué Ruliano se ha detenido en Aharna?

—Esperábamos que eso nos lo dijeras tú, Larth.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Qué noticias tenemos del *zilat*?

El etrusco sacudió la cabeza.

—Ninguna.

—¿Ninguna? Desde hace tiempo estamos esperando a que el ejército reunido por la poderosa liga etrusca nos alcance. ¿Dónde está el ilimitado ejército prometido?

—También yo estoy esperando que, de un momento a otro, las vanguardias del *zilat* aparezcan por el oeste. He mandado a mi mejor hombre para decirle al *zilat* que avance lo más rápidamente posible.

—Tu hombre no ha vuelto.

—Volverá.

—No creo. Lo que pienso, en cambio, es que el *zilat* aún debe terminar de

pagarnos y tarda en hacerlo.

—No... —Larth sacudió la cabeza con una sonrisa—. ¿No pensarás que es una cuestión de dinero?

—Se nos ha ofrecido oro por combatir, hemos recibido una parte, ahora queremos ver el resto, luego desenvainaremos las espadas.

—Escúchame, Ateboduu —dijo Larth, con mucha calma, mientras comenzaba a sudar—, en este punto lo primero que hay que hacer es vencer la guerra, luego todo se saldará, verás.

—¡Ahora! —atronó el *rix*, alzándose del sillón como un gigante.

—Ahora no es posible —respondió el etrusco, quieto como un gatito frente a un león rabioso—. Entre nosotros y el *zilat* en este momento están las legiones romanas. Me lo has dicho tú, están en Aharna y ¿sabes por qué están ahí? Porque quieren eso. Quieren dividirnos. No pueden combatirnos y están ganando tiempo. Si fueran más fuertes que nosotros habrían aumentado el paso y nos habrían saltado encima. No tienes idea de lo rápido que se mueven las legiones romanas.

Aker permaneció mudo mirando a Ateboduu, que reflexionaba sobre aquellas palabras.

—No caigamos en su trampa, Ateboduu, miremos más allá. Estratégicamente hablando, detenerse en Aharna es un gran error para los romanos, porque corren el riesgo de quedar atrapados entre dos fuegos. Nosotros al este y el *zilat* al oeste de la ciudad. Si los atacamos desde ambos lados los aplastaremos en una mordaza y luego se abrirá el camino para Roma, y tú tendrás mucho, pero mucho más de cuanto puedas imaginar.

El etrusco se interrumpió y sacudió de nuevo la cabeza.

—Yo, yo no debería decirlo, pero si fuera tú no aguardaría lo que te debe el *zilat*, sino la oportunidad que te dará vencer esta guerra. Roma, Roma y sus aliados. ¿Te das cuenta de lo que estamos a punto de tomar? ¿Te das cuenta de las riquezas, la potencia y la inigualable gloria que estamos a punto de aferrar?

El león se calmó.

—Tendrías tanto oro que ni siquiera podrías transportarlo, y luego... ¿para qué transportarlo? Tendrías una ciudad inmensa en la que establecerte con miles de esclavos para servirte. ¿Quieres perder todo esto, retirarte a tus tierras y dejar la obligación de la batalla?

Larth señaló algunos cofres a los pies del *rix*.

—Ese es el oro de la II Legión y basta para atraer sobre nosotros las iras de los romanos para los próximos cien años. Si queremos salir todos de esta situación debemos permanecer unidos y derrotarlos. No solo debemos vencer una batalla, debemos aniquilarlos, debemos extirparlos de la Historia o serán ellos los que lo hagan con nosotros.

Todos permanecieron en silencio.

—Dame algunos días, *rix* —insistió Larth—, acampemos aquí, estamos a un paso

de las tierras de los senones; en cuanto las legiones romanas se muevan nos moveremos también nosotros, pero si, como pienso, el *zilat* se está acercando, entonces los romanos serán aplastados en una mordaza.

—Tres días —respondió el *rix* después de unos instantes—, luego levantaremos las tiendas, llegue o no el *zilat*.

—Tres días —asintió Larth, sintiendo que el sudor le bañaba la espalda.

El jefe dirigió algunas palabras incomprensibles a los druidas sin que Aker las tradujera. Uno de estos, el más anciano, asintió y salió de la tienda seguido por todos los presentes.

—Es preciso interrogar a los dioses —dijo Aker.

—Sí —respondió Larth, suspirando de alivio.

—Te conviene mandar a los tuyos para ver la situación —continuó el siervo del *rix* mientras se disponía a seguir al cortejo—. Están perdiendo la paciencia y son muy impulsivos. Se cansan pronto de las alianzas que no son convenientes.

—Hace nueve meses —aulló Publio Decio Mure a las legiones alineadas—, estaba amaneciendo cuando nos reunimos en el Campo de Marte con el fin de partir hacia esta campaña. Bajando del Palatino, acompañado por el rumor de las *caligae* de mis lictores, vi emerger de la oscuridad los perfiles de la Urbe. La ciudad estaba comenzando un nuevo día, un día como tantos otros, sin embargo, aquel día es más que cualquier otro que tenga en el corazón. Porque esa fue la última vez que vi sus colinas coronadas de templos, las estatuas de los Dioscuros, las ricas moradas que cedían terreno a las islas de casas, la obra del templo de Saturno al final de una intrincada telaraña de callejas. Alzando la mirada al Capitolio vi el templo de Júpiter Óptimo Máximo recortarse contra el cielo que se aclaraba adoptando un color irreal. Un azul vetado de estriados rosas tenues y, al mismo tiempo, cargados de luz. Un color que solo existe en Roma.

Los hombres lo escuchaban en religioso silencio.

—No se parece a nada del mundo. Es una ciudad aparte, donde hombres y dioses luchan para tener sus espacios, y en aquel amanecer, más que nunca, me di cuenta de que lo que veía no eran edificios, no eran columnas las que sostenían los templos, no eran las estatuas bloques de mármol. Éramos nosotros.

El cónsul abarcó a toda la alineación con los ojos.

—Todo allí es nosotros, los templos gemelos de Aurora y Fortuna, como también el edificio demolido a su lado. Su aparente desorden es nuestra evolución, nuestra mentalidad que se modela toma forma de nuestro pasado y nos ayuda a superar el presente. Roma es el lisiado, el mendigo, el esclavo, el delincuente, el soldado, el mercader, el senador, el pontífice y el magistrado. Roma es un libro abierto que cuenta lo que hemos hecho y lo que somos. Roma somos nosotros, nuestra historia, nuestras emociones, nuestra vida, y yo —subrayó extendiendo los brazos—, yo la

amo.

Mure llenó los pulmones y gritó conteniendo apenas la emoción:

—Yo la amo con un amor poderoso, impetuoso y violento.

Triarios templados por años de batalla lo miraban con ojos brillantes.

—Más allá de aquellos montes —continuó Mure, señalando los Apeninos—, los samnitas marchan hacia el norte para alcanzar a los senones y combatirnos. Marchan rápido porque saben que cuanto antes alcancen a sus aliados, antes podrán darnos batalla contando con su número. Quieren vencernos entre estos bosques salvajes y apuntar hacia el sur, a nuestras tierras. Quieren Roma. Quieren la Roma que yo vi aquella mañana. Samnitas, etruscos, umbros y los feroces senones se extenderán por la Via Sacra, celebrarán banquetes en el templo de Saturno y mearán en la base de sus columnatas, se apoderarán de nuestras casas, violarán a nuestras mujeres y nuestras madres, llevarán a la esclavitud a nuestras hijas y clavarán las cabezas de nuestros padres fuera de la Curia Hostilia.

Las legiones lo miraban, rabiosas.

—Yo no estaré entre los que les permitan cruzar indemnes el Campo de Marte con sus sucias sandalias. ¡Yo no!

El rugido de sus soldados lo embistió.

—Ningún galo, umbro, samnita o etrusco atravesará nuestras filas. ¡Ninguno! ¡La derrota no es ni siquiera tomada en consideración por parte de los soldados de Roma!

Se produjo un estruendo. Ya no fue posible hablar. El fragor era tal que Mure no pudo continuar el discurso y a duras penas consiguió poner orden en las filas. Tal era la voluntad de los hombres de reanudar la marcha hacia el norte y arrasar a los samnitas.

—Les hemos puesto el fuego sagrado dentro —dijo a Tito Mamercio, que estaba a su lado—, y una parte del mérito es tuyo.

Audax esbozó una tímida sonrisa.

—Tu nombre ha recorrido a lo largo y a lo ancho nuestras filas desde que regresaste a las legiones —continuó Mure, volviendo a mirar a los suyos—. Lo que has hecho no solo nos ha proporcionado informaciones preciosas, sino que también ha disminuido a los samnitas a los ojos de los hombres. Es como si les temieran menos.

Uno de los lictores llegó trayendo un bellissimo semental por las bridas.

—Lástima que el éxito de tu misión sea solo parcial. También ellos saben dónde estamos y saben que tú nos lo has contado todo de su organización. Sin duda, cambiarán algo en su táctica, también porque han descubierto que estamos yendo a reunirnos con Ruliano.

—Fue un error mío, cónsul, tendría que haber matado a Nearco.

Mure asintió.

—Has actuado tan bien como has podido. No podías saber que llegarían dos jinetes. Además, lo más probable es que sus exploradores nos hubieran avistado

igualmente. Así fue.

Audax bajó la cabeza y Publio Decio le puso una mano sobre el hombro.

—Has hecho lo que te he pedido, Tito Mamerco; no te atormentes, encontraremos a los samnitas en la batalla y estarán locos por despedarnos por cómo los hemos burlado —dijo con una carcajada que contagió a todos los lictores—. Pero nunca como nosotros, ¿verdad, Tito Mamerco?

—¡Puedes jurarlo, cónsul!

—Matarás a tu Nearco, y quizás a Estacio, y, por qué no, a Ignacio.

—No pido más.

—Lo sé, y para hacer que tú los veas desde lejos quiero encargarte algo que llevarás a término lo mejor que puedas.

—Estoy a tus órdenes, cónsul.

—Coge este caballo y reúnete con los *extraordinarii*. Desde hoy ocuparás el puesto de Lupus.

—¿El puesto de Lupus?

—Sí, se lo debemos, Audax, estoy seguro de que él estaría contento. Y, además, no puedo permitirme tener a alguien como tú entre los asteros. Necesito tus ojos y tu conocimiento del enemigo. Necesito que me digas cómo se disponen en la batalla y dónde se sitúan sus comandantes. Te necesito, Tito Mamerco, hasta que los hayamos matado a todos. Me has prometido a diez mil samnitas. Ahora los quiero ver muertos.

XXXIX

AHARNA

—¿Samnitas?

—Sí —respondió Aker al portavoz del *zilat*, que lo seguía con paso rápido a la luz de los fuegos del campamento—. Un grupo de jinetes samnitas ha llegado esta mañana.

—¿Y por qué has esperado tanto para avisarme?

—Porque el *rix* me ha dicho expresamente que no te avisara. Creo que es un motivo suficiente.

—Aker, tú eres un rasena, debes tenerme al corriente.

—Cuando seas más poderoso que el *rix* te tendré al corriente de todo, Larth —dijo el siervo, señalando al grupo de jinetes que celebraban un banquete con Ateboduu—. Por ahora confórmate con lo poco que puedo hacer. Me arriesgo a morir por cada palabra de más que te digo —concluyó antes de alcanzar su puesto habitual entre los perros de Ateboduu, que se afanaban con los huesos del banquete.

El etrusco saludó a los presentes con un diplomático gesto de la cabeza y Aker tradujo, como de costumbre.

—Él es Larth, hijo de Laris, de la familia de los Thefrinai, portavoz de Vel Lathites, el *zilat mech rasnal*, que parece haber desaparecido junto con su ejército.

El etrusco fingió no haber oído y confió en su arte diplomático. Por lo que sabía, los samnitas no eran como los senones.

—Es un placer conoceros, recibid mi homenaje de parte del *zilat*.

—Soy Minacio Estacio —dijo un hombre imponente de barba oscura y voz profunda—, estoy aquí para traer un mensaje urgente de parte de Gelio, *meddix tuticus* de la liga samnita.

—Te escucho, Minacio Estacio.

—El ejército de Gelio ha dejado el Samnio y se dirige al norte bordeando la dorsal apenínica. Dentro de unos diez días nuestras legiones habrán alcanzado las tierras del rey Ateboduu.

—Traes grandes y felices noticias, noble Estacio.

—Por desgracia, no, porque no es esta la única noticia que tengo que dar. Otro ejército está remontando la vertiente occidental de los Apeninos: el de Publio Decio Mure.

Larth frunció el ceño.

—Publio Decio Mure...

—Sí, el cónsul romano que tenía órdenes de hacer la guerra en el Samnio de pronto ha invertido la dirección de marcha y se está moviendo rápidamente hacia el norte.

—Quieren reunirse con Ruliano —se entrometió Ateboduu—, por eso el viejo cónsul romano se ha detenido en Aharna. Ese es el punto de encuentro.

El etrusco sacudió la cabeza, de nuevo incrédulo ante las noticias que llegaban y sorprendido de ser el último en saberlas.

—Con el ejército del *zilāt* estamos aún en superioridad numérica.

—¿Dónde está ese ejército? —estalló Ateboduu—. ¿Dónde está?

—Mis jinetes estarán de vuelta pronto y entonces sabremos...

—Tus jinetes deberán alcanzarnos en nuestras tierras. El tiempo a tu disposición ha terminado. Ahora decido yo.

—Tú has aceptado hacer la guerra para nosotros a cambio de dinero...

—Yo aún no he visto el oro que os he pedido, rasena —rugió el *rix*—, pero como dices tú, llevo los cofres de la II Legión y eso basta para atraer sobre mí todas las fuerzas reunidas por los romanos. ¡¿Acaso crees que soy idiota?! —aulló Ateboduu, con el rostro morado y las enormes venas del cuello que palpitaban—. Los quirites vendrán a llevar la guerra a mis tierras como han hecho en las regiones de donde proviene Minacio Estacio y continuarán adelante hasta que hayan tenido su venganza. Ya no es tiempo de esperas y preparativos, es tiempo de hacer la guerra, y la haremos a mi modo. Yo no les temo y no veo la hora de clavar en esta pica la cabeza del cónsul romano.

Los portadores de escudo de Ateboduu exultaron. El *rix* miró a Estacio con una sonrisa maliciosa:

—Volverás donde Gelio con los mejores guías que te pueda dar. Conozco cada piedra y cada árbol de estas tierras. Os conducirán más allá de las montañas en el menor tiempo posible.

Minacio Estacio asintió.

—Tenemos el control de todos los caminos que atraviesan los montes y las tierras umbras —continuó Ateboduu—, no solo las principales vías, sino cualquier pequeño sendero que lleva a nuestras regiones. Hemos protegido cada paso vigilándolo con tropas. No hay valle o garganta que no esté cerrada. Los exploradores romanos encontrarán una sola vía de penetración hacia las llanuras del norte a través del amplio y cómodo valle del río Esi, y nosotros los esperaremos allí.

De nuevo los galos exultaron, se sirvieron copas y comida.

—Sus dioses —atronó el *rix*— temerán nuestro alarido de guerra y mirarán atemorizados a los guerreros galos y samnitas destruyendo las filas enemigas. El agua del río se teñirá de rojo por la sangre de los romanos y sus huesos se blanquearán por decenas de miles al sol en los años por venir, como admonición para todos aquellos que quieran desafiar a los senones.

Los portadores de escudo lo alzaron como triunfo entre los gritos de todos los otros. Larth intercambió algunas miradas en silencio con Minacio Estacio y su séquito y nunca como en aquel momento se sintió tan menospreciado e impotente. La cercanía de las legiones samnitas había puesto eufórico a Ateboduu, que había

encontrado en ellos nuevas fuerzas. El *rix* ya no contaba con la llegada de los etruscos y, en lo más profundo de su pensamiento, también el portavoz del *zilat* comenzaba a dudarlo. Hulx había desaparecido, al igual que los jinetes enviados al oeste.

Larth esperó el momento oportuno para escabullirse de aquel banquete y, tratando de no ser advertido por nadie, alcanzó los márgenes del campamento, donde los caballos abrevaban. Observó la luna centelleando entre los remolinos del agua y pensó en las palabras de Aker; los senones se habían cansado de aquella alianza y antes o después uno de aquellos gigantes borrachos lo desafiaría, solo por el gusto de hacerlo. Aquel ya no era sitio para él, tenía que comenzar a meditar un plan para dejar la escena, lo más diplomática y rápidamente posible. Esperaría el regreso de sus exploradores para saber dónde estaba exactamente el *zilat* y luego tomaría una decisión definitiva.

Una fragorosa carcajada a lo lejos hizo eco al banquete de Ateboduu. Larth miró las siluetas de los hombres que se recortaban en la luz de los fuegos. Desde hacía tiempo pensaba que su presencia entre aquellos hombres ya no tenía significado y sabía que el único motivo que lo retenía aún allí no tenía nada que ver con la diplomacia.

Una figura sutil bajó del campamento hacia el río con una vasija sobre los hombros. Larth se acercó a un árbol y se quedó esperando hasta que esta estuvo cerca.

—Velia.

La muchacha se volvió de golpe. El rostro oval, los ojos de gato color avellana y el pelo recogido en un rodete detrás de la nuca. Dos pendientes dorados en los lóbulos y un collar entrelazado al cuello.

—No deberías estar aquí —respondió ella, mirando a su alrededor con aprensión.

—Tranquila, solo quería hablar un poco. Nadie nos ve.

—Ateboduu me matará solo si te miro.

—Se está llenando el vientre de vino, ni siquiera se percatará de tu ausencia.

Ella sacudió la cabeza, asustada.

—Pobre muchacha, ¿cuánto hace que te tienen aquí? Tú eres como yo, eres una rasena.

—Yo soy de Ateboduu.

El etrusco sacudió la cabeza.

—Ateboduu está a punto de ir a la guerra y te garantizo que cuando termine podré liberarte tanto a ti como a tu hermano.

Velia sacudió la cabeza, aterrorizada. Los ojos rojos, las pupilas brillantes.

—¿No quieres volver con tu gente? —preguntó él, examinando aquel maravilloso cuerpo que vibraba bajo la vestidura—. Yo puedo hacerte libre y darte una vida de señora —susurró él, acercándose—. ¿No te gustaría ser tratada como una reina lejos de aquí?

La muchacha miró a su alrededor como un cervatillo espantado.

—Sí...

—Entonces, vente conmigo.

—¿Y Aker?

—Pensaré también en él, no te preocupes —dijo, rozándole un mechón de cabellos con las yemas.

El rugido de Ateboduu llegó desde el vivac.

—Me está buscando.

—Ve, te diré qué hacer cuando llegue el momento.

Velia asintió y se escabulló rápidamente en la sombra, dejando tras de sí la fragancia del humo que había impregnado sus vestidos, que en aquel momento al etrusco le pareció el más sensual de los perfumes. De golpe se sintió eufórico.

—Sería un verdadero pecado dejarte aquí —dijo, mirándola mientras se alejaba—, un verdadero pecado.

El portavoz del *zilat* se rio sarcásticamente ante la imagen de Ateboduu despertándose después de una borrachera y viendo que ella ya no estaba. Se volvió para marcharse, cuando chocó con un hombre que caminaba en la dirección opuesta. Los dos se miraron. Larth había visto en alguna parte a aquel individuo, pero no recordaba exactamente dónde. Se apartó y lo dejó pasar rumiando quién era, y luego se acordó: era el auriga de aquel *nerf* umbro que había sido muerto en la batalla, aquel cuyo hijo había sido desterrado.

El etrusco sacudió la cabeza, la vida era imprevisible, quién sabía cómo había terminado aquel muchacho, pensó sin demasiado sentimiento, mientras observaba que el auriga se alejaba seguido por algunos guerreros umbros armados hasta los dientes que evidentemente debían montar la guardia.

—¿Por dónde? —preguntó Turscu a uno de los hombres que lo seguía.

—Más allá de esos árboles —respondió este, señalándole el lugar con la punta de la lanza.

El grupo prosiguió dejando a sus espaldas el vocerío y los fuegos del campamento y se adentró en la oscuridad de un bosquecillo. El antiguo auriga de Kuretus caminaba volviéndose hacia los otros hombres que le indicaban la dirección que debía seguir hasta que el grupo llegó a un pequeño claro y se detuvo.

—¿Qué quieres de mí?

—Reencontrar a un amigo —respondió una voz en la sombra del bosque.

—¿Quién eres?

—Tu pasado —respondió este, revelándose.

—¿Thucer?

—¿Cómo estás, Turscu?

El viejo auriga abrazó al muchacho.

—Thucer, no había vuelto a tener noticias tuyas, no te veíamos desde la noche de la batalla.

—Estabais tan ocupados en emborracharos que no os percatasteis de mi partida —espetó este sin responder al abrazo.

—No digas eso, buena parte de nosotros añora a tu padre, pero ¿qué podíamos hacer? Enumek se habría vengado con nuestras familias en Tifernum si no hubiéramos colaborado.

—Sí, lo sé, en aquel momento era más fácil renegar del pasado, me doy cuenta.

—No era una cuestión de facilidad, sino de salvar la vida. También tú has elegido marcharte para mantener el único bien precioso que te ha quedado.

El muchacho miró a los ojos al viejo auriga.

—Sí, tienes razón, todos hemos pensado en la vida y hemos inclinado la cabeza ante el destino.

—Pero ¿cómo estás, muchacho? ¿Dónde has ido a parar? —preguntó Turscu examinando la bella coraza que Thucer llevaba.

—He trabajado para volver a mirar la vida con la cabeza alta, Turscu.

—No entiendo.

—Mira, he encontrado un aliado, un aliado muy poderoso con el que recobraré Tifernum.

—¿Un aliado? ¿De qué ciudad?

—... Roma.

El auriga puso los ojos en blanco.

—¿Qué estás diciendo?

Thucer señaló a los hombres de su séquito.

—Estos jinetes llegan de Camers, una de las pocas ciudades umbras aliadas con los romanos. Ha sido una broma para ellos colarse aquí en el campamento.

Turscu examinó incrédulo a los hombres que lo rodeaban.

—Estamos a pocos días de distancia de aquí, Turscu. Un gran ejército.

—¿Un gran ejército? ¿Dónde?

—No te lo puedo decir, pero los romanos no perderán esta guerra y conviene estar del lado adecuado una vez que haya terminado. Conviene estar del lado de los vencedores.

—He visto combatir a los senones, son unos demonios.

—Yo he visto a los romanos, Turscu, he marchado con ellos y sé que no pueden volver a casa derrotados. La derrota no es aceptable en su naturaleza. Continuarán combatiendo hasta que venzan.

—Quisiera poder tener tus mismas certezas —dijo el auriga—, pero la victoria nunca es segura y nosotros no podemos prever el futuro.

—Lo sé, pero no podemos establecer después de la batalla de qué lado estar, ¿entiendes? Yo estoy aquí para pedirte que estés de mi lado y traigas contigo a todos los que estaban con mi padre.

Turscu lo miró pensativo.

—¿Qué me estás pidiendo, exactamente?

—Que vuelvas con los tuyos esta noche y les digas que me has visto, que he estado aquí con unos jinetes umbros.

El muchacho hizo una señal y dos hombres entregaron dos pesadas alforjas al auriga.

—Este dinero servirá para darte credibilidad, distribúyelo y diles que es una mínima parte de lo que dispongo en Tifernum. Diles que les pagaré personalmente a quien no se presente a la batalla al lado de los Enumek y que, terminada la guerra, cuando Tifernum pase bajo la égida romana, garantizaré su protección.

—¿Y si no aceptan?

Thucer volvió a ponerse la capucha.

—Se convertirán en esclavos y serán conducidos encadenados a Roma.

—¿Harías eso a tu gente? —preguntó el auriga, triste.

—Es mucho menos de lo que me hicieron ellos, Turscu. Mucho, pero mucho menos; sin los etruscos estaría muerto.

—¿Cómo podré comunicarte el resultado de su decisión?

—La noche antes de la batalla nos encontraremos a medio camino entre las dos alineaciones. Yo estaré en el extremo izquierdo de la mía y tú en el extremo derecho de la tuya. Espera el lanzamiento de una flecha incendiaria en el cielo y reúnete conmigo. Cinco hombres por parte, si veo más, querrá decir que no eres tú o que me has traicionado.

—¿Qué tendremos como garantía de nuestra salvación?

—Mi palabra.

Turscu miró al muchacho.

—Espero que a ellos les baste esta garantía.

—No tienen alternativa —respondió el joven, seco, montando en la silla de su espléndido semental negro—. Ahora vuelve donde los tuyos y piénsalo. La noche es buena consejera.

—Está bien.

—Y... cualquier cosa que decidas —añadió Thucer—, aquel día estate lejos de las enseñas de Enumek.

El viejo auriga asintió y en un instante se encontró solo en el bosque. El joven umbro y los suyos habían desaparecido en la oscuridad.

—Kuretus se equivocaba, muchacho, tú llevas dentro de ti mucho de él.

Desde hacía días Tito Mamercus batía a lo largo y a lo ancho las zonas que serían atravesadas por las legiones de Mure a pie algunas horas después. Había cabalgado sin descanso durante quince días, la mitad de los cuales bajo una lluvia torrencial. A pesar de la estación avanzada, las regiones cercanas a los Apeninos eran constantemente azotadas por vientos que traían nubes y chubascos.

La lluvia se desvaneció junto con las nubes negras, que dejaron lugar a amplios

jirones de cielo azul propio de aquel otoño avanzado. Audax avistó a lo lejos la ciudad de Aharna, rodeada por los *castra* de las legiones de Quinto Fabio Máximo Ruliano, un espectáculo que le quitó el poco aliento que le quedaba. Duró un instante, luego una sonrisa le hizo olvidar tanto el cansancio físico acumulado en los últimos días como el mental de los últimos meses. Giró el caballo y lo espoleó para regresar al galope hacia las legiones de Mure que estaban llegando. Quería ser el primero de los exploradores en llevar aquella noticia al cónsul.

Publio Decio Mure ni siquiera necesitó escuchar las palabras de Mamerco. Comprendió por su expresión que finalmente habían llegado a Aharna. En vez de montar en la silla y disponerse a alcanzar a Ruliano, se limitó a dar la noticia a los más próximos, y un alarido de alegría seguido por aclamaciones empezó a descender la larguísima columna de los soldados que seguían.

De nuevo en marcha para recorrer las últimas millas de aquel viaje con una confianza y una fuerza de ánimo recuperada. Mure, a la cabeza, pensaba a cada paso en el pequeño Publio y en la recién nacida Publilia, mientras a sus espaldas las legiones elevaban al cielo su canto, por primera vez desde el día de la partida de Roma, como si los soldados quisieran empujar a su cónsul en vez de seguirlo.

Ya no eran los hombres reclutados en el Campo de Marte, aquel largo recorrido y las fatigas compartidas los habían templado. Ya no eran los ciudadanos que habían dejado a sus familias, eran los legionarios de Mure y estaban listos para hacer lo que él les pidiera que hicieran.

A lo lejos, vinieron a su encuentro algunos jinetes rodeados por una selva de enseñas que ondeaban al viento. En la agitación de capas y estandartes, Publio Decio entrevió la barba blanca de Quinto Fabio Máximo, a la cabeza, con el yelmo crestado. Hacía meses que esperaba ese momento, y ver al viejo Rullus corriendo hacia él le llenó el ánimo de alegría.

Lo había conseguido. Desde aquel momento tendría un igual con el que compartir las preocupaciones, y no era algo irrelevante.

Ruliano detuvo el caballo a algunos pasos de la columna, desmontó y fue al encuentro de Mure, que se apartó de los suyos. En los últimos pasos que los separaban, ambos extendieron los brazos con una sonrisa luminosa y las legiones de Mure explotaron en un estruendo de feliz asentimiento.

Habían pasado diez meses desde su reunión en la casa de Ruliano.

XXXXX

AGRUM SENTINATE

Larth se puso su vistoso yelmo, coronado por una elaborada cresta metálica; se acomodó el talabarte que sostenía su espada y salió de la tienda. Los jinetes que había enviado a valorar la situación habían vuelto con pésimas noticias. Los caminos que llevaban al oeste, hacia Perugia y Etruria, estaban controlados por los romanos y cualquiera que se aventurase en ellos acababa en sus manos. No era todo. Las legiones de Quinto Fabio Máximo Ruliano habían sido alcanzadas en Aharna por las de Publio Decio Mure. Los jinetes etruscos habían informado sobre una estimación aproximada de treinta mil hombres entre romanos y sus aliados, que se habían puesto en camino cerca de Iguvium, otra ciudad umbra aliada de los romanos, que, como Camers, les habría suministrado comida y armas.

Desde Iguvium, los romanos tendrían dos posibilidades para acercarse a las tierras de los senones. Una era larga, tortuosa y llena de gargantas. En esa Ateboduu no había dispuesto contingentes para aflojar su avance, porque había estimado improbable que los dos cónsules la hubieran elegido. En cambio, había aprovechado las tribus umbras, aliadas de los senones, para controlar la segunda vía, mucho más breve y fácilmente alcanzable por un ejército tan numeroso y con tantos carruajes detrás. Pero los umbros no habían informado de ningún movimiento de los enemigos en sus tierras; por tanto, los romanos debían de estar entre las gargantas que los harían desembocar en las llanuras controladas directamente por el ejército reunido por el *rix*.

En aquella circunstancia, Larth debió admitir que el movimiento de Ateboduu de hacer retroceder a sus fuerzas a su propio territorio había dado buenos frutos. Eran varios los clanes que habían acudido para unirse a su ejército, trayendo nuevos combatientes para afrontar a las regiones romanas y sus aliados.

A estos finalmente se habían incorporado los samnitas, llegados unos días antes a las tierras de los senones. Habían montado su campamento a cuatro millas de donde se había instalado Ateboduu con sus guerreros. La disposición de los dos campamentos estaba situada en la parte más amplia del valle desde el cual se esperaba ver llegar a los romanos.

La llegada de los samnitas restablecía, es más, daba un vuelco a favor de la alianza antirromana que, con la incorporación de los recién llegados, superaba ya los cincuenta mil hombres, anunciando una batalla de proporciones épicas.

Larth pensó con amargura que solo faltaba el ejército etrusco en aquella cita con la historia. Todo el campamento estaba en ebullición por una ceremonia sagrada que se celebraría esa misma noche. Los guerreros se habían dirigido al claro de un bosque en las inmediaciones, que era considerado sagrado por los druidas senones. El etrusco

no tenía idea de qué harían en ese bosque y poco le importaba. El hecho de que los guerreros estuvieran concentrados en aquella ceremonia le daba la posibilidad de marcharse con antelación, gracias a la oscuridad de la noche y llevarse lo que deseaba. Ya nada lo retenía allí, y cuanto más tiempo pasaba, más se convertía en un personaje incómodo, mejor dicho, corría incluso el riesgo de verse convertido en un rehén, en las manos de los senones, junto a sus jinetes, para ser intercambiado por el oro que el *zilat* aún debía a los bárbaros. Para evitar estas infaustas consecuencias que aguijoneaban desde hacía tiempo su mente, se presentó al *rix* y esperó a que este se decidiera a recibirlo.

—Siento mucho comunicarte que no puedo seguir aceptando tu hospitalidad. Las legiones romanas ya están cerca y dada la inminencia del enfrentamiento debo dar informaciones precisas a Vel Lathites, el *zilat mech rasnal*.

Ateboduu escuchó la traducción hundido en su sillón cubierto de pieles.

—Podrías proporcionar informaciones más precisas después de la batalla.

Larth comprendió que Aker trataba de evidenciar lo menos posible el tono irónico del *rix*.

—¿Y si consiguiera alcanzar al *zilat* y conducirlo aquí a tiempo para el enfrentamiento?

—Si fuera así, los umbros que controlan los pasos ya habrían avistado a tu *zilat* y lo habrían conducido aquí.

—Desde hace demasiado tiempo espero sus noticias, noble Ateboduu. Es hora de que me sincere en persona sobre la situación del ejército de la liga etrusca.

El *rix* esbozó una sonrisa mientras Velia llegaba para traerle vino. Fue una batalla interior para el etrusco, que se obligó a no mirarla. Mantuvo la vista clavada en los ojos de Ateboduu y su mueca grosera hasta que la muchacha le trajo un cráneo lleno de vino. En aquel momento le agradeció y no pudo menos que intercambiar una fugaz mirada con ella.

—Es una lástima que te pierdas la batalla que tanto has deseado.

—Sí, pero las órdenes que he recibido me imponen afrontarla entre las filas etruscas. Dondequiera que estén, deberé encontrarlas.

—Entiendo.

Los dos se miraron, cada uno sosteniendo un cráneo transformado en copa.

—Solo queda beber por lo que ha pasado y por aquello que los dioses quieran que sea.

El portavoz del *zilat* asintió y llevó la copa a los labios, que bebió de un sorbo.

—Partiré antes del alba para tener por delante toda la jornada de camino. Sé que esta noche habrá una ceremonia sagrada; por consiguiente, probablemente cuando vuelvas ya habré partido. Por eso quería despedirme ahora.

Ateboduu asintió.

—Que Taranucus proteja tu viaje. Aker os dará de comer y beber a ti y a toda tu escolta.

—Te lo agradezco infinitamente, Ateboduu. Espero verte pronto, aún más fuerte y poderoso.

—Así será.

—Entonces que el poderoso Tinia ilumine tu camino y envíe a los infiernos a todos los que traten de detenerte, Ateboduu —concluyó el etrusco antes de hacerle una reverencia y marcharse seguido por el pequeño esclavo.

Los dos se encaminaron hacia la zona donde habían instalado las tiendas de Larth y su séquito. Cuando el siervo se sintió bastante lejos de Ateboduu aceleró el paso poniéndose al lado del etrusco.

—Una sabia decisión, Larth. Tu presencia aquí se había hecho insostenible y he comenzado a pensar lo peor para ti y sobre todo para Velia.

—¿Velia? —preguntó el otro, deteniéndose.

—Sí, Velia. ¿Crees que la otra noche no te vieron junto al río con ella?

—No ha sucedido nada.

—Te habrás vuelto loco, te has acercado a una de las concubinas del *rix*. No es una mujer de la tribu, es de su propiedad.

—No por mucho tiempo.

—¿Qué?

Larth inclinó la cabeza, luego la levantó clavando los ojos en los del siervo.

—Le he pedido que viniera conmigo.

El hombrecillo cogió del brazo a Larth y lo arrastró, llevándolo detrás de las tiendas de los etruscos.

—Debes de estar trastornado —dijo, mirando a su alrededor.

—¿Yo? Tú has enloquecido, Aker. Bebes de los cráneos de los comandantes rasena y en todo este tiempo nunca me has pedido que te sacara de aquí. Al miedo de obtener la libertad prefieres la innoble seguridad de la esclavitud.

—Porque sigo con vida, ¿entiendes?

—¿Vida? ¿Llamas vida a esto? ¿Te das cuenta de que tu puesto está entre los perros de Ateboduu?

El siervo no pudo responder.

—¿Piensas que tienes muchas otras vidas disponibles para recuperar la libertad?

—No, tengo solo una y no quiero malograrla. Un paso en falso aquí dentro y me convertiré en la próxima copa de Ateboduu.

—Entonces, ven, encontraré un caballo también para ti. Esta noche, durante el rito sagrado, cuando todos estén lejos. Nadie se percatará de que hay un par de jinetes menos.

—Se percatarán mañana.

—Mañana los romanos estarán al alcance de la vista de este campamento. Ateboduu tendrá cosas mejores que hacer y su anhelo de poder le impedirá ocuparse de nosotros.

—Con un rugido mandará a un grupo a buscarnos.

—Tendremos una noche de ventaja.

—Es arriesgado. Yo no puedo exponer a Velia...

—Nadie te ha pedido tu permiso. Y, además, veamos, ¿qué puede sucederle? ¿Algo peor que ser la concubina de Ateboduuus?

—Yo...

—Tú tienes dos posibilidades, Aker: vienes conmigo esta noche, o eliges tu esclavitud y callas, pero no la obligues a tomar tu misma decisión.

—¿Y quién me dice que después no se convertirá en tu concubina?

—Si sucede será en Tarquinia, en un palacio donde tendrá doncellas que la envolverán en aceites perfumados. No está tan mal para una esclava, ¿no crees?

Aker no supo qué responder.

—¿Vendrás con nosotros?

El siervo se mordió los labios. Luego asintió en silencio.

Tito Mamercio siguió a Marco Livio hacia la tienda de Mure, más allá de la selva de pendones que se recortaba en el rojo del ocaso. Estaba vigilada por un nutrido grupo de guardias y lictores que se apartaban al paso de los dos. Un centurión en el umbral los hizo detenerse y avisó de su llegada.

—Los picenos se han mantenido neutrales —dijo desde el interior de la tienda la voz de Publio Decio Mure—. Su centro más importante, Ausculum, ha presionado para mantener el comercio con umbros, etruscos y griegos. A pesar de que en el pasado los picenos siempre hayan mantenido acuerdos de alianza con Roma, en este caso han preferido abstenerse porque están amenazados desde el norte por los galos senones y al sur por los samnitas y quizá por los mismos umbros al oeste.

—Que miren —respondió una voz profunda—, terminada la guerra iremos a golpear a su puerta y deberán decidir de qué lado están.

El centurión en el acceso dio el permiso a Marco Livio y Tito Mamercio para que entraran. Los dos cruzaron el umbral y alcanzaron el despacho del cónsul en el comando repleto de tribunos y centuriones veteranos. Audax miró a su alrededor saludando con un gesto de la cabeza los rostros desconocidos que cruzaban su mirada hasta que se detuvo frente a la mesa donde estaban sentados los dos oficiales supremos.

—Este es el hombre del que te hablaba: Tito Mamercio Audax —dijo Mure vuelto hacia Quinto Fabio Máximo Ruliano.

El viejo cónsul asintió mesándose la barba blanca.

—El más valiente de los valientes —dijo, examinándolo—. ¿Qué tribu nos ha dado este magnífico soldado?

—Pomptina, señor —respondió Mamercio, tenso.

—Bien, estoy contento de que estas tribus de nueva constitución proporcionen hombres de tanto valor —dijo Ruliano, poniéndose de pie—. Mi colega Publio Decio

me ha dicho lo que has hecho en el campamento de los samnitas, y nosotros te estamos agradecidos por los testimonios que nos has traído. Confiemos en atesorar lo que has informado respecto del modo de combatir y su disposición en el campo.

Quinto Fabio Máximo desplegó un mapa delante de los ojos de Audax y señaló un punto.

—Aquí, en el Agrum Sentinate, mis exploradores han avistado su campamento. Ya ha habido enfrentamientos entre jinetes. Poca cosa, algunas escaramuzas, pero los tenemos enfrente, muchacho. Los samnitas están a una decena de millas delante de nosotros y nos esperan.

Rullus se detuvo y esperó a que Audax lo mirara a sus ojos claros antes de esbozar una sonrisa paternal.

—Finalmente, podremos recoger el fruto de tu trabajo.

—Me alegro, cónsul.

—Pero aún te necesito para coger a esos diez mil samnitas que has prometido a Roma.

—Manda, cónsul.

Quinto Fabio desplazó el dedo, señalando otro punto del mapa.

—Hay otro campamento al oeste del de los samnitas: el de los senones.

Audax abrió la boca, sorprendido.

—Por desgracia, no podremos enfrentarnos por separado a los dos ejércitos. Samnitas y senones al final han conseguido reunirse y quizás entre los galos se escondan los contingentes de umbros, que nos son hostiles. Pero no desesperemos, nuestro plan, por el momento, ha funcionado a la perfección. Los etruscos han sido apartados de la batalla y parece que también entre los umbros ha habido defecciones. Estamos cerca de sus tierras y temen nuestras represalias en caso de victoria.

El cónsul se detuvo para mirar el mapa.

—A juzgar por la amplitud de sus campamentos deberían ser más o menos el mismo número, pero esto poco importa, en la batalla no cuenta el número, cuenta el valor y aún más la posición, y esa la estudiaremos atentamente mañana, mientras nos acerquemos a ellos. En cuanto al valor, los galos comienzan las batallas presa de un furor heroico, corren como locos, rugen como leones rabiosos y después de la primera carga enemiga pierden vigor y se convierten en mujercitas espantadas.

Todos estallaron a reír y Audax los secundó, más que nada para formar parte del grupo.

—Es por eso que dejaré esos salvajes a mi joven colega —continuó el viejo cónsul señalando a Mure, que no pudo contener una sonrisa divertida—. Él tiene el vigor para correr detrás de esos endemoniados; yo, en cambio, tengo mis años, y mi espalda me obliga a movimientos mesurados. Yo me enfrentaré a los samnitas, esos se están más quietos.

De nuevo los tribunos rieron. Estaba claro que Ruliano quería rebajar la tensión de la inminente batalla y dar una sensación de seguridad a sus más altos oficiales.

—Gelio ha reclutado nuevos soldados para la legión Linteata, ¿no es verdad, Tito Mamerco?

—Sí, señor, los consagrados a la muerte.

—Entonces estamos de acuerdo, porque tengo la intención de matarlos a todos.

De nuevo la tienda estalló en una carcajada, pero esta vez Mamerco permaneció serio.

—Están entrenados, señor, y están guiados por los hombres de la Verehia, unos guerreros formidables.

—Sí, los guardianes de la puerta, los conozco. Tienes razón, los veteranos de la Verehia merecen una atención especial, porque son los primeros a los que quiero ver muertos. Quiero saberlo todo de ellos, quiénes son y dónde están en la alineación, quiero saber quién es su jefe y lanzarles encima una lluvia de piedras y lanzas.

Ruliano hizo una pausa.

—Por eso, a partir de hoy, serás incorporado a los míos.

Mamerco se quedó petrificado y buscó a Mure con la mirada. El joven cónsul no estaba sorprendido por esas palabras, evidentemente ya lo había discutido con Ruliano.

—¿Esa es tu cara de felicidad?

A Audax lo azuzaron las carcajadas de los presentes y miró a Quinto Fabio directamente a los ojos.

—Perdóname, cónsul, no esperaba esta noticia, pero estoy orgulloso de poderte ayudar.

—Es cierto que me quitas a uno de los mejores —dijo Mure, rompiendo el silencio que había mantenido hasta aquel instante.

—Sabía que lo harías notar delante de todos —respondió irónicamente Ruliano, manteniendo viva la hilaridad de la conversación—. Por tanto, me he apresurado a ofrecerte un intercambio equitativo —continuó después de haberse vuelto hacia un jinete a su izquierda—. Este es Thucer de Tifernum, hijo de Kuretus, un noble umbro muerto en la batalla contra la legión de Escipión Barbado.

Las sonrisas se debilitaron hasta apagarse.

—¿Contra? —subrayó Mure.

—Sí, contra. Debéis saber que Tifernum siempre ha estado sometida a las miras etruscas, y el padre de Thucer confiaba en extender su poder aliándose con Vel Lathites, el *zilat* etrusco. Como en Roma, también en Tifernum hay varias líneas de pensamiento y facciones, pero, a diferencia de Roma, la regencia no se decide mediante votaciones, sino con conflictos internos. Mataron al padre de Thucer con una lanzada de su adversario político, que en pocas horas ha tomado el mando de la fuerza que mandaron a la batalla con los senones contra el campamento de Barbado. Thucer fue obligado a abandonarlo todo para salvar su vida. Ya no tiene nada del patrimonio de su padre. Todo lo que le queda es su semental. Por consiguiente, se ha ofrecido a guiarnos contra sus propios conciudadanos para deponer a la facción

adversa y, en caso de victoria, poner la ciudad de nuestra parte.

Mure se acomodó en la silla mirando al muchacho y luego a Ruliano.

—Te veo escéptico, Publio Decio, habla.

—En caso de victoria la ciudad pasaría igualmente de nuestra parte, Quinto Fabio. Por las buenas o por las malas.

—Sí, tienes razón, también yo pienso como tú, pero Thucer me ha dado motivos para tener confianza en él. Su padre le ha dejado una discreta fortuna para vivir dignamente durante años. Un bonito cofre con monedas y oro que ha sido ocultado precisamente para afrontar la desaparición de su padre y el ascenso de los opositores. En el camino que nos ha traído aquí, Thucer ha recuperado ese dinero en mi presencia y, creedme, frente a semejante suma cualquier muchacho podría haber sido inducido a alejarse de esta guerra para vivir con todas las comodidades, pero Thucer ha decidido otra cosa. Quiere utilizar el dinero para corromper a parte de la facción adversa a su familia y, al mismo tiempo, avisar a los amigos de su colaboración con nosotros y, precisamente como dices tú, Publio Decio, obligarlos a tomar una decisión. En caso de victoria romana, Tifernum pasará bajo nuestra hegemonía, ellos deben decidir si quieren hacerlo como aliados o esclavos.

Mure volvió a mirar al muchacho y asintió, una sola vez, muy lentamente.

—Sí, pero dentro de un par de días presentaremos batalla, ¿cuándo sabremos el resultado de esas negociaciones?

—Mañana los viejos defensores de mi padre deberían dejar la alineación —intervino el muchacho sin que nadie le hubiera dado la palabra.

—¿Deberían? —preguntó, escéptico, el joven cónsul.

—Los hemos presionado, a los nobles les hemos ofrecido dinero y hecho la promesa de una posición en la Tifernum romana. Deberían —repitió Thucer.

—Nuestra victoria no es segura a los ojos de nuestros adversarios, Publio Decio —intervino Ruliano, cogiendo otra vez las riendas del discurso—. Además, es arriesgado para ellos dejar antes la alineación sin correr peligro de ser perseguidos por sus propios conciudadanos o por los senones. El mejor momento para abandonar las tiendas sería poco antes de la batalla, dejando a los otros clavados en el lugar.

—Sí —dijo Mure, como si estuviera razonando en voz alta—, solo podemos ganar, si las cosas no cambian; quien tiene que perder es solo el muchacho que ha despilfarrado su patrimonio para nada.

—No, si vencemos, cónsul —dijo Thucer.

—Venceremos —respondió Mure, decidido—, esta es una de las pocas cosas seguras de todo este asunto.

—Estoy de acuerdo con mi colega —añadió Rullus—, y ahora vamos a prepararnos, mañana empezará la marcha de aproximación al enemigo y deberemos estar con los ojos bien abiertos.

—Al alba, Tito Mamercio Audax estará en tu campamento con una buena escolta de caballería.

—Puede seguirnos también ahora.

—Mañana —sostuvo Mure, mirando a Quinto Fabio, que desistió.

—Está bien, mañana.

SACRIFICIO

Aker alcanzó a Larth como una sombra furtiva. Llevaba una capa sobre la rasgada y sucia túnica habitual. El etrusco lo examinó de la cabeza a los pies acabando de colocarse su preciosa coraza.

—Te has tomado tu tiempo para decidirte.

—Ya lo había decidido por la tarde, pero debía esperar a que todos se hubieran ido.

—¿Dónde está Velia? —preguntó el portavoz del *zilat* mientras acababa de coger sus cosas en la tienda.

—No lo sé, creía que ya estaba aquí. Me preocupaba que Ateboduu se percatara de su ausencia y la mandara buscar.

—¿Aquí? Yo no la he visto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no la he visto —respondió, irritado, Larth, antes de dar orden a los suyos de que se dispersaran por el campamento para buscar a la hermana de Aker.

Él mismo fue al río para ver si estaba en los alrededores y la buscó imprecando largamente antes de volver a la tienda donde encontró al siervo con la cara pálida.

—¿La has encontrado?

—Ha seguido al cortejo sagrado.

Larth acusó el golpe.

—Por tanto, ha decidido quedarse.

—No, ha sido obligada —dijo, desplomándose en el suelo.

—¿Obligada?

—Antes...

—¿Antes, qué? Deja de balbucear, estás blanco como una tela de lino.

—Antes sacrificaban a un prisionero en estas noches. El sacrificio humano, si es hecho con todas las de la ley, con un solo golpe decidido, libera una enorme cantidad de energía que se ofrece como un don a la divinidad.

—Sacrificios humanos... No digas tonterías.

—Tú no los conoces, no sabes de qué son capaces. Ella ha hablado contigo, sería un castigo ejemplar.

El portavoz del *zilat* dio algunos pasos en círculos.

—¿Por qué todos los caballos están en el campamento? —preguntó, deteniéndose.

—La ceremonia de los *torque* prevé llegar a un claro en la espesura del bosque y es preciso ir a pie en silencio.

—¿Qué son los *torque*?

—Son los collares que serán distribuidos a los guerreros esta noche —respondió el esclavo—. Los senones sostienen que fueron forjados en la noche de los tiempos por Channo, un hábil herrero de su tribu que supo elaborar los metales con tal pericia que es considerada una especie de magia. Ese herrero era ciertamente un elegido de los dioses; sus adornos tienen propiedades sobrenaturales y simbolizan el vínculo eterno con Taranucus, el dios del trueno. Quien lleve esos *torque* tendrá una fuerza divina y, en caso de muerte, un buen viaje a ultratumba.

Larth asintió habiendo saciado su curiosidad.

—Mis hombres cogerán el camino que lleva a las gargantas del oeste, nosotros cogeremos dos caballos e iremos a ver si Velia está allí —dijo—. El tiempo de valorar la situación, y luego nos marcharemos.

El silencio de la noche era roto solo por el rumor de las llamas en las antorchas, mientras los guerreros de Ateboduu se disponían en círculo en un claro rodeado por una mancha boscosa.

—No hagas ningún ruido —susurró Aker—, está prohibido asistir a estos ritos.

—Estamos lejos, nadie se percatará de nosotros —murmuró el etrusco, observando la escena detrás de algunas matas—. ¿Por qué se ponen en círculo?

—La disposición de los hombres en círculo sirve para delimitar el espacio sagrado en el interior del cual se desarrollará el rito —respondió el otro con un hilo de voz—. El bosque mismo, en torno al claro, hace de barrera contra fuerzas extrañas e indeseables, que, además, han sido distraídas con ofrendas de comida colocadas en el exterior del perímetro ocupado por los senones.

Algunos ancianos de densas barbas blancas empezaron a preparar un fuego en el centro del círculo disponiendo con pericia las ramas.

—El círculo representa el cielo infinito —continuó el esclavo—, para acercarlo a nosotros y entrar en contacto con los antepasados y los dioses.

—Ese que se atarea con el fuego, ¿quién es?

—Un druida, el que sabe. Se ocupa de las profecías y los ritos de adivinación. Una especie de sacerdote.

—Pero está armado.

—Sí, para los senones los sacerdotes son, en todo y para todo, hombres de clan, aunque formen parte de una poderosa casta de sabios. Por tanto, no es raro ver a sanadores o druidas que sean también guerreros.

El portavoz del *zilat* asintió.

—¿Ahora qué hace?

—Se dispone a invocar al Guardián del umbral y abrir las cancelas de este mundo para hacer entrar a las divinidades sobrenaturales.

—¿Quién es el Guardián del umbral?

—Una entidad no visible, una fuerza que permitirá que los druidas hagan entrar en este círculo a las poderosas fuerzas de los dioses.

Larth tragó saliva, cada vez más curioso y sugestionado.

—¿Puede hacer aparecer a los dioses?

—No los veremos, pero estarán, y la tarea del viejo druida será gestionar estas fuerzas desmesuradas que perturban a los presentes o nuestro mundo.

—¿Los presentes?

—Sí, la divinidad que será convocada es muy poderosa y verterá su energía sobre los presentes, los ayudará en la inminente batalla contra los romanos. Es una divinidad a la que le agrada sembrar odio y combatir en medio de los hombres en el furor de la batalla, asumiendo a veces aspectos terroríficos. Muy a menudo aparece bajo la forma de un cuervo, para alimentarse de los cadáveres de los muertos durante el enfrentamiento. Entrando en contacto con esta divinidad el guerrero afronta el combate con una fuerza que supera el aspecto humano, como si fuera guiado por la mano de la diosa. La estrategia y las armas se vuelven secundarias, lo que verdaderamente cuenta es la capacidad de ponerse al servicio de la divinidad y transformarse en su instrumento de muerte. Por eso es esencial que el druida modere este traspaso de energías por parte de la diosa; de otro modo la fuerza de esta posesión divina podría... —Aker sacudió la cabeza—, podría aturdir a los hombres, matarlos o incluso transfigurarlos.

El pequeño se acercó bajando aún más el ya sutil tono de voz.

—Transformarlos en espantosos monstruos sedientos de sangre, carentes de toda capacidad lógica, incapaces incluso de distinguir al enemigo de las propias alineaciones.

A Larth lo recorrió un escalofrío, pero trató de esconder toda emoción.

—Llevan los *torque*.

El rasena asintió, espectador partícipe e implicado de lo que estaba a punto de ocurrir en aquel bosque. Percibía su fuerza, aunque no conocía los ritos. Por lo demás, él mismo era miembro de un pueblo que practicaba el arte adivinatoria, que se sometía a una serie de rígidas normas que determinaban la relación entre los dioses y los hombres.

El fuego estuvo listo, sus llamas se libraron en el aire, llenando el cielo de *lapilli* incandescentes.

—Ahora el druida invocará al Guardián del umbral. Esos círculos que hace delante del rostro sirven para simbolizar los tres mundos que unir: agua, tierra y cielo. Vámonos.

—Espera, ¿por qué habla al fuego?

—Pide a los espíritus de la naturaleza que participen en el ritual sagrado. Ahora vámonos, maldición, todo lo que ocurre fuera de ese círculo no está controlado por el druida. Las fuerzas del caos respetarán ese límite, pero a nosotros no, ¿entiendes?

Larth no escuchó, continuó mirando al druida, que seguía con sus invocaciones

mientras las antorchas de los guerreros formaban un círculo de fuego del cual se elevaba el humo hacia el inmenso cielo junto con las palabras del oficiante.

—¿Qué dice ahora?

No obtuvo respuesta, el etrusco se volvió, estaba solo, Aker había desaparecido.

—Idiota.

Un bufido de viento frío le agitó el pelo y todo pareció más tétrico. Quizás era la sugestión o quizá no. No era oportuno averiguar más, Larth retrocedió un paso, dos, tres. Luego se volvió y se encaminó hacia el bosque.

—Aker —llamó, seco, sin alzar demasiado la voz.

No obtuvo respuesta y, entonces, escrutando la oscuridad, aumentó el paso. Más rápido, cada vez más rápido, hasta encontrarse corriendo. Corriendo como el viento, quizá más rápido que el viento, hasta que un rumor entre los rumores de las hojas y las ramas lo paralizó al instante, jadeando en el aire frío de la noche.

—¡Aker! —gritó—. Aker, maldito siervo, ¿dónde estás?

Una sombra gigantesca se paró delante del etrusco, que llevó la mano a la espada, mientras un sudor frío le perlaba la frente. Larth se quedó en silencio, sin respiración, hasta que reconoció al hombre frente a él.

—Viridomaros, joder, me has dado un susto de muerte.

—Tira la espada, rasena.

—Me disponía a irme, buscaba a Aker.

—Está aquí.

El etrusco vio al pequeño esclavo detrás de la imponente silueta del guerrero senón. Desde la oscuridad del bosque aparecieron una veintena de galos empuñando las armas. Larth dejó la espada poniendo las manos bien a la vista.

—Ahora devuélveme a Velia, Viridomaros —dijo Aker, mientras los senones inmovilizaban al etrusco.

—Si los dioses están satisfechos con el sacrificio, recuperarás a tu hermana.

Larth abrió los ojos.

—¿Sacrificio? ¿Qué estáis diciendo? Dejadme marchar, yo soy el portavoz del *zilat* en persona.

—Lo siento Larth, no tenía elección —dijo Aker.

—¿Qué estás diciendo?

—Si quería ver de nuevo a mi hermana viva tenía que llevarte donde ellos.

—¡Me has traicionado! —aulló Larth, tratando inútilmente de soltarse—. ¡Cabrón, me has vendido a estos bárbaros!

—Lo siento, no quería, has sido tú quien ha ido demasiado lejos con ellos.

—¿Qué me harán ahora?

Aker sacudió la cabeza.

—Te entregarán a la divinidad.

Un aullido desesperado se alzó de la espesura del bosque hasta alcanzar el círculo de fuego del claro. Los espíritus de la naturaleza estaban listos para participar en el

ritual.

—¿Me has hecho llamar, cónsul? —preguntó Tito Mamerco en la entrada de la tienda de Mure.

—Sí, entra.

El soldado se situó frente a Mure, que terminó de redactar las últimas líneas de una carta.

—El cónsul Quinto Fabio Máximo Ruliano te ha querido en sus filas en cuanto ha sabido tu historia.

Audax asintió.

—Es un honor, no debes sentirte menospreciado, todos acudieron a la llamada de Rullus el día del *Sacramentum*, ¿recuerdas?

—Pero yo quería combatir a tu lado.

Mure sonrió y sacudió la cabeza.

—Me honras y no te oculto que a mí también me hubiera gustado, pero sé que puedes dar un mejor servicio en el frente de los samnitas. Ruliano tiene razón, créeme, ese hombre es clarividente.

Tito Mamerco inclinó la cabeza en silencio y Mure percibió su malestar.

—¿Es la batalla lo que te espanta?

—Es mi primera batalla campal.

—Lo que te espera dentro de un par de días no es nada respecto de lo que ya has afrontado. Estarás en medio de miles de los tuyos y esto te dará una fuerza nunca experimentada antes.

Mamerco asintió.

—Cabalarás en la continua búsqueda de un punto de ruptura en las filas enemigas. Verás que inicialmente las dos escuadras se acercarán y se alejarán para probar la compactibilidad de los adversarios. Habrá asaltos limitados, pausas y retrocesos.

Mamerco sacudió la cabeza como si estuviera viendo lo que el otro describía.

—A veces basta una descarga afortunada de proyectiles o la simple amenaza de un avance decidido. En ese punto algunos elementos de las primeras filas retroceden rápidamente sembrando el pánico en aquellos que están más atrás y no tienen la visión del campo. Es aquí donde los centuriones marcan la diferencia. Es aquí donde recogen el fruto del entrenamiento de los hombres ordenándoles lo contrario de aquello que sugeriría el instinto. Ordenando que se mantengan firmes, mientras el corazón querría retroceder o escapar. El centurión debe tener la obediencia ciega de sus soldados, y estos últimos, una confianza infinita en él. Será él quien los sacará de esa batalla, vivos y vencedores, será él quien seguirá las indicaciones de los tribunos que le indicarán el momento y el lugar donde atravesar. Solo entonces se decide la batalla, porque es en ese instante que las filas enemigas pierden compactibilidad y se

deshilachan —dijo abriendo los dedos—, y entonces se penetra en profundidad como la quilla de una nave entre las olas. Adelante, cada vez más adelante, mientras el aliento y las piernas lo permiten, y luego aún más.

Miró a un punto indefinido en la nada de aquella tienda.

—Adelante, más adelante, sin detenerse, mientras los hombros arden y los brazos se vuelven de piedra, porque...

El cónsul se puso de pie mirando a Audax, como si hubiera tenido una revelación.

—Porque en aquella furia todo está al alcance de la mano —dijo con un arrebato—, la ebriedad de la victoria, la muerte de los enemigos y la supervivencia. Todo se convierte en un rabioso éxtasis por abatir a la incontrolada masa de hombres en fuga delante de ti. La conciencia de sobrevivir a aquella matanza te vuelve despiadado —continuó, apretando los puños—. Y, al final, cuando ya no tengas nada delante y te agaches para respirar a grandes bocanadas mirando la estela de muerte a tu alrededor, completamente cubierto de sangre viscosa, con la espada despuntada, el escudo perforado, las manos temblorosas y el corazón latiendo enloquecido, te sentirás tan exhausto como vivo. Vivo, vergonzosamente vivo.

El cónsul bajó la mirada antes de adoptar un tono más melancólico.

—Todo lo que querrás será volver a ser un hombre para olvidar lo que has hecho y relegarlo al meandro más oscuro y lejano de tu mente. Un lugar que solo quien ha afrontado una batalla conoce. La contienda se deja allí, no hay sitio para ella cuando vuelves con tu hijo y tu mujer. Todos los soldados tienen un rincón cerrado como un cofre en la memoria. Allí están los miedos, los alaridos, los llantos, la sangre, el recuerdo de un compañero y la última mirada de alguien que hemos matado. Es un fardo que hay que sobrellevar y, estando entre nosotros, ese peso es más ligero. Porque después de una batalla nos convertimos en hermanos de armas.

El cónsul calló un instante y volvió a mirar a su hombre.

—Pero si tienes ese fardo quiere decir que has hecho lo que Roma te ha pedido. La ciudad estará orgullosa de ti, quizá la Historia no recordará nada de todo esto, pero nosotros seremos los que detuvimos a los cuatro pueblos que querían aniquilarnos; seremos los hombres del *Agrum Sentinate*, la batalla que cambió el curso de la Historia.

Mamerco miró a Publio Decio Mure con admiración.

—Quiero que sepas, cónsul, que daré lo mejor de mí. Estarás muy orgulloso, tanto si me vuelves a ver después de la batalla como si encuentras mi cuerpo sobre un montón de enemigos.

Los dos se observaron con un brillo en los ojos, luego Mure se volvió hacia la panoplia samnita en el centro de la tienda.

—Un jinete valeroso necesita una coraza digna de un héroe.

Audax frunció el ceño.

Mure cogió el yelmo y lo tendió a Tito Mamerco.

—Ha sido forjado para la batalla y ha llegado el momento de que regrese al

campo. Si es verdad que los objetos conservan la memoria de quien los ha poseído, entonces usaremos esta energía para combatir a los mismos samnitas.

—Yo... no entiendo.

—Cógelo, es tuyo.

Audax cogió el yelmo y sacudió la cabeza, como atemorizado.

—Pero esto es un trofeo, un pedazo de la historia de Roma.

—No, es un trozo de hierro muy bien elaborado —dijo Mure, cogiendo en la mano también el pectoral con los preciosos cincelados—. La historia de Roma es otra cosa. Es sangre, sudor, lágrimas, miedo, felicidad, esperanza y victoria. La historia de Roma somos nosotros.

LAS ÚLTIMAS BRASAS

—¿Estás seguro de que no necesitas más hombres?

Thucer sacudió la cabeza.

—Te lo agradezco, cónsul, pero he dado mi palabra de que seríamos cinco. Los jinetes de Camers que me he llevado son suficientes.

Publio Decio asintió mirando al muchacho.

—¿Crees que aceptarán tu propuesta?

—Eso espero. Todo lo que puedo hacer es quitar mil o dos mil umbros del campo de batalla y hacer dudar a los hombres de Enumek de que están alineados en la parte equivocada.

—No sé cuánto pueda influir tu elección en la batalla de mañana, muchacho, pero en todo caso quería que supieras que yo y mi colega Ruliano informaremos al Senado de tus decisiones y de cuanto has hecho o tratado de hacer por nosotros. Está claro que lo que digamos te ayudará en caso de victoria, pero no cuentes con nada en caso de derrota.

El muchacho sonrió.

—Ya no tengo nada. Ya no tengo familia, ni ciudad, ni siquiera el dinero que mi padre me ha dejado. Todo lo que me queda es mi caballo y una esperanza. Si mañana perdemos, no me quedará ni eso. Tanto valdría no ver el alba del día siguiente.

—Sí —dijo Mure, levantándose—. Pienso lo mismo.

—Lo intentaremos, cónsul.

—Más aún, lo conseguiremos.

Los dos se estrecharon las manos y salieron de la tienda donde un nutrido grupo de jinetes los esperaba.

—En los últimos días ya hemos tenido enfrentamientos de caballería con los galos, estate atento, estar allí afuera es como estar en los infiernos. Mis hombres te acompañarán hasta donde quieras, luego proseguirás con los tuyos.

—Gracias, cónsul.

—Diles a esos hombres que mañana lanzaremos sobre ellos la furia de los dioses. Si quieren salvarse es mejor que estén lejos del campo de batalla.

Thucer sonrió y montó en la silla.

—Estoy contento de estar del lado de los dioses, cónsul.

En un instante el joven umbro hizo girar al caballo y lo dirigió por la vía del campamento que llevaba de la tienda del cónsul a la puerta principal. Los otros jinetes lo siguieron y Mure los observó alejarse cada vez más hasta que desaparecieron.

—Doy dos pasos —dijo a los centinelas que vigilaban el ingreso de la tienda. Y

se alejó por la calle principal del campamento como cualquier soldado en túnica y cinturón.

Llegó al *intervallum*, el espacio dejado expresamente libre entre las tiendas y el terraplén y lo cruzó siguiendo a su sombra, que se alejaba cada vez más a la luz de los fuegos del campamento. Él mismo había ordenado que no se encendieran antorchas en la última fila de tiendas para evitar proporcionar informaciones al enemigo sobre la exacta localización de la cerca y la empalizada defensiva.

La sombra desapareció en la oscuridad de la noche cuando el cónsul alcanzó el terraplén como tantas veces había hecho en aquel viaje, pero aquella noche era distinta, porque por primera vez, más allá de la empalizada, en vez de la oscuridad, estaba el centelleo de los fuegos de los enemigos.

—Nos esperan —dijo la voz de Marco Livio en la oscuridad a su izquierda.

—¿También tú estás aquí, escrutando la nada más allá de la empalizada?

—Esta vez no es la nada. Están ahí, frente a nosotros.

—Y dos millas más al oeste está el campamento de los samnitas, al final han conseguido alcanzar a los galos.

—Sí, lo sé.

—Samnitas aparte, ¿los dioses no nos mandan alguna buena señal?

Marco Livio alzó la cabeza hacia la bóveda estrellada.

—Esta noche todo está en calma, Publio Decio, mira qué maravilla el reino de Júpiter...

—Por lo tanto, ¿puede ser una buena señal?

—Bah, hay muchos tipos de señales y quizás en este momento estamos demasiado atentos a todo aquello que sucede para que puedan revelarse. Las señales no se piden, se presentan así, repentinamente, porque los dioses nos las envían a voluntad. Una garza que atraviesa el cielo, un trueno a lo lejos o un gallo que canta en la noche.

—Un trueno a lo lejos... —repitió Mure—, Júpiter lanza una admonición.

—Exacto, hay que agradecer a los augures, los sacerdotes que tienen la tarea de interpretar la voluntad de los dioses, que hayan clasificado meticulosamente muchas de estas señales y su ciencia nos haya llevado a entender qué descartar, qué interpretar y cuáles son aquellas que traen fortuna y aquellas que, en cambio, traen mala suerte.

—Sí, los magistrados tendrían de veras una vida dura si no estuvieran los augures con su ciencia para explicar estas señales.

—Aunque las señales más siniestras son las palabras pronunciadas inadvertidamente. En este caso, la ciencia de los augures es inútil y corresponde a cada uno coger al vuelo y aceptar el presagio.

—Y yo... he dicho alguna vez algo desgraciado.

El pontífice dejó de mirar el cielo y lanzó una sonrisa al cónsul.

—Siempre es posible no ver o no oír nada.

Mure rio y asintió.

—En ese caso, ¿confiamos solamente en los pollos sagrados?

—Los pollos sagrados son la mejor de las invenciones de los augures y un método infalible para recoger los auspicios. Antes de la batalla se mira si los pollos comen tranquilamente dejando caer la comida del pico. En este caso, los auspicios son favorables. En caso contrario, es mejor no abrir las hostilidades.

—Y, mañana, ¿comerán nuestros pollos?

—Creo que sí, hoy no les he dado nada que picotear.

De nuevo Mure rio.

—Ven, vamos a obtener alguna señal de nuestros soldados. Yo creo que siempre es oportuno saber qué se dice en torno a los fuegos del campamento durante la noche. Oír si los hombres tienen o no confianza en su comandante —dijo Mure, encaminándose hacia las tiendas de los legionarios.

—Seguro que la tienen.

—¿Tú crees? —preguntó con ironía el cónsul, alcanzando uno de los fuegos donde estaban sentados en silencio algunos príncipes envueltos en sus capas.

—Tranquilos.

Fue como no haberlo dicho, al reconocer al cónsul todos se levantaron mientras él se acercaba alargando las manos al fuego.

—¿Qué hemos comido de bueno?

—Oh, esta tarde hemos festejado —dijo un coloso con la nariz aplastada por innumerables enfrentamientos—, con pan y agua.

—Sí, pero diluida con vinagre —respondió Mure.

Los hombres rieron y el cónsul puso complacido la mano sobre el hombro del soldado que había hablado, luego se dirigió a los otros que seguían llegando, amontonándose en torno a su figura.

—Pan y agua son la comida de la guerra y sé que vosotros no pedís más, harina para los hombres, trigo para los animales. Agua con un poco de vinagre cuando hace calor. El resto lo dejamos a los salvajes, que se llenan el vientre con toda clase de cosas y beben hasta aturdirse. Nosotros comemos galletas, comida dura para hombres duros, porque vosotros sois hombres duros.

Mure empezó a repasar con la mirada a los soldados que le hacían corro.

—Habéis caminado durante todo un invierno, una primavera y un verano. Habéis cruzado regiones hostiles, marchado con frío bajo la lluvia, vadeado gélidos ríos y habéis seguido andando empapados contra el viento que descendía de las montañas. Lo habéis hecho con el pensamiento de vuestros seres queridos en casa, que se han hecho cargo del peso de vuestra ausencia para llevar adelante los trabajos de los campos, el comercio de las tiendas y la educación de los hijos. Cada uno de nosotros ha traído consigo, junto con el equipaje, su guerra personal, hecha de pensamientos y de preocupaciones que ha debido combatir cada día a distancia. No creáis que vuestros comandantes son inmunes. Yo me he perdido el nacimiento de mi hija y no

hablo con mi primogénito desde que he partido. Trato de imaginarme qué hace, cuánto ha crecido y si me reconocerá a mi regreso.

Los hombres lo miraban, inmóviles.

—Pero siempre he sabido que su futuro y su prosperidad dependían de este viaje que por fortuna está llegando a su fin. Es por eso que esta noche he querido dar una vuelta por el campamento y estar un rato con mis hombres. Porque dentro de poco, inevitablemente, tendremos que separarnos, y quería daros las gracias. Ha llegado la hora de ir a coger lo que es nuestro, de abrazar otra vez a nuestras familias, de volver a trabajar los campos, de cuidar a nuestros clientes y de celebrar banquetes con los amigos, porque esto es lo que haremos después de haber detenido a los hombres que están celebrando banquetes a cuatro millas de aquí, venidos de lejos para destruir lo que somos y quitarnos lo que amamos.

El coloso al lado del cónsul coreó su aprobación seguido por los otros.

—Mañana seremos llamados a hacer Historia, el Hado nos ha llamado a nosotros sencillamente porque somos los más fuertes.

Mañana presentaremos batalla, hijo mío. Mañana muchos padres no volverán a ver a sus hijos, pero habrán dado la vida serenamente porque están convencidos de que han luchado por la libertad de sus seres queridos. Todas estas vidas podrán terminar, pero no serán aniquiladas, Publio, recuérdalo. Todo termina, pero no se borra; la muerte, que tanto tememos y rechazamos, interrumpe la vida, pero no la elimina. Lo que hemos sido quedará. Por lo tanto, haz de la existencia algo honorable y recuerda que estoy orgulloso de ti, Publio Decio Mure, recuérdalo siempre, donde sea y en cualquier caso.

EL DÍA DE LOS HÉROES

Ala izquierda romana – Campamento de las IV y VI legiones de Mure

—He ocupado tu puesto desde que era niño —dijo Mure, susurrando con recogimiento mientras se dirigía a su padre—. Desde el momento de los funerales solemnes que te hicieron ilustre junto a toda nuestra familia, he sentido el peso de los deberes que debería soportar. He entendido que el nombre que llevaba no era un derecho de nacimiento, sino algo que debía ganarse con fatiga, sacrificio y sentido del deber. Cuanto más ilustre es el padre, mayores son los esfuerzos que debe hacer el hijo para mantener viva su memoria y su honor.

El cónsul se apoyó con la cabeza inclinada en el poste donde hasta algunos días antes estaba colgada la coraza samnita, mientras, desde el exterior, el rumor de las órdenes de los centuriones que se disponían a alinear los bloques hacía eco a sus pensamientos.

—He llevado adelante lo que tú comenzaste cuando yo era un muchacho y he ampliado el círculo de nuestros partidarios. He intentado conceder tiempo a todos tanto como he podido. He tratado de conocer personalmente a todos aquellos que podían ser buenos defensores para la prosperidad de nuestro nombre. Me he trasladado a sus viviendas en la ciudad y el campo, he aprendido sus nombres y estudiado a sus familias. Siempre me he mostrado amable con los humildes, justo con los iguales y cauto con los intrigantes. Les he prestado dinero, escrito cartas de recomendación y concedido favores. He consagrado mi vida a la carrera política tratando de ser un buen orador, un buen soldado y un buen administrador, mostrando a todos que era digno de tu nombre. Yo creo haberlo conseguido, padre. He sido legado, *magister equitum* y censor, he sido cónsul cuatro veces y he estado años lejos de nuestra casa defendiendo la ciudad. He aprendido a obedecer antes que a mandar, a resistir el hambre, el frío y el miedo antes de imponerlos. He dado ejemplo a mis soldados y me he privado de cualquier beneficio que pudiera concederme el rango, y en el día más hermoso de mi vida he obtenido el triunfo sobre los samnitas.

»Cuando he vuelto a casa, he combatido otro tipo de guerra, sosteniendo a los tribunos de la plebe en el foro y en el tribunal, usando la palabra en vez de la espada. He logrado la apertura del pontificado para los plebeyos y he sido uno de los primeros cuatro plebeyos en acceder al cargo que siempre había sido accesible solo a los patricios. En todo este tiempo tú has estado conmigo, porque honrando tu

memoria y siguiendo tu ejemplo me he convertido en lo que soy. También al recibir este último encargo, que estoy llevando a término, mi nombre en la Curia Hostilia ha sido asociado al tuyo y me he sentido honrado. Somos dos entidades inseparables: Publio Decio Mure, hijo del gran Publio Decio Mure, y estoy orgulloso de haber sido tu segunda vida.

Un lictor pidió permiso para entrar y anunció que el pontífice pedía entrevistarse con el cónsul.

—Hazlo entrar —dijo Mure.

Marco Livio cruzó el umbral de entrada a la gran tienda y esperó a que saliera el guardia.

—¿Los pollos no comen? —preguntó el cónsul con un velo de aprensión.

—Comen todos, salvo uno.

—Por lo tanto, los auspicios son favorables.

—El más viejo es el que no come.

—¿Y qué significa?

—Que se está muriendo.

—Ya entiendo, pero ¿qué interpretación podemos dar a esta señal?

—Infausta, Publio Decio. No sé si los dioses son propicios para presentar batalla hoy.

—Pero solo uno de los pollos no come.

—Mi tarea no es predecir qué es lo mejor, sino si lo que hemos establecido hacer hoy encuentra o no la aprobación divina. Los dioses han decidido que entre nuestros pollos, que hasta ayer gozaban de excelente salud y comían a gusto, hay uno que durante la noche se ha enfermado.

—Uno.

—Sí, uno, el más anciano.

Mure pensó en el viejo Ruliano, luego sacudió la cabeza.

—Me doy cuenta de que es un mensaje singular, quizá signifique que tendremos que pagar un tributo terrible. Quizá para resolver la cuestión se deberá recurrir a los hombres más ancianos, los triarios.

—Sabes perfectamente que no estoy aquí para extraer auspicios, sino para sugerirte el modo más oportuno para cumplir las obligaciones religiosas y salvaguardar la concordia entre aquello que hemos decidido y aquello que quieren los dioses.

—Durante este largo viaje hemos seguido todos los ritos del caso y respetado cada mensaje enviado por los dioses. Hablaremos con Quinto Fabio Máximo Ruliano y decidiremos qué hacer —dijo Mure, reclamando a uno de los lictores para expedirlo al campamento de su colega—. Tranquilo, Marco, has cumplido con tu deber. Puedo decir que he sido adecuadamente informado de la situación.

El pontífice asintió con un velo de amargura. El pataleo de un grupo de jinetes al trote devolvió al interior de la tienda el momento de fervor que se estaba viviendo

fuera. Marco Livio se volvió e hizo el amago de salir.

—Espera —le dijo Mure—. Quisiera que hoy te quedaras con esto —dijo, pasándole un rollo—. Es mi correspondencia.

—Me ocupo de hacerla llegar.

—Son cartas que expedir en el caso de que mañana ya no esté aquí.

Marco Livio miró a Mure y luego sacudió la cabeza.

—Entonces no será oportuno que las expida.

El cónsul no lo escuchó y continuó su discurso.

—Entre estas cartas hay una que me interesa en particular. Una carta para mi hijo. Si es necesario, tú se la harás llegar.

—Tu hijo es aún demasiado pequeño para relevarte en la guía de la familia, y aún tienes mucho que enseñarle...

—Tenía su edad cuando murió mi padre —lo interrumpió Mure, dejando un silencio glacial detrás de la última afirmación, que el pontífice no se sintió con ánimos de llenar—. En la casa de un magistrado romano —continuó Publio Decio—, deberían convivir tres generaciones para enseñar a los jóvenes a venerar a los antepasados que los ancianos han conocido. Esto une a los parientes de las diversas edades y hace que se mantenga la memoria de la familia. Si hoy me sucediera algo, el hilo de la memoria de mi familia se rompería.

—No sucederá.

—Pero si sucede —respondió el cónsul—, quisiera que tú te encargaras de mantener viva la memoria de los Mure y te ocuparas de la educación del pequeño Publio Decio.

El pontífice esperó un momento antes de asentir.

—Te lo prometo.

Una última mirada, un apretón de manos; luego fuera, en el aire fresco de aquella alba estival que se teñía de luces leves y tristes, entre las órdenes de los centuriones, los relinchos de los caballos, el tintineo de las armas y el paso de las *caligae*. Fuera, entre las miradas encerradas en los yelmos y la agitación de los pendones.

Uno de los sirvientes pasó el yelmo a Mure, que por un instante miró su rostro reflejado en el bronce lustrado. Se lo puso, ató el barboquejo y montó en la silla mirando desde lo alto de la cabalgadura el despliegue de los hombres que ordenadamente se ponían en fila para alcanzar la calle principal que llevaba a la puerta del campamento.

Mure miró las tiendas vacías. Sucedió solo antes de la batalla. Por absurdo que fuera, aquel día el campamento no se desmantelaba. Se jugaban el todo por el todo y en caso de derrota aquel sería el último baluarte al que retirarse, la última fortaleza del romanismo que defender.

La última esperanza de vida.

Un relincho atrajo su atención, se volvió y vio el enorme semental negro montado por el muchacho umbro que Ruliano le había confiado. El cónsul le hizo señas de que

se acercara.

—¿Cómo ha ido?

—Los míos no estarán presentes en el campo de batalla.

Mure esbozó una sonrisa.

—Mi informador me ha dicho que usarán los carros para provocar el caos entre los nuestros, cónsul. Están situados detrás de su alineación.

Publio Decio asintió.

—Bien, avanzaremos con la caballería y trataremos de anticiparnos a ellos.

Ala derecha romana – Caballería aliada incorporada a las I y III legiones de Ruliano

Tito Mamerco Audax controló una vez más que el barboquejo del yelmo estuviera bien apretado y admiró la coraza de plata cincelada que llevaba. No le parecía cierto que el cónsul le hubiera dado aquella panoplia para afrontar la batalla. Se había pasado la noche lustrándola y había decidido ponérsela sobre la túnica blanca de la Legio Linteata, también ella limpia para destacar en la calígene del alba.

—Te verán a una milla de distancia —dijo Quinto Fabio Máximo Ruliano, que cabalgaba a su lado.

—Es lo que quiero, cónsul.

—Tenemos visitas —dijo uno de los lictores que escoltaban al cónsul—. Un jinete llegado desde el campamento del cónsul Publio Decio.

—Dejadlo pasar.

El jinete se acercó al viejo Rullus.

—Un mensaje de parte del pontífice Marco Livio.

Quinto Fabio asintió y abrió la tablilla que contenía el despacho escrito sobre la cera. Hizo una mueca pasándose la mano por los riñones y luego trató inútilmente de concentrarse en la lectura. El dolor en la espalda, la cabalgada y la vista ya corta le impidieron leer a pesar de los esfuerzos. Con un gesto de irritación pasó la tablilla a Tito Mamerco.

—Léemela tú, maldición.

Audax cogió el despacho, a él no le dolía la espalda y tenía buena vista, pero no era un as de la lectura.

—¡Uno de los pollos sagrados no ha comido, cónsul! —aulló para superar el ruido de los caballos al trote.

—¡En voz baja, en voz baja! No deben oírte.

—Uno de los pollos sagrados no ha comido —repitió con tono contenido.

—¡Entendido!

—Está escrito que no todas las señales de los dioses son propicias.

—No todas...

—Sí, no todas.

—No todas ya es algo —dijo Ruliano antes de espolear el caballo.

—El correo pregunta si hay una respuesta, cónsul.

—La estamos dando, hemos aumentado el paso. ¡Adelante!

Tito Mamerco asintió.

—¿Qué hago con el mensaje?

—Tíralo.

Audax sonrió y arrojó la tablilla, que acabó debajo de los centenares de cascos de la unidad de caballería que seguía al cónsul.

Ala izquierda de los coaligados – Sector samnita – Legio Linteata

Gelio recorrió la alineación de los hombres de la Linteata al galope seguido por Minacio Estacio y a su paso los hombres exultaron, levantando las lanzas al cielo. Detuvo su poderoso semental piafante en el centro de la alineación y repasó con la mirada a sus soldados.

—Quiero que miréis esa nube de polvo a lo lejos, a mis espaldas —dijo con tono seco mientras un bufido de viento le abría la capa como si fueran las alas de una rapaz—. Son los quirites y sus aliados.

Desde las filas se alzó un estruendo de insultos.

—Era un muchacho cuando me enfrenté a ellos en batalla por primera vez y estaba alineado entre mis compañeros, como vosotros estáis ahora. Aquel día los dioses no nos fueron propicios y nos vimos obligados a retroceder, dejando a los romanos como dueños del campo. Reconociendo nuestra derrota, mandamos embajadores, propusimos negociaciones razonables con las cuales nos comprometíamos a volver a nuestros territorios y pagar los daños ocasionados.

La brisa agitó el pelo encrespado del *meddix*.

—Los quirites rechazaron las propuestas y, con pretextos mezquinos, continuaron la guerra. Se adentraron, despreciativos, en nuestras tierras hasta introducirse en una garganta que llevaba a la ciudad de Caudium, un desfiladero tan estrecho que nos permitía controlar fácilmente su salida. Al mismo Gavio Poncio, el *meddix tuticus* de entonces, le costaba entender cómo los romanos se habían metido de un modo tan incauto en una trampa e hizo todo lo posible para bloquear las dos únicas salidas de ese valle. Con troncos abatidos, grandes rocas y un puñado de hombres impedimos que los enemigos salieran hasta que llegaran refuerzos. Los quirites, al no poder avanzar ni retroceder, construyeron un inútil campamento en el cual se refugiaron soberbios, mientras nosotros ocupábamos las alturas circundantes, encerrándolos en

una mordaza. Permanecieron allí, atontados, inmóviles y silenciosos. Habría sido tan fácil matarlos a todos que Gavio Poncio tuvo una duda. ¿Por qué matar a esos hombres, que estaban tan claramente derrotados? ¿Por qué no darles una señal de grandeza y de misericordia, y dejarlos marchar después de haber aceptado una condición de paz, esta vez dictada por los samnitas? Mandó a algunos de los suyos a buscar a su viejo padre, al cual pidió consejo, y este respondió: «¡Masacradlos a todos!».

Toda la Legio Linteata, con sus túnicas blanquísimas y sus corazas brillantes, lo escuchaba en religioso silencio.

—El *meddix* reflexionó sobre el consejo de su padre, pero al día siguiente no tuvo el valor de dar la orden de masacrar a esos desgraciados. Volvió a pedir consejo a su anciano padre y preguntó de nuevo si esa era la única solución y este respondió entonces que los dejara marchar y los convirtiera en aliados. Gavio Poncio se quedó turbado y pidió explicaciones por esas dos sugerencias tan opuestas. La respuesta fue que con los romanos no había otra solución. O aliarse con ellos renunciando así a parte de la libertad, o eliminarlos e impedir que la ciudad formara un nuevo ejército.

Gelio interrumpió un instante su discurso y tiró de las riendas de su fogoso semental, se volvió para mirar la nube de polvo que se aproximaba y habló de nuevo a los suyos.

—Gavio Poncio preguntó a su padre qué pensaba de un compromiso, permitir que los romanos se marcharan sanos y salvos, pero imponerles, en cuanto vencidos, el derecho de guerra. El padre respondió que aquella solución no los convertiría en aliados y que seguirían siendo enemigos, porque la característica del pueblo romano es no saberse resignar a la condición de vencido. Poncio mandó a su padre a casa y consultó con sus oficiales, que optaron por la solución intermedia. Hizo llamar entonces a los cónsules romanos a la cabeza de aquel ejército prisionero en la garganta. Los hizo sentar a la mesa de las negociaciones como perdedores, imponiéndoles restituir los territorios anexionados al inicio de las hostilidades y obligándolos a prometer retirar las colonias romanas establecidas en el Samnio. A cambio de salvar la vida, el *meddix* pretendió que todos los soldados romanos en aquella garganta se reconocieran derrotados y, después de haberlos hecho despojarse de las armas y los vestidos, los hizo pasar bajo el yugo, obligándolos a inclinar la cabeza frente al ejército samnita alineado. El famoso temple de los romanos fue, en aquel día, humillado para siempre. Con aquel gesto el *meddix* pretendió que esos romanos no volvieran a tener la osadía de combatir contra los samnitas de nuevo. Desde entonces ese lugar fue llamado Horcas caudinas, un nombre que avergonzará a Roma eternamente.

Los hombres exultaron y empezaron a batir las lanzas sobre los escudos hasta que Ignacio les pidió de nuevo silencio.

—A los romanos se les concedió marcharse, desnudos y sin armas. Como muestra de desprecio, usamos sus enseñas para nuestras legiones: S. P. Q. R., *Samnitum*

Populo Quis Resistit.

Otra vez el ensordecedor rugido de los linteatos.

—Se creían ya vencedores cuando los feciales romanos volvieron con los dos cónsules que habían firmado la paz, desnudos y con las manos atadas. Sus embajadores dijeron a Gavio Poncio que aquellos hombres se habían comprometido en la firma de un tratado para el que no tenían ninguna autorización del pueblo y, por lo tanto, se habían manchado de una culpa innoble; por este motivo los entregaba a los samnitas, liberando al pueblo romano de cualquier compromiso que estos hubieran tomado. Mientras el fecial pronunciaba estas palabras, uno de los dos cónsules le dio una patada con una fuerza inaudita aullando que era un ciudadano samnita. Gavio Poncio rechazó la entrega de los dos acusando a Roma de encubrir siempre el engaño con un velo de aparente legalidad. Si al pueblo romano no le iba bien que el ejército se hubiera salvado gracias a una paz infamante, que se quedaran la paz y devolvieran las legiones que habíamos capturado. Ese habría sido un acuerdo leal a los pactos y a los ritos sagrados de los feciales. No obtener la salvación de muchos ciudadanos y no aceptar las reglas impuestas a los vencedores. El *meddix* hizo liberar a los dos y acusó a los feciales de declarar una guerra contra los samnitas con el pretexto de que un momento antes uno de estos había sido golpeado por un hombre que había aullado que era un ciudadano samnita para hacer pensar a los dioses que declaraban una guerra justa. Preguntó a los dos cónsules apenas liberados si no sentían vergüenza a su edad de escenificar semejantes farsas, y luego los dejó marchar.

Gelio dejó caer las últimas palabras en el vacío ensordecedor del silencio que se había creado. También el aire pareció mantenerse firme durante un momento, solo la nube de polvo a lo lejos ocupaba cada vez más sitio en el cielo.

—Los hombres que se están alineando frente a vosotros no conocen la lealtad, no son soldados, son saqueadores, son asesinos que se niegan a reconocer las derrotas y continúan las guerras hasta que las vencen. Se creen unos héroes, pero solo son unos mezquinos que han inventado un nuevo tipo de guerra, una guerra despiadada, sin treguas, donde el derrotado pierde la libertad y no puede volver a combatir nunca más.

Del polvo emergieron los estandartes de las legiones de Ruliano.

—Nuestro pasado nos enseña que no existen medias tintas con ellos, recordemos las palabras del viejo Poncio: «¡Masacradlos a todos!», o serán ellos los que lo hagan con nosotros.

Un estruendo se alzó de las alineaciones de la Linteata y la tierra pareció temblar.

Ala derecha de los coaligados – Sector de los galos senones

La cabeza de Larth bailoteaba colgada del carro de Ateboduus mientras pasaba al galope sobre el flanco de las columnas de los umbros de Enumek, que estaban alcanzando el centro de la alineación entre el polvo. La vida del portavoz del *zilat* había terminado con un golpe decidido del druida oficiante durante la ceremonia de los *torques*. Nunca nadie sabría si la divinidad había quedado satisfecha por aquel sacrificio, pero lo cierto era que aquella ejecución había enfervorizado a todo el séquito de los senones.

A la vista de la cabeza del etrusco sobre el carro del *rix* los combatientes senones exultaron presa del sagrado furor guerrero.

El despliegue de todos los hombres del inmenso campamento de los galos se había iniciado con un cierto orden al alba, luego el frenesí de alcanzar la posición en el campo de batalla había causado atascos entre carros, jinetes y hombres a pie.

Turscu, el viejo auriga de Kuretus, había aprovechado el momento para apartarse del contingente umbro y tomar distancia de los hombres de Enumek. Él y los suyos habían decidido aceptar la propuesta de Thucer y se desvanecerían del campo de batalla con armas, provisiones y equipajes. Incitó a los suyos a moverse, estaba tenso como la cuerda de un arco y seguía mirando a su alrededor. De momento, en la confusión del despliegue de las tribus nadie se había dado cuenta de su ausencia. Ahora casi todos se habían puesto en camino. En el campamento solo quedaban los pocos que debían montar guardia, pero era hora de marcharse de allí a toda prisa.

—Rápido, maldición —aulló con el rostro morado—, desfilaremos a lo lejos, a espaldas de la alineación, debemos meternos en aquel terreno boscoso lo antes posible.

Los hombres fueron detrás de él mientras un grupo de jinetes senones pasaba a su lado, ignorándolos.

—A la derecha, a la derecha, seguidme.

Alguien aulló algo a sus espaldas y Turscu se volvió de golpe. Eran unos chiquillos senones que blandían cuchillos y les auguraban una fácil victoria. El auriga alzó la espada al cielo, imitándolos, y luego incitó a los suyos a ir más rápido, mientras mantenía los ojos apuntados sobre la enorme masa de hombres que se estaba alineando, entre el polvo, media milla más adelante. Luego de nuevo alguien gritó.

—¡Turscu!

Era uno de los jinetes de Enumek que se había retrasado en el campamento para llevar uno de los carros con los barriles de agua a la línea de combate.

—¿Dónde demonios vas? Nosotros estamos justo en el frente. Entre el río y los samnitas.

Turscu permaneció en silencio mirándolo mientras este se acercaba con el caballo.

—¿Me has oído?

De nuevo el auriga no profirió palabra. El jinete ya estaba a pocos pasos.

—Te lo digo a ti, ¿acaso estás gagá? ¿Adónde estás llevando a los hombres?

Turscu señaló la línea donde se estaban alineando los galos, a espaldas del jinete, mientras iba a su encuentro. Este se volvió para ver qué le estaba indicando el auriga y cuando se giró de nuevo fue atravesado en la garganta por la lanza de su conciudadano. En un último gesto el jinete se agarró al asta con ambas manos antes de caer de la silla con los ojos en blanco.

El hombre que guiaba el carro del agua lo miró boquiabierto.

—¿Quieres vivir? —le preguntó Turscu mientras montaba el caballo del hombre que acababa de matar.

El otro asintió.

—Entonces, baja los barriles de ese carro y carga algunos equipajes. Rápido, ayúdame.

El sonido de decenas de *carnix* llenó el cielo seguido por un estruendo. El auriga se volvió hacia la línea del frente. Nadie se percataría de ellos en aquel momento.

—¡Rápido!

Ateboduus desfiló imperioso delante de la alineación de los senones, que exultaban a su paso. Al *rix* lo seguían decenas de carros y centenares de jinetes que hacían temblar el terreno bajo sus cascos. Estaba llegando a su posición a la derecha de los guerreros a pie. El jefe senón había decidido hacer esta maniobra, desfilando delante de los suyos, para demostrar la fuerza que había conseguido reunir con su poder.

Miró a sus guerreros, agrupados bajo las enseñas de las tribus de pertenencia entre las decenas de cabezas mitológicas de caballo de los *carnix*, y de la ilimitada marea de lanzas, donde descollaban yelmos de toda forma y metal, cabelleras al viento y cabezas blanqueadas con cal. Muchos exhibían los sagrados *torques* y los brazaletes de los antepasados, que tantas batallas habían afrontado antes que ellos. Los escudos de todo color y medida eran golpeados con las espadas y las lanzas para crear una especie de crepitación continua que hacía de fondo a los *carnix* y a sus coros de guerra.

Eran impresionantes, por número y aspecto.

Los que más destacaban eran los mercenarios del norte, que desde hacía días se recogían entre ellos para disponerse al enfrentamiento y entrar mental y físicamente en contacto con las fuerzas divinas. Combatirían completamente desnudos para demostrar la sacralidad de su valor y no tener impedimentos durante la contienda y para no quedar atrapados en las zarzas que cubrían el terreno. Orgullosos, mostraban su potencia adornados solo por los *torques* y los brazaletes, blandían sus espadas contra los escudos reclamando la atención de los dioses que poco antes del enfrentamiento tomarían posesión de sus cuerpos transformándolos en guerreros imbatibles y sedientos de sangre. En el pasado había sucedido, en más de una ocasión, que el enemigo, al verlos alineados y conociendo su fama, se había batido en retirada sin prestar batalla.

Ateboduus los miró, satisfecho, escuchando sus gritos de guerra, ecos de antiguas victorias, y blandió la espada en su dirección antes de abrir los brazos como para abarcar el viento, mientras su auriga incitaba los caballos. El *rix* mantenía un perfecto equilibrio a pesar del carro en movimiento, inspiró a todo pulmón mientras el penacho de su yelmo fluctuaba en el aire junto con el pelo y la capa.

Desde el terreno llegaba el aroma del heno y el polvo, pero pronto aquella tierra estaría impregnada por el olor metálico de la sangre que los senones reclamaban a voces.

Lo que ocurriera aquel día quedaría marcado para siempre a lo largo de los siglos y él quería ser el protagonista.

Ala izquierda romana – Alineación de las IV y VI legiones de Mure

Publio Decio Mure miró la enorme alineación de los galos frente a él mientras la brisa le transportaba el eco de los alaridos y de sus lúgubres instrumentos de viento. Había vivido muchas veces en su vida el momento antes de la batalla y sabía que aquellos instantes eran los peores. En la inmovilidad frente al enemigo la tensión subía de manera vertiginosa y la respiración se hacía cada vez más rápida bajo la compresión de la coraza. Todo se desvanecía en el momento del primer impacto. Era como un lanzamiento de dados; ya no se podían tocar hasta que hubieran rodado hasta el final del enfrentamiento revelando el veredicto de los dioses: vida o muerte.

E inevitablemente pensó en la muerte. En pocos instantes rememoró los hechos relevantes de su vida, preguntándose si esta había sido buena, si había hecho demasiadas cosas contra su voluntad, si había aceptado y afrontado todas las dificultades que su posición le había impuesto. Era hijo de un héroe y se había convertido en un ilustre ciudadano romano, no podía reprocharse nada. Si la muerte llegara, él estaría listo.

Controló que el barboquejo del yelmo estuviera ceñido y dio la espalda a los enemigos para mirar los rostros tensos de sus vélites, que se distribuían delante de las centurias de los asteros. Publio Decio se encontraba al frente de la V Legión. A su izquierda, las últimas centurias de los asteros de la VI Legión estaban acabando de alinearse para formar los manípulos. A su derecha, la caballería aliada de los campanos cerraba la alineación protegiendo el flanco izquierdo romano.

Publio Decio sentía que había entrenado bien a los hombres en aquellos meses; por consiguiente, había decidido ensanchar al máximo la línea de ataque para contener a los galos, por lo que inevitablemente había acortado la profundidad. Había dispuesto las centurias, compuestas por unos sesenta hombres, sobre una línea de doce legionarios y una profundidad de cinco. Cada manípulo estaba compuesto por

dos centurias, la *prior* y la *posterior*, que se dispondrían una detrás de la otra después de que los vélites hubieran avanzado de manera dispersa.

A los vélites les correspondía la tarea de marchar rápidamente y comprometer a los senones en el primer contacto, acribillándolos con hondas, piedras y jabalinas. Debían acercarse, golpearlos y retroceder para desordenar sus filas. En cuanto los galos avanzaran, los vélites debían retirarse a la carrera al interior de los pasillos dejados entre los distintos manípulos. Inmediatamente después de la retirada a la retaguardia de los vélites, el manípulo se partiría en dos. La centuria *posterior* se desplazaría a la izquierda y avanzaría a la carrera para flanquear lo antes posible a la centuria *prior*, yendo así a ocupar el pasillo dejado para la fuga de los vélites. Este movimiento cerraría todos los corredores formando una línea continua de hombres de una profundidad de cinco filas, detrás de las cuales seguían los manípulos de los príncipes, dispuestos del mismo modo inicial que los asteros.

Los asteros tenían el deber de absorber el primer choque de los galos y tratar de cansarlos lo máximo posible. Serían los hombres que tendrían más pérdidas. Era esencial que los centuriones y sus segundos, los *optiones*, mantuvieran unida y cohesionada la alineación.

Los hombres habían ensayado decenas de veces las formaciones que utilizarían en el campo de batalla. Sabían que no debían perder de vista al centurión, su enseña y el color del interior de los escudos, que había sido pintado de manera distinta según la centuria, de modo que el legionario, incluso en la confusión de la reyerta, encontrara fácilmente la unidad a la que pertenecía.

A espaldas de los príncipes se situaban los manípulos de los triarios, los veteranos, que esperarían su turno arrodillados en el suelo para ser comprometidos en el momento decisivo de la batalla, lo más descansados posible.

Los centuriones callaron, la formación estaba completada, miles de hombres permanecían inmóviles frente a él. El cónsul vio la tensión que revelaban sus rostros y las mandíbulas apretadas. Reconoció sus caras, recordó muchos de sus nombres. Sabía que estaban esperando las palabras de su comandante; sabían que llegarían, sabían que el hombre que estaba frente a ellos borraría todo el miedo de sus rostros y su espera terminó después de algunos instantes de absoluto silencio.

—He aquí —atronó, señalando a los galos con la punta de la espada—, he aquí el sonido de sus trompetas, he aquí sus gritos. He aquí, desvelado, el designio de los dioses.

La tensión en el rostro de los legionarios dio paso a la atención en cada palabra.

—No lo sabíamos —continuó Mure alzando el tono—, solo ahora nos damos cuenta, nuestra vida ha sido un recorrido que nos ha traído aquí. Desde el día de nuestro nacimiento hemos sido empujados a esto. El objetivo de nuestros días y de nuestras noches era disponernos a esta batalla y combatirla como héroes.

Una sonrisa se dibujó dentro del yelmo de Publio Decio Mure.

—Este día corresponde a una vida entera y nos da la posibilidad de demostrar a

todo el mundo cómo la hemos vivido. ¿Cómo podemos no estar agradecidos a los dioses por esta oportunidad? ¡No la temamos, aferrémonos a ella! Hoy se nos da la posibilidad de hacer algo grande, y si los dioses nos la han concedido es porque no somos hombres corrientes. Nosotros, todos nosotros somos y seremos para siempre los del *Agrum Sentinate*.

Las legiones estallaron en un estruendo y el caballo del cónsul se encabritó majestuosamente.

—Roma nos llama, y no es solo la Roma que conocemos nosotros, sino la Roma que ha sido y la que será. Nosotros: el fruto de las generaciones pasadas y el ejemplo de las futuras, todo confluye hoy. No estamos solos, nuestros seres queridos están aquí, nuestros nietos que aún no hemos visto están aquí, y también están nuestros padres y nos recuerdan que en los orígenes de Roma está la semilla de Marte. ¡Hemos nacido combatiendo y moriremos combatiendo!

La tierra vibró bajo el alarido de los hombres de Mure.

—Y si este es nuestro destino, sabed que la muerte, que tanto tememos y rechazamos, interrumpe la vida, pero no la elimina. Todo acaba, pero no se borra, lo que hemos sido permanecerá y nosotros estamos aquí haciendo de nuestra existencia algo único. ¡Dentro de miles de años la gente hablará aún de nuestras gestas y, comoquiera que acabe esta jornada, sabed que yo estoy orgulloso de estar aquí con vosotros, no quisiera estar en ninguna otra parte más que aquí, hoy, con los del *Agrum Sentinate*!

El estruendo fue tan ensordecedor que superó los *carnix* de los senones y llegó hasta ellos.

—Avanzaremos hacia ellos. Avanzaremos ordenados como hemos aprendido, avanzaremos hasta que sintamos su hedor y cruzaremos las armas como tantas veces hemos ensayado. ¡Les haremos ver que sabemos sufrir por las grandes cosas, les haremos ver que aun antes de saber morir, sabemos matar!

—¡Mure! ¡Mure! ¡Mure!

—Y mirar a esa horda de salvajes y pensar por qué debemos combatirlos quiere decir que tenemos delante de nosotros la vida eterna en vez de la muerte.

Ala derecha romana – Alineación de las I y III legiones de Ruliano

—Allá —dijo Tito Mamercio, señalando un grupo de pendones a Quinto Fabio—. Esas son las enseñas de la Verehia. La más alta, en el medio, es una de las capturadas en las Horcas caudinas.

El viejo cónsul asintió apretando la mandíbula.

—Es hora de devolverla a casa —dijo antes de dirigirse a sus tribunos—. La

estratagema de hacer avanzar las dos legiones en Etruria ha dado un gran resultado. Si los etruscos hubieran estado presentes aquí hoy habríamos estado en clara inferioridad. Pero no nos dejemos engañar por el hecho de que dispongamos de las mismas fuerzas que el enemigo. Tenemos enfrente a los samnitas, el peor adversario que se pueda encontrar.

Ruliano hizo una pausa y señaló la alineación enemiga a lo lejos.

—Estos no son los senones, estos son combatientes bien entrenados y organizados. Sabemos que pueden ser letales. Además de ser excelentes soldados, tienen excelentes armamentos. Hemos conocido sus jabalinas en el pasado y de ellos hemos aprendido a fabricarlas primero y a usarlas después. Lo mismo vale para sus escudos, mucho más resistentes que los que teníamos antes. Para hacer daño a los samnitas hemos debido hacer lo que ellos han aprendido a hacer. Nos hemos adaptado a nuestro enemigo y a sus armas. Hemos hecho nuestro su modo de combatir. Hoy, frente a ellos, estamos en una situación de igualdad, no podemos contar con ninguna ventaja material o numérica; además, están guiados por Gelio, el hombre que más nos odia en el mundo.

El cónsul volvió a mirar a los suyos.

—Si hoy queremos vencer, debemos apostar todo a la táctica y el corazón. Esta es la gran diferencia que podemos poner en liza. La táctica que nos permitirá ser superiores a su entrenamiento. Transmitid a todos los centuriones y a todos los hombres que quiero un avance cauteloso sobre toda la línea. Quiero que los vélites los pongan continuamente a prueba con una serie de asaltos y retrocesos a una distancia de seguridad. Debemos darles la impresión de que somos temerosos e inseguros, debemos obligarlos a adelantarse, a descubrirse y luego hacer un muro para contenerlos. Los quiero ver nerviosos, que pierdan el control, para localizar su sector más débil y joderlos lanzando en aquella zona toda la fuerza de nuestros príncipes. Pongamos el corazón, porque nosotros hoy no nos jugamos una batalla, nosotros aquí hacemos Historia. Esta batalla no termina hoy, estoy convencido. Si perdemos, esos hombres que veis alineados allá apuntarán sobre Roma; si vencemos, nosotros obligaremos a las ciudades del Samnio y de Etruria a inclinar la cabeza, y luego apuntaremos a las tierras de los senones hasta que hayan decidido morir o dejarse someter.

»Nosotros aquí, hoy, seremos recordados eternamente y solo la fuerza de nuestros corazones nos podrá sostener cuando los músculos y los pulmones ya no tengan nada que dar. Si nuestro corazón es más fuerte que el de aquellos que tenemos enfrente, seremos recordados como los vencedores de cuatro pueblos que nos querían aniquilar. Si perdemos, seremos recordados como aquellos que no lo consiguieron, y por más heroica que pueda ser nuestra derrota aquí, hoy, recordad que serán los vencedores los que escriban la historia de esta jornada. Quiero ser yo quien lo haga y la sangre del samnita será la tinta; esta llanura, el pergamino, y vosotros, los actores destinados a ser rememorados eternamente por haber demostrado que Roma vence o

muere. Ninguna concesión, ningún término medio.

Los tribunos asintieron, convencidos. Quinto Fabio se dirigió a Mamerco.

—Te quiero delante de las enseñas. Señala a los centuriones los comandantes de la Verehia. Quiero que mueran antes de la fase final de la batalla.

Audax asintió.

—Y esperemos que no te tomen por uno de ellos.

Ala izquierda de los coaligados – Sector samnita – Legio Linteata

Nearco se encogió de hombros y hendió el aire con dos golpes de su espada que luego pegó contra el escudo.

—¡Listos! —aulló a sus hombres—. ¡Hoy llenaremos Roma de héroes que recordar!

Sus legionarios exultaron.

—Nosotros somos unos privilegiados porque no hemos elegido vivir cuanto podemos, hemos elegido vivir cuanto debemos. La longitud de nuestra vida no se medirá por el pelo blanco o las arrugas, eso no es vivir, es solo existir largamente. No veremos la decadencia, la debilidad o el reblandecimiento que la edad da a los mortales, escaparemos del desgaste del tiempo y nuestra vida será eterna como la de los dioses, porque seremos inmunes al olvido. Hemos elegido dónde vivir, con quién, de qué modo y hemos impuesto al destino el día de nuestro tránsito, y ese día es hoy, ¡en la flor de nuestra fuerza!

Los hombres de la Linteata alzaron sus pilos al cielo y luego los blandieron contra los escudos mientras Nearco extendía los brazos musculosos.

—Todo placer tiene su momento culminante cuando está a punto de acabar, ¡disfrutemos del nuestro hoy! ¡La muerte es bella y heroica solo si la vida es breve! Si los enfrentamos así, sin miedo a perder el bien más preciado que tenemos, entonces los hemos vencido. ¡Nosotros ya estamos muertos y ya hemos vencido!

Se produjo un estruendo.

—¡Avancemos! Avancemos, hermanos, como si fuéramos dioses inmortales. Adelante, hasta el último aliento.

Ala izquierda romana – Centro de la alineación entre las IV y VI legiones de Mure

El pontífice, Marco Livio, se cubrió la cabeza con un extremo de su toga. Impulsó el

caballo al paso detrás de las legiones que avanzaban, seguía a las últimas centurias de príncipes y precedía las enseñas de los triarios. No había sitio más seguro en aquel momento.

Su ojo experto observaba cualquier posible señal hasta donde la vista se lo permitía. Miraba la alineación enemiga aproximándose, el modo en que avanzaban las legiones, los movimientos de la caballería que Mure había enviado, que se perdía en el polvo a la izquierda, y luego el cielo. El inmenso cielo de aquella mañana de verano, tan grande y tan vacío al mismo tiempo. No parecía que llegara ninguna señal de Júpiter. Ninguna bandada, ninguna golondrina, águila o cuervo. Nada.

Imprecando a Marte, el centurión que conducía el manípulo delante de él aulló a los suyos que cerraran filas a la izquierda para mantener la correcta alineación. Marco Livio fingió que no pasaba nada, tampoco aquella era una buena señal.

El estruendo de los senones superó todo y a todos. Ya no eran una línea gris entre el polvo. Eran guerreros bien visibles y avanzaban lentamente manteniendo una formación compacta y ordenada; ya no era posible observar la longitud de su frente con un solo vistazo. El pontífice recorrió su alineación con la mirada y puso los ojos en blanco.

Desde las alturas, a su izquierda, descendió a la carrera una cierva perseguida por un lobo, cruzando en su fuga la planicie que se abría entre las dos alineaciones opuestas. Desde allí los dos animales invirtieron su carrera en direcciones contrarias, la cierva hacia los galos, el lobo hacia los romanos. Los vélites y los príncipes se apartaron para dejar pasar al animal entre sus filas. Este recorrió un largo pasillo entre los hombres y luego se detuvo, desorientado. Un signífero del cuarto manípulo empujó al animal hacia los triarios y el final de la alineación. Después de un instante de vacilación el lobo volvió a correr pasando a un pelo del caballo del pontífice, que se encabritó con un relincho. Marco Livio tiró con violencia de las bridas, dominando el miedo del caballo, y se volvió para mirar el lobo que cruzaba indemne los espacios de los triarios y más allá, superando ileso a los últimos rorarios para escapar por fin.

Volvió a mirar hacia delante con el corazón en un puño y vio que los galos traspasaban a la cierva que se había acercado a sus filas. Se quedó un instante con la boca entreabierta, el tiempo de ver los últimos espasmos del animal. Braceó reclamando a los hombres.

—La fuga y la masacre han ocurrido allí donde ahora veis en tierra el animal consagrado a Diana —aulló—. De este lado, el lobo vencedor, grato a Marte, se ha marchado, sano y salvo. Marte, el fundador de Roma, está de nuestro lado. Adelante, adelante sin temor.

Ala derecha romana – Alineación de los vélites de la III Legión de Ruliano

Audax siguió las órdenes de Ruliano y descendió del caballo para alcanzar a los vélites incorporados a las distintas centurias de los asteros. Recorrió la alineación señalando a los comandantes de la Verehia, a los que tenían que golpear con piedras y jabalinas. Partió del centro de la alineación, donde ambos ejércitos disponían los hombres menos valerosos y se dirigió a la derecha, para alcanzar las primeras centurias de la III Legión, donde Ruliano había puesto a sus mejores hombres como protección del ala derecha romana, alineada antes de los manípulos de los aliados y la caballería.

En su rápido camino, Audax vio que las centurias de los asteros habían reducido su velocidad hasta detenerse. Los centuriones y sus segundos exigieron a voz en cuello la alineación de las filas en un *crescendo* de tensión. El enfrentamiento estaba próximo. Tito Mamerco miró el frente enemigo mientras los vélites comenzaron a avanzar esparciéndose delante de las centurias de los asteros. El inicio de la batalla era el momento de gloria de todos los jóvenes vélites, pues demostrarían su valor delante de los centuriones veteranos que guiaban los manípulos a sus espaldas.

Los muchachos lanzaron insultos al enemigo y empuñaron la primera de sus jabalinas. Tomaron impulso para imprimir mayor fuerza al lanzamiento y la arrojaron con un alarido, lo más lejos posible.

Audax miró la trayectoria arqueada de uno de los proyectiles y en pocos instantes se confundió con otras decenas provenientes de los samnitas. En breve, el cielo se llenó de saetas negras y silbidos de piedras lanzadas por las hondas que iban en ambas direcciones. Un zumbido se estrelló en su coraza, haciéndolo retroceder un paso. De inmediato, Mamerco se empequeñeció detrás de su escudo mientras una segunda piedra le dio de refilón en el yelmo, señal de que los samnitas tiraban lejos para alcanzar a las alineaciones situadas más allá de los vélites. Su objetivo eran los asteros y él se encontraba justo delante de sus filas con su coraza lustrada que lo hacía parecer un tribuno.

Al rumor de los proyectiles, a los alaridos de los centuriones que pedían constantemente que se mantuviera la línea y a aquellos de incitación de los vélites, comenzaron a añadirse los de los heridos. Un astero a espaldas de Mamerco gritó cuando una lanza le atravesó el pie, Audax se volvió viéndolo agacharse en el suelo e inmediatamente después se concentró en el jirón de cielo que tenía enfrente para evitar recibir más golpes. Alzó instantáneamente el escudo para detener una jabalina que traspasó con un chasquido la tablazón de madera para detenerse con la punta a un dedo de su rostro. Sacudió el *clipeus* para tratar de liberarse de la presa, pero la pequeña punta que había perforado la madera no salía, además el mango de hierro de la lanza se había doblado en el impacto, arponeando el escudo, ahora pesado y difícil de maniobrar.

Un joven legionario cayó aullando en el suelo con un asta en pleno pecho. Mamerco retrocedió arrastrando consigo el escudo y la larga asta de la jabalina, que, rozando el suelo, le impedía moverse y protegerse como era debido. Fue a chocar

contra un centurión con el rostro morado, que hizo el amago de devorarlo antes de detenerse, atónito, frente a la preciosa coraza cincelada.

—Me ha mandado el cónsul —le aulló Mamerco en el bullicio de la batalla—, debo identificar a los comandantes enemigos y dirigir hacia ellos el tiro de las jabalinas. ¿Puedo ocupar el puesto de ese hombre?

—¿No eres un tribuno?

—Soy un astero.

El centurión lanzó una mirada fugaz al yelmo que por sí solo valía un patrimonio.

—Entonces coge su *clipeus* y sus pilos.

Ala izquierda romana – Caballería aliada

Publio Decio Mure había dejado a Marco Livio en el centro de la alineación y había ordenado a sus tribunos un avance decidido de las V y VI legiones. Su estrategia contra los senones era la opuesta a la elegida por Quinto Fabio. Quería impedirles cualquier iniciativa y obligarlos a defenderse. Quería trastornarlos, clavarlos en su sitio y hacerles perder el ímpetu. Sabía que los galos se desanimaban en seguida si la situación no les era de inmediato favorable.

Después de haber dado estas disposiciones se dirigió a la izquierda de la alineación con sus lictores y el inseparable Thucer para alcanzar a los mandos de la caballería campana.

—Vuestra tarea es aniquilar su caballería —les dijo señalando a los galos, a lo lejos—. Quiero una carga decidida que desordene su formación. Debemos desorientarlos y obligarlos a retirarse. Debemos amagar una persecución para alejarlos del campo de batalla y permitirnos volver atrás y cargar sobre el flanco derecho de la alineación de los senones, que, sin su caballería, se encontrará descubierta.

Los comandantes en torno al cónsul asintieron.

—El flanco derecho es el más vulnerable en una alineación. Los soldados llevan el escudo sobre la izquierda; por tanto, para defenderse de un ataque proveniente de su lado no protegido se ven obligados a girarse y pierden de vista lo que está sucediendo en la línea del frente. Y es precisamente en ese momento que nosotros haremos entrar en liza a los manípulos aún frescos de los príncipes, concentrando toda la fuerza del ataque en ese sector. Allí he situado las mejores centurias, que empujarán a los galos contra nuestra caballería.

Mure se detuvo un instante y buscó de nuevo la aprobación de los suyos.

—Los galos cederán y la batalla será nuestra.

Ala derecha de los coaligados – Carros de guerra senones

Aker llegó a la carrera con los perros, cruzó la mancha boscosa y alcanzó el carro de Ateboduu más allá del bosque.

—La batalla está empezando, *rix* —dijo, recuperando el aliento a grandes bocanadas—. Romanos y samnitas ya han entrado en contacto, dentro de poco se producirá el enfrentamiento con los nuestros.

Ateboduu asintió y se volvió para mirar a los suyos: un centenar de nobles senones armados hasta los dientes en sus carros de guerra, entre los cuales se confundía alguno de aquellos umbros que habían ocupado el sitio del regente de Tifernum muerto en el enfrentamiento con la II Legión.

Después de haber desfilado delante de la alineación, el *rix* había alcanzado al resto de los carros más allá de un bosque de hayas, donde los había hecho reunirse con las primeras luces del alba, durante el trasiego del despliegue general, cuando los romanos aún estaban demasiado lejos para verlos.

Invisibles a los romanos, aquellos carros eran la reserva estratégica de Ateboduu y aparecerían de la nada en el momento más oportuno de la batalla. Nadie sabía cuándo, ni el mismo *rix*, pero aquel momento llegaría, sin duda, solo había que esperar.

—Vuelve al campamento con los perros —respondió el jefe senón al pequeño Aker, aturcido mirando la cabeza de Larth colgada al costado del carro—. Quiero que estés junto a Velia.

—Sí, mi señor.

—Si intentas huir, te encontraré dondequiera que estés. Daré a tu hermana a mis hombres, tu cuerpo será pasto de los perros, y tu cabeza, de los cerdos.

—No huiré, mi señor.

Ateboduu examinó el rostro del siervo antes de hacer que se alejara con un gesto de la cabeza.

—Ve al campamento y apresta el banquete para la noche. Tendré sed y hambre.

Aker inclinó la cabeza y se alejó del *rix* pasando entre los carros. Echó un vistazo a los aurigas que se ajustaban las bridas y a los nobles que miraban en torno con soberbia mostrando sus espléndidas corazas. El etrusco continuó caminando sin volverse, debía alcanzar el campamento a dos millas de distancia de aquel bosquecillo que ocultaba la sorpresa que Ateboduu había dispuesto para los romanos. Se preguntó qué favorecería más su situación, dado que los etruscos no estaban presentes en el campo de batalla.

Si vencieran los galos, no cambiaría nada, pero si perdieran, ¿qué sucedería?

Caminaba pensando en todas las variables y lo único que consiguió intuir de su razonamiento era que lo mejor que podía hacer era no esperar el resultado de aquella batalla.

Había que ir a occidente, lo antes posible, fueran como fuesen las cosas. Sí, era lo mejor que podía hacer.

Ala izquierda de los coaligados – Sector samnita – Legio Linteata

Nearco se alejó un par de pasos de la alineación escrutando entre el polvo. Con la comisura de los labios hacia abajo y los ojos desencajados en su espléndido yelmo.

—Tito Mamerco —gruñó, apretando los dientes sin preocuparse de la lluvia de jabalinas que los vélites romanos arrojaban en su sector—. ¡Tito Mamerco! —aulló con las venas del cuello hinchadas.

—¡Vuelve inmediatamente a las filas, Nearco! —lo llamó amenazante Minacio Estacio desde lo alto de su imponente cabalgadura.

El veterano de la Verehia señaló a un hombre en la primerísima fila de los asteros romanos.

—Aquel de allá, aquel cabrón vestido como uno de los nuestros, es Tito Mamerco, el traidor.

—No me interesa quién es, quiero que mates a muchos hombres y guíes a los tuyos haciendo el mayor daño posible al enemigo. No quiero gestos irreflexivos ni perder hombres inútilmente. Debes matarlo junto a muchos otros, y no lanzarte solo a la reyerta para acabar muerto, ¿he sido claro?

El samnita vaciló, como si el odio fuera mucho más fuerte que la razón. El semental pardo de Estacio oscureció la vista de Nearco, que alzó la cabeza mirando a su superior.

—¿He sido claro? —aulló de nuevo el comandante de la Verehia.

Nearco regresó a las filas como un toro recalcitrante obligado a retroceder. Se encogió de hombros y blandió espada y escudo.

—¡Estad listos! —rugió a los suyos, permaneciendo inmóvil delante de una jabalina que le rozó el hombro. Miró la alineación romana, los vélites de ambas formaciones estaban corriendo a la retaguardia dejando el terreno sembrado de lanzas, algunos muertos y decenas de heridos que intentaban arrastrarse lejos de aquel trozo de tierra que vería enfrentarse a las dos alineaciones.

Las insignias romanas permanecieron inmóviles. Sus centuriones, silenciosos. Nearco buscó con la mirada a Minacio Estacio para comprender qué estaba sucediendo. Era como si los romanos no quisieran proseguir el combate y se mantuvieran quietos en sus posiciones, como si esperaran el movimiento de los samnitas.

—Adelante —gruñó a media voz, mientras seguía mirando a Estacio—. Avancemos, maldición —repitió entre dientes como si quisiera hacer llegar la

sugerencia al comandante de la Verehia, que al fin exhortó a los suyos a moverse.

—¡Linteata! —aulló Nearco, dando la señal de avance.

—¡Sangre! —respondió en coro la centuria avanzando un paso.

—¡Linteata! —repitió el veterano al siguiente paso.

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

Los vélites romanos aparecieron de nuevo de entre los bloques de los asteros, como salidos de la nada, y, armados con nuevas jabalinas, las lanzaron con toda su fuerza hacia la alineación de los samnitas que avanzaban.

Nearco se protegió detrás de su escudo, donde se estrellaron tres jabalinas, una de las cuales perforó la madera y le hirió en el brazo. Con un rugido, el samnita se liberó del escudo ya inutilizable sin preocuparse de la herida y esquivó de milagro un cuarto golpe, mientras a su izquierda uno de los centuriones veteranos caía al suelo atravesado por una lanza.

—¡Escarlar! —aulló para llenar los vacíos que los hombres caídos por los lanzamientos del enemigo habían dejado.

Se hizo traer un escudo por un hombre de la última fila y recuperó su puesto al lado de la centuria. En aquel momento comprendió que los romanos estaban apuntando a los comandantes.

—Eres tú, cabrón —dijo mirando a Tito Mamerco—, eres tú quien está orientando el tiro. ¡Adelante! Adelante hombres de la Linteata.

Ala izquierda romana – Caballería aliada

Publio Decio Mure había guiado a la caballería campana con un amplio movimiento en tenaza contra los galos, que habían realizado la misma maniobra. La marcha había ido aumentando, y cuando los senones estuvieron a la distancia adecuada el cónsul lanzó a los suyos al galope.

Thucer cabalgaba a espaldas del cónsul con el corazón latiendo tan fuerte que parecía que quisiera salir de la coraza. El joven umbro nunca había visto nada similar, el terreno temblaba, el ruido ensordecedor era al mismo tiempo espantoso y maravilloso. Daba la impresión de vivir algo imposible, de formar parte de algo demasiado poderoso para un ser humano. Thucer pensó que nada ni nadie podría nunca detener aquella carga y lo pensó hasta que vio frente a él algo igualmente espantoso: la carga de los jinetes galos.

En un torbellino de imágenes temblorosas, aullidos y polvo, las dos alineaciones entraron en contacto. Los senones arrojaron sus lanzas contra los jinetes de Mure un momento antes de desviar el caballo de lado y cambiar de dirección. Fue el caos, distintos caballos lanzados al galope se desplomaron arrastrando a sus jinetes y a quienes estaban cerca de la caída, pero el grueso de la masa prosiguió hacia su

objetivo. Thucer evitó a un jinete herido en tierra y por poco no acabó desarzonado de su semental. El muchacho apretó las piernas y se pegó al cuello del animal aterrorizado. Cuando, finalmente, consiguió calmar a su cabalgadura, lanzó su jabalina hacia un jinete enemigo que escapaba, después de haber alzado el escudo por encima de la cabeza y haberlo situado con un extraño movimiento en protección de la espalda. El lanzamiento acabó en la masa polvorienta que abrazaba hombres y caballos.

Entre relinchos y alaridos de los heridos, el comandante de los jinetes campanos reclamó a la formación a los suyos, mientras algunos senones, sin cabalgadura después del enfrentamiento, rodaron bajo los corceles romanos y empezaron a golpear en el vientre y los tendones de los caballos que corcoveaban. Thucer recuperó una lanza clavada en el terreno, y con un gruñido golpeó en la espalda a uno de los senones. El hombre cayó al suelo aullando, sin conseguir mover las piernas, y en pocos minutos fue rematado por uno de los campanos que había quedado sin caballo.

El joven umbro sintió a lo largo de la mano la vibración transmitida por el asta, cuando la lanza penetró en la espalda del guerrero enemigo. Miró la punta ensangrentada; qué extraño era el destino, el joven y pequeño Thucer había liquidado a un galo enorme con una lanza recogida en el campo de batalla. Nunca había matado a nadie y después de una vida escuchando hablar de hostilidades en el interior de Tifernum nunca había comprendido que pudiera ser tan fácil matar. Fácil y exaltante.

Quería más, quería muchos. Dominó el miedo de su semental espantado por el olor de la sangre y la confusión de aquella contienda y alcanzó a Mure. Estaba listo para combatir.

Ala derecha romana – Insignias de los triarios de la III Legión de Ruliano

Quinto Fabio Máximo superó al trote a un grupo de vélites baldados que se retiraban de los primeros choques en las últimas filas de la alineación. Sus lictores lo siguieron a través de los manípulos de los triarios, que, arrodillados en el suelo, esperaban la evolución de la batalla en un silencio irreal. Pasaron rasando algunas centurias de príncipes alineados con la mirada puesta en las insignias de los manípulos a los que pertenecían y el oído tenso en dirección a sus centuriones. Delante de estos estaban listos los vélites incorporados a ellos, y más adelante, el ensordecedor frenesí del enfrentamiento de los asteros que sostenían la presión de los samnitas.

Los lictores le aconsejaron que se detuviera en cuanto el terreno comenzó a estar lleno de heridos, escudos, astas de jabalinas y piedras que los vélites recogían y volvían a tirar hacia el enemigo.

—¡Mantened la línea! —aulló el cónsul, señalando a una centuria que retrocedía

más de lo debido.

—Los hombres están cansados, cónsul —dijo un tribuno de la III Legión—. Esos malditos empujan y ya han ganado terreno.

—No debéis retroceder —respondió Ruliano—, debéis detenerlos, di a los hombres que resistan. ¡Diles que resistan, tribuno! ¡Quiero a los samnitas bloqueados en esa línea!, ¿entendido?

El oficial miró al cónsul, no eran las palabras que hubiera querido oír y Ruliano lo intuyó. Espoleó entonces el caballo hacia los manípulos en combate mientras los lictores lo rodeaban para protegerlo de eventuales ataques enemigos.

—¡Gloria a vosotros! —aulló a sus asteros cubiertos de polvo y sangre—, ¡gloria a los hombres más fuertes que Roma haya nunca tenido! No estáis combatiendo una batalla, estáis cambiando la Historia. Echad atrás a esos cabrones hijos de puta. ¡Hacedlo por vuestras familias, hacedlo por Roma!

Un rugido se alzó de las filas junto a una nube de piedras y jabalinas. De golpe los hombres avanzaron contra el muro de la Linteata y Ruliano se apartó de ellos después de que sus lictores le pararan con sus escudos dos piedras dirigidas a su rostro.

—La caballería espera una orden, cónsul —dijo un mensajero mandado por los jinetes umbros de Camars—. Están todos quietos, a la espera.

—Sé perfectamente que están quietos y deberán estarlo hasta que los samnitas muevan a sus jinetes. Mientras ellos no se muevan, no nos moveremos tampoco nosotros, y estate tranquilo, muchacho, porque cuando dé la orden de cargar deberéis hacerlo durante toda la noche y también al día siguiente. Ninguno de vosotros deberá retroceder mientras haya un samnita o un senón vivo. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Una piedra voló a un palmo del rostro del cónsul.

—Vámonos de aquí, es peligroso —le aulló un lictor.

—¡Oooh, calla! —respondió Quinto Fabio—. Esos jodidos senadores de Roma me han puesto aquí para recibir las piedras por ellos, es mi tarea y si el destino quiere que yo muera aquí, moriré también con todos vuestros escudos encima. Si no es mi destino, entonces no hay nada de qué preocuparse. Ahora vamos donde los frentanos y despertémoslos un poco, están retrocediendo.

—Cónsul.

—¿Qué pasa ahora?

El lictor señaló un punto del lado opuesto de la alineación.

—Las legiones de Mure están avanzando.

Ruliano tiró de las bridas e hizo girar el caballo. Observó a los legionarios de la V Legión atacando a los galos y más allá vio a los jinetes de las dos formaciones enfrentándose en una reyerta espantosa. Permaneció un instante atónito, daba la impresión de que en el frente de Mure todo iba de la mejor manera posible, pero al viejo Rullus algo le decía que parecía demasiado fácil.

—¿Avanzamos también nosotros?

—No —dijo el cónsul—, nosotros mantenemos la posición.

—¡Mantened la posición! —aulló el centurión al lado de Tito Mamerco, que estaba recuperando el aliento después del enésimo encuentro. Audax se puso en posición con la respiración afanosa, el brazo izquierdo ensangrentado, el rostro morado y chorreante de sudor, la boca seca y la sed que lo devoraba.

Los samnitas habían aflojado momentáneamente la presión en aquel sector y las dos alineaciones se habían alejado una veintena de pasos para tomar aliento antes de volver a combatir. Pero continuaba incesante el lanzamiento de piedras por parte de los vélites, que se habían puesto a espaldas de los asteros. El lanzamiento de piedras y de jabalinas no eran los únicos peligros, había un enemigo igualmente insidioso, aunque aparentemente invisible: el polvo. El movimiento de miles de hombres en aquella calurosa jornada sin viento había llenado el aire de un polvillo que acababa en la nariz, en los pulmones, en la boca y en los ojos, donde se mezclaba con el sudor.

Eso era la batalla: resistir al calor, a la sed, al polvo y a las heridas, evitar los golpes y a veces recibirlos, pero no moverse de allí. Quien más resistiera vencería.

—¡Tito Mamerco!

Audax miró a su alrededor, alguien había aullado su nombre en el estruendo de la batalla, pero no entendía quién había sido.

—¡Estoy aquí, cabrón traidor!

El romano escrutó entre las filas enemigas y en medio de las corazas centelleantes de los samnitas vio la silueta imponente de Nearco. Audax tragó saliva y ya no sintió la sed, el cansancio ni la canícula. El odio lo borró todo al instante.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —le aulló el centurión, conteniéndolo después de que Mamerco hubiera dado un par de pasos hacia las filas enemigas.

—Debo matar a ese tipo.

—Otro paso y te mato yo, lo juro por Marte. ¡Mantén la alineación!

—Yo...

—¡Vuelve a tu puesto! —vociferó el centurión—, ¡o te mato por haber desobedecido una orden durante la batalla!

Audax rechinó los dientes, lanzó un vistazo al odiado Nearco y volvió a las filas bajo la mirada truculenta del centurión.

—No vuelvas a hacerlo, muchacho —le dijo este con la voz ronca de quien había estado aullando desde que despertó al amanecer—. No suelo repetir las cosas.

Ala izquierda romana – Caballería aliada

—¡Cargad! ¡Cargad! —aulló Mure en el frenesí del choque inminente. A pesar del polvo y la confusión, su capa descollaba entre la turba, como también sus órdenes, que por segunda vez guiaron a los jinetes campanos contra los senones.

Thucer lo miró con admiración rodeado por sus lictores que no lo habían dejado descubierto un solo instante; se lanzó con él a la carga, empuñando la jabalina que había recuperado en el campo. En la primera carga había visto que era más útil mantenerla bien sujeta que lanzarla.

Las dos alineaciones se acercaron de nuevo y, como en la primera carga, los caballos se detuvieron para evitarse mientras sus jinetes los guiaban a golpes de talón y tirones de las riendas dentro de la contienda. Thucer incitó a *Negro* para abrirse paso entre los galos mientras blandía su lanza. Atravesó en el costado a un jinete enemigo que estaba combatiendo contra un campano y continuó, entre relinchos y alaridos. Paró un espadazo con el escudo e inició un breve duelo con otro jinete que fue desarzonado y luego muerto por uno de los lictores. Se volvió al son del *carnix* y percibió, sin verlo, que un proyectil le zumbaba a un palmo de la oreja. Se dio cuenta solo en aquel momento, ileso en medio de semejante caos, de que saldría vivo. Cargó contra un senón y lo cogió en pleno pecho con su lanza.

—¡Esta es por mi padre! —aulló—. ¡Mírame! ¡Mira cómo recupero Tifernum!

No era el único que se consideraba inmune al enfrentamiento. Los galos perdían terreno y los jinetes campanos se sentían cada vez más fuertes y motivados. Permanecían unidos y se encarnizaban contra sus adversarios sin darles un solo instante de tregua. Otro enemigo muerto y luego otro, hasta que Thucer se encontró con un vacío irreal delante de sí. El muchacho se volvió hacia la contienda que menguaba a sus espaldas, el sabor de la sangre en la boca, la lanza roja y el corazón desbocado. Dominó el miedo de *Negro* y lo obligó a volver entre el grupo de jinetes guiado por Mure, que alzó al cielo el grito de batalla y de victoria. Thucer se asombró de lo rápido que había sido aquel enfrentamiento, pero en realidad no podía darse cuenta de si había pasado un instante o una eternidad desde que había lanzado al galope a su semental aquella mañana.

Lo que sabía era que tenía un calor sofocante, los pulmones llenos de polvo y respiraba con dificultad. Sentía los músculos de las piernas doloridos, el antebrazo que sostenía la lanza estaba rígido y el hombro que aguantaba el escudo le hacía daño, pero no sabía por qué motivo.

Lo único valioso en aquel momento era el polvo que los jinetes galos dejaban al alejarse de la zona del enfrentamiento al galope. Buscó la capa púrpura de Mure en la contienda y lo vio arengando a sus hombres con la espada ensangrentada. Quería otra carga, pero esta vez la quería contra el flanco de los guerreros galos que estaban combatiendo a los asteros de los aliados latinos.

Los campanos se dispusieron para afrontar la carga reuniendo a todos los jinetes que habían superado el último enfrentamiento. Se necesitó tiempo para rehacer la formación, lo necesario para hacer comprender a los senones que en breve los jinetes

romanos caerían sobre su flanco.

De nuevo el alarido.

—Adelante, hombres del *Agrum Sentinate*, ¡vamos a hacernos con nuestra parte de gloria!

Otra vez se produjo el estruendo, de nuevo los caballos saltaron hacia delante bufando por los ollares. Al trote, entre los rumores de los cascos y el tintineo de las armas hasta que los caballos rompieron el ritmo uno tras otro y se convirtieron en una masa lanzada al galope sobre el extremo derecho de la alineación enemiga. Thucer sintió que *Negro* se resistía a sus órdenes, como si no quisiera correr al encuentro de aquel inmenso obstáculo de miles de hombres que estaban enfrente. El muchacho le hizo sentir el asta sobre el cuarto trasero, pero el caballo levantó la cabeza, aflojando, y fue precisamente en aquel momento que el umbro advirtió un ruido profundo que parecía superarlo todo. Miró a su izquierda, más allá de los yelmos de los jinetes campanos, y vio salir de un bosque los carros de guerra senones lanzados al galope contra el flanco de la caballería romana.

—¡Es una trampa! —aulló sin que nadie lo oyera—. ¡Es una trampa!

Espoleó a *Negro* con todas sus fuerzas y trató de acercarse a los lictores que rodeaban a Mure. Aulló varias veces, pero sus gritos eran tragados por el estruendo. Golpeó entonces con el asta de la lanza a uno de los lictores y le señaló los carros enemigos aproximándose.

Ateboduus se mantenía firme en el flanco del carro que su auriga hacía volar al ritmo de secos chasquidos de fusta. El *rix* saboreó la impresionante visión de los otros carros que corrían a su izquierda y su derecha produciendo un rugido ensordecedor que acababa en una nube de polvo.

Sabía que la carga de los jinetes romanos era más para espantar que para romper y sabía que sus hombres alineados no huirían, sino que se enfrentarían a pie firme con los jinetes enemigos. Él llegaría directo al flanco de la caballería romana precisamente en el momento en que esta perdiera su impulso.

Miró a sus espaldas y vio a lo lejos que su caballería retrocedía para recuperar su posición en el campo de batalla. Su plan estaba marchando a la perfección, exactamente como lo había estudiado. Tan sencillo y tan eficaz.

—Te habría gustado —dijo con una mueca sarcástica a la cabeza de Larth que bailoteaba de una forma macabra al ritmo de la cabalgada, antes de coger una de las lanzas aseguradas en el flanco de su carro—. ¡Échate sobre ellos! —gritó al auriga, que lanzó un alarido prolongado que se perdió en el viento de aquella cabalgada de desafío a vida o muerte.

—¡Cónsul, es una trampa!

Mure se volvió para mirar en la dirección señalada por el lictor y comprendió que aquella que habría podido ser la carga resolutiva de toda la batalla se estaba

transformando en un desastre. No hubo tiempo de decidir nada, el tiempo de hacer nada, el tiempo de pensar en nada. Llegó el sonido de los *carnix*, las piedras y las lanzas de los senones a pie, el estruendo del galope, los alaridos de los hombres y el fragor de las ruedas de los carros.

Uno de los lictores desapareció en la multitud entre los relinchos, un asta pasó por encima del hombro del cónsul, mientras un caballo se desplomaba en el suelo arrastrando a los vecinos. *Negro* se paró de golpe una vez más y corcoveó desazonando a *Thucer*. El muchacho cayó entre las patas de los caballos, que hicieron añicos su escudo. Tierra y cielo se invirtieron varias veces y perdió la lanza. Un casco lo golpeó de refilón sobre el yelmo, una salpicadura caliente le abofeteó el rostro. Trató de levantarse, pero alguien desde atrás lo empujó, tirándolo de nuevo al suelo sobre el cuerpo de un herido que aullaba. Se alejó, jadeando, sin fuerza, sin saber si estaba de pie o recostado. Se desató el barboquejo del yelmo abollado que le impedía ver de un ojo. Lo tiró lejos y miró a su alrededor, en un enredo de hombres y caballos.

Debía levantarse, debía salir de aquel desorden si quería sobrevivir. Se puso de pie, tambaleando, a pocos pasos de las espadas de los galos y en medio de una multitud de caballos encolerizados. Toda autoridad de mando había desaparecido, los hombres estaban en desbandada. *Thucer* retrocedió, golpeó contra un caballo sin jinete, y con un impulso desesperado cogió las bridas e intentó detener al animal, que, presa del terror, lo arrastró consigo. El muchacho corrió al lado del caballo sin soltarlo, esperando que, de algún modo, este lo llevara fuera de la contienda. Notó que el cuello se levantaba y se sintió aliviado, el semental se había encabritado delante de un muro de escudos y lanzas, algunas de las cuales le dieron en pleno pecho, haciéndolo caer hacia atrás. *Thucer* soltó al caballo, incrédulo de encontrarse frente a aquella alineación compacta, y solo en aquel instante comprendió que estaba ante los aliados latinos, que habían sido embestidos por la fuga de la caballería romana.

Miró a su alrededor, era el desastre. Por doquier había hombres en fuga, piedras que llovían, lanzas que llegaban del cielo sin fallar un blanco. Todo estaba perdido, los *socii* eran presa del pánico, dispersos por su propia caballería en fuga y perseguidos por los senones, que, ensoberbecidos, habían pasado al ataque.

Pisó un cuerpo traspasado por una lanza y estuvo de nuevo en el suelo, se levantó entre los alaridos de la multitud espantada y se quedó aturdido por un pequeñísimo detalle que pareció hacer callar el inmenso estruendo que lo rodeaba.

El chirrido de una rueda.

Se volvió y vio un par de caballos que se abrían paso en la reyerta. Un auriga, un yelmo que habría reconocido entre mil. *Enumek* avanzaba golpeando por la espalda a todos los hombres en fuga que encontraba.

Enumek en el carro de su padre.

Thucer miró a su alrededor, quitó la espada al cadáver sobre el que había caído y

fue al encuentro del carro evitando a todos los que huían del lado opuesto.

—¡Enumek! ¡Enumek!

El noble umbro se percató de que lo llamaban y al ver al hijo de su acérrimo enemigo se quedó atónito. Esbozó una sonrisa, la suya sería una victoria más que completa si no dejaba a sus espaldas a ningún descendiente de Kuretus vivo. No había podido exigir tanto a los etruscos el día de la batalla contra la II Legión, pero en aquel momento los etruscos no contaban nada y él era el dueño del campo.

Ese fruto maduro iba a su encuentro, no le quedaba más que cogerlo.

—¡Thucer! —gritó Enumek—. ¡Siempre del lado de los perdedores!

El muchacho cogió impulso, cargó el hombro dolorido y después de un par de zancadas controladas lanzó la jabalina hacia el odiado enemigo de su familia con toda la fuerza que pudo.

Con una torsión del busto, el nuevo amo de Tifernum evitó el golpe y se puso de nuevo en posición con una mueca que dejaba traslucir todo su placer. De un salto bajó del carro y se acercó al muchacho, que extrajo su espada.

—Tendré la satisfacción de matarte con mis propias manos.

—Con mi padre no pudiste hacerlo, ¿verdad? Lo golpeaste por la espalda, ruin.

—Sí, solo lamenté no poderle escupir en la cara mientras moría, pero contigo será distinto y, después de haberte matado, te ataré detrás del carro del difunto Kuretus, así la gente podrá decir que has vuelto a Tifernum con el carro de tu padre.

Thucer imaginó la escena con los ojos de Nahar. Todo había acabado, su decisión de apoyarse en los romanos se desvanecía allí, en aquel caos. Con el rabillo del ojo vio disgregarse las alas de los aliados latinos. Pronto toda la alineación romana se colapsaría. Los galos y los samnitas vencerían, Enumek vencería, los etruscos tendrían vía libre para marchar contra las legiones romanas sin el temor de que estas recibieran refuerzos. El mundo cambiaría y ya no habría sitio para él, pero al menos aquello que estaba sucediendo era fruto de una decisión suya, correcta o equivocada, su destino lo había llevado allí.

—Venga, cabrón, hazme ver si estás en condiciones de combatir cara a cara.

Enumek alzó la lanza, se equilibró y la arrojó. Increíblemente, Thucer observó su trayectoria, la jabalina silbó algunos metros por encima de su cabeza y fue a golpear en el costado de un jinete campano que intentaba la fuga y lo estrelló en el suelo. Cuando volvió a mirar al noble umbro, este había desenvainado la espada y se acercaba amenazadoramente. Con un rugido, Enumek azotó el aire abatiendo con violencia su espada contra la de Thucer. Una, dos, cinco, diez veces, y la fuerza era tal que cada golpe mellaba las hojas, transmitiendo la vibración del hierro a lo largo del brazo hasta alcanzar el hombro y luego el alma.

El muchacho trató de salir de aquella situación de defensa con una embestida, pero sus golpes daban en vacío. Se tambaleó al tropezar con un escudo que había quedado en el campo y perdió su arma.

—¡Vuélvete y mírame, hijo de Kuretus!

Thucer se puso a gatas. Estaba acabado, pero moriría como un hombre. Se volvió mirando a contraluz a su carnicero.

—¡Tu estupidez acaba aquí! —aulló Enumek, alzando la espada al cielo con una mueca.

El muchacho cerró los ojos tendiendo instintivamente la mano delante de él y permaneció inmóvil a la espera del golpe que no llegó.

—¡Vuelve a las filas y reúnete con los otros!

Thucer abrió los ojos y vio frente a él la silueta de Publio Decio Mure, completamente cubierto de sangre, que le aullaba que se uniera con los hombres supervivientes de la desastrosa carga. Miró al suelo y vio a Enumek con los ojos desencajados y un chorro de sangre que le salía de la boca.

—¡Venga, levántate, levántate!

El muchacho se puso de pie, Mure le señaló a los *socii* que perdían terreno.

—Ve a echarles una mano, mientras yo veo cómo resolver la situación.

Iba a asentir cuando la capa del cónsul ya había desaparecido en la muchedumbre.

XXXXIV

DEVOTIO

Las risas del pequeño Publio se difundían festivamente por la casa. Jugaba a la guerra con un joven esclavo, subiendo luego al carro triunfal en miniatura y de madera que le había hecho construir su padre. Se divertía en el peristilo entre las plantas de rosas, gratas a Afrodita, la planta de laurel y las de romero. La menta y el mirto se añadían a las otras hierbas olorosas en aquel jardín cuidado del interior de la casa, donde dos pequeñas fuentes con surtidores alegraban el ambiente salpicando agua que brillaba a la luz del sol de aquella mañana estival.

Julilla estaba sentada contemplando la escena, la mirada dulce y una sonrisa amarga. Observaba la alegría de su hijo y, al mismo tiempo, entreveía en él el porte de su padre, que era el mismo que el del abuelo, al que ella nunca había conocido en persona. Y quizá porque ella temía el futuro de su hijo, no conseguía imponerle la misma austera autoridad que la madre de su marido le aconsejaba.

Era todavía un niño inocente, sin miedos ni supersticiones o perfidias, sin aquel cinismo ni aquella malicia con las que afrontaría las arduas pruebas que le esperarían. Disfrutó así, recogiendo en sí misma, concentrando todos sus sentimientos en aquel momento. Un instante de pausa en su vida inquieta, siempre tendente a la incertidumbre del futuro. Inspiró, con los labios que esbozaban una leve sonrisa y por un instante todo fue perfecto.

Un solo instante porque inmediatamente después su mente volvió a trabajar percibiendo un malestar. Miró hacia el peristilo, donde, como salido de la nada, apareció un gallo.

Julilla saltó hacia delante con un alarido, volcando la banqueta en que estaba sentada. Dos siervos y una doncella acudieron mientras un esclavo gigantesco se materializaba delante del niño para protegerlo. Miraron a la mujer y lo que indicaba sin conseguir hablar. La boca abierta y la mano en el estómago.

El gallo pareció ignorar aquel trasiego y dando vueltas por el atrio se acercó y depositó una ramita sobre el pavimento.

Divertido, el pequeño Publio se aproximó al animal.

—¡No lo toques! —aulló Julilla, con el rostro pálido, mientras el esclavo cogía en brazos al niño para alejarlo de allí—. No lo toques —repitió en voz baja mientras todos se afanaban para hacer salir al gallo de la casa.

—Todo está bien, *domina*, ha pasado —le dijo la doncella, poniendo de nuevo en su sitio la banqueta—. Siéntate, solo ha sido un susto.

—Un gallo en casa —farfulló Julilla—, un mensaje de los dioses, un mensaje de Marte.

—Estás muy cansada, mi señora, quizá por el amamantamiento; es mejor que

descanses —le dijo la joven doncella mientras hacía señas a uno de los siervos para que ayudara a sentarse a Julilla.

—Está ocurriendo algo terrible.

—No, no temas, *domina* —dijo la muchacha con voz temblorosa, tratando de convencerse de lo que decía.

Una lágrima se deslizó por el rostro de la mujer, que, sentándose, se agarró al hombro del siervo.

—Alectrión mismo nos ha informado —dijo Julilla, presa del pánico, sin poder contener el llanto—. Nefasto presagio, infausto barquero de almas en la ultratumba, espantoso oráculo de los dioses y de los dioses eco de amargura.

Ala izquierda romana – Centro de la alineación entre las IV y VI legiones de Mure

El pontífice, Marco Livio, vio que el cónsul llegaba al galope seguido por lo que quedaba de sus lictores.

Llegaron hasta él como vomitados de los infiernos, completamente sucios de sangre y polvo mientras los triarios se alzaban a su paso.

—Marco, no hay un instante que perder —le aulló Mure sin aliento, bajando a la carrera de su cabalgadura.

—¡Manda, cónsul!

—Hemos cometido, es más, he cometido un error al no escuchar la voluntad de los dioses. Un error que ya ha costado demasiados muertos en nuestras filas. Ha llegado el momento de pedirles perdón.

El pontífice sabía exactamente el significado de aquellas palabras, pero sacudió la cabeza como si quisiera negar haberlas oído.

—Vamos, Marco, este es el sino asignado a mi estirpe, este es el hado de mi familia, ofrecerse en sacrificio para expiar los peligros de la patria. ¿No ves que todo está yendo según un destino querido por los dioses? La señal de esta mañana, el desarrollo de la batalla. ¡No queda más que ofrecerme en sacrificio junto a las legiones enemigas a la Tierra y a los dioses Manes!

—Publio Decio...

—Cuanto más demoremos este encuentro con el destino, más soldados romanos morirán. Te lo ruego, apresurémonos.

—Vas a cumplir un ritual público, es necesario que estés vestido de magistrado. Hay que recuperar tu toga pretexta...

El cónsul tendió la mano a una pequeña alforja asegurada en la silla de su caballo y extrajo un hatillo blanco que desentonaba con las manos sucias de sangre coagulada. Marco Livio entendió en aquel momento que Mure ya estaba dispuesto a

todo antes del inicio de la batalla.

—Debes ponértela a la antigua manera, con el cinto Gabino, o sea, con un extremo de la toga atado a la cintura. Luego debes cubrirte la cabeza...

Dos lictores bajaron del caballo para ayudar al cónsul a ponerse la toga mientras los triarios dejaban correr la batalla para observar a Mure en religioso silencio. El propio pontífice sostuvo el yelmo y el talabarte con forro y la espada que pasó luego a dos tribunos de la IV Legión, que, al ver al cónsul, se habían acercado.

Cuando la toga estuvo puesta de la manera correcta y la cabeza quedó cubierta por un extremo de tela, uno de los tribunos hizo el gesto de devolver el yelmo al cónsul y este sacudió la cabeza. Solo cogió su espada ensangrentada y dejó todo el resto en sus manos.

—Estoy listo —dijo Mure, mientras todos a su alrededor comenzaban a entender qué estaba sucediendo.

El pontífice cogió una lanza de los triarios y la puso en el suelo a los pies del cónsul, que se situó con ambos talones sobre el asta. Cogió luego la mano izquierda de Mure, la sacó de la toga y la colocó con el puño cerrado bajo el mentón del cónsul.

—«Jano, Júpiter, padre Marte —empezó Marco Livio, alzando la cabeza y cerrando los ojos—. Quirino, Belona, Lares, dioses Novensiles, dioses Indigetes, dioses en cuyas manos nos encontramos nosotros y nuestros enemigos».

El cónsul repitió las palabras del pontífice mientras todos en torno inclinaban la cabeza.

—«Dioses Manes, yo os invoco —continuaron los dos juntos, porque Mure conocía la fórmula de memoria—. Os imploro y a vosotros, seguro de obtenerla, pido esta gracia, conceded, benignos, al pueblo romano de los quirites la victoria y la fuerza necesaria y sembrad miedo, terror y muerte entre los enemigos del pueblo romano de los quirites. Como he declarado con mis palabras, así yo, a los dioses Manes y a la Tierra, por la República del pueblo romano de los quirites, por el ejército, las legiones y las tropas auxiliares del pueblo romano de los quirites, os ofrezco las legiones y las tropas auxiliares del enemigo junto conmigo mismo».

Entre los dos hubo un instante de silencio, luego Marco Livio asintió sin añadir más. El cónsul estaba listo para el sacrificio. Bajó del asta y montó su caballo.

—Yo arrojo ante mí miedo, fuga, masacre y sangre, la ira de los dioses celestiales e infernales —dijo, indicando con la espada las alineaciones enemigas, mientras los triarios lo miraban inmóviles como estatuas—. Yo maldigo las enseñas y las armas enemigas —aulló para hacerse oír por la mayor cantidad de legionarios posible—. Yo pido a los dioses que añadan mi muerte a la de los galos y los samnitas.

Un estruendo se alzó de los viejos triarios, reclamando la atención de los hombres que estaban más adelante en la alineación. Publio Decio Mure besó el anillo familiar y lanzó una sonrisa a Marco Livio.

—Te espero dentro de mucho tiempo en los Campos Elíseos.

El pontífice entornó los ojos, susurrando una plegaria, y oyó relinchar el caballo

del cónsul, que partió al galope por uno de los pasillos que se formaban entre los manípulos.

—Ayúdame, padre —murmuró Publio Decio, golpeando con el talón.

Los hombres vieron pasar el caballo del cónsul a rienda suelta y, comprendiendo qué estaba a punto de suceder, aullaron su nombre, que siguió su cabalgada como una ola gigantesca que empuja hacia la orilla una pequeña embarcación.

—Te amo, Julilla —dijo, recordando su mirada mientras lanzaba el caballo por el estrecho espacio que lo llevaba hacia los senones—. Perdóname, si puedes.

—¡Mure! ¡Mure! ¡Mure!

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, madre.

Los príncipes se lanzaron en persecución del caballo del cónsul, que no los notó, solo vio la imagen de su hijo que le tendía sus manitas en torno al cuello.

—Te quiero, Publio.

El pasillo terminó, estaba en la línea de batalla.

—Estate cerca de mí.

Los centuriones aullaron que abrieran las filas, y el caballo llegó hasta la primera centuria de asteros que estaban sucumbiendo bajo la presión de los galos.

—No me dejes.

El semental levantó la cabeza y Mure lo azotó con las bridas para que no se detuviera.

—Publio...

Una, dos, tres lanzas entre el cuello y el pecho del caballo, que se encabritó relinchando de dolor.

—¡Te quiero! —aulló antes de que una punta lo golpeará en el centro de la coraza.

El cónsul lanzó un par de mandobles a las decenas de manos que trataban de aferrarlo. Un dolor lancinante en el muslo. Otro mandoble. El caballo se desplomó en aquel légamo humano hecho de alaridos y odio. Un hombre con el torso desnudo se lanzó sobre él aullando y le hundió la coraza con un hachazo. Una lanza le dio debajo de la axila, un espadazo le abrió la mano que sostenía el gladio.

—Romaaaaaaa...

Sintió que lo tiraban del caballo, luego el cerebro enloqueció de dolor por pocos e inmensos instantes mientras su nombre se alzaba al cielo aullado por miles de soldados que empezaron a avanzar.

Ala derecha romana – Asteros de la III Legión de Ruliano

Un estruendo inmenso se alzó a la izquierda en dirección a las legiones de Mure.

—¡Está sucediendo algo! —gritó el centurión al lado de Tito Mamerco, antes de

que las trompetas sonaran ordenando el cambio entre los manípulos de los asteros y los príncipes.

Los centuriones samnitas se dieron cuenta del momento delicado del cambio de los hombres entre los romanos y trataron de espolear a los que estaban exhaustos en las primeras filas. Audax mantuvo la posición con el poco aliento restante, paró los últimos golpes antes de advertir a sus espaldas las órdenes de los nuevos centuriones de tomar posición en el interior de los manípulos. Un legionario grande y fuerte, revestido con una reluciente coraza, se materializó a su lado y rechazó a los adversarios con dos violentos golpes de escudo. Otro apareció a su derecha.

—¡Nos ocupamos nosotros! —le aullaron—, ¡retrocede!

Audax desfiló entre las filas y alcanzó uno de los pasillos que llevaban a la retaguardia, donde los asteros agotados se retiraban sosteniéndose mutuamente. Alcanzó la zona de los triarios y continuó más allá, con las piernas flojas y sin aliento.

Más allá de los triarios estaban situados los rorarios, que auxiliaban de algún modo a los heridos. Audax se dejó caer al suelo en cuanto vio un espacio libre más allá de las alineaciones. Se desató el yelmo y respiró a grandes bocanadas con las manos temblorosas y los hombros y los brazos ardiendo como si estuvieran envueltos por el fuego. Un chiquillo se precipitó sobre él tomándolo por un oficial y le dio de beber con un cazo. Mamerco tragó con avidez un cazo y luego se vertió un segundo sobre la cabeza, tratando de lavarse la sangre y el polvo que le cubría el rostro. Bebió aún un sorbo y luego dejó caer el cuerpo sobre el terreno.

—¿Qué ha sucedido con las legiones de Mure? Se ha oído un estruendo.

El muchacho sacudió la cabeza y miró hacia delante.

—No lo sé, desde aquí no se ve. Hay mucha confusión de ese lado.

El ruido de algunos caballos lanzados al galope hizo que Tito Mamerco levantara la cabeza. Reconoció al pontífice pasando como una flecha a pocos metros con una cohorte de jinetes. Audax los siguió con la mirada y los vio alcanzar el grupo de yelmos crestados del séquito de Quinto Fabio Máximo Ruliano a unos cincuenta pasos de él. Se levantó, guardó con esfuerzo el gladio en la funda y caminó, tambaleante, hacia ellos para tratar de obtener alguna información, mientras su yelmo oscilaba en su mano derecha, asido por los lazos del barboquejo.

—Los príncipes de la V Legión se han lanzado contra los senones, y los *socii* ya no retroceden —oyó que decía el pontífice a Quinto Fabio, que tenía un aire sombrío—. También los de la VI avanzan. Los senones ahora pertenecen a la madre Tierra y a los dioses Manes. El cónsul arrastra consigo al ejército que ha entregado en sacrificio y los enemigos son presa del pánico y las furias.

—Será mejor echar una mano a las furias —respondió Ruliano, dirigiéndose a uno de los tribunos—; manda a los triarios de la I Legión en refuerzo de la VI. Los quiero listos para combatir, que no esperen la entrada en combate de los triarios. Quiero que se incrusten entre galos y samnitas —dijo el cónsul, señalando la posición

en la alineación enemiga—, y que rompan su formación. Deben rechazar a los galos. En cuanto estos cedan, porque cederán, deben dirigir el frente hacia el flanco de los samnitas.

El tribuno asintió y partió a la velocidad del rayo hacia los triarios de la I Legión.

—¿La caballería samnita? —preguntó Ruliano a otro oficial.

—Está quieta delante de la nuestra.

—Que se estén ahí, cuanto más tardemos en hacer entrar a los jinetes en el campo, mejor será; en caso de victoria los necesitamos para perseguir a los senones, no quiero ver uno vivo en un radio de veinte millas.

—Sí, cónsul.

Ruliano volvió a mirar al pontífice.

—¿Dónde ha caído? —preguntó después de un instante de sombrío silencio.

—Delante de las enseñas de la V Legión.

El cónsul buscó el punto con la mirada, pero era imposible establecer exactamente dónde era. Justo delante de la V Legión la batalla arreciaba especialmente. Todos los legionarios habían saltado hacia delante y los príncipes estaban avanzando contra el muro de los senones.

—Hubiera sido mejor que muriese yo —dijo el viejo Rullus con la mirada perdida en la nada.

—Cónsul...

Quinto Fabio volvió la mirada vacía hacia aquella voz y vio a Tito Mamerco completamente cubierto de sangre y polvo.

—¿Ha muerto el cónsul Mure? —preguntó Audax.

Ruliano lo miró con melancólica tristeza y después de algunos instantes asintió.

—Pero como ves su fuerza continúa viva. Cayó en el campo, pero no nos ha dejado —dijo volviendo a mirar a los suyos que se batían como leones—. Vamos a apoyar a los muchachos de la V, no es tiempo de llorar, es tiempo de combatir y seguir su ejemplo.

Audax miró alejarse al anciano cónsul. No podía creer lo que había oído. Se volvió a mirar a los asteros de la III Legión que habían combatido con él hasta un momento antes. Sus centuriones los estaban reuniendo al fondo de la alineación. Los hombres estaban deshechos y lacerados, con la impresión de quien ha visto algo que no se podía contar, pero sus comandantes estaban allí para ponerlos en fila. Los hacían levantar, los sacudían de aquel estado apático, porque la batalla aún no había terminado. Había que estar preparados, incluso con las heridas abiertas, incluso después de haber perdido al compañero más querido. Se estaba combatiendo por algo más grande que la vida misma. La vida de una cultura.

Las palabras de Mure le volvieron a la mente al ver a aquellos centuriones heridos que ponían en fila a los hombres que aún podían sostenerse en pie: «Nosotros seremos los que detuvimos a los cuatro pueblos que querían aniquilarnos; seremos los hombres del *Agrum Sentinate*, la batalla que cambió el curso de la Historia».

Con los ojos brillantes, Audax miró a los príncipes de la III lanzarse contra los samnitas. Se volvió a poner el yelmo y regresó al puesto donde se había derrumbado para recoger su escudo. Sacó el gladio de la funda y se encaminó por el pasillo entre los manípulos de los triarios.

«Y entonces se penetra en profundidad como la quilla de una nave entre las olas. Adelante, cada vez más adelante, mientras el aliento y las piernas lo permiten, y luego aún más».

—Nearcooooo —aulló, volviendo hacia las centurias de los príncipes empeñados en la batalla.

«... sin detenerse, mientras los hombros arden y los brazos se vuelven de piedra, porque en aquella furia todo está al alcance de la mano, la ebriedad de la victoria, la muerte de los enemigos y la supervivencia. Todo se convierte en un rabioso éxtasis por abatir...».

—¡Nearcooooo!

Tito Mamerco ocupó un puesto vacío entre las filas de una centuria de príncipes y miró a la izquierda, a lo lejos, a los triarios de Ruliano que entraban en contacto con los senones, los cuales cerraban filas manteniendo los escudos pegados al cuerpo para protegerse. Los tribunos dieron orden de recoger las astas que se encontraban en el suelo en medio de las dos alineaciones, y de lanzarlas contra la formación en testudo de los enemigos. La mayor parte de las lanzas se clavaron en los escudos y solo pocas puntas alcanzaron a los hombres, pero la formación de los senones perdió compactibilidad y los triarios cargaron rompiéndola.

Una tras otra las filas se alternaron en la batalla, y Audax avanzó en el bloque hasta que un mensajero pasó a la carrera entre las centurias.

—Los senones retroceden —aulló—. ¡Los senones retroceden! —aulló—. ¡Los senones retroceden, estad listos para empujar!

Pasaron pocos instantes y un centurión ordenó romper. Todos lanzaron el grito de guerra y después de saltar hacia delante los príncipes sintieron a los triarios a sus espaldas que los incitaban de cerca. Estaban a punto de intervenir ellos, el punto de ruptura de las líneas enemigas debía de estar próximo.

«La conciencia de sobrevivir a aquella matanza te vuelve despiadado».

El enfrentamiento se convirtió en un desorden fuera de cualquier posible imaginación, una dimensión hecha de alaridos que perforaban yelmos y corazas más que el hierro. Audax había llegado a la segunda fila, en el siguiente cambio entraría de nuevo en combate. En el clangor ensordecedor ni siquiera consiguió oír la orden del centurión, vio avanzar al legionario a su derecha y él hizo lo mismo, ocupando el puesto del soldado que tenía delante. Luego golpeó con el gladio, pegó con el escudo, aulló como un poseso y pegó de nuevo, de nuevo, de nuevo. Esperaba encontrar a Nearco, pero la reyerta era tal que golpeaba sin mirar. Golpeó y golpeó el vacío sin darse cuenta de que entre él y el enemigo se estaba creando distancia. Los centuriones aullaron que avanzaran rápido porque los samnitas retrocedían.

Extenuado y tambaleante, Audax puso un pie delante del otro sin aliento, hasta que se sintió desplazar hacia un lado por un legionario fresco que ocupaba su puesto.

—Fuera, fuera, deja pasar.

Una centuria de triarios lo superó en marcha sostenida rugiendo el grito de guerra. Tito Mamerco aflojó el paso, la caballería de Ruliano a su derecha partió contra los samnitas, que retrocedían. Otra centuria lo superó y luego otra. Caminaba solo en medio de un mar de muertos, lanzas partidas, espadas y yelmos desfondados.

«Y, al final, cuando ya no tengas nada delante y te agaches para respirar a grandes bocanadas mirando la estela de muerte a tu alrededor, completamente cubierto de sangre viscosa, con la espada despuntada, el escudo perforado, las manos temblorosas y el corazón latiendo enloquecido, te sentirás tan exhausto como vivo. Vivo, vergonzosamente vivo».

Se detuvo, las piernas le cedieron y se desplomó en medio de los cadáveres de la Linteata.

—Poderosa Tinia —exclamó Aker, creyendo a duras penas lo que veía. Recorrió con la mirada la inmensa planicie que se abría ante él para captar algún detalle entre el polvo que se alzaba a lo lejos—. Los romanos han roto —dijo, volviéndose hacia Velia, a su lado.

La muchacha observaba la escena aguzando la vista y frunciendo el ceño.

—¿Dónde estará Ateboduuus?

El hermano volvió a mirar la batalla que, desde aquella distancia, a resguardo sobre un espolón de roca, tenía una fascinación particular.

—Espero que esté con Charun, el demonio que acompaña a los muertos en el más allá.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó ella.

—Debemos poner la mayor distancia posible entre nosotros y los que salgan de ese enfrentamiento. Vencedores o vencidos, en los próximos días cualquiera que dé vueltas por esta región acabará muerto o esclavo de por vida, y no quisiera terminar siendo esclavo de los romanos después de haberlo sido de los senones.

Velia echó un último vistazo, la caballería romana se extendía en abanico sobre los hombres que escapaban en todas direcciones.

—Tengo miedo, Aker. Miedo de lo que podría ocurrirnos.

—También yo —respondió él—. Pero creo que es una parte del precio que tenemos que pagar por la libertad. El miedo a que nos sea arrebatada de nuevo.

Uno de los perros de Ateboduuus lamió la mano de la muchacha y ella lo acarició esforzándose por sonreír.

—Vámonos —la exhortó Aker—, cada instante en este sitio puede costarnos caro.

Velia miró por última vez la batalla, como si quisiera asegurarse de la muerte del *rix*. Los senones estaban rodeados y resistían en grupos, mientras otros buscaban una

posible vía de escape hacia el norte, hacia su campamento.

—Vámonos, Velia.

La muchacha se volvió y subió al carro que su hermano había robado.

—Nos haremos pasar por dos mercaderes —le dijo—, iremos a occidente, hacia Etruria. En la primera ciudadela que encontremos venderemos el carro y los bueyes y cogeremos tres o cuatro caballos para movernos más rápidamente.

—¿Tres o cuatro?

—Sí —respondió el hermano, desplazando una lona que cubría la carga del carro—. Dos para nosotros, y al menos otros dos para llevar el oro de Ateboduu.

Velia miró los cofres, boquiabierta.

—Ateboduu no necesitará el oro en los infiernos, por lo tanto, para qué dejárselo a los romanos. Encontraremos un bonito sitio seguro y compraremos una gran parcela de terreno. Tenemos para vivir como señores ricos durante las próximas vidas.

El látigo restalló, el carro se movió y los perros fueron detrás. El sueño de una nueva vida por delante y la vieja que punzaba a sus espaldas con alaridos de muerte.

Audax sintió que unas manos ásperas lo aferraban por los pies y se volvió de golpe encontrándose la punta de una lanza en el cuello. Parpadeó y vio a un centurión embadurnado de sangre que lo miraba con el gladio desenvainado. A su lado un joven lo amenazaba con una lanza.

—Soy Tito Mamerco Audax —dijo, poniendo las manos a la vista—, de la tribu Pomptina, enrolado en los asteros de la V Legión del cónsul Publio Decio Mure.

El centurión lo examinó de la cabeza a los pies.

—¿Qué haces vestido de oficial samnita?

Audax se miró la coraza sucia de sangre.

—Es una larga historia, centurión. Hasta a mí me cuesta creerla. Mi tribu viene del territorio de los volscos, y el cónsul Mure, sabiendo que esa era una región ocupada hacía poco por los samnitas, me propuso que me infiltrara en sus filas para descubrir sus secretos y su posición. Lo que ha sucedido después es increíble, he nadado encadenado entre las corrientes de un río helado; he caminado bajo la lluvia y he ayudado a un muchacho con el que he asistido a los ritos sagrados de los samnitas. He sufrido los atropellos de los comandantes samnitas y he sido obligado a combatir contra nuestros prisioneros, hasta que un día escapé para volver donde Mure y contarle todo lo que había visto.

Audax se sentó, mirando a su alrededor.

—Buena parte de los muertos que ves aquí, Roma me los debe a mí.

El centurión asintió y con la mano alejó la lanza que el muchacho apuntaba al rostro de Mamerco, luego lo ayudó a levantarse.

—Te hemos tomado por uno de sus heridos, has tenido suerte, estamos dando vueltas para rematarlos a todos antes de la noche.

Tito Mamerco se puso de pie, todo le dolía. Los nudillos pelados, los dedos que ardían, el rostro tumefacto. Miró el campo de batalla que se extendía hasta donde llegaba la vista en la luz tenue del ocaso. Grupos de soldados vagaban entre los lamentos de los moribundos que se alzaban como una invisible colcha de niebla del terreno. Remataban a los enemigos y a todos aquellos que no tenían esperanza. Recuperaban a los heridos que sobrevivirían.

—¿Dónde está el cónsul Ruliano?

—Ha guiado a la caballería que perseguía a los samnitas; la I Legión ha corrido en su ayuda, junto con los aliados marsos.

Audax asintió lentamente, como si necesitara tiempo para metabolizar las informaciones.

—¿Y los galos?

—En cuanto han cruzado las líneas samnitas, el cónsul ha mandado a quinientos jinetes para coger por la espalda a los senones. Los que no han muerto, han huido en todas direcciones.

El joven que acompañaba al centurión se agachó para registrar a un muerto, cogió un anillo y un brazalete y se los puso.

—¿Y Mure?

—Lo están buscando los de la V y la VI legiones, no dejan que se acerque ningún otro, quieren ser ellos los que encuentren a su comandante. En esa zona hay montones de cadáveres, pero continuarán buscándolo durante toda la noche, si es necesario. No dejarán que el cónsul vague solo por las tinieblas.

Tito Mamerco miró hacia el sector donde había caído Publio Decio, allí donde el sol apenas había desaparecido detrás de una lejana colina.

—Mejor que no vayas por ahí solo al oscurecer con esa coraza y esa túnica. También están los *socii* en busca de botín y no se lo pensarán dos veces antes de matarte. Alcanza a los otros muchachos de tu legión. Los de la V se están reuniendo allá —le dijo, señalando algunas centurias que encendían fuegos sobre la que, por la mañana, había sido la línea de partida de las alineaciones romanas.

—Tenéis la tarea de vigilar este inmenso cementerio durante la noche —dijo el centurión antes de dar una palmada sobre el hombro a Tito Mamerco—. ¡Ánimo, hemos vencido y volveremos a casa ricos y malditamente vivos!

Audax esbozó una amarga sonrisa y recogió el yelmo antes de encaminarse lentamente hacia los fuegos, recorriendo al revés el camino hecho durante la batalla, que estaba diseminado por toda clase de cosas. No había un solo palmo de tierra que no estuviera bañado de sangre. Yacían hombres sin vida los unos sobre los otros y sus rostros estaban trastornados por la angustia y el dolor del fin.

El silencio cayó poco a poco sobre el ensordecedor estruendo de aquella jornada, dejando a sus espaldas un lejano lamento y el llanto sofocado de Tito Mamerco, el audaz.

—Cónsul.

Quinto Fabio Máximo Ruliano alzó la cabeza que mantenía sujeta entre las manos. Estaba sentado en el pequeño sillón de campaña. La luz de la linterna de la tienda evidenció todas las marcas que aquella jornada había dejado en su rostro. Parecía haber envejecido diez años en pocas horas. Estaba cansado y triste con el pelo desordenado. Su loriga sucia tenía señales del enfrentamiento y salpicaduras rojas, el color de aquella sangrienta victoria.

—Hemos encontrado el cuerpo —dijo Marco Livio, que avanzó un par de pasos y abrió la mano mostrando un anillo de oro a Rullus. Con gesto atormentado, el viejo cónsul se alzó lentamente, como si estuviera levantando con la espalda el peso de mil pensamientos que lo habían agujoneado desde el momento en que había sabido de la *devotio*. Había llegado el momento que nunca habría querido vivir.

No se acicaló y, tal como se encontraba, salió de la tienda, viendo las luces de centenares de antorchas. Miles de hombres estaban recogidos en religioso silencio. Habían repasado palmo a palmo aquella tierra impregnada de sangre en la oscuridad, durante toda la noche, hasta que unos arcos de plata habían brillado a la luz de las antorchas bajo un montón de cadáveres. Los lictores habían acudido al reconocer el semental de Mure y habían llamado a los que estaban cerca. Se habían puesto de inmediato a desplazar cuerpos, escudos, manos y rostros hasta que percibieron un extremo empapado de sangre de la toga que llevaba para el ritual.

Lo habían encontrado de espaldas, con el rostro en la tierra y le habían dado la vuelta con delicadeza, como si aún estuviera vivo. Uno de los lictores no había podido contener el llanto al ver las decenas de golpes que habían humillado por doquier el cuerpo de su protegido.

Aquel llanto se había esparcido como un susurro por la llanura, como un reclamo que todos habían reconocido. De hombre en hombre, sus legionarios habían entendido que el cónsul había sido hallado y lo habían alcanzado para reunirse en silencio a su alrededor. Habían mandado llamar al pontífice de las legiones, que había llegado rápidamente al lugar. Para disipar toda duda este había mirado su mano y en el anular de la derecha había encontrado el anillo de familia con la cornalina tallada. Era Publio Decio Mure.

Marco Livio había cogido el anillo y dado disposiciones de transportar el cuerpo a la tienda del cónsul al mando, a quien avisaría personalmente. Los hombres habían recostado el cuerpo sobre dos escudos después de haberlo recompuesto con gran deferencia, muchos habían querido sostener al comandante y acompañarlo en aquel último viaje entre un corredor de antorchas que los hombres habían formado hasta el *castrum*.

Quinto Fabio Máximo Ruliano tenía los ojos brillantes apuntados sobre aquel grupo de lictores que avanzaba solemne y a paso lento hacia él. Trató de adoptar un ademán marcial, pero cuando vio a Publio recostado sobre aquellos escudos y los rostros vueltos al suelo de aquellos que lo transportaban, no resistió. La rodilla

derecha se plegó y el cónsul se agachó un instante bajo las miradas atónitas de los soldados. Fue un instante, porque Ruliano se volvió a levantar antes de que los guardias lo socorrieran.

—Hombres —dijo con el semblante de un padre anciano—, a veces no se nos concede el acuerdo entre el Hado y los acontecimientos.

Un silencio ensordecedor. Quinto Fabio tragó saliva conteniendo apenas las lágrimas.

—No es esto lo que habría querido ver vuestro comandante. Ni lágrimas, ni llanto, ni amargura. Hemos vencido y es un día glorioso. El cónsul Publio Decio Mure se ha entregado a sí mismo y a los enemigos a una muerte segura. Ha ofrecido su vida a la diosa Tellus, a los Manes y a las Furias.

Sacudió la cabeza después de una pausa impuesta por la conmoción.

—Roma llora a su mejor hijo —dijo, acercándose al cuerpo y mirando aquel rostro que ya no era rostro—. Ya no está el hombre, queda su espíritu, y el recuerdo de este gran hombre nos ayuda tanto como su presencia. Es esto lo que cuenta, es esto lo que da grandeza, esto lo que hace inmortal. No la vida ni la muerte. Esas son cosas que llegan y luego se van. Lo que hemos sido, en cambio, puede permanecer para siempre. Él ahora es inmortal, será recordado para siempre como aquel que, como su padre, salvó a Roma de una segura calamidad. No nos aflijamos, pero hagamos ofrendas a los dioses por su sacrificio.

VIDA Y MUERTE

Un gallo cantó a lo lejos apenas los jinetes cruzaron el río. Marco Livio concedió a los hombres un instante de reposo, y dispuso que dejaran abrevar a los caballos. Se lavó la cara y trató de acicalarse lo suficiente para estar presentable, luego alzó la mirada hacia los muros de Roma, más allá del Campo de Marte. Los muros más grandes e imponentes del mundo conocido.

En cualquier otra circunstancia habría estado radiante, después de meses y meses de marchas forzadas, disgustos y enfrentamientos; pero en aquel momento, después de lo que había visto en la batalla del *Agrum Sentinate*, hubiera querido estar en cualquier parte menos allí.

—Tú, Marco Livio —le había dicho un doliente Ruliano, después de la ceremonia de cremación del cónsul Mure—. Tú llevarás las noticias a Roma. La de la victoria y la de la pérdida, comenzando por esta última.

El pontífice se había puesto en camino después de haber terminado de officiar las exequias públicas por los caídos, haber prometido un templo y los despojos enemigos a Júpiter vencedor y haber dedicado a Jano el pequeño río que atravesaba la llanura.

Alejándose de aquel lugar, con los ocho de los doce lictores de Mure supervivientes de la batalla, se había vuelto por última vez para mirar las enormes piras de cadáveres que ardían, alzando una columna de humo lúgubre y silencioso, visible a millas de distancia. Desde el Samnio hasta las llanuras de los galos, más allá de los Apeninos, todos verían subir al cielo el polvo de quien había osado atacar a Roma.

Las cifras de la batalla eran espantosas. Entre galos y samnitas habían caído veinticinco mil combatientes. Después de haber atravesado el sector de los samnitas, Ruliano había mandado a parte de la caballería a espaldas de los galos, cercándolos. Poquísimos habían conseguido encontrar una vía de escape de la masacre, tratando de alcanzar su campamento para darse a la fuga con sus familias. Los jinetes romanos los habían atrapado con la velocidad del rayo, masacrando a los guerreros que habían intentado una última y desesperada resistencia, hasta que el resto, dada la imposibilidad de salvarse o huir, se había rendido pidiendo piedad. Pocos centenares de jinetes aguerridos habían aterrorizado hasta tal punto a los senones que siete mil de ellos habían sido hechos prisioneros con la caída de las tinieblas. Solo una mínima parte de los galos había conseguido llegar a los bosques con el favor de la oscuridad y darse a la fuga. El resto de los aliados de los romanos se había presentado en el campamento enemigo durante la noche, atónito frente a la masa de prisioneros y el inmenso botín. Carros, oro, comida y miles y miles de cabezas de ganado.

En el frente samnita, Gelio había tratado de reunir a los suyos para llevarlos al

campamento fortificado, que distaba cuatro millas al norte de la llanura de la batalla. Allí, a causa de los accesos demasiado estrechos para acoger a toda la masa de los que buscaban refugio, los samnitas se habían agolpado junto a la empalizada y la valla, donde habían sido masacrados. Un millar de ellos había conseguido forzar el bloqueo romano escapando hacia las montañas, mientras que los otros habían elegido la esclavitud a la muerte, rindiéndose después de la muerte de todos los oficiales de la Verehia y del *meddix tuticus*.

El cuerpo de Gelio había sido encontrado al día siguiente en el foso, bajo un montón de oficiales muertos en el intento de protegerlo. Había sido precisamente el joven astero que Mure había expedido entre los samnitas quien lo había reconocido, cerca de una de las enseñas que los samnitas habían cogido a los romanos en la batalla de las Horcas caudinas.

También los romanos y sus aliados habían sufrido graves pérdidas. Relativamente contenidas las del sector de Ruliano, con mil setecientos caídos. Terribles las del sector de Mure, donde siete mil legionarios habían quedado sobre el terreno contra los senones de Ateboduuus, cuyo cuerpo nunca fue identificado.

El pontífice había echado una última mirada a los miles de cadáveres apilados los unos sobre los otros y a las armas y panoplias que estaban amontonadas en la llanura. Nunca había visto nada semejante, las pilas de corazas y yelmos eran tan numerosas que se necesitarían semanas para retirarlas. La mitad de estos trofeos ardía junto con los cadáveres en honor de Júpiter vencedor, mientras que los otros se disponían para ser llevados como triunfo a Roma. El primero de estos que llegaría a la Urbe era la coraza de Gelio que, aún embadurnada de su sangre, había sido entregada a Marco Livio, para ser exhibida en la Curia Hostilia.

Por desgracia, no era la única panoplia que formaba parte del equipaje. Otra coraza viajaba con la pequeña escolta de lictores: la de Publio Decio Mure, destinada a su familia.

Marco Livio debía ser el primero en llevar la noticia, por lo tanto, no había dado pausa a su séquito, que lo había seguido al galope, en silencio. Había reanudado el camino con paso solemne, cruzando el Campo de Marte en aquella alba coloreada de luces leves y tristes.

En la *Porta Salutaris*, el pontífice se identificó ante los guardias, que despertaron de inmediato a su centurión. El oficial dio la bienvenida al grupo y procuró inútilmente recibir alguna información, sin éxito, porque Marco Livio cruzó el umbral de la Urbe sin dejar traslucir nada. El Senado se ocuparía de la divulgación de las noticias.

Los cascos de los caballos resonaron sobre el empedrado, en el interior, rebotando entre los oscuros pórticos de las tiendas aún cerradas. En un cruce una candileja alumbró tenuemente el rostro de la diosa de las mieses, Ceres. El pontífice volvió la cabeza hacia la cuadriga en bronce situada sobre el tejado del enorme templo de Júpiter Óptimo Máximo, que descollaba sobre el Capitolio, abriéndose paso entre la

calígine del alba.

Todo volvía a ser familiar, su Roma aún estaba adormecida aquella mañana, pero él ya sabía que cuando se hubiera despertado celebraría uno de los días más hermosos desde su fundación. El Senado daría pronto la noticia de que el peligro mortal estaba conjurado y los enemigos derrotados recorrerían aquel mismo camino encadenados, entre alas de multitud festiva. Debería estar feliz también él, Roma estaba a salvo y se convertiría en rica y próspera, pero había una sombra en todo esto que gravaba sobre la calle que lo llevaba hacia el Palatino.

Llegado delante de la *domus* Decia, Marco Livio se detuvo junto con los lictores. El grupo desmontó del caballo y, en silencio, los hombres cogieron la coraza y el yelmo del difunto cónsul. Fue el mismo Marco Livio quien se acercó con paso lento al portón y golpeó.

Pasaron instantes de silencio infinito antes de oír el rumor del pesado cerrojo. Una hoja se abrió a medias y el rostro del viejo Eutidemo apareció en el umbral. Al ver a los soldados y reconocer al pontífice, el siervo abrió completamente la puerta y saludó con un gesto de la cabeza.

—Debo hablar con la *domina*.

Eutidemo se dirigió a un joven sirviente adormilado y lo expidió a avisar a la dueña de la casa. Luego los dos hicieron entrar a Marco Livio con su séquito y el rumor de las *caligae* claveteadas resonó de nuevo en aquel atrio después de tantos meses. En un momento, los dos esclavos habían puesto en movimiento a toda la servidumbre, mandando a las doncellas donde las mujeres de la casa y a los otros siervos a preparar comida y bebidas para los huéspedes.

Julia llegó solo después de que su aspecto fuera adecuado para acoger a un personaje de semejante linaje. La habían vestido y peinado rápidamente, porque después de pocos instantes, impaciente, se había levantado y maquillado solo por la angustia y había alcanzado el atrio a paso veloz.

La anciana madre del cónsul ya estaba allí. Inmóvil y muda, mirando el rostro del pontífice, que saludó a ambas con respeto. Su mirada inequívoca precedió a sus lapidarias palabras.

—Os traigo una triste noticia —dijo mientras los ojos de la anciana se hacían vidriosos.

Uno de los lictores avanzó un paso llevando sobre un cojín la coraza y el yelmo de Publio Decio Mure.

Julilla se llevó la mano a la boca, con los ojos desencajados.

—Este es el anillo de tu hijo —continuó, dirigiéndose a la *domina* que permaneció inmóvil antes de abrir la mano hacia Marco Livio—. Cayó en el campo del honor combatiendo valerosamente.

Julilla era una máscara contraída. La comisura de los labios hacia abajo, la mirada perdida. Los siervos estaban inmóviles como dos estatuas de sal. Una doncella rompió a llorar.

—Quinto Fabio Máximo Ruliano me ha encargado que os transmitiera su pésame y su tristeza —continuó Marco, recitando aquello que durante todo el viaje se había preparado—. Siente haber perdido a un hermano más que a un colega, un ejemplo a seguir, un hombre amado por todos sus soldados, un combatiente valeroso que nunca, en todos sus consulados y en todas sus campañas de guerra, buscó su propio bien. Publio Decio Mure siempre actuó por el bien común, y solo, delante de todos los enemigos, no vaciló, no se retiró, con coraje afrontó su destino, no por azar, sino por elección. Devotamente se ofreció por nuestra salvación, la integridad de los hijos de Roma y la grandeza de esta ciudad.

La anciana madre del cónsul había dado un paso hacia Julilla sosteniéndole el brazo después de haberle pedido, con una inequívoca mirada, que mantuviera durante un momento más la dignidad que su cargo le imponía. Luego se había dirigido al pontífice como solo una madre romana podía hacer:

—¿El sacrificio de mi hijo ha traído la victoria a Roma? —preguntó mientras la mano de las emociones le aferraba el cuello.

Marco Livio asintió.

—Gracias a su sacrificio Roma está a salvo y la coalición de las *quattuor gentes* ha sido aniquilada. Tu hijo ha muerto como un héroe, y cuando lo hemos recogido entre los cadáveres de los enemigos tenía su arma en el puño y el rostro sereno. Sereno como el futuro de tu nieto, ahora que los enemigos han sido vencidos. El cónsul en ejercicio pedirá al Senado que incluya a tu hijo entre los padres de la patria.

—Como su padre —respondió con voz cada vez más tenue la anciana—. La historia se ha repetido.

—Roma los recordará a ambos como los más grandes entre los buenos y como héroes entre los hombres.

—Créeme, Marco Livio, no es nada respecto de cómo los recordaré yo.

El pontífice inclinó respetuosamente la cabeza.

—¿Padre?

Todos se volvieron hacia el pequeño Publio Decio que, descalzo, había llegado al atrio sin que nadie se hubiera dado cuenta.

—¿Ha vuelto padre? —preguntó mirando a los soldados con su pequeña espada de madera apretada en la derecha—. ¿Dónde está mi padre? —interrogó de nuevo acercándose a Marco Livio, que lo miraba con la angustia pintada en el rostro.

El oficial se agachó lentamente para acariciarle la cabeza, posó una rodilla en el suelo.

—Tu padre —titubeó— cabalga por los inmensos Campos Elíseos, donde los amados de los dioses viven perennemente serenos.

—¿Y cuándo regresará?

El pontífice tragó saliva, con los ojos brillantes.

—Él no regresará, nos espera a todos allá arriba.

También los ojos del pequeño Publio Decio se volvieron opalescentes.

—No es verdad, él me prometió que volvería.

Julia corrió donde su pequeño y lo abrazó, estallando en un llanto convulso. Los lictores tenían la mirada clavada en el pavimento y un nudo en la garganta. Marco Livio miraba la escena sin poder hablar.

—Gracias, pontífice —dijo la anciana madre mirándolo con los ojos dignos de quien lucha contra el inmenso dolor que ha recibido—. Quisiéramos quedarnos solas con nuestro dolor.

Marco Livio se alzó, asintió y salió por la puerta seguido por los suyos. Su viaje aún no había terminado, pero el fardo que traía del campo de batalla ahora parecía más ligero.

De regreso de la Curia Hostilia, Quinto Fabio Máximo Ruliano continuó hacia el Palatino, acusando a cada paso los dolores de una vida que no le había ahorrado fatigas, ni en el físico ni en el corazón.

La ciudad le había reconocido el triunfo contra la coalición de cuatro pueblos, a la cual había seguido la ceremonia de los funerales solemnes de Publio Decio Mure, oficiados por él mismo. Luego se habían celebrado las elecciones que habían decretado los nuevos cónsules para el año siguiente: Lucio Postumio Megelo y Marco Atilio Régulo.

En aquella tarde de principios de otoño Rullus sentía que podía volver definitivamente a su casa después de haber llevado a término la última tarea que la ciudad le había pedido. Lo hizo con paso lento, recorriendo, como siempre, el *Vicus Iugaris* para evitar pasar por las inmediaciones de la nefasta puerta Carmentalia y, como siempre, recorrió el camino respondiendo a todos los saludos que le eran respetuosamente tributados. Un gesto de complicidad, un movimiento de la cabeza, algunos apretones de manos. Quinto Fabio Máximo, monumento vivo de la ciudad, caminaba ahora sin lictores ni escolta. Ninguna ostentación de aquello que había sido o había hecho, solo él, con su toga, su rostro sufrido y un esclavo etrusco que se había llevado con él de aquella campaña. El único botín que había querido para sí como testigo viviente de un pueblo puesto de rodillas después de haber querido desafiar a Roma.

Alcanzado el Palatino, el esclavo había llamado a la puerta de la casa de Ruliano y anunciado su llegada a los otros siervos. Luego le había cedido el paso en el umbral dejándolo entrar primero y lo había seguido más allá del amplio atrio pasando sobre los bellísimos mosaicos mitológicos que llevaban al jardín interior, donde la luz del sol al ocaso jugaba con los reflejos del agua del *impluvium*, restituyendo resplandores dorados sobre las columnas que rodeaban el peristilo.

Quinto Fabio había proseguido hacia la parte familiar de la casa, a la cual solo pocos elegidos podían acceder y había entrado en su habitación percibiendo por el rumor de los pasos que se había quedado solo. Entonces se había vuelto hacia el

esclavo que lo había acompañado durante todo el recorrido desde la Curia Hostilia.

—Ven, Hulx.

El etrusco, inmóvil sobre el umbral, había mirado un instante al cónsul antes de acercarse. Era la primera vez que entraba en su dormitorio.

Hulx asintió y entró con un cierto malestar. Estaba inevitablemente fascinado y subyugado por la autoridad del viejo cónsul. Ruliano lo trataba bien, lo alimentaba y lo vestía con ropas que no se podría haber permitido en Etruria. Con un gran gesto de buena fe, incluso le había confiado la protección de su persona, tanto que Hulx acompañaba por doquier al magistrado, pero el etrusco sabía perfectamente que todas estas consideraciones servían más para ampliar la magnanimidad de Ruliano que para hacer más digna la vida de su esclavo. Cada atención del viejo Quinto Fabio era, en realidad, una humillación que ponía más peso a la cadena invisible que Hulx llevaba al cuello. Aquel viejo le había quitado la libertad, lo único que de verdad contaba en un hombre, y en aquel momento Hulx hubiera querido estrangularlo con sus propias manos, solo por el gusto de la venganza.

—No pienses que en tan poco tiempo he depositado una confianza tan grande en ti, hasta el punto de tenerte aquí a solas conmigo —farfulló el excónsul como si hubiera leído el pensamiento del otro—. Todo esclavo tiene poder de vida o de muerte sobre su amo, y el furor de los siervos no ha causado menos estragos que la ira de los reyes —continuó Ruliano mientras el otro empezaba a quitarle la pesada tela bordada de púrpura—. El hecho es que no te temo simplemente porque no temo a la muerte.

El etrusco continuó haciendo su trabajo en silencio.

—Después de la batalla, siento que he llegado hasta el final del recorrido que el destino me ha asignado. He hecho lo que debía y ahora estoy listo para marcharme con ánimo sereno.

Un extremo de la túnica se deslizó por el hombro de Quinto Fabio.

—Continuaré disfrutando de la vida sin preocuparme de cuánto más durará. Antes de hacerme viejo he intentado vivir bien, ahora que soy viejo trataré de morir bien; por lo tanto, si los dioses quieren concederme un día más, yo lo acogeré simplemente como un regalo. Por lo demás, nada es más indecente que un viejo que quiera volver a vivir.

Ruliano alzó el brazo derecho para secundar los movimientos del etrusco, que seguía quitándole la toga.

—Se muere dos veces, Hulx, la primera vez cuando exhalamos el último aliento, la segunda cuando alguien pronuncia nuestro nombre por última vez. La muerte nos llega poco a poco, porque si lo piensas bien cada día se nos quita una parte de la vida. Es como si nuestra existencia fuera una clepsidra, y la clepsidra no se vacía con el último granito de arena, sino con todos los que han bajado antes. Llegamos a la hora de nuestra muerte en un determinado momento, pero estamos dirigidos hacia ella desde hace tiempo. Durante toda nuestra existencia la vida en nosotros decrece.

Pasamos la infancia, luego la niñez y luego la juventud, acercándonos día tras día a nuestra hora. La vejez sigue a la adolescencia y la muerte a la vejez.

El último extremo de tela se deslizó dejando entrever una larga cicatriz en el brazo del anciano cónsul.

—Y de la vejez no podemos salvarnos. De una enfermedad podemos salvarnos, de una batalla podemos salvarnos, como de una herida, un naufragio o un incendio. Pero de la vejez, no, no hay esperanza.

Quinto Fabio miró su toga en las manos del esclavo y la señaló varias veces con el índice.

—Son los granitos de arena que han compuesto nuestra existencia los que deben ser valorados antes de que se desvanezcan. Buena parte de nuestra vida se esfuma causando daño, deseando cosas inalcanzables o haciendo proyectos que no cumpliremos, actuando al revés de lo debido. Ese es el error: ver la muerte delante de nosotros y, en cambio, gran parte de ella ya está a nuestras espaldas. Pertenece a la muerte la vida pasada sin haber concluido nada bueno. Nadie parece preocuparse de vivir bien, sino de vivir mucho. Sin embargo, todos pueden tratar de vivir bien, pero no de vivir mucho.

Con paso claudicante, Ruliano alcanzó su silla, donde se dejó caer, cansado.

—Nada nos pertenece, Hulx, solo el tiempo que emplear de la mejor manera antes de que el granito caiga. La naturaleza nos ha hecho dueños de este bien huidizo y lábil que nos puede ser arrebatado en cualquier momento.

El cónsul sacudió la cabeza.

—Y los hombres son tan necios que lo desperdician pensando que no deben nada por el tiempo que han recibido, cuando es precisamente lo único que ni siquiera una persona agradecida puede restituir.

Hulx había olvidado sus pensamientos de venganza y escuchaba, admirado, aquello que el anciano magistrado decía con sosegado fervor.

—La virtud se encuentra muy arriba, pero es accesible si uno quiere y, por suerte, en la multitud algunos hombres consiguen hacer su vida ejemplar y alcanzan el cielo irguiéndose como dioses. Son hombres de espíritu superior que valoran sus granitos en beneficio de todos. Entonces su ejemplo de vida se convierte en herencia de muchos porque su existencia ha mejorado la de los otros. Lo que han hecho en vida sobrevive a la muerte, haciéndolos eternos.

El viejo magistrado miró delante de sí.

—Tenemos el deber moral de ampliar el patrimonio recibido de estos hombres para pasar su herencia a los venideros. Estos hombres deben ser respetados y venerados como dioses. Estos hombres no pueden morir por segunda vez. Sus estatuas deben adornar las calles como estímulo moral, y el aniversario de su nacimiento debe ser celebrado con solemnidad.

El centelleo de una lágrima dio emoción a aquella mirada que lo había visto todo en la vida.

—Dentro de dos mil años se recordará a Publio Decio Mure y el significado de ser un cónsul electo por el pueblo romano. Ante hombres como él, vueltos inmortales por la misma muerte, descubrámonos la cabeza, porque mientras en el Campo de Marte continúen reuniéndose hombres libres, su sacrificio no habrá sido en vano. El hombre ha muerto, lo que ha hecho debe permanecer eternamente y la humanidad debe tomar ejemplo.

XXXXVI

ESTIRPE

Audax llegó al trote y bajó del caballo dejando las bridas a un joven astero. Se encaminó, rápido, hacia la tienda del cónsul acomodándose el talabarte que colgaba sobre la coraza samnita de la cual nunca se había separado.

Habían pasado dieciséis años desde la batalla del *Agrum Sentinate* y Tito Mamercio nunca había dejado de combatir. Después de la batalla, Quinto Fabio Máximo Ruliano había obtenido el triunfo y había retirado a los hombres del territorio de los senones, estableciendo los confines de Roma al este de los Apeninos. Desde esas posiciones, al año siguiente, las legiones romanas habían golpeado duramente a los etruscos, derrotándolos por doquier, hasta obligarlos a firmar un tratado de paz por cuarenta años.

En aquel mismo año todas las ciudades umbras habían firmado tratados con los romanos, mientras los samnitas habían continuado movilizandohombres contra la Urbe, hasta que, tres años después, dos ejércitos al mando de Espurio Carvilio y Papirio Cursor, habían penetrado en el Samnio desde dos direcciones, devastando regiones enteras y derrotando duramente a los comandantes samnitas en Cominium y en Aquilonia.

La guerra costó a los samnitas cincuenta mil hombres, un golpe del cual ya no lograron levantarse, aunque los enfrentamientos en otras áreas del Samnio continuaron durante otros tres años, hasta que cesó cualquier resistencia residual. La liga samnita fue obligada a un tratado de alianza con Roma y constreñida a proporcionar tropas a sus ejércitos, como ya habían hecho faliscos, vestinos, marucinos, marsos, pelignos, picenos, lucanos y apulios.

A diez años de la batalla del *Agrum Sentinate*, Roma había extendido la ciudadanía, sin derecho de voto, a los sabinos y algunas ciudades umbras, antes de que los senones cruzaran nuevamente los Apeninos para atacar los territorios etruscos ya sometidos a la hegemonía romana.

Se convocó un reclutamiento, y las legiones partieron de nuevo hacia Etruria, donde sufrieron una derrota que permitió a los senones extenderse hacia el sur. Para defender la ciudad del enésimo peligro mortal fue elegido entonces un nuevo comandante, Mario Curio Dentado, que en vez de enfrentarse a los senones, los rodeó y penetró profundamente en sus tierras arrasando todos los centros habitados. Dándose cuenta de la maniobra, los galos invirtieron la marcha y regresaron al norte, para oponerse a los romanos junto con los galos boyos, que se habían sentido amenazados por el avance de las legiones.

La batalla decisiva se produjo en las inmediaciones del *lacus Vadimonis*, donde los romanos aniquilaron a los enemigos y establecieron definitivamente sus

avanzadillas más allá de los Apeninos, fundando las colonias de *Sena Gallica* y de *Ariminum*, que apuntaban la mirada hacia la inmensa llanura padana y conferían a la Urbe una soberanía de mar a mar.

Quedaban fuera de este escenario las ciudades griegas del sur, y Tarento fue el epicentro de una alianza que apuntaba a sublevar toda la Italia meridional contra la Urbe. Los tarantinos reunieron un ejército mercenario que contaba una falange mandada por el rey Tolomeo Cerauno de Macedonia, jinetes tesalos, infantes provenientes de Etolia, de Acarniana y de Atamania y un gran contingente llegado de Epiro con diecinueve elefantes de guerra, un arma nunca vista antes en el suelo itálico.

Al mando de este heterogéneo ejército de cuarenta mil hombres estaba el rey de los molosos de Epiro, Pirro, que apenas desembarcado en Apulia había estipulado una alianza con los indómitos samnitas que, para volver a combatir una vez más a los odiados romanos, se habían unido a él.

El soberano avanzó hacia el norte y con la potencia de la caballería y la sorpresa de los elefantes, causó pánico en las legiones romanas que fueron enviadas en su contra. Siete mil quirites murieron, mientras que el soberano del Epiro perdió cuatro mil hombres, que fueron reemplazados por los soldados de algunas tribus itálicas y ciudades griegas, las cuales, ante la noticia de la victoria, aprovecharon para pasarse de su parte.

Roma entró en pánico, había que detener a Pirro y sus monstruosos elefantes antes de que marchase hacia el norte recogiendo otras poblaciones itálicas. El Senado eligió a sus cónsules para afrontar este enésimo peligro y de las votaciones salieron los nombres de Publio Sulpicio Saverión y de un joven descendiente de una noble estirpe heroica, hijo y nieto de los cónsules muertos contra los senones y los latinos: Publio Decio Mure.

—Cónsul, está todo listo.

Publio Decio se volvió hacia Tito Mamerco, el decano del ejército, veterano de cien batallas, el hombre de confianza de su padre.

—También yo estoy listo, Audax.

—La llanura obligará a Pirro a no usar todo su potencial. Es demasiado estrecha para hacer maniobrar la falange, los jinetes y los elefantes a la vez.

Publio Decio Mure asintió poniéndose el yelmo.

—Mientras esté vivo, Pirro no pasará.

Tito Mamerco tuvo un estremecimiento. Ese timbre de voz, esa expresión decidida, esa mirada, esas palabras. El padre revivía en el hijo. Hombres nacidos para combatir a ultranza, que nunca podrían huir de su destino, sino solo afrontarlo, muriendo de pie e invictos.

—Estoy seguro, cónsul.

—¿El pontífice ha dado su respuesta para la jornada?

—Está fuera, esperándote.

—Ve a decirle que ya voy.

Audax salió de la tienda dejando solo al joven cónsul, que acabó de atarse el yelmo y luego pasó las yemas por la coraza que había sido de su padre y de su abuelo. Cerró los ojos cogiendo entre los dedos la Gorgona en el centro del pecho.

—Ayúdame a permanecer firme ante todo aquello que deberé enfrentar hoy. Señaladme el camino para hacer aún más ilustre el nombre de nuestra familia. Haced que la suerte adversa no pueda nada contra los *Decii*. Padre, indícame el camino a seguir, como has hecho durante toda la vida.

El cónsul cogió un viejo pergamino gastado, lo abrió y lo leyó, como hacía cada mañana desde hacía dieciséis años.

Publio, hijo mío.

Mi corazón, mi todo.

Quisiera jugar contigo en nuestra casa, mirarte y abrazarte. No puedo hacerlo, estoy en un sitio lejano, pero igualmente puedo pasar tiempo contigo y detenerlo entre estas líneas para decirte que, a pesar de estar lejos, entre nosotros no existe la distancia ni el tiempo ni la edad, solo un lazo indisoluble.

Estás mucho más cerca de mí de lo que crees. Pienso en ti a cada instante, me pregunto qué haces, en qué rincón de la casa estás jugando o qué lecciones estás aprendiendo. Me pregunto cuánto has crecido, y solo pensar en ti me da una alegría y una fuerza increíbles. Estos pensamientos me han acompañado durante todo el camino hecho hasta aquí, donde presente, pasado y futuro se han alternado en mí repartiéndose este bien precioso, lábil y huidizo que es el tiempo. Sé lo que he dejado a mis espaldas e ignoro lo que encontraré ante mí, pero sé que todo lo que cuenta es lo que llevo dentro y tú estás allí.

Es una especie de magia iniciada en aquella noche lluviosa en que naciste, cuando te depositaron a mis pies y te reconocí como hijo alzándote al cielo. Desde entonces has sido mi tiempo, mi fuerza, mi espíritu. En mis palabras, en mis gestos, en mis atenciones, en mis reproches he intentado transmitirte lo mejor que he aprendido para cuando llegue tu momento.

Es la misma herencia que he recibido yo, la de nuestra familia, en la cual se han sucedido generaciones que no se han puesto en evidencia con el favor de la suerte, disfrutando de una vida de comodidades, sino de hombres honrados que han sabido sufrir y combatir y que se han ganado un respeto que ha crecido en el tiempo, conservando todo lo que está unido a su memoria.

La naturaleza nos ha creado imperfectos, pero al mismo tiempo nos ha dado una razón maleable que puede ser mejorada. Por eso descubrirás que las dificultades pueden convertirse en oportunidades; que es más honorable equivocarse que enredar; que se puede caer mil veces, pero que es preciso volver a levantarse otras tantas veces; que debe encontrarse una sonrisa también en la tristeza y que no hay ninguna vergüenza en las lágrimas; que no todos los hombres han recibido tus enseñanzas y, por lo tanto, no todos son justos ni sinceros, pero recuerda que incluso en un paria podrás encontrar algo bueno, como también de un enemigo podrás aprender algo útil.

Nosotros, los Decios, hemos nacido para combatir a ultranza y no podemos escapar a este destino, solo podemos vencerlo. La fatiga nos llama para recordarnos las obligaciones y los honores que semejante nombre comporta. Es una vida ingrata, llena de decisiones difíciles, pero sé desde ahora que estas dificultades te harán aprender a tener mucha confianza en ti mismo y en este maravilloso sueño que se llama Roma.

Por eso es importante que yo esté aquí, en esta tienda, llamado a las armas para una guerra que no concede tregua ni reposo. Esta milicia, que me obliga a tu lejanía, tiene un sentido: construir, día tras día, tu futuro. La apuesta en juego es tu libertad, a este premio están dirigidas mis fatigas y, créeme, nunca me he sentido más orgulloso de soportar con alegría semejante fardo. Porque tenerte ante mis ojos quiere decir tener delante la vida en vez de la muerte.

Mañana presentaremos batalla, hijo mío. Mañana muchos padres no volverán a ver a sus hijos, pero habrán dado la vida serenamente porque están convencidos de que han luchado por la libertad de sus seres queridos. Todas estas vidas podrán terminar, pero no serán aniquiladas, Publio, recuérdalo. Todo termina, pero no se borra; la muerte, que tanto tememos y rechazamos, interrumpe la vida, pero no la elimina. Lo que hemos sido quedará. Por lo tanto, haz de la existencia algo honorable y recuerda que estoy orgulloso de ti, Publio Decio Mure, recuérdalo siempre, donde sea y en cualquier caso.

Hoy estarás conmigo; comoquiera que vayan las cosas recuerda que yo he pensado en ti a cada instante y combatir por tu porvenir ha sido mi más grande honor. No ha sido guerra, ha sido amor.

En una vida de batallas, tú has sido mi paz. Llévame para siempre contigo.

PADRE

NOTAS

Este libro empieza con una cita del historiógrafo Tito Livio, el autor que más información nos ha dejado sobre las guerras samnitas. De los 142 libros que componían la monumental *Ab Urbe Condita*, sobre la historia de Roma desde sus orígenes, han sobrevivido solo 35 y entre estos el libro X trata justamente de los años que llevaron a la batalla del Sentino.

Entre los hombres ilustres que hicieron la historia de Roma de aquel tiempo destacan, entre mito y realidad, las inmortales gestas de la familia de origen plebeyo de los *Decii*, que se sacrificaron a los dioses para garantizar la victoria de sus legiones. El primer Publio Decio del que se tiene noticia muere en el 340 a. C., durante una batalla en las laderas del Vesubio contra los latinos. Su hijo, Publio Decio, muere en la batalla del Sentino en el 295 a. C., llamada también «Batalla de las naciones», que opuso al ejército romano y a sus *socii* a una alianza de poblaciones que comprendía todo el centro de Italia. La decisiva victoria de los romanos abrió el camino para la hegemonía del inmenso territorio que a continuación los llevaría a dominar toda la península. El hijo de este cónsul, también él Publio Decio, murió en la batalla de Ascoli Satriano del 279 a. C., en la cual los romanos fueron derrotados por Pirro, que después de la batalla pronunció la famosa frase: «Otra victoria como esta y estaré perdido».

Tito Livio empezó a escribir su obra en el 27 a. C., por tanto, doscientos cincuenta años después de los hechos del Sentino y como ciudadano privado no tuvo acceso a los archivos oficiales. En consecuencia, debió de beber de fuentes secundarias, recuperando material ya elaborado por otros historiadores. Se estima que el autor reprodujo en su obra unas versiones provenientes de fuentes atendibles junto a otras rayanas en el mito, él mismo en el prefacio declara que no da por verdaderos o desmiente algunos hechos, porque «... su fascinación se debe más a la imaginación de los poetas que a la seriedad de la información», dejando a la discreción del lector la decisión de cuál es la más verosímil.

En *Devotio* las palabras del texto original de Tito Livio reviven a menudo en los diálogos de los personajes acompañando las vicisitudes de los tres Mure. La misma fórmula de la *devotio*, recitada por los protagonistas, está tomada íntegramente del escrito del historiador romano, que nos hace entender el momento de grandeza espiritual que está viviendo la República.

Dejada atrás la monarquía, el ciudadano romano vive para ampliar la fama de la familia, que ya no es noble por herencia, sino porque algunos de sus componentes ha ocupado cargos en la magistratura superior. El romano vive para la ciudad, frecuenta sus lugares, se reúne para el censo y teje continuas relaciones con sus conciudadanos, trabaja, crea riqueza, se alista y combate por la libertad. La República plasma un modelo político único en el mundo, que hace del honor su cultura.

Todo esto desaparecerá cuando los confines se ensanchen y los emperadores

transformen a los ciudadanos libres en súbditos. Las legiones profesionales asegurarán protección a la ciudad llenándose de soldados griegos, germanos y galos. El Campo de Marte ya no verá reunirse a los ciudadanos para las votaciones; las estaciones ya no traerán la alternancia entre trabajo, familia y guerra; el romano ya no será soldado ni ciudadano, vivirá en África o en Bretaña como espectador de la potencia del imperio.

Este es el espíritu que he intentado reproducir en los dos años y medio de trabajo que han sido necesarios para la redacción de *Devotio*. Ha sido un viaje bellissimo a una Italia desconocida, que me fue sugerido por Laura Bertozzi della Zonca, a quien nunca agradeceré bastante por haberme hecho revivir estos momentos con Publio Decio Mure, el viejo Rullus y los otros personajes que he utilizado para contar esta historia.

He estimado interesante dar un rostro también a los antagonistas de Roma en la batalla del Sentino, auténtica encrucijada de la historia que transformó a Roma en una superpotencia. Larth y Hulx muestran cómo eran los etruscos, famosos por sus intrigas, así como Nearco, Estacio e Ignacio nos reconducen a los valerosos samnitas. La interpretación de la iniciación de los legionarios de la Linteata ha sido tomada enteramente de Tito Livio.

Ateboduus, por sí solo, representa el mundo de los celtas itálicos que he intentado contar siguiendo las particulares informaciones de los doctores Andrea Mariani y Livio Asta, mientras que el joven Thucer cuenta cómo los umbros entraron a formar parte del mundo romano después de la batalla. No está escrito en el libro, pero me gusta pensar que volvió triunfante a su Tifernum y encontró a su Nahar aún más bella de como la había dejado.

Las palabras de otro gran personaje de la antigüedad romana se esconden a menudo entre las innumerables líneas de este libro y quizá los más atentos hayan reconocido algunas citas. Estoy hablando de Lucio Anneo Séneca. En efecto, suyos son los pensamientos filosóficos sobre la virtud, la vida y la muerte extraídos de la insuperable *Cartas a Lucilio*, que a menudo se encuentran en las páginas del relato. Suyo es todo el discurso final de Quinto Fabio Máximo Ruliano sobre la vida que cierra el libro.

No podemos menos que detenernos algunos instantes y reflexionar, porque a dos mil años de distancia, las palabras de Séneca nos extasían y nos advierten. Nunca como hoy deberíamos atesorar semejante pensamiento.

PERSONAJES EN ORDEN DE RELEVANCIA EN EL RELATO

(En cursiva los que han existido realmente)

Publio Decio Mure (II). Miembro de la *gens plebea* Decia, fue cónsul romano cuatro veces: en el 312, 308, 297 y 295 a. C. y censor en el 304 a. C. En el 309 a. C. sirvió como *legatus* bajo el dictador Lucio Papirio Cursor, y en el 306 a. C. fue nombrado *magister equitum* al lado del dictador Publio Cornelio Escipión Barbado. Nombrado censor junto a Ruliano en el 304 y el 300 a. C., Mure abrazó con éxito la causa de la apertura del pontificado a los plebeyos. Cónsul en el 296, junto a Ruliano, combatió victoriosamente a los apulios y a los samnitas. Al año siguiente le fue prorrogado el mando en el Samnio como procónsul y, ante el estallido de la tercera guerra samnítica, Ruliano lo quiso a su lado cuando fue unánimemente reclamado al consulado. Al comienzo de la campaña, los dos cónsules se separaron y Mure se adentró en el Samnio hasta que fue llamado al norte para enfrentar a samnitas, umbros, etruscos y galos reunidos. Los ejércitos lucharon en Sentino, y Publio Decio Mure, que comandaba el ala izquierda del ejército romano contra los galos, guio las cargas de caballería antes de ser atacado por los senones, que llevaron el caos a las filas de sus legiones. Para conjurar lo peor se ofreció a los dioses infernales con el ritual de la *devotio* y se lanzó solo a la contienda, encontrando la muerte.

Quinto Fabio Máximo Ruliano. Miembro de la *gens* patricia de los *Fabii*, fue cinco veces cónsul, en el 322, 310, 308, 297 y 295 a. C. y censor en el 315. De joven, fue nombrado comandante de la caballería por el dictador Lucio Papirio Cursor, presentó batalla, a pesar de su opinión en contra, y obtuvo una espléndida victoria sobre los samnitas. Condenado a muerte por el dictador, huyó del suplicio gracias a las amenazas del ejército y a las súplicas de su viejo padre. Venció a los samnitas en el 322 a. C. y fue derrotado por ellos en el 315 a. C., durante la dictadura. Reelegido cónsul venció a los etruscos conduciendo sus legiones a través de la selva Cimina y los obligó a la rendición. En los últimos dos consulados combatió a la gran liga antirromana de los coaligados de la tercera guerra samnítica y, junto a Decio Mure, venció en la decisiva batalla de Sentino. Obtuvo los honores del triunfo y, primero de los Fabios, recibió el sobrenombre de Máximo.

Tito Mamercio Audax. Joven astero de la tribu Pomptina, creada en 358-357 a. C. en la llanura Pontina, con los territorios de los volscos colonizados por

veteranos romanos.

Marco Livio Dentor. Político romano perteneciente a la plebeya *gens Livia*. Fue cónsul y dictador. Uno de los primeros cuatro plebeyos en acceder al cargo de pontífice, hasta entonces accesible solo a los patricios.

Gelio Ignacio. Hábil caudillo samnita y astuto creador de la liga itálica, una alianza de diversos pueblos reunidos para enfrentar a Roma y alejar a sus legiones del Samnio. La idea de Ignacio era desplazar la guerra a Italia central, después de haber juntado su ejército con los etruscos, los galos senones y los umbros. Con la ayuda de otro hábil general samnita, Minacio Estacio, consiguió eludir la vigilancia de los romanos para llegar a las tierras umbras con una sorprendente marcha de su ejército. Su plan era estratégicamente perfecto, pero Quinto Fabio Máximo Ruliano frustró su éxito impidiendo que los etruscos alcanzaran a las otras fuerzas coaligadas.

Julia Lavinia – Julilla. Esposa de Publio Decio Mure.

Larth de los Thefrinai. Comandante de los jinetes etruscos mandados a ponerse de acuerdo con los guerreros senones. La particularidad de su nombre deriva de la etimología etrusca donde Lars es entendido como «jefe militar», «guerrero», «tenaz», «combativo» y «valiente» (deriva de Laran, el nombre etrusco del dios Marte).

Hulx de los Velathri. Jinete etrusco del séquito de Larth de Thefrinai.

Thucer. Joven guerrero umbro, hijo de Kuretus, noble umbro de la ciudad de Tifernum. El personaje se creó para representar cuanto reproduce Tito Livio sobre algunos desertores que revelaron los planes de la coalición antirromana presentándose ante Quinto Fabio Máximo Ruliano.

Ateboduu. El jefe de clan, *rix* de todas las tribus de los galos senones reunidas para la guerra contra Roma.

Aker. Prisionero etrusco, siervo y traductor del *rix* de los senones, Ateboduu.

Velia. Hermana de Aker y concubina de Ateboduu.

Viridomarus. Jefe de clan de una tribu de los galos senones.

Lucio Cornelio Escipión Barbado. Miembro de la noble *gens Cornelia*, fue cónsul en el 298 a. C. y condujo a las legiones romanas a la victoria contra los etruscos en los alrededores de Volterra. Su sarcófago, que ahora se encuentra en los Museos Vaticanos, reproduce el siguiente epitafio en latín clásico: «Cornelio Lucio Escipión Barbado, nació de Cneo su padre, como hombre fuerte y sabio, cuya apariencia guardaba sus muchas virtudes, quien fue cónsul, censor y edil entre vosotros. Conquistó Taurasia, Cisauna, Samnio, subyugó toda Lucania y liberó a sus prisioneros».

Lucio Volumnio Flamma Violens. Cónsul en el 307 a. C., con su colega Apio Claudio, condujo la guerra contra los salentinos obteniendo numerosas victorias. Fue elegido por segunda vez en el 296 a. C., siempre con Apio Claudio Ciego como colega; condujo una campaña en el Samnio y luego se dirigió al norte para ayudar a su compañero comprometido luchando en Etruria. Los dos ejércitos juntos reunidos prevalecieron sobre los etruscos. En el 295 a. C., con poderes proconsulares, se enfrentó y venció a los samnitas en Triferno, y, posteriormente, junto al otro procónsul Apio Claudio, aniquiló lo que quedaba del ejército samnita, salvado de la batalla del Sentino.

Apio Claudio Ciego. Recorrió un brillante *cursus honorum*, ocupando casi todos los más importantes cargos públicos y militares, y tuvo un papel relevante en las guerras contra los etruscos, latinos y sabinos. Fue censor en el 312 a. C. y cónsul en el 307 y el 296 a. C., siempre al lado de Lucio Volumnio Flamma Violens. Además, fue dictador en el 292 y el 285 a. C.

Minacio Estacio. General samnita que, con hábiles maniobras de distracción, intentó mantener ocupadas a las legiones romanas para permitir que Gelio Ignacio se liberara de ellas y pudiera alcanzar a los aliados en los territorios umbros.

Nearco. Veterano de la Verehia, una institución social samnita, con funciones administrativas y militares. En la Verehia los jóvenes samnitas eran entrenados para la vida militar y el uso de las armas formando una especie de unidad militar de élite.

Marco Celio Lupus. Comandante veterano de un escuadrón de caballería de los *extraordinarii*, los exploradores que estaban a la vanguardia durante las marchas de desplazamiento.

Kuretus. Noble umbro de la ciudad de Tifernum, aliada de los etruscos.

Vel Lathites. El *zilat mech rasnal*, el jefe supremo de la liga etrusca.

Sepio Elvio. Prisionero que huye con Tito Mamercio Audax, convirtiéndose en su inseparable amigo.

Turscu. Auriga del noble Kuretus.

Nahar. La amada de Thucer.

Enumek. Noble umbro de la familia adversaria de la de Thucer.

Herenio – Adius – Comio. Prisioneros hirpinos.

Eutidemo. Anciano esclavo de origen griego.

